
A. G. MOORE
DUOLOGÍA
CASANDO A
MI MADRE
Una
NOVIA FALSA
PARA EL
Nerd
Grupo Editorial
Portal

A. G. MOORE

DUOLOGÍA
CASANDO A
MI MADRE

Una NOVIA FALSA PARA EL Nerd

Grupo Editorial
Portal

Copyright © 2025 Grupo Editorial Portal

Portada

Dennis Romoaldo

Diseño

Mylene Ferreira

Revisión

Equipo Portal

Libro digital

1.ª edición

A.G.Moore

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, sea cual sea la forma utilizada, tangible o intangible, incluida la fotocopia, sin la autorización por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

SUMARIO

Sumario

Sinopsis

Dedicatoria:

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Ilustración

Epígrafe:

Prólogo:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
EPÍLOGO
Agradecimientos
Lee también:
Redes sociales (de la editorial)

SINOPSIS

FAKE DATING - CHICO NERD - CHICA VIRGEN - DE AMIGOS A AMANTES - NUEVA ADULTA - BAJO EL MISMO TECHO

Eric Almeida siempre creyó tenerlo todo bajo control: su carrera, su rutina, sus sentimientos. Pero cuando su madre anuncia su boda y expresa su deseo de verlo enamorado, él entra en pánico. Incapaz de decir la verdad, suelta una mentira impulsiva: está saliendo con alguien. Ahora, a pocos días del viaje a la finca donde se celebrará la ceremonia, necesita encontrar a alguien que interprete ese papel.

Amanda, su mejor amiga y confidente, se ofrece a ayudarlo. Lo que debería ser solo un plan sencillo se convierte rápidamente en un campo minado de emociones. Fingir una relación con alguien por quien siempre ha sentido algo en secreto es más difícil de lo que imaginaba. Y para Eric, convivir con Amanda bajo el mismo techo despierta dudas y sensaciones que siempre ha intentado ignorar.

Entre recuerdos del pasado, miradas prolongadas y silencios llenos de significado, ambos se dan cuenta de que la mayor mentira puede ser ocultar lo que realmente sienten. Ahora corren el riesgo de perder no solo su amistad, sino también la oportunidad de descubrir que el amor, a veces, surge donde menos se espera.

DEDICATORIA:

Para todos los que siempre han deseado un amor y, a veces, no sabían que lo tenían a su lado.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

UNA NOVIA FALSA PARA EL NERD - A G MOORE

Enlace: LISTA DE REPRODUCCIÓN

ILUSTRACIÓN



EPÍGRAFE:

Déjame ser tu amiga, Amor;

Solo tu amiga, ya que no quieres

Que por tu amor sea la mejor

La más triste de todas las mujeres.

Que solo de ti me lleguen el dolor y la pena

¿Qué me importa a mí? Lo que tú quieras

Siempre es un buen sueño! Sea lo que sea

¡Bendito seas por decírmelo!

Bésame las manos, amor, lentamente...

Como si los dos hubiéramos nacido hermanos,

Pájaros cantando, al sol, en el mismo nido...

¡Bésame bien! ... Qué loca fantasía

Guardar así, encerrados en estas manos,

Los besos que soñé para mi boca! ...

AMIGA - FLORBELA ESPANCA

PRÓLOGO:

El nuevo comienzo existe para aquellos que abren las puertas de su corazón y dejan entrar un nuevo amor.

Así se sentía Patricia al comprometerse por segunda vez en su vida.

Sus hijos, Eric y Ryan, la miraban a través de la pantalla del móvil, asustados, intrigados por saber cómo había sucedido aquello, al fin y al cabo, llevaba poco más de un año saliendo con un hombre agradable, pero ¿casarse?

Para ellos, que vivían en ciudades lejos de su madre, cualquier novedad en la vida de ella parecía demasiado pronto, demasiado rápido.

¿Quién se casa a los 60 años?

—Chicos, me están poniendo nerviosa, ¿dicen algo? —preguntó la mujer con ojos esperanzados, junto a su prometido.

Habían ido a cenar y allí Joaquim le pidió matrimonio y, tan pronto como llegaron a casa, ella no perdió tiempo en llamar a sus hijos para contarles la noticia.

A pesar de ser adulta, la aprobación de los únicos hombres de su vida le importaba mucho.

Ryan, su hijo mayor, silbó y la miró a través de la pantalla.

— Genial, vale, quiero decir, ¡enhorabuena, supongo!

— Dios mío, parece que acabo de anunciar que tengo cáncer —miró esperanzada a Eric, su hijo menor.

Eric aún asimilaba la noticia, perplejo, ajustándose las gafas sobre su rostro cansado.

— Eh... ¿Estás segura, mamá? —Se corrigió enseguida—. Quiero decir, no es que no te quiera, Joaquim.

— No pasa nada. Entiendo tu preocupación. Por eso hemos organizado algo que nos acercará aún más antes de la boda.

— ¿Cómo es eso? —Eric frunció el ceño y encendió las luces de la oficina oscura, como si eso fuera a aclararle las ideas.

No era nada fácil ver a su madre con otro hombre que no fuera su padre.

— Vamos a celebrar una boda en una finca de Joaquim. Serán diez días en el mes de mayo. Arreglen sus asuntos en el trabajo, es esencial que estén aquí con nosotros. Vamos a conectar antes de que se celebre la boda y...

El hijo mayor interrumpe:

— ¿Diez días? ¿Pretenden celebrar una boda de diez días? ¿No es una exageración?

Ryan buscó con la mirada a su hermano en la pantalla, como pidiendo ayuda.

— No puedo dejar el trabajo durante diez días, mamá. Lo siento.

Los ojos de la matriarca comenzaron a llenarse de lágrimas. Había elaborado toda una estrategia para que sus hijos se encariñaran con su prometido y también quería que se decidieran.

El objetivo principal era que ella se casara y se asegurara de que sus dos hijos tuvieran una relación estable, para poder disfrutar de su vida de casada sin preocuparse por nada más.

—Quería daros una sorpresa. Pensé que valoraríais que, tras diez años de luto, finalmente me abriera al amor de nuevo.

Ryan miró al techo y resopló. Amaba a su madre con toda su alma, pero esos dramas tenían algo más detrás y conocía bien a la mujer que le había traído al mundo.

—Mamá, si me cuentas la verdad sobre estas vacaciones, te prometo que lo pensaré.

— ¿Cómo dices, cariño? —Ella fingió no entender y su hijo mayor sintió intensamente que había algo más—. ¿Qué hay de malo en querer pasar más tiempo con mis bebés?

El novio, Joaquim, hizo un pequeño esfuerzo por no reírse del drama de su prometida y Ryan volvió a presionar:

— La conozco muy bien, usted y la tía Linda siempre tienen segundas intenciones cuando vamos a pasar tiempo con ustedes. ¡Vamos, mamá, suéltelo!

— ¿Ves lo que sufro con estos niños, cariño?

—Mamá... —la llamó Ryan en tono de reprimenda y esta vez incluso Eric se rió de la escena.

— Solo... —titubeó y miró al novio, antes de volver a concentrarse en la pantalla—. Bueno, he conocido a unas chicas muy guapas aquí en la ciudad y son chicas de familia, con padres decentes, y también estarán aquí en la finca durante los diez días. Pensé que...

— Estoy saliendo con alguien, mamá.

Eric, desesperado por el papel de santo casamentero de su madre, mintió rápidamente.

En su cabeza, no era una mentira. Nunca le había gustado ninguna de las chicas que le había presentado su madre desde que pasó la pubertad. La única que conquistó su corazón, se lo rompió de maneras indescriptibles.

Si había algo que nunca volvería a aceptar en la vida era conocer a una mujer recomendada por su madre.

Bueno... aún quedaban unos meses hasta mayo. Podía conseguir una novia, aunque fuera ficticia.

— ¿Cómo dices, mi amor? —Los ojos verdes de la pálida señora se abrieron con orgullo—. ¡Por fin me vas a presentar a una novia después de tantos años!

Eric pensó que había escapado de la idea de pasar diez días antes del día de la boda de su madre, atrapado en un sitio. Pero, aparentemente, ella no lo entendió muy bien.

—Mamá, solo puedo ir el día de la boda, por eso te dije que estoy saliendo con alguien. No hay ningún motivo para ir antes y...

—Esta conversación va a ser larga —comentó Joaquim y se despidió de sus futuros hijastros, diciendo que iría a buscar agua para su prometida.

No quería interrumpir la conversación de ella con sus hijos, que ya había pasado de ser un simple anuncio de boda.

Ryan, por otro lado, se había dado cuenta de la mentira de su hermano y estaba dispuesto a hacer lo mismo cuando su madre lo

miró.

— ¿Y tú, Ryan? Hay una chica muy guapa y simpática que seguro que te gustaría conocer. No me digas que tienes novia, ¡no me lo creería viniendo de ti!

—Qué absurdo pensar algo así de mí, mami —fingió ofenderse y su madre puso los ojos en blanco—. Pero en ese caso, estoy con Eric, no puedo pasar todo ese tiempo, pero apuesto a que has elegido muy bien a las mujeres que te gustaría tener como futuras nueras, sin embargo, estoy muy bien soltero.

Ryan recordó su única experiencia amorosa, que por cierto fue tan desastrosa como la de su hermano.

—No lo entendéis, ¿verdad? —Cuando la señora se secó los ojos, ambos chicos se pusieron en alerta.

—¡Mamá, no hagas eso! —pidió Ryan, al igual que Eric, que sentía lo mismo que su hermano al ver llorar a su madre.

— ¿No hacer qué? ¿Estar triste por tener dos hijos que no se preocupan por mi felicidad? ¿Que ni siquiera piensan en la posibilidad de lo que les he pedido y ya me lo niegan?

Ella sorbió por la nariz, lo que los angustió aún más.

— Sé que pueden venir y pasar los días que quieran, sé que son capaces de encontrar novias, pero ¿saben lo que no sé? — Ninguno de los dos sabía qué decir y se quedaron callados—. Si voy a vivir lo suficiente para verlos casados y felices. ¡Y eso me duele mucho! Me parte el corazón saber que mis hijos son infelices.

— Yo no soy infeliz, estoy muy bien viviendo así, no tienes que preocuparte por mí.

—Mamá, yo... —Eric estaba a punto de caer en la dramática charla de «no sé si estaré viva» de su madre—. Creo que si nos organizamos bien, hermano...

Le suplicó a su hermano al otro lado de la pantalla, que estuvo a punto de fulminarlo con la mirada.

Todos allí sabían que Eric era el corazón blando de la familia, por mucho que fuera demasiado terco para demostrarlo.

— Sois jefes en vuestros trabajos. Habéis conquistado lo que sois hoy con mucho sudor y lágrimas y yo, incluso sin vuestro padre, di mi sangre para ayudaros en cada etapa de vuestra vida hasta que tuvierais éxito. Creo que me merecía un momento con mis hijos antes de convertirme en la esposa de alguien...

Su voz melancólica llegó directamente al corazón de su hijo menor, que ya estaba cediendo. Pero Ryan no era sentimental. La practicidad era su segundo nombre y no serían unas lágrimas las que lo convencieran de nada.

Sin embargo, ella tenía razón. A pesar de todo el drama, serían los últimos días como viuda de su padre. El hombre que le enseñó todo sobre la vida.

Ryan sintió una extraña punzada en el pecho, pensó que tal vez era nostalgia por su padre.

— ¡Vale, vale! ¡Ay, qué drama, no puedo soportar toda esta tensión! Voy a pasar estos diez días con vosotros, pero olvídate de buscarme novia, sé lo que quiero ahora, ¡y no es una mujer, mamá!

Ella hizo un puchero y, así, Ryan supo que no sería tan fácil.

—Al menos acepta conocer a alguien, sin compromiso...

El hermano mayor levantó las manos.

— No vas a rendirte, ¿verdad?

Ella esbozó una sonrisa diabólica.

— ¡Solo quiero lo mejor para ti!

Ryan pensó inmediatamente que un mar de fuego parecía mejor que un compromiso.

— Si no hay otra manera... — Ryan fingió ceder y su madre lo celebró.

— Ahora sí, mi mes de mayo será perfecto, pasaré el Día de las Madres con mis queridos hijos, que pronto me darán muchos nietos —tanto Ryan como Eric hicieron muecas ante ese deseo descabellado— y luego me casaré con mi segundo gran amor. Ahora que todo está resuelto, tengo que irme. Los quiero mucho, mis bebés.

— ¡Nosotros también te queremos, mamá!

Ryan se despidió y, tan pronto como su madre colgó, miró a su hermano.

— ¡Mentiroso nerd, ¿cómo pretendes no herir a nuestra madre llegando solo, eh?

— Al menos yo voy a intentar arreglarlo, o pagar a alguien. No lo sé. Y tú ni siquiera intentaste aliviar su dolor, te limitaste a soltar un montón de mierda.

Eric estaba más apegado a su madre, mientras que Ryan siempre había estado más del lado de su padre. Quizás por eso son tan diferentes.

— Tú prefieres mentir, yo prefiero decir la verdad. ¡Lo que estás pensando no puede salir bien! ¿Pagar a alguien, a una acompañante de lujo? ¿Vas a llevar a una persona que no conocemos a la boda de nuestra madre? ¡Eso es una locura!

Ryan juzgó, sintiéndose irritado por toda esa historia que su hermano estaba inventando.

Quería hacer feliz a su madre, pero no tenía ni idea de cómo.

— Idiota. Si yo fuera, tú también buscarías a alguien. Ya sabes cómo es mamá. — Eric se rascó la punta de la nariz y respiró hondo—. Si no tienes cuidado, querrá que fijes la fecha de tu boda, por si te enamoras de las *vírgenes* traviesas que suele buscarnos.

Ryan chasqueó la lengua.

— No digas tonterías, ¿casarme? Estoy huyendo de conseguir una novia...

Su hermano levantó una ceja desafiante y Ryan se quedó pensativo sobre la estrategia de Eric. ¿Y si tenía razón?

¿Y si la única alternativa fuera realmente alquilar una novia?

Pronto sabrían que nada en esa situación sería como ambos habían planeado.



ERIC
Almeida

CAPÍTULO 1

♫Hay muchas cosas que
Me gustaría decirte
Pero no sé cómo
Porque tal vez
Tú serás la que me salve
Y después de todo
Eres mi protectora♫
Wonderwall - Oasis

Debería ganar una medalla de honor.

«El mayor mentiroso de toda la historia».

Y a quién le mentí: solo a la mujer que me conoce desde que era un embrión. Nada del otro mundo.

Realmente pensé que esa idea sería buena. Pasé dos meses intentando salir de mi burbuja antisocial y de mi estilo de vida

workaholic para conseguir una novia, y mirad, chicos:

No lo conseguí.

No es por falta de belleza, hoy sé lo guapo que soy.

También soy humilde e inteligente. Me atrevo a decir que saqué la nota máxima el año que me gradué en la universidad. Tengo un trabajo estable y una buena situación económica. No sé por qué ninguna mujer acepta algo falso conmigo.

Ah, ¿pensaban que quería tener una relación de verdad?

Pues bien, otra mentira.

Obvio que no quiero salir con nadie, y creo que nunca querré hacerlo.

Tengo tantos proyectos que llevar a cabo en la vida, que eso ya ocupa el 101 % de mi tiempo y, en el poco que me sobra, soy jugador.

Ah, vamos, solo tengo 28 años. Jugar me distrae, me relaja.

— Dime qué vitamina te llevo, voy a pasar por la farmacia.

Amanda me llama la atención por la llamada en el altavoz. Estoy concentrado en el juego este fin de semana. El trabajo me agobia tanto los días laborables que, cuando llega el sábado, siento que me quitan un peso de encima.

— B. Inyectable, por favor.

Sin apartar la vista de mi oponente, respondo y escucho cómo se cierra la llamada. Amanda es una buena amiga, siempre ha

estado conmigo desde que la salvé de convertirse en el hazmerreír de la facultad, hace seis años.

Ya llevaba unos años de ventaja en la carrera de ingeniería mecatrónica, en la que me especializo, pero cuando vi a la chica introvertida siendo objeto de chismes por un vídeo en el que se cambiaba de ropa en el vestuario, tuve que hacer algo.

Odio las injusticias y, bueno, yo ya he estado en su lugar.

Dos veces. Sí, haber sido un nerd tímido e ingenuo me forjó.

Pero no vamos a hablar de eso ahora, lo importante es que Amanda es hoy mi mejor amiga, quizá la única si no cuento al cabrón de Igor, que solo aparece para pedirme favores. Mis habilidades como hacker ayudaron a la dulce e inocente chica a preservar su reputación y, de paso, la convertí en una pequeña monstruo astuta.

No soy una persona ingenua ni totalmente buena. Antes lo era, pero me di cuenta de que no vale la pena.

Soy leal con quienes lo son conmigo, soy amiga de quienes lo son.

La única persona que tiene el poder de desestabilizarme es mi madre. No es que me mande ni nada por el estilo, ya que ella intenta respetar al máximo mi individualidad. Pero odio entristecerla.

No sé, desde que mi padre murió hace diez años, es como si mi misión fuera hacerla feliz. Cuando se entristece, veo todo el duelo del primer año tras la muerte de mi padre pasando por mi cabeza de nuevo.

En aquella época, mi hermano ya estaba en la universidad en la capital, solo yo seguía viviendo con mi madre en Campos dos

Goytacazes, en el interior de Río.

Soy carioca, pero nos mudamos al interior cuando aún éramos niños y, desde entonces, mamá nunca se ha ido de allí.

Cada día de lágrimas suyo me daba ganas de mover el mundo para hacerla sonreír.

Volviendo a Amanda, llega con mi vitamina inyectable y, como ya tiene la llave de mi apartamento, entra como si fuera la dueña del lugar, tal y como está acostumbrada.

— ¡Ya llegué!

Grita desde la sala, aunque yo ya lo sé por las cámaras.

Cuando se abre la puerta de mi oficina, que está casi a oscuras, con solo la luz de la CPU, el ratón y los teclados iluminados, además de la pantalla blanca donde juego, ya puedo prever todo lo que se va a decir:

— ¿Te has duchado para que pueda aplicarte esta cosa en el culo? No quiero oler a un hombre maduro que lleva horas sentado en una silla de cuero.

Siempre dice eso, burlándose. Sonrío con la boca.

Amanda enciende la luz, lo que me hace fruncir el ceño y cerrar un poco los ojos. ¿Cuánto tiempo llevaba jugando, incluyendo las pausas? ¿Cinco horas?

— Me he duchado hace veinte minutos. Huelo bien, Mand. Solo espera a que termine esto.

Sigo concentrado en mi misión, que durará unos minutos más, y mientras tanto, con mi visión periférica, veo a la chica de piel

blanca y cabello liso preparando mi sesión de tortura quincenal.

Necesito tomar algunos suplementos vitamínicos debido a mi rutina, además de una buena alimentación y ejercicio físico. Según el médico que me atiende siempre, soy demasiado joven para tener una inmunidad tan baja.

Nunca entendí bien cómo sucedió esto, solo sé que hace unos años comencé a enfermarme muchas veces al año y empecé a hacerme exámenes periódicos para cuidar mejor mi salud.

Me levanto y apago el ordenador. Basta de pantallas por hoy.

La oficina está decorada con toda mi historia de vida nerd. Cómics, mangas, personajes, héroes, libros, todo. Este es mi rincón de paz.

Me siento junto a Amanda en el sillón y ella, tranquila y concentrada en la jeringa, hace un puchero irritado.

— ¿Qué pasa? ¿Ya no quieres ser mi enfermera?

— No soy enfermera, estoy en el último año de la facultad de medicina.

Resopla y levanta la jeringa, lo que me hace apartarme un poco. ¿Y si me ataca con eso?

— Hiciste la formación de técnico de enfermería antes de la universidad, eres la única a quien le confío mi trasero para que me meta esa cosa enorme.

Me mira escéptica y pone los ojos en blanco.

— Si no fueras tan miedoso, te lo pondría tranquilamente. Y no soy buena en eso, por mucho que quisiera serlo —señaló el suelo

delante de ella—. Vamos, levántate y bájate un poco los pantalones.

Hago lo que me pide, levantándome la camiseta básica y bajándome un poco los pantalones de chándal. Amanda se concentra mientras pasa un algodón húmedo y presiona un trozo de mi glúteo como una pinza entre los dedos y, antes de ponerme esa aguja enorme, murmura:

— Es inaceptable que tengas más carne en el culo que yo. Qué humillación.

Me dan ganas de reír. Nuestra amistad es tan ligera que tenemos ese tipo de intimidad. Amanda es como una hermana para mí, me encanta nuestra relación.

Cuando algún buitre intenta acercarse a ella, siempre la ayudo.

Pongo a cualquier macho idiota a correr. Ella me lo agradece mucho.

— ¡Joder, Amanda!

Grito cuando siento no solo el pinchazo, sino el líquido doloroso extendiéndose por mi carne. Duele mucho.

— ¡No te pongas tenso! Relájate, por el amor de Dios, Eric.

Casi me lo suplica y yo resisto la tentación de tensar los músculos. Mierda. Odio esto.

Ella acaba de aplicarlo y coloca un algodón húmedo sobre el agujero, poniéndome los calzoncillos encima y, a continuación, los pantalones.

— Listo. Ahora puedo darte una palmada en el trasero.

Bromea y yo suelto una carcajada irónica.

— Como si fuera a hacerlo.

Camino con dificultad hasta la puerta, porque, tío... Esta inyección, además de doler en el momento de la aplicación, deja la carne dolorida. Es un infierno.

— Vamos a comer algo, compré una pizza.

Se lo digo, casi como una orden. Amanda ya está acostumbrada, así que solo organiza el botiquín de primeros auxilios sobre la encimera de mi despacho y me sigue.

Es divertido tenerla todos los fines de semana aquí en casa, porque nos divertimos, salimos juntos y vemos películas y series hasta tarde. Ella es, como yo, solitaria. No nació en São Paulo y su familia vive en Espírito Santo. Vino a estudiar y, desde entonces, no ha hecho muchos amigos. No sé mucho sobre su historia familiar.

Es pequeña, delgada, como una muñeca, a pesar de tener 26 años. A mi lado, al menos, parece una muñeca.

Llego a la cocina y la pizza está ahí, empezando a enfriarse dentro del horno. La compré antes en el mercado y la horneé cuando me avisó que venía. Creo que tendré que meterla en el microondas.

— La calentaré rápidamente. ¿Puedes traer los platos?

Ella asiente y, ya familiarizada, se mueve por mi cocina, cogiendo platos, vasos y cubiertos del armario. Lleva todo a pasos rápidos hasta la mesa del vestíbulo.

Mi apartamento es espacioso para una persona sola como yo. Pero decidí asegurar un espacio para el futuro. No es que tenga el

sueño de tener una familia o hijos, ya que no tengo intención de casarme. No creo que fuera un buen compañero.

Simplemente soy demasiado mayor para no querer tener mi propia casa si ya gano lo suficiente para ello.

—Eric, tu casa necesita una limpieza. Creo que mañana puedo ayudarte.

Ella se ofrece con una mueca y me siento un poco idiota por tener ganas de aceptar. Odio limpiar. Vivir solo es complicado para un hombre como yo, que apenas tiene tiempo para respirar. Ya cocino, sigo estrictamente el menú de la nutricionista, mantengo mi oficina limpia e higienizada, los platos siempre lavados, pero la limpieza... Eso se me da mal.

— ¿No te resultará pesado, Mand?

Llevo la pizza ya caliente en la bandeja y la dejo en la mesa sobre los soportes. Miro los rasgos del rostro de mi amiga para intentar entender lo que realmente quiere. Amanda no siempre muestra en su rostro lo que dice, y yo me rompo la cabeza tratando de entender lo que piensa.

Las mujeres son complicadas, pero me gusta, no me imagino sin su amistad, por eso me esfuerzo.

— No es pesado. Mañana tengo un compromiso por la noche, un chico me ha invitado a salir y...

— ¿Quién?

La curiosidad me mata, mientras pongo nuestros trozos de pizza en los platos y reparto las salsas, como un buen carioca. La buena pizza se cubre con salsa adicional por encima.

— Bruno, el del dentista. No lo conoces, hace tiempo que te graduaste.

Miro a Amanda a la cara y ella mantiene la mirada baja, fijándose en la pizza mientras empieza a cortar los trozos.

— Está bien. Si es un idiota, ya lo sabes.

— Te llamaré, no te preocupes.

Comemos en silencio y mi mente divaga por todas las cosas que tengo que resolver esos días, ya que la semana siguiente serán las minivacaciones de diez días para la boda de mi madre.

Solo tenía ese fin de semana para conseguir una novia falsa.

— Creo que voy a salir hoy. ¿Vamos, Mand?

Tiene la mejilla llena de pizza y, con sus enormes ojos marrones muy abiertos, traga lentamente ese montón de masa. Qué gracioso.

—¿Ahora? —Casi tartamudea—. ¿Como a las diez de la noche?

Me encojo de hombros, con una extraña emoción inundando mi pecho. Tengo que cumplir lo que le dije a mamá, se decepcionará mucho si llego sola a ese lugar.

— Tengo que conseguir a alguien. No puedo decepcionar a mi madre.

Ella suelta un «ah», que va perdiendo fuerza poco a poco, y me observa con cautela, sin decir nada.

Probablemente esté pensando que estoy loco, como en las semanas anteriores. Ya he escuchado tantos insultos de ella que estoy acostumbrado. Ella cree que es absurdo que le mienta a mi madre sobre una relación.

Amanda está enamorada de la señora Paty. Mamá me ha visitado varias veces en los últimos seis años y, en todas ellas, ha tratado a mi amiga como a una hija. Se puede entender lo que piensa sobre que mienta de esa manera a la mujer que más me quiere en el mundo.

— Odio las mentiras, lo sabes, ¿verdad, Eric?

Me pregunta, con un tono de pesar en la voz. No sé mucho sobre lo que ha pasado en su vida, pero cuando habla así, me doy cuenta de que hay más de lo que parece.

— Lo sé. No soy un mentiroso, lo sabes bien.

Ella suspira y mira el plato ya vacío.

— Lo sé. No lo eres. — Su expresión se transforma en algo parecido al dolor, y yo la miro pensando que es muy extraño. — Puedo ir contigo. Claro, si no te molesta.

Inclino la cabeza hacia un lado, sin entender muy bien lo que está diciendo.

Amanda es mi mejor amiga, mi madre la adora. Por supuesto que ya iba a ir a la boda.

— ¿Estás loca? Tú vas a la boda, mi madre te ha invitado. — Mi tono de voz sale áspero sin querer.

Es entonces cuando ella oculta todas sus emociones y pone los ojos en blanco, mirándome con esa cara que parece decir «qué

idiota eres».

— Quiero decir, como tu novia, prometida, lo que sea. Puedo hacerlo.

Afirma con convicción y caigo en la cuenta.

Realmente cree que no soy capaz de conseguir a nadie, hasta el punto de ayudarme en esta mentira por lástima, por compasión. A pesar de odiar las mentiras.

Pensaba que estar en el fondo del pozo en mi vida amorosa era diferente, pero acabo de darme cuenta de que no.

Estoy más allá del fondo del pozo, en el subsuelo del pozo.

— Yo consigo a alguien. No necesito tu compasión, Amanda.

No quiero parecer grosero, pero lo parezco, porque ella se encoge y niega con la cabeza. Luego se levanta con el plato y se dirige a la cocina.

— Si no supiera que eres un buen hombre y no un mentiroso idiota, estaría tan cabreada que te daría una bofetada ahora mismo.

Grita desde la otra habitación.

La sigo, llevando también mi plato. Cuando paso por la puerta de la cocina, me detengo y observo a la mujer que ahora lava los platos con destreza y confianza.

Amanda no es fea, su cabello liso y castaño le llega hasta la mitad de la espalda y casi siempre lo lleva recogido en una coleta. Sus manos pequeñas y delicadas muestran lo poco acostumbrada que está a una vida dura, a pesar de ser muy trabajadora.

Su ropa, siempre tan sencilla, sin ningún tipo de insinuación, revela lo casta que es, lo... ingenua que sigue siendo.

No puedo involucrar a mi mejor amiga en esta mentira.

Ya la influyo demasiado para que sea más dura, más sagaz, la estropeo con mis manías y las cosas de mi loca vida. Sería demasiado egoísta y gilipollas si le permitiera llegar a ese punto.

Me acerco, dejo los platos sobre la encimera e ignoro el grifo abierto cuando la abrazo.

No puedo simplemente ignorar lo afortunado que soy por tenerla en mi vida. Creo que sería ese ogro protector si realmente tuviera una hermana menor, pero con Amanda...

Va más allá. Es algo casi primitivo. Siento la necesidad de protegerla.

Poco a poco, ella cede a mi abrazo y me lo devuelve, rodeando mi cintura con sus delicados brazos. Su cabeza descansa sobre mi pecho y la siento respirar profundamente.

— Perdóname. No quería parecer un idiota ni torcer tu buena intención. Pero sería una persona horrible si te dejara entrar en esta mentira descabellada conmigo. Yo puedo arreglármelas, pero... no puedo dejar que tú también mientas así.

No oigo nada salir de su boca, así que pienso en ese dicho que dice: quien calla, otorga.

Ella entendió mi punto.

Me siento cómodo cada vez que la abrazo y eso me hace sentir bien, de una forma muy extraña. Nunca he intentado comprender la lógica de las emociones humanas ni calcular con

exactitud lo que ocurre químicamente en nuestro cerebro en estas interacciones, pero Amanda es una de mis personas favoritas. Saber eso me basta.

Nuestra amistad es fácil, ligera.

No puedo ni siquiera pensar en perderla.

Ella se aleja y sus ojos me miran desde abajo, con una emoción que los atraviesa.

— Si no puedo ser tu amiga incluso en las situaciones más locas, no tiene sentido que llamemos a esto amistad.

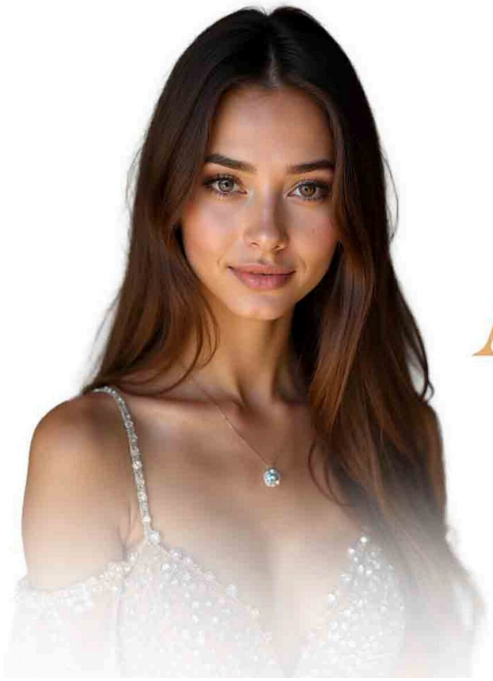
Ay, maldita sea. Lo que dice me llega directo al corazón.

— Sé que eres capaz de conseguir a alguien por tus propios méritos, por mucho que decir «hola, guapa, tengo una propuesta para ti» nada más conocer a alguien... Quizás no sea la mejor forma de ligar.

Y la broma rompe el ambiente intenso y demasiado emocional entre nosotras. Me gusta eso. Nunca sé cómo actuar cuando las cosas se ponen demasiado emotivas y siempre creo que ella sabe exactamente cómo hacerlo, porque lo hace siempre.

Sonrío y nos alejamos poco a poco. Ella afirma, mirándome a los ojos, sin titubear:

— Seré tu novia falsa, Eric. A tu madre le encantará.



AMANDA
Rocha

CAPÍTULO 2

♫Querido, eres tú a quien quiero
Y odio los accidentes, excepto el de cuando pasamos de ser amigos a esto
Uh, huh, así es
Cariño, tú eres el que quiero
Y anillos de papel, y marcos de fotos, y sueños sucios
Oh, eres tú a quien quiero♫
Paper Rings - Taylor Swift

Como decía mi madre: querer no es poder.

Si hay algo que quiero desde hace años y que definitivamente no puedo tener, se llama Eric.

Mi mejor amigo es justo, el chico del que me enamoré cuando lo vi el primer día de clase en la universidad. ¿Por qué tuvo que ser tan majo y ayudarme a no convertirme en un meme en Internet?

Aunque es un empollón, muy inteligente y, sí, guapísimo, no se fija en mí.

Me he acostumbrado a ser su amiga. Sé que nunca, jamás en toda mi miserable existencia, subiré un peldaño en esa categoría.

Una novia falsa me parecía lo único que podía tener.

Entonces, ¿por qué no, señoras y señores?

Y para quienes piensan que me estoy humillando por migajas, sepan que, aunque solo sea una amiga, soy la chica más importante de su vida, aunque nunca lo haya oído decir oficialmente.

Una vez lo escuché cuando Igor bromeaba en su casa, diciendo que yo era bonita, que quería «echarme un polvo»... qué asco.

— Mand no.

Estaban bebiendo cerveza viendo un partido de fútbol cualquiera, cuando Eric soltó ese simple comentario, como si fuera un decreto.

— ¿Y por qué no? ¿No son solo amigos?

— Lo somos. Pero Amanda no es una chica cualquiera. Ella es especial, no está hecha para idiotas como tú.

Ahí supe que él me tenía en un lugar especial en su corazón. Soy su única amiga, pero no la única mujer que ha cruzado su vida. Eric nunca ha tenido novia desde que nos conocimos, pero le he visto con al menos dos chicas en alguna fiesta. Si solo fueron besos inocentes, no tengo ni idea, a él no le gusta hablar de cosas muy sentimentales.

Pero yo, al contrario que él, pongo todos mis sentimientos en hojas de papel desde los doce años. Mi caja de cartas para la Amanda del futuro se llena cada año más, y cada año también abro la que fue escrita hace diez años.

En todas ellas pido un novio, en todas ellas digo que no conseguí salir con nadie ese año.

Sí, soy virgen. No soy virgen en cuanto a besos, porque acabé teniendo mi primer beso a los quince años, cuando fui víctima de una apuesta estúpida de un chico del colegio. Después de eso, besé a algunos chicos más, pero nada más.

Mi compañera de aventuras sigue precintada con un candado.

—¿Amanda?

La mano del profesor de inmunología se pasea por delante de mi cara y entonces me doy cuenta de que estoy divagando en medio de la clase.

Maravilloso. Pero no.

— Lo siento, profesor. Estaba... — Intento al menos explicarme, pero él me interrumpe.

—Suspirando. ¿Pensando en qué tipo de enfermedades? ¿Las ETS? ¿Más bien en cómo se contraen las ETS?

Qué idiota.

Odio a este profesor con todas mis fuerzas, pero lo que más odio es la forma en que consigue avergonzar a quien quiere de esa manera, y aún así conseguir que la mitad de la clase se ría de su ridículo comentario.

— No.

Mi rostro se nubla, dejando muy claro lo mucho que me desagrada ese tipo de bromas.

La clase vuelve a su curso normal y ese día me concentro solo en estudiar y en ir a las prácticas después de clase.

Cada día estoy más cerca de mi sueño de graduarme y convertirme oficialmente en médica.

Llego a la residencia de estudiantes a última hora de la noche y, después de un relajante baño en ese baño comunitario que, por increíble que parezca, está limpio, reviso los mensajes que he recibido durante las últimas horas en WhatsApp.

No abro la aplicación en las prácticas, de hecho, ni siquiera uso el móvil. Dejo todo para revisarlo antes de dormir, así que me sorprende ver un mensaje de Bruno, el chico de Odonto, con el que salí el domingo pasado.

A diferencia de lo que me hubiera gustado, fue amable y educado.

Eric me enviaba mensajes todo el tiempo durante mi cita, indicándome que vendría a buscarme si lo necesitaba... y yo *quería* pedirle ayuda.

Tenía muchas ganas de que, una vez más, mi mejor amigo me librara de una cita horrible.

Pero esa vez no fue así.

No había besado a nadie en siglos, y cuando Bruno me dejó frente a la residencia, nos dimos un beso sutil, sin mucho alboroto.

Hasta que me gusta.

Pero él no es Eric.

Bruno: Me acordé de ti cuando vi esto hoy.

Bruno envió una foto: (Imagen de papel de carta de los años 90)

Bruno: Dijiste que te gustaban las cartas y que te hubiera gustado vivir en la época del papel de carta. No pude evitar pensar en ti cuando fui a una papelería hoy. Todavía venden este papel, ¿te lo puedes creer?

Sonrío, mirando la imagen. Puede que parezca tonta por pensar que realmente le gustaba, solo porque recordó que me gusta el papel de carta... pero tenía muchas ganas de superar el amor que siento por mi mejor amigo, al mismo tiempo que estaba ansiosa por ser su novia falsa.

¡Confusión sentimental, lo vemos por aquí!

Amanda: ¡Me encantó! Gracias por acordarte de mí. Acabo de llegar de las prácticas, estoy muerta de cansancio. ¿Has tenido un buen día?

Amanda: Si estás durmiendo, hablamos luego. ¡Buenas noches!

En cuanto salgo de la pestaña del mensaje de Bruno, llega uno de Eric, está conectado. Respiro hondo, sintiendo cómo se me acelera el corazón solo por ver la foto que el muy cabrón usa en

WhatsApp. Sus ojos sonrientes de color verde musgo y su piel que parece recién bronceada, una sonrisa perfecta, alineada, blanca y los labios... Joder.

Su boca es bien dibujada y carnosa, dan ganas de morderla, lamerla...

Sacudo la cabeza tumbada en la cama, tratando de despejar esos pensamientos obscenos.

Eric: Ya he preparado un plan perfecto para nosotros, Mand.

Eric: Ven con las maletas hechas el sábado, nos vamos de viaje. Campos dos Goytacazes está lejos.

Eric: Sé que no es asunto mío, pero ¿sueles hacerte la manicura, el pelo, las cejas... esas cosas de mujeres? Si quieres, te pago para que vayas al salón de belleza.

Pongo los ojos en blanco, ¿me acaba de llamar descuidada?

Amanda: ¡NO ES ASUNTO TUYO! ¡Y tengo dinero para pagar un salón de belleza!

Mentira, no lo tengo.

Eric: No hace falta que grites. Quiero pagarte por ser mi novia falsa, me siento muy idiota por aprovecharme de tu buena voluntad. Aquí tienes el Pix.

Eric envió una imagen: (Comprobante de Pix de R$2.000,00)

Amanda: ¿Estás loco? ¿Dos mil por pasar 10 días como tu novia falsa?

¿Quién se cree que soy? ¿Una acompañante de lujo?

Eric: ¿Te parece poco? Si quieres, te envío más, Mand. Es que pensé que, como somos amigos, no me extorsionarías mucho...

Amanda: ¡Es mucho! Dos mil es mucho, pesado. Soy tu amiga, no necesito que me pagues por nada, por mucho que pasar 10 días a tu lado sea una tortura.

Bromeo y me río, aunque él no pueda verme. Me encanta meterme con él.

Eric: Uf. Entonces quédate con ese dinero, si no lo gastas, es tu problema. Para mí no vuelve. Intenta ponerte guapa.

Eric: Soy un tipo que cree en los milagros.

Idiota.

Pongo el móvil en modo avión y programo la alarma para mañana temprano. Pienso detenidamente en todo lo que Eric me ha dicho mientras me acomodo en la pequeña cama de esa habitación compartida. Vivir sola en una ciudad y llena de deudas era difícil. Las prácticas me ayudaban mucho a mantener las cuentas bajo control y, sí, por mucho que me duela confesarlo, los dos mil que me dio mi amigo me ayudarán mucho a renovar mi armario y a ir a la peluquería. Mis uñas llevan meses sin ver unas tijeras, y el esmalte... ¡ni hablar! Mi pelo necesita un nuevo corte, ni siquiera recuerdo la última vez que lo corté.

Eso es todo. El viernes lo haré todo, ya que es el día más tranquilo de mi rutina. Tengo clase de pole dance el sábado por la

mañana y ya he organizado, tanto en la universidad como en las prácticas, lo necesario para compensar mi ausencia de diez días.

Es una locura, lo sé, pero ¿quién no hace locuras por amor?

Me siento muy tonta por estar sacrificando tanto por él.

Pienso en las cartas que me escribí a mí misma, pidiendo un novio perfecto. Pedí un chico agradable, que me hiciera reír, que entendiera mis cambios de humor y que me aportara ligereza.

Quería que mi novio y futuro marido fuera mi mejor amigo. Que nuestra relación fuera tan pura y genuina que nadie de fuera pudiera interferir.

Pedí todo eso desde antes de que Eric entrara en mi vida.

Pero es una pena que él no me vea así.

Es realmente una pena.



CAPÍTULO 3

♫Dicen que eres básica, dicen que eres fácil
Siempre has estado en el asiento trasero
Ahora estoy sonriendo desde el escenario mientras
tú aplaudes al final del público♫
Thunder - Imagine Dragons

La semana pasó lentamente, el trabajo me agobió como siempre, pero amo lo que hago y, aunque tuve que automatizar toda una fábrica con robots, logré adelantar todo el trabajo de la semana que viene y obtener la liberación que necesitaba.

Soy el jefe de mi sector, organizo todos los servicios, horarios y agendas, así que no fue tan difícil, solo tenía que adelantar mi parte y comunicar a *los jefes* mi solicitud de 10 días de vacaciones.

Es sábado y estoy con mi coche parado frente al salón de belleza donde Amanda vino a terminar un procedimiento que

comenzó ayer. No sé qué ha hecho ni cómo estará ahora, pero llevo demasiado tiempo esperando allí.

—Dijo que saldría a las nueve. ¿Por qué tarda tanto?

Cojo el móvil de la consola y escribo un mensaje.

Eric: Llevo aquí un montón de tiempo, ¿dónde estás?

Con la cabeza gacha dentro del coche, ya no miro la salida del salón, lo cual fue un gran error.

Porque, en el momento en que levanto la vista, veo a una mujer de espaldas hablando con un hombre que me parece el tal Bruno... El chico que salió con Amanda la semana pasada.

Ella pensó que yo no lo conocía, pero claro que fui a investigar.

No puedo permitir que ningún cerdo toque a mi Mand.

No es que ella sea mía...

¡Ah, ya me entienden!

Salgo cabreado del coche. ¡Está tirándole el coño descaradamente a una chica cualquiera, sin que Amanda se dé cuenta!

No sé quién es, solo veo que es una tía buena. Pelo hasta la mitad de la espalda con rizos en las puntas y mechas ligeramente doradas repartidas por todo el cabello, un vestido indecente que apenas le llega hasta la mitad de las piernas, pegado al cuerpo en

un tono claro y florido, intentando transmitir una inocencia que es obvio que esta mujer no tiene.

Los tacones finos en sus pies la delatan.

Bruno se la come con los ojos y, a medida que me acerco, más me cabreo. ¡Debería valorar más a Amanda!

Sabía que ese imbécil no valía nada.

— ¡Eh! ¿No eres Bruno? — Que le den por culo si soy demasiado grosero y arrogante mientras me acerco a ellos.

Él abre mucho los ojos, pero lo que me paraliza es la mujer, que gira la cara hacia mí y simplemente hace que el ambiente se vuelva... denso.

— ¿Eric? Estaba aquí hablando con Bruno, explicándole lo de la semana de la boda de tu madre.

Me quedo con la boca abierta.

Joder... Me tiemblan las manos.

La mujer sexy e indecente no es otra que Amanda.

Sí, mi Mand.

No, mi... ¡Sí, lo habéis entendido otra vez!

El sudor que se acumula en las palmas de mis manos me hace darme cuenta de que los latidos de mi corazón se aceleran, se vuelven más intensos. Intento decir algo, pero no me sale nada. No me sale la voz.

¿Qué está pasando?

No puedo apartar los ojos de ella. Ella está... Guau...

No es Amanda.

— ¿Quién eres?

Me atrevo a hacer esa pregunta ridícula, que hace reír a mi mejor amiga.

— No voy a responder —comenta, sin gracia, y luego vuelve a girarse hacia Bruno—. Eric me va a llevar, cuando vuelva quedamos para hacer algo, ¿vale?

Bruno cruza los brazos y me mira de arriba abajo, en un verdadero enfrentamiento, una lucha por el territorio. Solo cuando dejo de mirar a mi amiga y miro al engreído Don Juan, consigo volver a la normalidad. Levanto las manos, rendido, dejando claro que no voy a ocupar su lugar.

Yo tengo el mío.

—Cuidaré de ella, lo prometo —digo, y él asiente, manteniendo una expresión desconfiada.

El sol pega fuerte a pesar de ser las nueve de la mañana y, para evitar más charlas aleatorias en la acera, vuelvo al coche con Amanda pisándome los talones después de abrazar al prototipo de macho alfa.

No me gustó.

Rara vez me gustan los chicos que salen con Amanda.

Son todos unos capullos, llenos de malas intenciones.

Soy hombre, puedo ver cada pequeño gesto que hacen. Soy de ciencias exactas, calculo las cosas y, joder... Mi mejor amiga tiene mala suerte. Solo atrae basura.

Entramos en el coche y ella suspira profundamente.

— No me digas que lo odiaste. — Cruza los brazos sin mirarme.

Arranco el coche y maniobro para salir del aparcamiento mientras los pensamientos bullen en mi mente. Repaso la escena desde lejos, luego el momento en que giró la cara y...

— No me ha disgustado —carraspeo—. Estabas muy guapa así.

Me concentro en el volante y seguimos hasta su residencia, donde entro para ayudarla a recoger sus maletas. Se cambia de ropa y vuelve a ser la Amanda a la que estoy acostumbrado.

Una camiseta básica más grande que ella, pantalones cómodos, gorra y zapatillas.

¿Estuvo en una cita antes y luego fue al salón? ¿O su cita fue en el salón?

Qué locura.

Amanda nunca se ha vestido así para quedar con un hombre. En las citas en las que la he ayudado, siempre llevaba pantalones y una camiseta de tirantes, maquillaje básico, nada muy exagerado.

Pero hoy...

— ¡Vamos, Eric!

Despierto de mis locos pensamientos cuando ella chasquea los dedos delante de mi cara después de volver a entrar en el coche, recordándome las cosas que tengo que hacer antes de irnos.

— Igor se quedará con mi llave, cuidará de mi apartamento en mi ausencia.

— ¿Ese mujeriego de última categoría? Va a convertir tu casa en un burdel.

Niego con la cabeza mientras me dirijo a la pensión donde vive Igor. Es un tipo agradable, aunque también un poco loco. Nos llevamos bien cuando no empieza a ser demasiado interesado.

A veces me pregunto si no estoy aceptando migajas de su amistad porque extraño mucho estar con mi hermano Ryan.

Ryan es extremadamente práctico, diría que incluso frío. No es dado a las muestras de afecto, pero tiene carácter. Es honesto y bueno, aunque odia que se le alabe por ello.

Me cabrea que nunca venga a visitarme, en dos años fui cuatro veces a Río y lo vi. Está bien que la mayoría de las veces fuera por trabajo y aprovechara para visitarlo, pero él también venía a São Paulo, hacía viajes de ida y vuelta en moto y ni siquiera venía a verme.

Es un tipo raro, pero lo quiero mucho.

Le dejo la llave a Igor, que se asoma a la ventana junto a Amanda y le dedica una sonrisa seductora, pero ella solo pone cara de asco y dice «¡puaj!».

— No conviertas mi casa en un motel —le advierto, mientras vuelvo a arrancar el coche.

Él hace un saludo militar mal hecho y dice:

— No te preocupes, jefe. Si necesitas algo, llámame.

Finalmente, continuamos el viaje y, al son de un buen pop rock nacional, me concentro en la carretera sin hablar, solo sintiendo el camino.

En un momento dado, después de las dos primeras horas, Amanda pregunta:

— ¿Cuál era tu plan sobre nuestra relación? ¿Qué le vamos a decir a tu madre?

La miro rápidamente antes de volver a concentrarme en la carretera e inhalo una buena dosis de aire para intentar explicarle todo lo que he elaborado.

— Lo escribí en un papel, pero me lo sé de memoria. Si necesitas una chuleta, puse el papel en la guantera.

Ella lo abre, coge el papel y empieza a leerlo.

— No voy a decir que te pedí salir. Puedes cambiar eso de la lista.

Declara, después de leer un rato. Maldición, sabía que la terquedad en persona iba a oponerse a mi plan.

— Ella sabe que no quiero salir con nadie, sabe que no le pediría salir a nadie.

—Me lo pedirías a mí —dice con una firmeza que me hace estremecer—. No soy cualquiera, Eric. A mí me lo pedirías. Me darías una sorpresa romántica, una petición especial. ¡Me lo merezco por aguantarte tantos años!

Pongo los ojos en blanco y me ajusto las gafas, que se me han deslizado un poco. Lo peor es que tiene razón. Es mi mejor amiga, si fuera a salir con ella, no podría ser algo trivial. Aunque fuera falso.

—Vale, diré que me enamoré, que fui a tu universidad y te entregué una carta de amor pidiéndote que saliéramos juntos. —Intento sondear su expresión para saber si ha funcionado y añado—: Te gustan las cartas.

Lo que digo la sorprende.

— ¿Te acuerdas de que me gustan las cartas?

¿Qué pregunta más loca es esa?

¿Es que no entiende que somos amigos? Por supuesto que lo sé todo sobre ella y viceversa.

— Obvio, Mand. Lo sé todo sobre ti, no soy tu amigo de fachada, solo seré tu novio falso.

—Ah, sí. Claro.

Responde en un susurro y vuelve a concentrar su mirada en el papel.

Me gusta la organización en todos los aspectos de mi vida. No es de extrañar que me hayan tomado el pelo por ser un empollón desde que tengo uso de razón, no solo por mis hábitos empollones y costumbres frikis, sino también por ser meticuloso, inteligente y organizado.

Recuerdo un episodio de cuando aún era niño. Debía tener unos ocho años. Papá fue a recoger a Ryan y a mí al colegio, y cada vez que salía por el pasillo principal, los chicos mayores de la edad

de Ryan siempre intentaban humillarme por mi carácter más retraído, por la necesidad de llevar gafas —cinco grados de miopía en ambos ojos no es algo que se pueda ignorar— o por mi pasión por los cómics.

— Pero es un empollón empalagoso...

Un adolescente cualquiera me empujó y caí al suelo, y la versión coleccionista de los caballeros del zodíaco que tenía en las manos fue pisoteada por ese imbécil.

Mientras me ajustaba las gafas sin entender muy bien lo que había pasado, solo vi a alguien volando hacia el chico y dándole una paliza.

Era mi hermano.

— ¡Lava tu boca cuando hables con mi hermano, mierda!

Sostenía al chico más débil y delgado que él, presionando el frágil cuerpo del niño contra una pared cuando apareció el inspector y nos llevó a la oficina del director.

En mi mente de niño, solo se me ocurría que tenía que comprar otro manga. Ese ya no me servía. Sucio y arrugado no era algo que aceptara en mi colección.

En cuanto nuestro padre entró y nos rescató de los regaños de la dirección, nos subimos al coche y, aún inmerso en la decepción por tener una colección defectuosa de cómics en casa, escuché a nuestro padre advertir a Ryan.

— Ser hombre no es hacer justicia por tu propia mano. Es ser justo, incluso cuando se cometen injusticias. Podrías defender a tu hermano sin agredir al chico.

Fue entonces cuando miré a Ryan, que estaba a mi lado en el asiento trasero del coche. Estaba con los brazos cruzados, en pleno apogeo de sus trece años. Con su habitual chaqueta negra, brillaba en su mirada de justiciero.

Me había defendido, a pesar de ser la persona que más se metía conmigo en casa.

«Solo yo puedo llamar nerd a Eric».

Eso fue lo que dijo, como si justificara su acción y el motivo real no fuera «nadie puede tocar a mi familia».

Aunque, en el fondo, yo sabía que ese era el motivo real.

Fueron tantos años siendo un meme en la escuela, sumados a una humillación especial a los dieciocho años, que crecí decidido a cambiar eso tan pronto como entré en la universidad.

Bueno, hoy pueden ver a un nerd **2.0**.

Estoy seguro de que ahora nadie se atreve a humillarme.

Pero la razón por la que he contado todo esto es solo para que comprendan lo mucho que valoro la organización y la perfección en prácticamente todo en mi vida.

No me gusta cuando las cosas se salen de control, de mi planificación.

Por eso, me adelanté y ya dejé todo listo para que Amanda solo tenga que leerlo y memorizarlo. Pero mi mejor amiga, por más inteligente y cuidadosa que sea, es la personificación del caos.

Quiere cambiar innumerables elementos de esa lista y eso me pone... inquieto.

Ya estaba perfecto. ¿Por qué cambiarlo?

— ¿Te das cuenta de que ayer pasé horas elaborando cada punto de la lista, sopesando los pros y los contras, calculando milimétricamente el impacto que cada información podría tener en mi familia y cómo me desharía de ella después de que termináramos?

Le pregunto, algo impaciente, después de que ella simplemente tachara con un bolígrafo cinco elementos de la lista que contenía diez.

Es decir, LA MITAD DE MI MALDITA LISTA.

He tirado horas a la basura escribiendo algo que ella ha cambiado en segundos.

— No me importa, Eric. Ya que estoy en este juego, ahora cumple mis condiciones. —Levantó el papel y comenzó a leer—. Esa parte de pasar solo dos horas al día juntos para reforzar nuestra falsa relación no tiene ningún sentido. ¿Qué pareja enamorada queda para verse alojada en el mismo lugar que la persona que ama?

— ¡Pero estaba pensando en tu individualidad! En cómo podríamos hacer algunas actividades solos, para no molestarnos tanto el uno al otro. Y después, mi madre me preguntaría después de la boda: «Hijo mío, casi no han estado juntos, ¿qué ha pasado?». Y entonces yo diría: «Mamá, no estamos bien, creo que vamos a romper». ¡El plan perfecto!

Amanda resopla, negando con la cabeza.

— Esto de participar en juegos para parejas es una locura. No somos una pareja, ¡nos desenmascararían delante de todos! Táchalo de la lista.

¿Por qué es tan terca?

Mi madre me envió un programa y, como la mayoría de las personas alojadas en la finca serán parejas, ha programado algunas actividades solo para parejas durante la semana.

Sería matar dos pájaros de un tiro. Amanda podría pasar todo el día sola haciendo lo que quisiera y nuestras dos horas de ese día serían una actividad en grupo. ¡Genial, perfecto!

— Eso lo haremos.

Decido ser inflexible. Somos amigos, sería muy fácil participar en un juego como ese.

Ella suelta una risita y pasa al siguiente punto.

— ¿Practicar deportes? ¡Ni pagando! El pole dance es lo único que me gusta.

Cuando menciona el pole, recuerdo algo que me intriga.

Hoy era día de pole dance, entonces, ¿por qué estaba tan arreglada tan temprano? Mi curiosidad casi me corroe el cerebro, ansioso por preguntarle sobre eso.

Aunque sabía que no tenía derecho a entrometerme y...

Ah, que le den.

— Hablando de pole dance... ¿No fuiste a clase hoy?

Ella frunció el ceño en mi dirección y, aunque tenía los ojos fijos en la carretera, me giré rápidamente para mirarla.

—De repente, cambiaste de tema. Vaya, qué raro.

— Ahora lo has mencionado y me he acordado. ¿Por qué estabas tan arreglada esta mañana? Nunca te había visto así antes.

Le pregunto, dejando clara la curiosidad en mi voz. Amanda organiza los papeles y los vuelve a guardar en la guantera, luego cruza los brazos sobre el pecho y respira hondo.

— Tuvimos una clase de ensayo para una presentación. Algo tonto.

— Joder, Amanda. ¿Vas a actuar con esa ropa tan pequeña? ¡Se te ve el útero si te mueves!

No quería ser un machista idiota, pero acabo siéndolo. Ah, ella me entiende.

— Llevo unos pantalones cortos debajo y forma parte del vestuario. Solo llevo esa ropa al principio, luego es como un mono. La profesora pensó en una puesta en escena al principio, va a estar muy bien.

¡Hum! No sé, no.

Algo se revuelve en mi estómago al imaginar a Amanda bailando, contoneándose, lo que sea, con ese vestido. La cantidad de hombres idiotas que pueden verla... Hum... no me parece bien.

— No te queda bien —termino diciendo, sin medir mis palabras.

— ¿Qué no te parece bien?

Su voz suena realmente curiosa. Mand realmente quiere saber mi opinión y eso me deja muy satisfecho.

Pero, a veces, cuando siento cosas extrañas, actúo de una manera muy ridícula.

— Esa ropa no tiene nada que ver contigo. De hecho, te queda muy mal. Eres guapa, no necesitas llevar ese tipo de ropa.

Lo digo en un tono cortante, sintiendo cómo la navaja imaginaria me golpea en cuanto las palabras resuenan en el aire dentro de ese 4×4 con las ventanas cerradas y el aire acondicionado encendido.

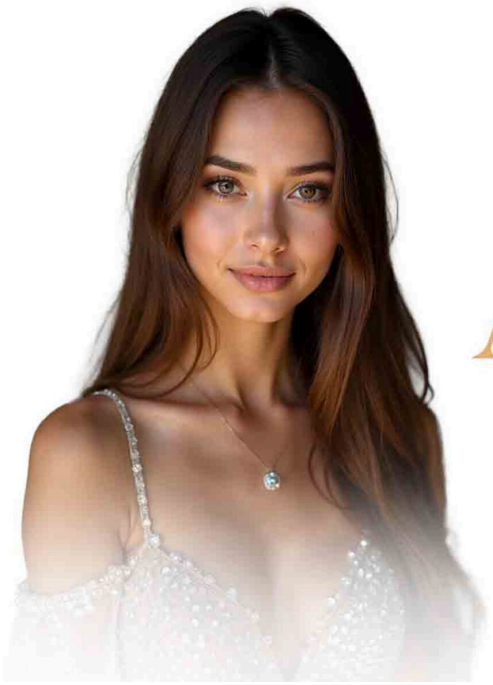
No debería haber dicho eso.

Maldición.

Consciente de la cagada que acabo de meter, busco contacto visual con ella, pero lo que veo me destroza.

Se encoge en el asiento, abrazándose a sí misma, y vuelve la cara hacia la ventana.

Así se queda durante las siguientes horas, hasta que llegamos a nuestro destino final.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 4

♫Pero, chico, sabes que tus juramentos no me engañan
Porque para ti esto es solo un juego
Sabes que es un poco tarde♫
Too Little too late - Jojo

El viaje duró más de diez horas. Paramos varias veces para repostar y otras para comer. No tengo carnet de conducir, así que no pude turnarme con Eric para que descansara un poco.

Llegamos a las once de la noche a la granja. Todo parecía vacío, según me informó mi amigo, la gente empezaría a llegar mañana, domingo.

Estuve pensativa durante todo el trayecto desde que me dijo esas horribles palabras. Eric no es así. No es cruel ni grosero, no suele humillarme ni actuar de esa manera.

Han sido muy pocas las veces en las que no ha controlado su lengua y ha terminado hiriéndome.

La primera fue en el primer año de nuestra amistad. Me «despreció» delante de Igor. En aquella época, Igor era más tranquilo, no tan loco como hoy.

Siempre bromeaba diciendo que acabaríamos siendo pareja, y ese día Eric dijo:

— ¿Amanda y yo? Estás loco, ella ni siquiera es mi tipo. ¡Mírala!

La forma espontánea y rápida en que lo dijo demostró lo real que era esa información en su cabeza.

Empecé a aceptar que sus comentarios «sin filtro» eran la verdad de lo que pensaba de mí y nunca se atrevía a decir, pero de tanto ocultarlo, de vez en cuando se le escapaba.

Por supuesto, él siempre se disculpaba, siempre decía que no era nada de eso, pero yo sabía que sí lo era.

No era lo suficientemente guapa para él.

No era lo suficientemente interesante.

No era lo suficientemente sexy...

Y ahora además quedaba ridícula con la ropa de baile.

Aparcamos el coche y, en cuanto Eric gira la llave y apaga el motor, suelta un largo suspiro.

Sé lo que va a decir.

— Mand... — Gira la cara hacia mí y yo cedo, mirándole a los ojos, ya oscurecidos por la escasa luz. — Perdóname. De verdad.

Me encogí de hombros sin decir nada.

Su petición de perdón se extiende, hiriendo mi interior aún más.

No sirve de nada.

— Realmente no quería usar esas palabras.

Sutil, dulce y hermoso como es, me toca la cara y frunce el ceño en una expresión arrepentida.

Mi corazón traidor da un salto, diciéndome que no importa lo que haga o lo que pase, él siempre obedecerá las órdenes del hombre que tengo delante.

Odio estar enamorada de él.

— ¿Me perdonas, por favor?

Suplica, con voz susurrante.

— De acuerdo.

Es lo único que puedo decir. Evito prolongar nuestro contacto visual y me doy la vuelta, abriendo la puerta del copiloto y saliendo del coche.

Me llevo la mano a la garganta y la sensación de asfixia se extiende.

No sé si fue una buena idea ofrecerme como novia falsa.

¿En qué estaba pensando cuando sugerí esta locura?

Entro cargando mi mochila y lo dejo allí, cogiendo nuestras maletas del coche. Camino por el césped admirando la inmensidad verde de esa lujosa finca y la hermosa e imponente mansión aparece, captando mi atención y dejando a un lado cualquier emoción negativa. Tenía que ser una buena actriz.

Patricia, la madre de Eric, aparece en mi campo de visión, abriendo las enormes puertas de la terraza y bajando la pequeña escalera que da a la callecita por la que estoy caminando.

—¡Mi preciosa! ¡Cuánto te echaba de menos!

Abre los brazos, expansiva y acogedora, y su cabello grisáceo a la altura de los hombros se balancea. Me abraza como un oso, calentándome en esa fría brisa nocturna.

— Hola, señora Paty, ¿cómo está?

Nuestro abrazo termina y ella se aleja un poco de mí, acariciándome el costado de los brazos, en un gesto protector que me encanta de ella.

— Estoy bien, niña. Y basta ya de eso de «señora», «señorita». Soy como tu madre, ¿entiendes? — Sus ojos verdes buscan algo detrás de mí, sé que es su hijito. — ¿Dónde está Eric?

— Está trayendo las maletas.

—¿Y su novia? —Vuelve a centrar su mirada en mí y baja el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Entre nosotras, hija. ¿Es buena chica? Me preocupa mucho eso, me gustaría ser yo quien eligiera novia para mi hijo, pero la vida no es tan perfecta como la imaginamos, ¿verdad?

Sonrío y me encojo de hombros, sintiendo el peso de sus palabras. ¿Cómo le digo que su «novia» tal vez no esté a la altura de

sus expectativas?

— Es una buena chica.

— Ven, entremos. Él llegará enseguida.

Me abraza por un lado y caminamos juntas hacia el interior de la mansión.

Sabía que su futuro marido era rico, pero no imaginé que me impactaría tanto tal despliegue de lujo. La mansión es enorme, los muebles y la decoración rezuman sofisticación. Me siento como en un cuento de hadas, en un castillo de princesas.

— Puedes subir, vuestra habitación es la penúltima del pasillo. He reservado las mejores para mis hijos.

No presto mucha atención a la frase completa, solo subo las amplias escaleras de mármol casi corriendo, con ganas de darme un baño. Ignoro todas y cada una de las emociones que me molestaron durante el viaje y me concentro solo en los pasos rápidos hacia la habitación que me indicó mi suegra falsa.

Al abrir la puerta, saco la llave del exterior, la introduzco en la cerradura interior y admiro el ambiente.

Las paredes amarillas, en tono pastel, me recuerdan a un día de verano. En el centro de la habitación hay una cama enorme para una pareja, o quizá para una familia. Es posible que sea una cama king size.

— La señora Paty no escatimó en esta boda. ¡Dios mío!

Suspiro, caminando por la habitación, mirándome en el enorme espejo de una pared, luego entro por una puerta y veo un pequeño armario, donde dejo mi mochila.

Hay un balcón tras unas puertas de cristal cubiertas por cortinas de lino, un rincón de trabajo con un escritorio y elegantes estanterías, una estantería con algunos libros y un cuarto de baño.

Uf, llegué a donde quería.

Sin pensar en nada, me quito la ropa después de cerrar el baño con llave. Estoy ansiosa por darme una ducha.

Como era de esperar, el enorme baño tiene una bañera ovalada, muy elegante, que nunca había visto en toda mi vida. Opto por la ducha solo por practicidad, pero por dentro ya me prometo pasar al menos media hora al día en esa bañera.

Aprovecharía todo lo que hubiera en esa habitación.

El sonido del agua sobre mi cuerpo despeja mis pensamientos, siempre tan intensos y ruidosos. No quiero pensar en mi mejor amigo, ni en las dolorosas palabras que tanto me han herido.

Tengo que hacer todo lo posible por convertirme en una buena novia falsa, ocultar mejor mis emociones, como he estado haciendo desde que descubrí que estaba enamorada de él.

Quiero, al mismo tiempo, mostrar una pasión falsa y dejar la verdadera en off.

¿Lo conseguiré?

Después del relajante baño, cojo una toalla del armario y me seco, consciente de que mi ropa básica está en la mochila. El resto de las cosas estaban en la maleta y no sé si Eric ya las ha guardado. Parecía un poco pensativo cuando lo dejé en el garaje.

Salgo del baño envuelta en la toalla y me asusto con lo que veo.

— ¡Mierda!

Eric está saliendo del armario, probablemente acaba de meter allí nuestras maletas.

— ¿Mand?

Siento que me arden las mejillas y vuelvo corriendo al baño, cerrando la puerta con más brusquedad de la que debería.

Me ha visto arreglada para la presentación de pole dance de antes.

Ahora me ha visto prácticamente desnuda.

¿Qué está pasando?

— Mand, si quieres, te llevo la mochila. No te preocupes, no me he dado cuenta de nada.

Su voz suena cautelosa, incluso amistosa.

Respiro hondo apoyada en la madera de la puerta y, con la mano en el pecho cubierto por la toalla, cierro los ojos sintiendo sus palabras.

Pero claro que no se ha dado cuenta de nada.

Nunca se daría cuenta.

— Está bien. Voy a abrir y tú me entregas la mochila, por favor.

Abro la puerta sin que mi cuerpo aparezca en su campo de visión, y enseguida su brazo aparece por la rendija, entregándome lo que prometió.

Cojo la mochila y vuelvo a cerrarme en calabozo.

Le voy a pedir a la señora Paty otra habitación.

No puedo tenerlo en el mismo ambiente que yo todos los días.

***

— No sé qué está planeando tu madre, Eric, pero ponerme en la misma habitación que tú ha sido inesperado.

Él ya se ha duchado y estamos sentados en un sofá en la esquina de la habitación, debatiendo nuestro plan.

Me quedé un poco desconcertada, porque la señora Paty no sabía que yo era su novia y me asignó la habitación que había reservado para Eric.

¿Se habrá confundido?

—Mamá, no es tan despistada. Quizás pensó que tú me traías algo...

Comenta, pensativo, con la mirada fija en el móvil que tiene en la mano.

— Cuando entraste, ¿le dijiste lo nuestro?

En cuanto le pregunto, levanta la vista y me mira a los ojos. Sus iris verdes brillan en aquella habitación bien iluminada. Como un virus, una extraña sensación de ardor se extiende por mi pecho.

— Ella no me preguntó por mi novia. Supuse que tú le habías dicho algo.

Mierda.

¿Será que...?

No. Sería un poco sobrenatural que ella supiera de nuestra relación sin que nadie se lo hubiera contado. Incluso extraño.

— Creo que deberíamos hablar con ella.

Se lo sugiero y él asiente, pidiéndome la mano para bajar juntos y contarle a su madre lo de nuestra relación.

Salimos de la habitación y yo hago todo lo posible por no concentrarme en su mano grande y cálida, que envuelve la mía, pequeña y fría. Un escalofrío me recorre la espalda, en una oleada de nerviosismo y ansiedad. ¿Ya nos hemos cogido de la mano así antes?

Creo que no... No de una manera tan natural, sin intención.

Eric ya me ha cogido de la mano varias veces y yo, enamorada y ilusionada como soy, me di cuenta y disfruté de las sensaciones de cada una de esas veces.

La primera fue cuando me conoció, me sacó del círculo de personas maliciosas que hablaban de mí por el vídeo difundido en Internet.

Aquello fue inolvidable. Parecía tan... perfecto.

Poco a poco, fui conociendo cada parte extraña e imperfecta de él. Lo más increíble de todo es que amo cada una de ellas.

Bajamos las escaleras confirmando lo que ya sabía. Solo estábamos él, yo y su madre en la casa. Aún no había visto a Joaquim.

Llegamos a la cocina cogidos de la mano y, cuando Patricia se da la vuelta, antes concentrada en el interior de la nevera, sus ojos se dirigen directamente a nuestras manos unidas.

—Mi corazonada era acertada. —Sonrió y dejó la jarra de zumo sobre la encimera a nuestro lado antes de abrazarnos a los dos de forma colectiva y cariñosa—. No habría nadie mejor para cuidar del corazón de mi pequeño. Sabía que serías tú.

No sé exactamente por qué, pero me arden los ojos y las ganas de llorar me invaden con una fuerza desconocida. Mi corazón arde, ardiendo por desear tanto que las expectativas de su madre se hagan realidad.

Maldita sea, me siento mal por mentirle así.

Me siento fatal.

Nos separamos lentamente del abrazo y lo que veo en los ojos verdes de la mujer que dio a luz al hombre de mi vida es algo parecido al orgullo.

—Mamá... No hace falta que seas tan...

— ¿Dramática?

— completa ella, haciendo un puchero, y de inmediato se me pasan las ganas de llorar. La forma de ser de Paty me cautiva hasta

el punto de convertir los momentos demasiado sentimentales en divertidos.

—No le hagas caso, es un insensible —añado, poniéndome a su lado, en un enfrentamiento doble contra mi falso novio.

Eric observa la escena en la que su madre y yo estamos una al lado de la otra con los brazos cruzados y yo disfruto con su reacción ante nuestra conexión.

— Ya está. Estoy jodido con ustedes dos.

Pone los ojos en blanco y sale con paso firme de la cocina, dejándome a solas con su madre. Paty se pone más seria y empieza a hablar mientras une nuestras manos.

—Amanda, hija.

Respiro hondo, la conozco desde hace años, aunque no la veo muy a menudo, pero siempre hemos estado conectadas hasta el punto de hablar de cosas más sentimentales.

Con ella tengo la conexión que nunca tuve con mi propia madre.

Desde pequeña, escuchaba que nunca la haría sentir orgullosa. Que era un estorbo, una molestia en su vida. Mi padre nos abandonó cuando yo solo tenía cinco años y, desde entonces, la relación con mi madre se deterioró rápidamente.

Siempre soñé con ser médica y, tan pronto como terminé la secundaria, conseguí un trabajo para pagar el curso de técnico en enfermería, solo para tener un mejor salario e invertir en el curso preparatorio para la universidad.

Gracias a todos mis esfuerzos, en el primer año aprobé el examen de ingreso a la carrera de medicina en la USP.

No escuché un «felicidades».

No escuché un «Qué bueno que lo lograste, ojalá todo salga bien».

La despedida fue con mi madre diciéndome:

— Vete a estudiar, pero ten en cuenta que si todo sale mal, no vuelvas. Ya eres mayor de edad, sigue con tu vida, porque yo quiero vivir la mía.

Entonces, cuando Paty me mira con su mirada tierna, siempre cálida y acogedora, me siento amada.

— Sé que mi hijo no es perfecto. Sé que tiene algunas sombras en el corazón, pero me siento feliz de veros juntos. Estaba deseando que esto sucediera.

Ella sonrió, lo que me hizo sonreír a mí también.

—Usted no es fácil... —En ese mismo instante, renuncio a la idea de pedir una nueva habitación, me parecía tan feliz que no quiero decepcionarla—. Eric es... Eric. Es único.

— Sí, lo es.

Nos quedamos allí hablando de cosas más aleatorias y ella me contó lo emocionada que está con la boda. Joaquim estaba resolviendo cosas en su empresa, para suplir su ausencia durante los diez días, pero mañana estará con nosotros.

— De nuestra familia solo falta Ryan.

—Ryan llega mañana con su novia.

La voz de Eric nos llama la atención, entrando en la cocina con un móvil en la mano.

— ¿Cómo que una novia?

Paty grita asustada y se acerca a Eric, cruzando los brazos sobre el pecho. Decido quedarme cerca de la encimera en el centro de la cocina, solo observando. Parece que algo no huele bien.

Ryan es el hermano mayor de Eric, es un poco frío y distante, pero es buena persona. Siempre que mi amigo me habla de él, lo hace con mucho orgullo.

— Acabo de hablar con él, me ha dicho que vendrá mañana con su novia. ¿No lo sabías, mamá?

Paty resopla y da una patada en el suelo, pareciendo muy irritada.

—Estas cosas me entristecen mucho. Tu hermano nunca me cuenta nada, siempre me entero por los demás. —Gira la cara hacia mí y me saluda con la mano, despidiéndose—. Me voy a acostar, niños. ¡Hasta mañana!

Y se marcha llevándose consigo la densidad del ambiente cargado de decepción.

Seguro que está triste por su hijo mayor. Y es comprensible, sabiendo la madre maravillosa que es. Si yo tuviera una madre como Patricia, nunca me alejaría de ella.

Eric se acerca a mí y me tiende la mano para que le dé la mía. Dejo el vaso de agua que estaba bebiendo sobre el fregadero y lo miro con desdén. Arqueo las cejas.

— No tenemos que fingir. Puedo subir sin ir de la mano contigo.

— No quiero darte la mano para subir. — Mantiene la suya extendida, despertando mi curiosidad. — Vamos, Mand. Pon tu mano aquí, por favor.

Me lo pide con delicadeza y, con un gesto impaciente, acabo dándole mi mano.

Él la tira hacia sí, acercándome a él. Nuestros pechos chocan y me sobresalto, asustada por su actitud inesperada. Luego, me rodea la cintura y pone una mano sobre mi cabello, induciéndome a recostar mi rostro en su pecho.

Me lleva como si fuera una muñeca y, sintiendo que mi corazón está a punto de salírseme por la boca, me rindo inhalando su aroma fresco y adictivo que tanto me embriaga. Cierro los ojos, con la cabeza pegada al lugar donde late su corazón, separada solo por la fina tela de la camisa básica de algodón blanco.

— Sé que no soy un buen amigo —oigo su voz grave, ronca e intensa—. Me da un beso en la cabeza—. Pero odio hacerte daño. Joder, Mand, odio mucho hacerte daño.

Ah, si supieras cuánto me has herido sin darte cuenta. El simple hecho de no amarme y no querer ser mío ya me duele mucho.

Pero lo paso por alto, siempre lo dejo pasar porque sé que nunca va a suceder.

Y cada día me doy cuenta aún más de la imposibilidad de que esta relación se haga realidad.

— No pasa nada. No has dicho mentiras, solo has sido cruelmente sincero.

Cuando digo eso, él se aleja y me sujeta por los hombros, inclinándose un poco hasta que nuestras caras quedan frente a frente, a la misma altura.

— No lo fui. Fui un idiota, no fui sincero. — Cierra los ojos y los aprieta, como si intentara controlar alguna emoción interna. — Solo tuve unos pensamientos intrusivos extraños y... En fin. Eres preciosa, Amanda Rocha. El tipo que tenga tu corazón será un afortunado. De verdad. Eres perfecta.

Intento no hacerme ilusiones, ni pensar tonterías, pero es casi inevitable.

Me tiene en la palma de su mano, por mucho que me esfuerce por no dejarlo traslucir.

De nada sirve que el tipo que tiene mi corazón sea un afortunado, si yo soy la desafortunada por no tener su corazón a cambio.

— Gracias. Eres el idiota al que más quiero.

Suelto, tratando de relajarme, solo para escapar del deseo que siento de besarlo, de decirle todo lo que siento.

Él se relaja, pareciendo satisfecho con mi respuesta, y me coge la mano de nuevo.

—Vamos, es hora de dormir.



CAPÍTULO 5

♫Podrías ser la chica para mí
Chica, eres increíble
Amarte podría ser un delito
Es una locura lo bien que encajamos♫
Esta es la chica It Girl - Jason Derulo

Llegó el domingo y me desperté muy temprano, como de costumbre.

Salgo a correr por la mañana y aprovecho para admirar y conocer mejor el lugar. Mamá me contó que la finca es de Joaquim, un tipo millonario, y, aunque lo he visto pocas veces, me cae bien.

Trata bien a mi madre y no la va a hacer pasar por necesidades económicas.

En mi opinión, eso es algo crucial para un matrimonio.

Mientras siento la brisa fresca sobre mi pecho desnudo a las cinco de la mañana, trato de asimilar cómo fue dormir esa noche.

No duermo con alguien a mi lado desde...

Bueno.

Desde que dejé de ser virgen, a los dieciocho años.

Me gustaría poder olvidarlo, pero fue una noche tan traumática que, de vez en cuando, vuelve a mi mente como un recordatorio de que debería estar solo para siempre.

No sirvo para las relaciones.

No soy dado al sexo casual, beso a alguna chica de vez en cuando y sí, tengo ganas de follar.

Muchas ganas.

Pero no consigo desprenderme de aquella noche y de toda la vergüenza que me provocó.

Maldita sea.

Solo con recordar a esa chica, la sangre me hierve en las venas, caliente como la lava.

La chica que jugó con mis sentimientos, pisoteó mi corazón y además me convirtió en el hazmerreír de todos mis amigos del colegio.

Pero, sorprendentemente, conseguí dormir bien. Muy bien, incluso. Me desperté varias veces durante la noche y, al encontrarme con el delicado cuerpo de Amanda roncando serenamente a mi lado, me tranquilizaba.

Era Amanda quien estaba allí, no Kamila.

—El plan de mi madre de querer emparejarme con alguien ha sobrepasado todos los límites. No sé si podré seguir fingiendo durante tanto tiempo.

Me susurro a mí mismo mientras corro, sintiendo el sudor correr por mi pecho.

Por culpa de la señora Paty, todos esos fantasmas están volviendo con más fuerza para asustarme y lo único que quiero es salir corriendo de aquí.

Descubro un gimnasio privado un poco lejos de la mansión y allí paso las siguientes dos horas.

Desahogarme haciendo ejercicio siempre me ha ayudado mucho, sobre todo desde que empecé a cuidar mi salud. Era como unir dos cosas en una sola.

Cuidar de mi cuerpo y mi forma física y también bloquear la mente de los fantasmas.

Llego a la mansión casi a las ocho de la mañana y la escena que me encuentro me deja un poco aturdido. Han llegado algunas personas y, entre ellas, el imbécil de Paolo.

Todos están alrededor de la mesa repleta de desayuno y tengo que pasar entre ellos para subir las escaleras y darme una ducha decente antes de cualquier otra cosa.

Paolo está al lado de Amanda, sonriendo de una manera que me hace un nudo en la garganta. Ella le devuelve la sonrisa, amable como es.

— Sí, estudio medicina.

Escucho la conversación a medias. Además de él, también están mi tía Linda y algunos primos. Paolo no es de la familia, solo era un chico al que mi madre acogió durante unos meses y al que acabó queriendo como a un hijo.

El imbécil me tiene mucha envidia, siempre intenta humillarme.

No sabe que ya no soy el idiota de dieciocho años que agachaba la cabeza ante el acoso.

Hoy tengo mi autoestima establecida, sé que soy la leche.

Pero, como no todo el mundo cambia o evoluciona en la vida, él sigue ahí mirando a mi novia con sus malditos ojos de halcón hambriento. Como siempre, queriendo lo que me pertenece.

— Mi sueño es casarme con una médica.

Aparezco en el campo de visión de todos, que me miran simultáneamente.

— Buenos días, gente.

Algunos me saludan, la tía Linda dice:

— Hijo, qué guapo estás. Cuánto tiempo, ¿verdad?

Asiento cruzando los brazos sobre el pecho, allí mismo, de pie frente a la mesa llena de gente sentada.

— Sí, hace unos cinco años que no vengo a la ciudad, tía.

— Pero hace unos diez que no te veo en persona. Solo por las llamadas que haces cuando estoy con tu madre.

Recorro con la mirada al resto y Paolo me observa, con una ceja arqueada desafiante.

—Hijo, ponte una camisa para desayunar con nosotros. ¿Dónde estabas?

Mi madre hace la pregunta y yo la miro, tiene una sonrisa en la cara que me rompe el corazón. Está feliz de tenerlos a todos allí, por mucho que yo esté cabreado porque Paolo no se despega de Amanda.

Tengo que instruir bien a mi mejor amiga. Es demasiado inocente, puede acabar cayendo en las redes de esos machos cabrones.

— Salí a correr y luego fui al gimnasio. —Miro al novio canoso de mi madre—. ¿Qué buen gimnasio tienen por aquí? Me gustó mucho.

— Me alegro, hijo. Podéis usarlo cuando queráis.

Responde, amable como siempre.

Los ojos de Amanda se encuentran con los míos y ella lo sabe.

¿Sabe que quiero hablar con ella?

Pero para dejar claro que detesto la cercanía del imbécil de Paolo con ella, me acerco a donde está sentada y la abrazo por detrás, aunque esté sudando. Le doy un beso en la cabeza y ella me mira con extrañeza.

— ¿Ya comiste, amor? Necesito que me ayudes aquí un momento.

Se lo pido en tono cariñoso y Amanda se sonroja. Estoy actuando, ella también tiene que meterse en el personaje.

— Sí, ya comí —añade cuando creo que todo está bajo control—. Pero estoy aquí hablando con Paolo. Date una ducha y luego te ayudo. Es de mala educación levantarse de la mesa con todos todavía aquí.

Sonrío con la boca cerrada, dándome un ultimátum con sus ojos firmes e incisivos.

Tragué saliva y, controlando mi vergüenza, asentí y salí de allí, subiendo rápidamente las escaleras.

No sé qué me está pasando, pero una fría emoción se extiende por mi pecho, poniéndome aún más nervioso por lo que acaba de pasar.

¿Le había gustado ese desgraciado?

¿Se habrá creído su ridícula charla?

Entro en la habitación, me quito los pantalones cortos y abro el grifo de la ducha de la suite con la rapidez de una pantera. Necesito ordenar mis pensamientos.

Todo está muy confuso desde que decidí venir aquí y, además, acepté la idea de Amanda de fingir que éramos novios. Quizás, si hubiera contratado a una acompañante de lujo, las cosas serían diferentes.

Pero era Mand.

«Mi sueño es casarme con una médica», imito en tono burlón y con voz aguda mientras el agua helada resbala por mi piel. «¡Ah, vete a la mierda, infierno!

Mi odio por Paolo no es de hoy. Siempre quiso humillarme y, en todas las oportunidades que tuvo, lo hizo y lo consiguió.

No será ahora cuando lo vuelva a hacer.

¡Ni lo sueñes!

***

Después del baño, no bajé. No quería comer. Me quedé allí en la terraza observando la enorme finca, el vasto campo que se extiende hasta donde no puedo ver.

Me encuentro con una escena un poco extraña. Mi madre sale con mis primos, entre ellos Paolo, y les muestra los alrededores, como si quisiera que conocieran el lugar.

Entonces, ¿quién aparece detrás de ellos?

Sí, ¡la chica que debería estar a mi lado!

¡Qué rabia!

— ¿Sabes montar a caballo, Amanda?

Oigo la voz de Paolo a lo lejos y mi madre grita:

— Cuida de mi nuera. ¡Hija, diviértete!

¿Cómo?

Tengo que hablar con la señora Paty sobre esa manía que tiene de meterse en la vida de los demás. Es surrealista, insoportable. Ella sabe que Amanda es MI novia. ¿Por qué la está

animando a montar a caballo con el hombre que más odio en toda mi vida?

Mi cerebro empezó a imaginar escenas de los dos interactuando en el establo, riendo, intercambiando afinidades y conversando.

Amanda es ingenua, ¡no puede estar cerca de buitres de dudosa procedencia!

Aprieto con fuerza la barandilla del balcón y siento que me duelen los dedos de tanta rabia.

Resoplando, decido hacer algo.

¡Tengo que hacer algo!

Me doy la vuelta y salgo de la habitación respirando hondo, tratando de controlar las emociones desconectadas que hay en mí, porque no puedo simplemente hablar de una manera que haga que mi madre se enfade.

Quiero que sea feliz.

Bajo las escaleras y allí, sentados en el sofá, están: la tía Linda, mi madre y Joaquim, iniciando una conversación amistosa.

Respiro hondo en cuanto me miran y me siento en el sillón cerca de donde están.

—Mamá, quería hablar contigo.

Ella levanta las cejas, con aire sorprendido.

— ¿Ah, sí? —Le da un beso en la mejilla a su futuro marido—. Cariño, ahora vuelvo.

Él asiente y la tía Linda se limita a observarnos con atención. Me levanto y camino junto a la mujer que me dio a luz, fuera de la mansión.

Necesito respirar aire puro para tener esta conversación con ella.

¿Cómo decirle que necesito su ayuda para proteger a Amanda?

¿Cómo pedirle que sea menos invasiva?

Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y, caminando junto a mi madre, observo el césped bajo nuestros pies.

— Bueno, mamá...

— Ya lo sé.

Lo dice con ese tono de «mamá lo sabe todo», y no con el tono dulce e inocente que suele usar.

Levanto la cara y la miro con curiosidad. ¿Qué sabe?

— No te gusta Paolo, pero tu novia parecía querer alejarse de ti hoy.

Deja de caminar y se da la vuelta, quedando frente a mí. Observo su rostro, que irradia firmeza y experiencia vital. Su cabello blanco ondea con la refrescante brisa y sus ojos, más claros que los míos, brillan con la tenue luz del sol que incide sobre ellos.

— No quiero a Paolo cerca de Amanda. Quiero pedirte que me ayudes con esto...

Empiezo tratando de explicarlo con cautela, midiendo bien las palabras y mirando, de vez en cuando, mis manos, que suenan.

— No puedo ayudarte. No voy a maltratar a ningún invitado y Paolo está siendo respetuoso con Amanda, no veo motivo para separarlos. Si estás celoso, díselo. Ella lo entenderá.

Me llevo la mano al cabello liso y castaño, un poco revuelto.

—Mamá... —le suplico.

— Sé sincero con ella, Eric. Ninguna relación sobrevive sin sinceridad.

Lo dice y simplemente se da la vuelta, dándome la espalda y volviendo a la mansión.

La palabra sinceridad me golpea como un puñetazo en el estómago.

¿Cómo actuar con sinceridad, si estamos engañando a todos en este lugar con la mayor mentira de todos los tiempos?

El tiempo pasa y decido volver a la habitación y refugiarme en mi escape de los fines de semana: el ordenador.

Abro el portátil y doy gracias mentalmente por tener un espacio en la habitación donde puedo poner todo lo que necesito para jugar en paz.

Allí me quedo hasta que sirven el almuerzo. Bajo y no veo a Amanda ni a Paolo, pero los demás primos ya están yendo y viniendo, ansiosos por comer.

Recorro las habitaciones de la planta baja y no los encuentro. Mi respiración comienza a acelerarse, la preocupación me corroe los

huesos.

Finalmente, decido salir y lo que veo me provoca una sensación demasiado extraña como para describirla. Como si me hubieran puesto esa inyección de vitamina B en medio del pecho, algo doloroso va ganando espacio y exhalo aire pesadamente, llevándome la mano al pecho.

Ahí está ella, montada en un caballo, sujetando la cintura de Paolo. Los dos juntos como una maldita pareja feliz de película romántica.

Sé que no tengo derecho, pero me siento traicionado.

Cierro los ojos, ignorando la sensación de la que siempre he intentado huir toda mi vida. Odio sentirme inferior, rechazado, humillado.

Los años de acoso escolar llenan mi memoria y el deseo de empezar de nuevo cuando llegué a São Paulo grita fuerte dentro de mí.

No dejaría que nadie me hiciera sufrir, porque soy lo suficientemente bueno. Soy guapo, fuerte, estudioso. Soy excepcional.

No necesito sentirme inferior.

— No tengo por qué sentirme inferior.

Con los ojos aún cerrados, susurro, sintiendo los galopes acercándose a mí. Eso hace que finalmente los abra y vea a Amanda sorprendida.

Paolo desciende y la ayuda a bajar, como un perfecto caballero.

Ya no permito que esas sensaciones me afecten. Solo contemplo la escena y, cuando Paolo entra, dejando a Amanda sola, me acerco a ella sobre el césped.

Me detengo frente a ella, que, a pesar de ser más baja que yo, se yergue con su postura altiva. Me sorprende lo que veo en sus ojos. Transmiten cierta determinación, una fuerza.

—Quería hablar contigo sobre Paolo —comienzo, suavemente. Ella es mi mejor amiga y necesita saber cómo me afectó ese imbécil en el pasado. Es la primera vez que hablo de esto con alguien. —¿Podemos hablar?

Pero, a diferencia de cómo Amanda siempre ha sido conmigo, cruza los brazos y me mira con desdén.

—Eric, te quiero mucho. Pero no puedo ser tu marioneta. —Extiende la mano en el aire y da un paso atrás, alejándose de mí—. Tienes que dejar de querer protegerme todo el tiempo.

Sus palabras me perforan la piel.

¿Qué está pensando de mí?

— Mand, creo que lo has entendido mal. Lo que quiero contarte es lo que pasó y...

Ella pone los ojos en blanco y resopla.

— Todo gira en torno a ti, Eric Almeida. Yo soy como la luna, orbitando alrededor de la Tierra. Estoy harta de este lugar. Dijiste en la lista que debemos valorar la individualidad y ahora que por fin estoy de acuerdo con eso, ¿quieres actuar como un pinscher marcando tu territorio? ¿Crees que soy tan idiota que no soy capaz de defenderme o darme cuenta de cuándo un chico no vale la pena?

Yo... Pero no quería hablar de eso.

— No es eso. —Me froto las dos manos por la cabeza, sintiendo cómo un escalofrío me recorre la espalda—. Solo escúchame.

— Ayer acepté tus disculpas, pero decidí no seguir aceptando tu dominio sobre mí. Me haces daño con tus palabras crueles y luego quieres curarme con palabras dulces. Sigo queriéndote y deseando con todas mis fuerzas que sigamos siendo amigos. Pero...

¿Por qué siento tanto dolor?

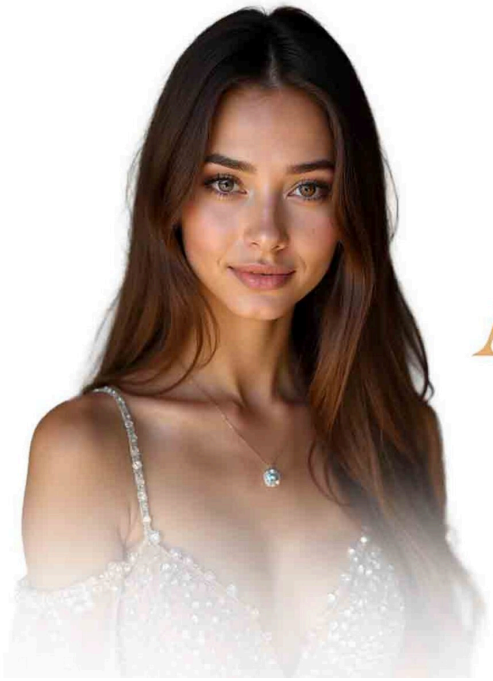
¿Por qué me dan ganas de llorar?

¿Por qué tengo la sensación de que me abandonarán una vez más? ¿De que me despreciarán una vez más?

Abro la boca, con lágrimas ardientes en los ojos, y apenas me doy cuenta de que empiezan a caer después de que Amanda complete la puñalada.

— Ya no quiero tu protección. No quiero que te metas en mis posibles relaciones. No soy una loca que se va a acostar con su excompañero la semana de la boda de su madre, así que cálmate y olvídate de mí. Vive la individualidad que estabas planeando.

Con los brazos cruzados, pasa a mi lado y se marcha, entrando en la mansión, dejándome con la boca abierta, el corazón destrozado y las lágrimas cayendo sin control por mi rostro.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 6

♫Donde hay deseo, habrá una llama
Donde hay una llama, alguien está destinado a quemarse
Pero solo porque te quemes no significa que vayas a morir
Tienes que levantarte e intentarlo, e intentarlo, e intentarlo♫
Try - Pink

Cuando dormimos juntos ayer, me sentí como la chica más estúpida del universo.

Estaba siendo demasiado tonta.

Demasiado tonta.

Eric me dominaba poco a poco y, por muy sincera que sea nuestra amistad y por muy puros que sean nuestros sentimientos, él no sabía que yo lo quería de esa manera y no tenía ni idea del daño que me hacía con ese juego del gato y el ratón.

Me desperté el domingo sin él en la cama, decidida a que ya no me importaría. Cumpliría sus peticiones establecidas en esa lista de diez reglas estúpidas y lo mantendría alejado de la misión de «protegerme» o «cuidarme».

No soy una niña, joder.

Pero, después de desahogarme con él y de la comida que tuvimos en familia, decidí estar un poco sola. Sin Paolo, sin nadie.

Eric hizo lo que le pedí, se alejó y se aisló, volviendo a su habitación para jugar.

Decidí dar un paseo y, sola, sintiendo cómo mi cabello castaño con algunos reflejos rubios recién hechos en la peluquería volaba al viento, recorrí la propiedad como una típica vaquera. Camiseta sin mangas, pantalones cortos vaqueros y botas.

Me encantó montar a caballo temprano, Paolo se mostró educado y respetuoso. Vi la forma en que miró a Eric a la hora del desayuno y pude sospechar de algún desacuerdo entre los dos.

Pero ya había decidido no ser una pieza en un tablero, sino la protagonista de mi propia historia. Cuando Eric me llamó «amor», confieso que me derretí, pero pronto volví a la normalidad, quitándole el poder de darme órdenes fingidas con pedidos cariñosos.

A diferencia de Eric, Paolo quería conocerme mejor.

Me preguntó de todo y cuestionó el hecho de que Eric y yo fuéramos pareja, porque nunca lo había visto con nadie desde que se mudó a la ciudad, diez años atrás.

Esa información me intrigó.

¿Entonces tenía novia?

No puedo calcular cuánto tiempo llevo caminando por la finca, pero llego a un espacio cubierto donde hay algunos salones. Me acerco a un empleado que está cerca y le pregunto:

— ¿Qué hay en este conjunto de salas?

Señalo el edificio con un pasillo en el medio que contiene varias salas enormes.

— Aquí es el espacio cultural. Hay salas de juegos, pintura y danza.

Abro la boca y exclamo un «ah» con los ojos muy abiertos. Me meto las manos en los bolsillos y, un poco avergonzado, pregunto:

— ¿Podría verlo?

El hombre de mediana edad sonríe amablemente y asiente con la cabeza.

— Venga, se lo mostraré todo, señorita.

Me conduce por el pasillo que divide el espacio en dos y lo atravesamos, abriendo cada puerta, donde el empleado me indica qué tipo de sala es. Cuando llegamos al espacio dedicado al baile, mis ojos brillan.

Hay un mástil en una parte de la amplia sala con espejos. Hay barras laterales, innumerables colchonetas y el suelo es de goma.

Perfecto.

Entro, dejo mis botas en la puerta y me dirijo al mástil, con muchas ganas de bailar pole dance. Quizás eso me ayude a lidiar con esos momentos en los que estoy obsesionada con Eric durante la semana.

Me despido del chico que me ha llevado hasta allí, diciéndole que cerraré con llave cuando salga, y saco el móvil del bolsillo, activando una de las canciones de mi lista de reproducción de baile. Sé que llevo pantalones cortos vaqueros, pero no son ajustados, así que puedo arriesgarme a hacer algún movimiento.

Deslizo la mano por el poste y siento el hierro, me familiarizo con él antes de probarlo.

Entonces la canción llega a la parte que más me gusta y me arriesgo a hacer algunos giros, teniendo éxito en cada uno de ellos. No intento nada muy elaborado debido a la ropa, pero cierro los ojos y solo siento los movimientos creando vida en mí.

Estoy completamente enamorada del pole dance.

No me doy cuenta de que alguien entra en la sala y, por eso, me asusto en cuanto bajo del mástil.

— ¡Dios mío!

Me llevo la mano al pecho, jadeando.

— No quería ser un intruso, solo pasaba por aquí y...

— No pasa nada, Paolo. Ya me iba. — Respondo amablemente y cojo el móvil para apagar la lista de reproducción.

Se acerca a mí lentamente, con cautela.

— Puedes continuar. Me ha gustado verte bailar.

A diferencia de toda la conversación que he tenido hoy con él, esta frase me suena... extraña.

Algo me hace saltar las alarmas internas.

— Bueno, no me gusta mostrar mis habilidades en el pole dance a todo el mundo. Creo que voy a...

— Tranquila, princesa.

Su frío tacto llega a mi hombro y me extraña la sensación que me invade. ¿Qué cree que está haciendo?

Camino hacia atrás, pero con cada paso que doy, él da uno hacia adelante, y cuando me doy cuenta, estoy pegada al cristal del espejo.

¿Hay alguien más alrededor? Si grito, ¿me oirán?

Mi pulso se acelera y mis ojos se abren como platos cuando él pega su pecho al mío y me susurra al oído. Me quedo inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Eric es realmente un idiota por dejar a su novia sola, expuesta a cualquier cosa.

Mi pecho sube y baja con movimientos cortos y apresurados, el aire parece rasgarme la garganta cada vez que intento respirar. Intento pensar en algo para escapar y, cuando me muevo hacia un lado, él me agarra la blusa y, como es de algodón muy barato, se rompe por la mitad, dejando al descubierto mi sujetador.

— ¡Suéltame! —grito, jadeando—. ¡Socorro!

No sé quién puede oírme, pero no vuelvo a gritar nada más al segundo siguiente porque su mano me tapa la boca y su fuerte

cuerpo presiona el mío.

Siento su piel fría y repugnante pegada a la mía. Entre mis piernas, siento el volumen repugnante de su excitación, y la bilis me sube por la garganta.

— Va a ser agradable, Amandinha. Solo un préstamo, no te voy a robar.

Murmuro, sin poder hablar, pero en cuanto afloja un poco la presión sobre mi boca, aprovecho y le doy un buen mordisco en el dedo, dominada por la adrenalina del momento.

Él grita y se aleja, agitando la mano.

Sin pensar en nada, solo corro.

No cierro la puerta, mi reflejo es solo correr.

Salgo del pasillo antes de darme cuenta de que él también viene tras de mí como un león enjaulado, liberado por primera vez.

Tengo que ser rápida.

Mis pies descalzos golpean el suelo con un sonido húmedo, que resuena en el pasillo. El sonido de sus pesados pasos detrás de mí hace que el terror aumente aún más. El corazón me late con tanta fuerza contra el pecho que parece querer escapar.

No tarda mucho en aparecer un empleado y, cuando encuentro a alguien, grito:

— Hay un depredador sexual por aquí. ¡Paolo, deténlo, por favor!

No me detengo, sigo corriendo hacia casa sin perder el ritmo y la adrenalina pulsa en mis venas, acompañada del sudor frío que impregna cada poro de mi piel asustada.

Mis músculos ya no responden como deberían, pesan, se endurecen. La presión en mi cuerpo cae de repente, los bordes de mi campo de visión comienzan a oscurecerse. El impacto emocional de lo que acabo de pasar me golpea en el instante en que la mansión aparece en mi campo de visión.

— Gracias a Dios... — Entonces lloro.

Lágrimas frías brotan de mis ojos y mi carrera va perdiendo velocidad poco a poco.

No veo a nadie cerca, voy a terminar desmayándome en el césped, y que Dios haga lo que quiera. Solo que no puedo dejar que ese maldito me encuentre tan rápido.

Pero, como si lo hubiera activado por telepatía, Eric viene corriendo por las escaleras y su rostro pasa de extraño a furioso en milésimas de segundo, solo el tiempo suficiente para que sus brazos reciban mi cuerpo flácido, y entonces me desmayo.

***

Abro los ojos lentamente, me arden. Me cuesta respirar con fuerza, como si hubiera corrido una maratón.

Mi mente recapitula los últimos acontecimientos y constato que sí: todo fue real y no una pesadilla infernal.

Miro a mi alrededor y veo que estoy en mi habitación. La que compartimos Eric y yo.

Miro la colcha que me envuelve, mi ropa rasgada y mis manos... Tiemblan.

— Quédate acostada.

Mis ojos buscan al dueño de la voz, que surge del baño de la suite.

Eric tiene el pelo mojado, debe de haber salido de la ducha. ¿Fue él quien me ayudó? Cierro los ojos con fuerza y no intento levantarme. Solo me relajo.

Siento su proximidad y, en unos instantes, me coloca algo en la muñeca, que en segundos me doy cuenta de que es un aparato para medir la presión, de esos digitales.

— Si no te encuentras bien, no digas nada, por favor. Solo descansa, Mand.

Su voz suena preocupada, alarmada, y esta vez no intento discutir ni nada, solo obedezco.

Tenía razón al querer alertarme sobre Paolo.

Tenía razón en cuidar de mí.

¿En qué coño estaba pensando al quedarme sola en un lugar tan aislado, tan lejos de la mansión?

— No sé qué pasa por esa cabecita tuya, pero cuando descubra quién te ha hecho esto, quizá pierda mi primer grado.

Suelto un suspiro débil, aún con los ojos cerrados.

Como si él pudiera ser la justicia encarnada.

— Ya... todo está bien ahora.

Me atrevo a decir, en un susurro.

Me toca la frente, sintiendo mi calor, y luego me acaricia la cara con ternura.

— Todo está bien, una mierda. Si no me cuentas lo que pasó con todo detalle, Amanda, nos vamos.

¿Pero y la boda de su madre?

¿No es eso más importante que una loca que quiso tocarme de forma inapropiada?

— Te lo contaré.

Pero todavía me siento débil, así que acabo durmiéndome de nuevo y despertándome cuando ya es de noche.

¿Cuántas horas he dormido?

Sintiéndome más revitalizada, me siento en la cama y respiro hondo, buscando a tientas la mesita de noche para coger el mando y encender la luz indirecta.

En cuanto pulso el botón, lo que veo a mi lado me sobresalta.

Es Eric, durmiendo.

— ¡Qué susto!

Mi susurro asustado lo despierta. Se levanta de un salto y se sienta rápidamente, mirando a su alrededor y frotándose los ojos.

— ¿Mand?

— Aquí estoy. Estoy mejor.

Sus ojos me encuentran y sus hombros se relajan, aliviados.

— Me alegro de que estés bien.

Siento sus brazos acercándose a mí y, allí, sentados en la cama, me abraza de lado como un niño, apoyando la cabeza en mi hombro.

— Estaba preocupado. Tu presión era casi la de un cadáver cuando te desmayaste ahí fuera. Cuando te despertaste por la tarde, aún no había subido mucho. Espero que ya estés mejor.

Mi corazón late con fuerza y decido comprobar por mí misma cuál es mi presión arterial. Me libero de su abrazo, cojo el tensiómetro que está en la mesita de noche y espero a que el aparato haga su trabajo.

— 11 por 8. Está bien —le informo, y Eric asiente con la cabeza.

Sin saber muy bien qué decir, me callo y me quedo mirando mis manos sobre mi regazo. Sé que me va a preguntar todo lo que ha pasado y, sinceramente, no quiero revivir lo que ha ocurrido.

— ¿Quién te hizo eso?

pregunta, con un tono más suave que hace un momento.

No lo miro. Verá en mis ojos que ha pasado algo grave.

— Yo solo...

— Amanda, ¿a quién tengo que dar una paliza? Será mejor que me lo cuentes, no he salido por ahí buscando saber qué pasó, movido por mi ira. Esperé a que tú me lo dijeras.

Maldición.

— Paolo. Él...

— Hijo de puta —gruñe entre dientes.

Levanto la cara y observo la reacción de Eric al oír el nombre del hombre en cuestión. Eso me recuerda la conversación que quería tener conmigo antes.

Eric sabe cómo es él. No es de extrañar que parezca odiarlo.

— No vale nada, ¿verdad? —pregunto y siento que me invade una dosis de valentía—. El maldito me vio ensayando pole dance y simplemente pensó que quería acostarme con él.

Acabo confesándolo de una sola vez.

La cara de mi novio falso se pone roja como nunca antes la había visto. Sus ojos, que no son tan redondos, se abren todo lo posible y su boca se abre, sorprendida y furiosa, muy furiosa.

— Hoy es el día en que ese maldito va a morir.

Salta de la cama y camina de un lado a otro con el pelo agarrado entre las manos, en un acto demasiado loco como para describirlo. Sé que quiere asesinar al hombre, pero no podemos simplemente actuar como queremos. Las cosas no funcionan así.

Un golpe en la puerta nos saca de esa burbuja de furia. Eric abre y su madre entra junto a Joaquim. Ambos con preocupación estampada en la mirada y el ceño fruncido cuando me miran.

—Hija, un empleado vino temprano para contarnos lo que pasó—. Se sienta a mi lado en la cama y me acaricia la cara—. Perdóname, debería haber pensado que algo así podría pasar.

— Ese chico nunca fue de la familia, pero Paty lo cuidó durante un tiempo. Era rebelde y necesitaba cariño. Pensamos que le gustaría estar con nosotros en este momento tan especial para nosotros.

Eric no dice nada, solo sigue caminando, mirando al suelo, exhalando furia por los poros. ¿Qué estará pasando por su cabeza?

— No pasa nada. Conseguí escapar y llegué viva.

Ya hemos llamado a la policía, se llevarán a Paolo. Quiero pedirte perdón por lo sucedido. No sé cómo voy a compensarte por esto, hija.

A Paty se le llenan los ojos de lágrimas y siento lo que su corazón de madre quiere decir más allá de las simples palabras. Se siente tan impotente, tan mal. Ojalá tuviera el poder de impedir las tragedias.

Este sentimiento debe ser de familia, porque su hijo seguramente también piensa así.

Los Almeida creen que pueden arreglar el mundo, ser la justicia misma.

Me siento aún más parte de la familia, independientemente de lo que haya pasado. El solo hecho de que me hayan acogido, de que hayan tomado mi partido y de que no me juzguen de ninguna manera, es más que especial.

Si fuera mi madre, diría: «¿Por qué te ponías sensual delante del hombre? Él solo siguió sus instintos».

Se me oprime el pecho y me entran ganas de llorar. Las lágrimas empiezan a nublarme la vista, que se vuelve totalmente borrosa.

— Gracias, chicos. De verdad. Sois más que una familia para mí.

Balbuceo entre lágrimas y siento los cálidos brazos de Patricia envolviéndome, acogiéndome.

— Hija... menos mal que no pasó lo peor.

— Es verdad. Estamos aquí a tu lado, querida —añade Joaquim, de pie detrás de su futura esposa.

Cierro los ojos y me permito ser cuidada, sin la presión de tener que cumplir con las expectativas de alguien o corresponder. Ellos no son así y eso es lo que me encanta de esta familia.

Pero algo rompe todo el ambiente acogedor que se ha creado.

— Solo quería que me escucharan. No odio a nadie sin motivo.

La voz de mi falso novio resuena, haciendo que todas las miradas se centren en él.

— Pero, hijo, no podemos vivir odiando —justifica su madre.

Se acerca y se arrastra hasta su lado de la cama, pegándose a mí. Me envuelve en un cálido abrazo mientras le dice a su madre:

— Solo tenías que confiar en mí, mamá. —Me besa en la cabeza y respira hondo—. Sabía que no se estaba acercando a mi novia por casualidad. Lo que sé no es de hoy.

— No es momento de pensar en lo que podríamos haber hecho, Eric. Gracias a Dios, tú y ella estáis a salvo y bien. Ya te lo dije antes. *Sinceridad.*

Con esta frase, cuyo origen no entiendo muy bien, se despiden de nosotros y salen de la habitación, dejándonos solos.

— ¿Quieres darte una ducha? ¿Comer algo?

Su voz grave resuena como un susurro cerca de mi oído. Aunque ellos ya se han ido de la habitación, él sigue en la misma posición de novio protector.

— Creo que voy a darme una ducha. Mientras tanto, ¿puedes buscar algo para comer, por favor?

Siento el calor de su cuerpo disiparse cuando se aleja y se levanta de la cama.

— Sí, señora. Tómese su tiempo para ducharse, voy a preparar algo especial para nosotros. Hoy cenaremos aquí, en la habitación.

Intenta ser gracioso, imitando a un maître de restaurante, e hasta hace una breve reverencia antes de salir.

Respiro hondo antes de levantarme de la cama, sintiendo cómo me late con fuerza el corazón.

Estoy agradecida por tener a Eric en mi vida, por tener a su familia.

No voy a seguir con juegos tontos.

Este acontecimiento ha cambiado muchas cosas dentro de mí.

Hoy tendremos una larga conversación.



CAPÍTULO 7

♫Alguien como tú y todo lo que sabes
Y la forma en que hablas
Innumerables amantes escondidos bajo el manto de la noche
Sabes que podría necesitar a alguien
Sabes que podría necesitar a alguien
Alguien como tú♫

Use somebody - Kings of Leon

Si pudiera describir el odio que late ahora en mis venas, sin duda lo haría.

Pero es tan colosal que no puedo medirlo.

Siento ganas de cometer un asesinato, al mismo tiempo que mi conciencia me advierte que eso es un delito.

Bajo las escaleras dispuesto a aclarar lo que ha pasado. La policía aún no ha llegado, así que es probable que Paolo esté por aquí.

No me sorprende verlo sentado en el sofá junto a dos guardias de seguridad. Me acerco, controlando mi furia interior.

—¿Podemos hablar un momento?

Fingo una calma que me asusta incluso a mí mismo. Apoyo las manos en el acolchado del respaldo del sillón, aunque estoy de pie. Necesito mantenerme firme.

— No tengo nada que decirte.

Levanto una ceja en un silencioso enfrentamiento con el imbécil.

— Creo que vas a querer hablar conmigo —le digo en tono amenazante.

Suspira profundamente, consternado. El guardia de seguridad que está a su lado lo sujeta mientras veo a Paolo levantarse y caminar hacia mí.

— ¿Nos puedes dejar solos? Es una conversación breve ahí fuera. Si queréis, podéis verla desde aquí, soy el más interesado en ver a ese cabrón en la cárcel, podéis confiar en mí.

El guardia asiente y se queda parado en la puerta principal mientras camino junto a Paolo. Bajamos las escaleras y nos detenemos al pisar el césped.

— Antes que nada, quiero decirte que tu vida siempre será una mierda si vives envidiando a los demás.

Intento ser amable, dándole un consejo válido para la horrible vida que lleva. Respiro hondo, mirando ese rostro cínico, la piel pálida y la expresión cansada que siempre ha tenido.

— No siento envidia, Eric. No de una putita como tu novia. Sí, de tu familia, de tu inteligencia. Siempre destacaste en todo, mientras que yo era el rechazado acogido por la familia Almeida. Quería tener mi lugar.

Suelto una risa amarga.

— Que le den por culo a lo que pienses. Y lávate bien esa boca sucia antes de referirte a Amanda. —Me froto las sienes, controlando las ganas de darle un puñetazo a ese hombre—. Estoy intentando mantener el control aquí, dándote un buen consejo para tu vida. No me pongas a prueba.

Es en ese momento cuando él hace lo contrario.

— Ella quería, ¿sabes? Estaba deseándolo, bailando sobre esa polla, mirándome como quien suplica que la follen.

Mamá, Joaquim, Amanda... Lo intenté.

Juro que lo intenté.

Pero es en ese preciso momento, cuando termina la frase con la palabra «comida», cuando mi mano vuela en forma de puño hacia su cara.

La ira hierve en mi sangre, quemiendo y destrozando todo a su paso, solo puedo ver a Paolo y mi odio. Nada más.

Él se tambalea y yo repito el golpe, con más fuerza, hasta que cae al suelo, entonces todo se convierte en una mancha roja donde golpeo al inútil y en poco tiempo me sacan de encima unos brazos.

Paolo sigue despierto, aunque tiene la cara llena de hematomas y el ojo hinchado. Un hilo de sangre le brota de la comisura de los labios y yo gruño entre dientes, con ganas de hacerle sangrar aún más.

Lo único que me saca del trance es la voz a mi lado, proveniente de una de las personas que me sujeta con fuerza.

— ¡Tranquilo, hermano! Así vas a matar al tipo.

¿Era Ryan? ¡No lo vi llegar!

Giro la cabeza y veo que sí, es mi hermano, vestido todo de negro con esa chaqueta que lo hace parecer un chico malo de película. Como si una ola de alivio me inundara, lo abrazo, suplicando mentalmente por control.

Menos mal que llegó. No podía soportar lidiar con todo esto solo.

— Ese cabrón... —le cuento mientras sigo abrazando al único hombre que he tenido como referencia familiar desde que mi padre se marchó. Ryan conocía a Paolo de vista, es el único que sabe lo que me hizo cuando tenía dieciocho años. —Intentó violar a Amanda.

Él, que hasta entonces me abrazaba con fuerza, tratando de mantenerme bajo control, se queda paralizado.

Ryan se aleja de mí y me mira a los ojos con algo nebuloso pasando por ellos.

—¿Paolo intentó abusar de Amanda? —pregunta de nuevo, asimilando la información—. ¿Tu Amanda?

Levanta una ceja y me doy cuenta de que, bueno... Esa es la cara del hermano que me defendía en el colegio. Mierda.

Asiento y observo al guardia de seguridad tratando de levantar al imbécil, que gime de dolor por la paliza que le di.

— Está bien. Vete, hermanito. — Señala la casa detrás de mí, pero me quedo parado, con los brazos cruzados, sin entender lo que está pasando.

Lo que sucede a continuación me deja bastante impactado. Ryan vuelve donde Paolo yace tirado en el suelo como si fuera basura y se agacha amenazadoramente, le tira del pelo y le obliga a mirarle.

— Tienes un segundo para explicarte.

— Vayan al infierno, hijos de puta... — Antes de que Paolo termine la frase, el puño de mi hermano le golpea en la cara.

Ryan lo ataca con una violencia desmesurada, y no solo le golpea en la cara como hice yo, sino que le llena el cuerpo de puñetazos, innumerables veces sin decir una sola palabra y, finalmente, lo levanta y le da una patada muy fuerte en los testículos. Esto lo hace caer de nuevo, gimiendo como un cachorro de cruce de razas.

—Esto es solo un recordatorio para que nunca más vuelvas a tocar a una mujer sin su consentimiento. Espero que te hayan aplastado los huevos y que nunca puedas engendrar personas con tu mierda de ADN en el mundo.

Da media vuelta y se dirige hacia mí con ese aire superior suyo mientras se limpia las manos, quitándose la suciedad.

No me había dado cuenta de que un pequeño público se había agolpado a mi alrededor en ese momento final y, cuando me fijo en cada rostro, me doy cuenta de que, además de las personas que ya estaban allí, hay una mujer con una mochila en las manos, con los ojos muy abiertos, mirando a Ryan. Es blanca, de estatura media y rasgos orientales, su cabello tiene un color... ¿qué color es? No hay suficiente luz para que pueda verlo, pero nos observa conmocionada. Mi madre se acerca a ella y la abraza.

— Hija, perdona por este lío. Te juro que somos una familia decente. ¿Qué tal el viaje?

La chica le devuelve el abrazo a mi madre y luego habla, todavía un poco inexpresiva.

— Eh, tranquilo, señora.

— Puedes pasar, voy a arreglar todo esto y luego hablamos, ¿vale?

Mamá le indica la escalera y ella obedece, subiendo y entrando en la mansión.

Es entonces cuando todo cambia. El rostro de mamá, antes amable con nuestra nueva visitante, se ensombrece mientras nos mira a Ryan y a mí.

— ¡Vengan conmigo ahora mismo!

***

Ryan y yo nos quedamos en una oficina en la que nunca había entrado, escuchando el sermón de mi madre sobre la justicia,

sobre ser una buena persona y todas esas cosas políticamente correctas que ella siempre intentó mantener en nuestra casa, pero que fueron generadas por nuestro padre.

—Mamá, te juro que lo intenté. Solo quería tener una conversación con él y, quién sabe, concienciarlo para que se convirtiera en una persona mejor.

Me justifico, agarrándome con fuerza al brazo de la silla acolchada.

Mamá me observa desde el otro lado de la mesa, analítica.

— Sé lo que es intentar proteger a quienes amamos, hijo. Pero la justicia no siempre está en nuestras manos. —Respira hondo y mira al techo, antes de suspirar—. Tu padre siempre decía que debemos ser justos, incluso cuando vemos injusticias.

No podemos hacer justicia con nuestras propias manos». Ryan finalmente abre la boca, pero no parece contento. «Creo que ya somos lo suficientemente mayores como para sacar nuestras propias conclusiones al respecto, ¿no crees?

La frialdad con la que habla afecta a mamá. Se lleva la mano al pecho y baja la mirada, pareciendo avergonzada.

Joder, ¿por qué le hace eso?

— Sé que no soy vuestro padre y...

— No. No lo eres —añade él, cortante—. Sobre todo porque, aunque piense que no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano, él nunca dejaría que ese cabrón esperara a la policía dentro de nuestra casa. Y otra cosa, le di la oportunidad de explicarse y tuvo el descaro de insultarte. Sinceramente, señora Patrícia, en lugar

de darnos sermones, debería cuidar mejor a quienes acepta en su casa.

—Deja de actuar como si supieras lo que haría tu padre en esta situación, Ryan, no sabes nada, su error fue dejarte creer que eres responsable de nosotros, ¡y no lo eres!

—Creo que lo entendemos, mamá. —Intervengo, haciendo que me mire a los ojos y se olvide un poco de Ryan. Me parte el corazón saber que a mi hermano no le importa. —Solo quiere que seamos personas justas y buenas. Así somos, puedes estar orgullosa de nosotros.

Al oírme, ella niega con la cabeza y veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Os echo tanto de menos. Pensaba que estos días estaríamos más unidos, sin problemas ni situaciones desagradables. —Llora, contenida—. Por favor, por mí... Eviten este tipo de actitudes. Golpear a una persona, por muy culpable que sea, es una crueldad que no quería ver cometer a mis hijos.

Miro a Ryan, tiene los codos apoyados en los brazos de la silla y los dedos índices unidos presionando la frente. Parece que no le está gustando esta conversación.

— Vamos a comportarnos. Lo prometo —le digo.

—Ryan, sé que tenemos nuestras diferencias y que nunca estarás de acuerdo conmigo en nada, pero ¿puedo contar con que te comportarás? —pregunta mamá con cautela, haciendo que Ryan finalmente deje de fijarse en un punto aleatorio y la mire fijamente.

— Prometo que haré todo lo posible por ser un buen hijo, pero no me pidas que vea cómo suceden cosas injustas y me quede

parado sin hacer nada. No puedo hacerlo y, si no puedes aceptarme tal como soy, creo que lo mejor es que me vaya.

Mi madre respiró hondo, dándose cuenta de que, si no cedía, no saldríamos de allí.

— Bienvenido, espero que disfrutes de estos días con nosotros.

Él asintió.

— Tengo que volver al salón. Mi hija me está esperando allí.

Mamá asiente con la cabeza y lo veo salir.

Nos miramos después de que se cierra la puerta y ella suspira cansada.

— Tu hermano es así, hijo. No te preocupes, ¿vale?

Sé que lo dice para tranquilizarme, pero en el fondo está resentida.

Está dolida.



CAPÍTULO 8

♫Oh, parece que
Me estoy enamorando
Quizás sea la primera vez
Amor, es mi mente la que sorprendes
Parece que
Me estoy enamorando
Me estás ofreciendo una salvación
Esto es para toda la vida, lo sé♫

FEELSLIKEIMFALLINGINLOVE - Coldplay

Me despido de ella, dando la vuelta a la mesa y besándola en la mejilla, pidiéndole perdón una vez más. Le digo que prepararé algo de comer para Amanda y eso le levanta un poco el ánimo.

— Ve, mi nuera necesita comer.

Antes de ir a la cocina, paso por la sala para ver si Ryan sigue allí. Quiero que me presente a la novia falsa de la que me habló por teléfono. La chica ha llegado en un momento muy tenso, debe de estar pensando que todos somos unos animales violentos.

Por suerte, todavía están allí, Joaquim, dando información sobre el lugar a mi hermano. La chica está a su lado, limitándose a asentir. Me acerco a ellos.

— Ahora creo que puedo presentarme de forma decente.

Llamo la atención al incluirme en el grupo.

— Hermano, esta es Eula. Mi... novia.

Ryan señala a la mujer que está a su lado y siento curiosidad por saber toda la historia que hay detrás de su acuerdo. En la llamada, no me explicó nada, solo dijo que haría lo mismo que yo. Comentó que había conseguido una chica para que fingiera ser su novia y que era una buena persona.

— Encantado, Eula. Soy Eric, el hermano más guapo — bromeé, y ella finalmente esbozó una breve sonrisa.

— Gracias por recibirme, y en cuanto a ser el más guapo... — Hace una mueca y murmura un «humm» antes de continuar—. No lo creo.

— ¡Ajá! —Ryan aprovecha la ocasión y suelta una risa fría dirigida a mí.

Pongo los ojos en blanco y resoplo, pero estoy muy feliz de estar con él después de tantos años y tener algunos momentos como un niño de quinto grado.

Joaquim se ríe de nuestra espontánea interacción y pide permiso antes de salir. Les aviso de que voy a hacer algo por Amanda y me despido de ellos, diciendo que mañana tendremos más tiempo para pasar juntos.

Miro hacia fuera y veo que la policía ya se ha llevado al imbécil, gracias a Dios.

Me acomodo en la cocina, sintiendo la libertad de cocinar después de este largo viaje y dos días sin siquiera freír un huevo. Me gusta crear platos diferentes e inventar cosas nuevas para comer.

Como no tengo mucho tiempo, acabo preparando unos macarrones a la piamontesa muy rápido y pongo el plato en la bandeja, con un vaso de zumo natural de piña.

Cuando llego a la habitación, me encuentro a Amanda durmiendo como un bebé, acurrucada en un rincón de la cama, sin manta.

Lleva el pijama que siempre usa en los días más fríos. Cada vez que se quedaba a dormir en mi casa, memorizaba su ropa de dormir. Siempre me pareció bonita... adorable. Aunque siempre dormía en la habitación de invitados y nunca en la mía.

La verdad es que es nuevo tenerla despertándose a mi lado estos días.

Dejo la bandeja con la comida y el zumo sobre la mesita auxiliar, cerca del escritorio, y me acerco a ella, agachándome en la alfombra junto al borde de la cama.

— Mand. ¡Eh!

Le aparto el pelo que le cubre la cara y se lo echo hacia atrás. Su boca está cerrada en un delicado puchero y una nueva emoción

me invade el pecho.

Nunca miré a Amanda con otros ojos, para mí siempre fue mi mejor amiga, mi hermana menor. Una chica dedicada que merecía más de lo que la vida le había dado.

Me sentía responsable de ella, sentía la obligación de protegerla, aunque sabía que podía valerse por sí misma sin mi ayuda.

La forma en que actuó durante toda la mañana del domingo me molestó mucho. Nunca nos peleamos en seis años de amistad, y ella tampoco me prohibió nunca que la cuidara.

Todo ese cariño, afecto y cuidado ya era algo natural entre nosotras.

Pero cuando me di cuenta de que se sentía agobiada conmigo, y todo por mi culpa, me tragué mi orgullo y la dejé.

Ella quería distancia. Como dijo: «Quería dejar de ser mi marioneta».

— ¿He dormido mucho? —balbucea, todavía aturdida por el sueño, abriendo los ojos lentamente.

Sonrío, feliz de que esté bien y feliz de que el cabrón de Paolo no haya conseguido lo que quería. No puedo imaginar una escena en la que él simplemente consiga siquiera tocarla.

— No mucho. He traído comida. Ven, siéntate aquí para comer.

Me levanto y la animo a salir de la cama para sentarse en la silla de la mesita donde está la comida. Ella hace lo que le digo y suspira profundamente al oler la comida.

— Ese olor es de tu condimento —afirma, y me siento orgulloso de oírlo.

Me quedo lejos, sentado en la cama, viéndola deleitarse con la pasta, gimiendo de satisfacción con cada bocado. Una alegría llena mi pecho y me sorprende sentir ganas de decirle que podría cocinar para ella para siempre.

¿Qué coño está pasando?

Decido darme otra ducha, después de la paliza que le di a Paolo, me siento sucio, aunque no me manché la ropa. Aprovecho para ordenar mis pensamientos.

Hacía tiempo que no me sentía tan posesivo con alguien. Pensé que, en los años que pasé en São Paulo, con la amistad de Amanda presente, podría evitar sentir lo mismo que sentí a los dieciocho años.

Pero aquí estoy, en la misma ciudad que me destruyó hace diez años, con el sentimiento de posesión contaminando cada vena de mi cuerpo.

Precisamente por la chica por la que juré no sentir nada más que amistad.

***

Cuando salgo de la ducha, Amanda ya ha terminado de comer y ha salido de la habitación llevándose el plato y la bandeja. Miro la hora y veo que ya es tarde, no debe haber nadie abajo.

Apenas me doy cuenta de que solo llevo pantalones de chándal, sin camiseta ni calzoncillos, porque me siento mejor durmiendo así. Salgo sin pensar en nada, buscándola por la casa.

Bajo las escaleras y veo desde lejos, a través del cristal de la enorme puerta del salón, a mamá sentada junto a Amanda, en la escalera del balcón.

No quiero fisgonear ni ser inconveniente, pero tengo curiosidad por saber de qué están hablando.

Abro un poco la puerta, arrastrándola hacia un lado, y me concentro en escuchar.

—Mis hijos son muy diferentes entre sí. Puedo leer el corazón de Eric con solo mirarlo. Por mucho que intente ocultar lo que siente, yo puedo verlo.

comenta mamá, pensativa, mientras sostiene la mano de Amanda sobre su pierna cubierta por unos pantalones finos.

— Siempre he admirado la inteligencia de Eric. Ve cosas que la gente normal no ve en casi nada. Es bueno resolviendo problemas. Pero en lo que respecta a las emociones... Nunca sé con total certeza cómo se siente.

Escucho la conversación angustiada, sabiendo que soy el tema de discusión entre ellas. Es extraño escuchar a la gente hablar de ti sin estar presente. Da un poco de miedo decepcionarse por lo que posiblemente vamos a escuchar.

— Él te quiere. Quizás ni él mismo sepa cuánto. —Mamá suspira y mira al cielo—. Eric me recuerda a Joseph. Incluso en la forma de expresar sus emociones.

Mi corazón se acelera cada vez más.

No recordaba la historia de mis padres, no sé si en algún momento me la contaron.

Oír a mamá hablar con tanta naturalidad a Amanda... me hizo sentir un nudo en el estómago.

Mamá nunca cuenta cosas tan íntimas de la familia a nadie.

Ella dijo que la amo.

¿A qué nivel de amor se refiere?

—¿Tú crees? —Oigo preguntar a Amanda, claramente curiosa —. ¿Cómo era vuestra relación? Quiero decir, si quieres hablar de ello.

La dulzura en la voz de mi amiga es el combustible que hace que mamá se sienta cómoda. Entonces empieza a hablar y no sé cuándo va a terminar.

— Éramos muy amigos en la época de la universidad. Yo estudié administración y él, educación física. Joseph era un hombre guapo, rompía corazones por donde pasaba. Su postura firme e imponente era como la de Ryan. Pero su forma confusa de expresarse emocionalmente era como la de Eric. No era frío ni grosero. Era dulce, amable y cariñoso, pero trataba a todo el mundo así. Nunca habría sabido que yo era especial si un día él no me lo hubiera dicho.

Saber cómo se desarrolló el romance de mis padres es aterradoramente revelador.

Eran amigos, al igual que Amanda y yo.

— Qué bonito, Paty. El amor es algo tan único. Cada persona tiene su propia forma de amar, me parece increíble.

— Y tú, hija mía. ¿Cuándo le confesó finalmente mis hijos sus sentimientos?

Ay, mierda.

¿Qué se inventaría Amanda?

Aprieto los ojos, agachado allí en la rendija de la puerta detrás de la cortina, esperando que nadie aparezca en la sala y me descubra. Escuchar las conversaciones ajenas es un hábito horrible, pero necesito saber qué va a responder Amanda.

Me concentro en su voz y en mantenerme quieto para no delatarme.

— Eh... Él... —Empieza a hablar, pareciendo elegir bien cada palabra—. Fue un día en que le ayudé con las vitaminas quincenales. Hace poco tiempo, en realidad.

Vale, está utilizando un hecho para añadir una mentira. Chica lista.

— Estábamos solos en su casa después de la aplicación y comimos pizza. Eric comentó sobre su matrimonio y terminó confesando que me quería como su novia y no solo como una amiga que lo acompañaba.

Uf.

Lo hizo bien, lo hizo bien.

— Hace dos meses que dijo que estaba saliendo con alguien. Debió de ser por esa época entonces.

— ¡Sí, sí! Llevamos dos meses saliendo.

Maravilloso. Satisfecho por el chisme que escuché, me levanto y, sin querer, termino chocando contra el vidrio de la puerta, que tiembla y hace ruido.

Acabo abriendo la puerta, revelándome ante ellas. Con cara de vergüenza.

— Eh, ¿buenas noches?

Amanda me mira con extrañeza, mientras que mi madre me mira con recelo. Ella conoce bien a su hijo.

— Pasaba por aquí y...

— Está bien, ven aquí con tu novia. Debes estar acostumbrado a dormir a su lado y no has podido dormir, ¿verdad?

Mamá sugiere y yo asiento, sentándome detrás de Amanda en el escalón de arriba, rodeándole la cintura con los brazos. Ella encaja perfectamente conmigo.

— Podéis seguir con vuestros cotilleos.

Las animo, en tono cómico, y ellas se ríen juntas.

— Asuntos de mujeres, cariño.

Mi novia falsa explica y algo se agita en mi estómago al oírla llamarme «cariño».

— Es curioso cómo, desde que te ascendieron a mi novia, mamá ahora tiene un montón de secretitos contigo —bromeo y le hago cosquillas en la barriga.

Ella se echa a reír y mamá observa nuestra interacción con orgullo. Sonriendo.

— Claro que sí. Sé que no solo será tu novia. Mi nuera se casará con mi hijo y me dará muchos nietos traviesos y revoltosos.

Empiezo a reírme a carcajadas, irónicamente, y dejo de jugar con Amanda. La verdad es que mi madre es exagerada cuando quiere.

—Es usted muy graciosa, señora Patrícia —digo, negando con la cabeza.

Ella se encoge de hombros, sabiendo que ha dejado claro su mensaje, y se levanta, dando las buenas noches.

—Que Dios la bendiga —decimos juntos, Amanda y yo.

En cuanto oigo cerrarse la puerta principal, reprimo las risas que me dan ganas de soltar por lo que acaba de pasar, pero Amanda se ríe de verdad. Ah, se ríe mucho.

—Tu madre es la comedia de todas y cada una de las ocasiones. La adoro.

Aprieto un poco más mis brazos alrededor de su cintura y apoyo mi cara en su hombro.

—Sí, lo es—. Suavizo la voz, haciéndola más intensa cuando digo: —¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

Eso hace que gire la cara hacia mí y su nariz roza la mía. Estamos más cerca que nunca. Sentirla tan cerca me hace sentir... extrañamente bien.

Estoy empezando a disfrutar de estas sensaciones, por mucho que me traigan miedo incluido en el paquete.

— Creo que ahora podemos actuar con normalidad —susurra, con su aliento fresco rozándome la cara.

Fijo mi mirada en la suya, sin ganas de «actuar con normalidad», porque, de repente, lo normal se ha convertido en lo que estoy haciendo ahora.

—Si quieres, me alejaré —respondo en voz baja y grave. Ella desvía la mirada de la mía—. Pero no quiero actuar con normalidad.

Vuelve a mirarme. Sorprendida, me clava la mirada y abre la boca, pero no sale ningún sonido. Entonces decido hacer algo. No sé si movido por el ambiente, por la posesividad que intenta controlarme o por el hecho de estar en esta ciudad loca.

Salgo de la posición en la que estoy y me siento a su lado. Llevo mis manos a su rostro y lo sostengo con ternura. Un escalofrío recorre mi espina dorsal y los latidos de mi corazón se intensifican, como una señal de que estoy cruzando una línea loca que creé en mi cabeza.

Siento que Amanda se tensa, sorprendida. Aunque parece resistente, sus ojos brillan y sus pupilas se dilatan. Su respiración se intensifica y noto cómo su pecho sube y baja.

— Tengo muchas ganas de besarte ahora mismo.

Revelo lo que deseo. Estoy siendo irresponsable y tal vez no esté pensando en las consecuencias. Pero no sé qué está pasando, me siento como un maldito adolescente impulsivo y no como un hombre de 28 años que tiene control sobre lo que siente desde que fue brutalmente destruido diez años antes.

Con ella, todo parece tan... sencillo. Fácil.

— ¿Qué significa eso? —pregunta, con voz ronca, cautiva. Sus ojos van de los míos a mi boca—. ¿Seguiremos siendo amigos después de esto?

Mi cabeza se mueve hacia arriba y hacia abajo, asintiendo sin apartar los ojos de ella.

—Sí. Siempre.

Mi respuesta es como una llave que gira en su interior, porque siento su mano tocar mi nuca y su rostro acercarse cada vez más. Mi interior vibra de anticipación.

Voy a besar a mi mejor amiga.

¡Qué locura!

Cierro los ojos y siento su carne suave y delicada rozar mi boca. Me invade un sentimiento primitivo que me hace querer reclamarla por completo, pero me contengo y me limito a saborear su boca suave como nunca antes había besado a nadie.

Llevo mi mano a su espalda, acercándonos aún más durante el beso, y chupo sus labios como si mi vida dependiera de ellos.

¡Joder, es tan adictivo!

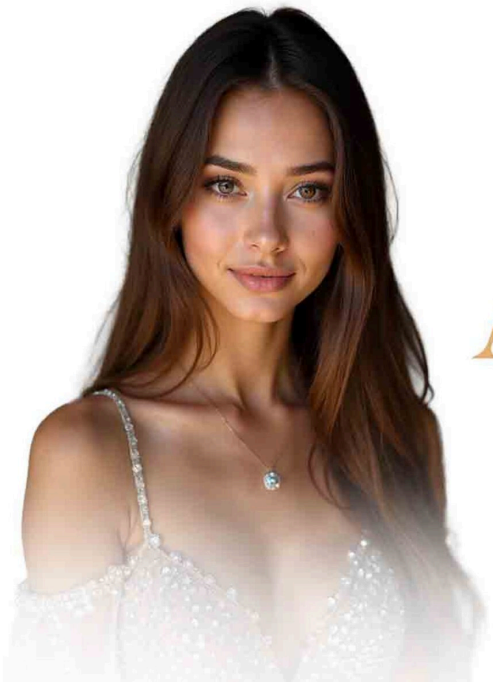
Nuestras lenguas bailan y la intensidad de los besos va aumentando, pronto nos estamos devorando con la boca, sin pensar en nada ni en nadie.

Creo que nunca me cansaré de esto.

No.

No lo creo.

Estoy segura.



AMANDA
Rocha

CAPÍTULO 9

♫No sabía que estaba hambrienta hasta que te probé
No necesito mariposas
Cuando tú me das todo el zoológico
Por cierto
Por cierto, haces cosas en mi cuerpo
No sabía que estaba hambrienta hasta que te probé♫
Starving - Hailee Steinfeld, Grey, Zedd.

Antes, estaba decidida a confesarle mis sentimientos. Necesitaba dejar claro lo mucho que me estaba haciendo daño ese juego de fingir que éramos novios. Me sentía tan mal que acabé alejándome tanto que casi me abusa un loco.

Pero, al ver todo el cuidado que ha tenido conmigo, la forma más cercana y cálida en que me trata, se encendió una alarma en mí:

¿Y si se aleja cuando se lo confiese?

La conversación que tuve con Paty me ayudó a entender un poco más la mente de su hijo. Si siente algo por mí, tengo que ser paciente para que lo confiese.

No podía precipitarme diciéndole que estaba enamorada de él desde siempre.

Podía esperar un poco más.

Eric debía dar el primer paso.

Lo que no esperaba era que el primer paso se diera esa misma noche.

¡Y joder, qué paso tan atrevido por su parte!

La mirada suplicante cuando admitió su deseo de besarme, el brillo en sus ojos al acercarse a mí. La expectativa de sentir mi tacto cuando cerró los ojos.

Sin duda, esto está siendo más de lo que esperaba. Mucho más.

Cuando finalmente nuestros labios se encontraron, una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo, encendiendo aún más un fuego interior que me había esforzado durante tantos años por mantener apagado.

Nunca había besado a nadie así en toda mi vida.

La sincronía, los gemidos, las succiones que me da en el labio inferior...

Todo me pone la piel de gallina, me quema.

El aroma de su perfume cítrico con un toque amaderado, mezclado con el aroma de un hombre recién salido de la ducha, me deja completamente rendida cuando siento sus manos firmes, presionando mi cintura al acercarme más a él.

Si sigue así, acabaré en su regazo.

Nuestras lenguas se entrelazan. Explora el interior de mi boca con tanta maestría que quiero quedarme ahí, besándolo hasta que mi boca se entumezca.

No quiero que esto termine nunca.

Pero, en un momento, nuestros labios desaceleran sus movimientos hasta que él se aleja lentamente y yo abro los ojos, viendo los suyos, aún cerrados, abrirse lentamente.

Espero a saber qué va a decir. No sé si soy buena en esto, nunca he besado a nadie así. Siempre han sido besos aburridos, menos... ¿cómo podría decirlo? Excitantes.

— Mand... —susurra, exhalando aire a continuación.

Parpadeo más veces de las que debería, esperando ansiosamente lo que dirá. No sé con qué valor, pero mantengo mis ojos conectados a los suyos, como un imán.

Me acaricia el pelo rebelde que me cubre parcialmente el ojo y se acerca de nuevo, dejándome un beso en los labios.

—Ha sido el mejor beso de toda mi vida —su voz resuena grave, profunda, vibrante en mí.

No puedo evitar la breve sonrisa que se dibuja en mis labios.

— ¿En serio? —pregunto, y él asiente con la cabeza—. Nunca antes había besado a alguien así.

Traga saliva y me mira profundamente, con las comisuras de los labios curvadas en una tímida sonrisa.

—Yo tampoco. De esa manera, puedes estar segura de que no.

Extiende su gran mano y yo pongo mi pequeña mano sobre ella. Eric se levanta, guiándonos hacia el interior de la casa, y juntos subimos las escaleras hasta llegar a nuestra habitación.

En cuanto cierra la puerta del dormitorio tras de sí y enciendo las luces indirectas laterales, un escalofrío me recorre la espalda.

¿Querrá hacer... cosas?

Él sabe que soy virgen. ¿O no lo sabe?

Camino por la habitación e invento algo que hacer, tratando de ignorar la tensión del momento. Acabamos de besarnos y, por mucho que sea el mejor beso del siglo, no es para tanto alboroto.

Ni siquiera somos novios de verdad, solo amigos que se han besado.

Toco una pequeña estatua de un angelito sobre el mueble cerca de donde él ha dejado su portátil y el equipo de videojuegos que ha traído.

— Mand.

Oigo su voz grave, intensa y completamente erótica llegar a mis oídos. ¡Mierda, estoy vibrando por el toque de este hombre!

— ¿Hmm?

Respondo en un murmullo, de espaldas y lejos de él, concentrada en la talla del angelito en mi mano.

— ¿No quieres dormir? Es tarde, creo que necesitamos una noche de descanso. Ha sido un día ajetreado.

Ah...

¿Entonces no quería tener sexo, solo quería dormir?

Una ola de alivio me invade y ahora puedo respirar más libremente.

Me doy la vuelta y voy al baño, donde me aseo antes de dormir y vuelvo a la cama. Eric hace lo mismo y, en cuanto se acuesta a mi lado, se tapa y se gira hacia mí.

No lo miro, permanezco tumbada boca arriba en el colchón, mirando al techo.

— ¿Va todo bien? ¿He hecho algo mal?

Niego con la cabeza, sin poder evitar el nerviosismo que me domina.

— Después de subir, te pusiste rara. Sigo siendo yo, Mand. Eric. —Me toca la barbilla y gira mi cara hacia él—. Seguimos siendo nosotros. Los mejores amigos el uno del otro.

Intento respirar hondo, pero no puedo con esos ojos verdes oscuros e intensos fijos en mí.

— Es solo que... No sé cómo actuar ahora.

¿Qué debería hacer? ¿Besarlo en la boca para dormir, acostarme con él en la cama? ¿Dejar que lleguemos al punto de tener sexo?

No sé si estoy lista para perder mi virginidad.

— Ah... — murmura y se rasca la nuca, soltándome la barbilla. ¿Por qué no se ha puesto una camiseta? — Yo tampoco lo sé. ¿Qué tal si somos la mejor pareja de novios, actuamos con naturalidad ante todos? Y cuando estemos solos tú y yo, descubrimos lo que queremos hacer. ¿Qué te parece?

Me encojo de hombros, analizando su propuesta.

— Puede ser. Tenemos que ser sinceros.

Él sonríe y sus ojos se estrechan en las comisuras. ¡Qué bonito!

— Sinceridad. Trato hecho. — Su sonrisa se desvanece poco a poco y mi corazón quiere salirse del pecho por la forma en que me mira ahora. — ¿Puedo besarte otra vez antes de dormir? Estoy siendo muy sincero.

Abro la boca y no sale ningún sonido.

¡Maldita sea, realmente quiere besarme otra vez!

¿Por qué me siento como una adolescente nerviosa y ansiosa? ¡Acabamos de besarnos, solo hay que repetirlo!

— A menos que no quieras, claro. — Creo que se sintió incómodo por mi tardanza en responder. Pensó que no quería.

¡Qué tonto!

— Necesito decirte algo antes —reflexiono, analizando lo que voy a revelar de mi lado sentimental. Al fin y al cabo, nunca hablábamos de estas cosas—. Quiero contarte cosas sobre mí, quiero que sepas las experiencias amorosas que he tenido.

Su boca se abre en un «ah» y lo que veo en sus ojos me parece... ¿decepción?

— Creo que si empezamos a compartir esto, nos sentiremos más cómodos y entenderemos mejor los límites del otro.

Lo digo y Eric gira el cuerpo hacia arriba, mirando al techo de la habitación y soltando un bufido, pareciendo frustrado.

— Puedo resumir mi vida amorosa en una sola palabra: desastrosa. Y punto.

Lo cuenta en un tono frío.

— Di mi primer beso a los quince años, fui víctima de una apuesta en el colegio y ese chico me rompió el corazón.

Me estoy abriendo, pero Eric se mantiene serio, en la misma posición, solo escuchando cada palabra que digo. Está en su caparazón, y hasta entiendo que no quiera compartir su pasado, pero si vamos a intentar algo más que amistad, tenemos que abrirnos.

—Después de él, fueron pocos los chicos a los que me atreví a besar. A ninguno de ellos lo besé bien, siempre pensé que mi beso era horrible. Hasta que apareciste tú.

Veo cómo aprieta la mandíbula mientras traga saliva, pero no se gira para mirarme.

—Después de que apareciste en mi vida, no pude salir con nadie ni besar a nadie. Bruno fue el único que, de hecho, me está esperando para que volvamos a intentar algo.

Decido ser sincera de una vez. Si el lema es la sinceridad, tengo que exponer todo lo que rodea lo que estamos viviendo.

Si solo es una aventura de viaje, necesito saberlo para protegerme.

— ¿Entonces solo estamos disfrutando de esta estancia aquí?

Pregunta y sus palabras me golpean. ¿Es que no lo ha entendido?

— No lo sé, Eric. ¿Lo estamos haciendo?

Recuerdo las palabras de la señora Paty, diciendo que su hijo no era muy bueno expresando sus sentimientos, pero que se podía saber todo con solo mirarlo a los ojos.

Eric no dice nada. Me arriesgo a intentar hacer lo que hace su madre. Al fin y al cabo, lo conozco desde hace seis años. Es imposible que no consiga leer su mirada al menos una vez.

—Mírame, Eric.

Le pido, con voz dulce y tranquila. Se gira poco a poco y quedamos cara a cara, tumbados uno al lado del otro.

— Me he abierto, te he contado lo que nunca le había contado a nadie. Quiero sinceridad de tu boca. No somos desconocidos el uno para el otro.

Sus ojos brillan, algo que me esfuerzo al máximo por descifrar, pero no lo consigo.

— No sé lo que siento, Amanda. Lo único que he descubierto hoy es que hay algo en ti que me envuelve y me atrae con un magnetismo surrealista. No sé cómo llamar a este sentimiento, ni puedo garantizar su durabilidad. Las emociones no son como las cuentas matemáticas, que tienen respuestas exactas.

Aprieto los labios, sintiendo la dureza de sus palabras. Ha sido sincero, eso es lo que importa.

— Yo también me siento así. Atraída. — Miento, estoy locamente enamorada, pero él no puede saberlo. Todavía no.

Eric me observa con cautela y noto cómo sus ojos recorren mi rostro antes de decir:

— Eres preciosa.

Como si fuera a caer en su charla seductora. Pongo los ojos en blanco.

— Creo que no recuerdas cuántas veces me has menospreciado en estos seis años. ¿Ahora quieres que crea que soy hermosa?

Intento no ser grosera, después de todo, ¿mira cómo está girando nuestra conversación solo porque él quiere besarme de nuevo?

— Ya te he dicho que no sé manejar bien mis emociones. Perdóname.

Levanto la ceja, altiva.

— Entonces creo que a partir de hoy me merezco muchos elogios —sugiero. Sus ojos brillan y una sombra de sonrisa cruza sus labios. — Sinceridad, ¿verdad?

— Eso sería un «Sí, Eric, mi mejor amigo guapo, puedes besarme», ¿eh?

Me río por su comentario idiota. Es terrible.

Mierda, mi corazón se acelera y sé que acabo de enamorarme un poco más de él.

Quizás tengo debilidad por los hombres con espíritu cómico.

—Sí —afirmo, sonriendo—. Puedes besarme.

Él amplía la sonrisa, pareciendo un niño que acaba de recibir el regalo de Navidad que le pidió a Papá Noel durante todo el año. Esa visión me calienta y me arriesgo a sentirme un poco deseada.

Eric no se anda con rodeos, ocupa el espacio dentro de las sábanas sobre mí y, con nuestros cuerpos pegados, sintiendo su pecho desnudo sobre el mío, sé que estoy perdida.

—Eres perfecta. —Me besa la frente y luego baja hasta la punta de la nariz—. Preciosa.

Mi respiración comienza a acelerarse, siento algo revolverse en mis entrañas y una humedad se instala entre mis piernas.

¿Qué es esto? ¿Será excitación?

Pensaba que no sentía esas cosas, al menos nunca las había sentido antes.

Cuando roza su boca con la mía, susurra:

— Eres mucho más de lo que me merezco, Amanda.

Y toma mi boca para él, en un beso tan delicioso como el primero, pero con más lascivia, más excitación. Le agarro la espalda

y mis uñas cortas marcan un recorrido sobre su piel desnuda. ¡Vaya, me encanta hacer eso!

Su lengua envuelve la mía en movimientos eróticos, sincronizados, y, por un segundo, siento como si nuestras bocas estuvieran hechas para encajar a la perfección. No siento nada menos que perfección. Esa es la palabra.

Cuando Eric deja mi boca, el frío toca inmediatamente la piel caliente de mis labios, pero no puedo concentrarme mucho en eso porque pronto llena la piel de mi cuello con besos cálidos y húmedos, haciéndome jadear de placer.

¿Cómo es que es tan bueno en eso?

— Ah... Eric...

— Eso —susurra contra la piel de mi cuello, cerca de mi oreja —. Di mi nombre, di quién te está derritiendo, Amanda.

Joder...

¿Así que esto es un momento de intimidad?

— Tú —jadeo—. Eres tú, Eric. Joder, eres perfecto.

Suelto un sonido inconexo, incapaz de hablar con claridad por las ganas que tengo de relajarme al máximo y entregarme a él.

Juro que si me preguntara sobre sexo, aceptaría.

Ese es el efecto «Eric Almeida» sobre mí. Me hace actuar como no lo haría en momentos de cordura.

Nos quedamos allí, deleitándonos el uno con el otro, y mi mejor amigo no hace más que besarme y halagarme. Su voz grave,

ronca y sensual contribuye a que me sienta en llamas a cada segundo, antes de abrazarnos y apoyar mi cabeza sobre su pecho.

— Buenas noches, Mand.

—Buenas noches, Eric.



ERIC
Almeida

CAPÍTULO 10

♫Me siento tan cerca de ti ahora
Es una sensación fuerte
Soy muy apasionada, como si fueran grandes cosas
Tu amor se derrama en mí, me rodea como una cascada
Y ahora no hay forma de detenernos♫
Feel so close - Calvin Harris

Es lunes y, como siempre, a las cinco salgo a correr.

Me levanté sintiéndome tan bien, como si me hubiera tocado la lotería.

Una sensación de satisfacción, de felicidad. Hacía tiempo que no me sentía así.

Amanda dormía como un angelito cuando salí y ahora, casi dos horas después, ya estoy en el gimnasio entrenando un poco.

No puedo descuidar los ejercicios. Me pregunto si Ryan también tiene una rutina como la mía o si prefiere entrenar por la noche. Creo que voy a invitarlo todos los días por la mañana, solo así tendré compañía.

Mientras hago press de banca, mis pensamientos vuelan hacia el día de ayer. Su boca suave, tan dulce, joder, sentí ganas de cosas que no me gustaría sentir.

Amanda es tan hermosa, ese rostro que parece haber sido dibujado por un artista. La nariz recta, fina, la boca con la dosis justa de carne, ideal para unos buenos mordiscos en medio del beso. Mejillas suaves, que se sonrojan cuando sonríe. Ojos grandes y marrones profundos, adornados por pestañas largas y curvadas, que la hacen aún más delicada a mis ojos.

Y ese cabello que, después de las pequeñas mechas que se hizo, quedó aún más luminoso y armonioso en su rostro.

Joder, estoy demasiado excitado, y no solo por el esfuerzo de los ejercicios. Mi mente empieza a jugarme bromas imaginarias y obscenas.

Coloco la barra en su sitio y respiro hondo, con los ojos cerrados.

— Tranquilo, Eric. Ve despacio.

Me reprendo a mí mismo, como si realmente pudiera seguir mis propios consejos si los dijera en voz alta.

Salvo por la campana, mi teléfono suena, captando toda mi atención. Me levanto y camino hasta la esquina donde lo dejé, viendo que la llamada es de mi hermano.

— Buenos días.

— Buenos días. ¿Ya estás despierto?

— Desde las cinco. Salgo a correr y luego voy al gimnasio, ¿por qué?

— ¿Vamos al centro comercial de Campos ahora por la mañana? Necesito comprar ropa.

Contemplo la inmensidad verde por la ventana y suspiro, sudoroso y cansado de tanto hacer ejercicio.

— ¿Me llamas solo para usar mi coche? Bien hecho por venir en moto, idiota.

— Vete a la mierda, Eric. Vamos, deja de hacer el niño, estaría bien pasar un rato solo nosotros cuatro.

Me imagino la escena y me gusta.

— Está bien. A las diez, entonces.

Colgamos y organizo mis cosas para volver a la mansión. Tengo que darme una ducha y avisarle a Amanda de que salimos.

Todo sucede muy rápido, llego a la habitación y Amanda está saliendo de la ducha, oliendo bien y vestida, justo cuando suena un mensaje en mi móvil. Ryan le ha pedido que vaya a su habitación a ver si Eula se encuentra bien.

Apenas la saludo, ella responde enseguida porque está muy sudada y ya toma su maletín de primeros auxilios y corre toda animada para atender a un paciente.

El amor que siente por la medicina es surrealista, sé muy bien lo que es sentir pasión por lo que se hace. Ya echo de menos mis robots de las fábricas que instalo.

La ducha fría me estabiliza y me revitaliza, me quedo bajo el agua demasiado tiempo. Sin embargo, en cuanto salgo, ya completamente limpio y vestido, *mi novia* entra en la habitación.

— Eula es genial, me ha gustado.

Me avisa, colocando el maletín en un lugar de fácil acceso en un mueble de la habitación.

Pensé que, cuando nos viéramos hoy, las locas emociones del día anterior disminuirían. Estaba seguro de que mi obsesión por besar la boca de mi mejor amiga desaparecería después de probarla.

Pero al verla moverse con gracia por la habitación, sonriendo, contando cómo fue cuidar de la novia falsa de mi hermano, mi corazón da un vuelco.

Mi respiración se entrecorta, un escalofrío recorre mi espina dorsal.

No sé si parezco tonto, pero me doy cuenta de que estoy sumido en mis pensamientos, parado en medio de la habitación, mirándola en el momento en que se detiene frente a mí.

—¿Eric? —Agita la mano delante de mi cara, como si quisiera sacarme de un trance—. ¿Has oído lo que he dicho?

— Cada palabra.

Respondo sin perder la oportunidad que me brinda la vida. Me quito las gafas y la rodeo por la cintura, acercando su cuerpo delgado y hermoso al mío. Nuestras narices se tocan y su expresión asustada es demasiado bonita.

Amanda apoya las manos en mis hombros, sin entender mi repentina actitud.

— No te he hablado bien hoy —le susurro y ella lo entiende—. Buenos días.

Capturo su boca con un beso cálido, delicado como ella. Nada lascivo, porque Amanda se merece todos los tipos de besos que existen y esa será mi misión a partir de hoy.

La besaré de todas las formas posibles.

Separo nuestros labios y, cuando veo su expresión de sorpresa, la boca roja de un beso reciente brilla y siento ganas de besarla de nuevo. Pero no lo hago.

—Buenos días —Ella baja la mirada y sonríe, con un rubor que le tiñe las mejillas.

***

El desayuno fue tranquilo, todos estaban en la mesa, incluidos algunos parientes que fueron llegando. La exnovia de mi hermano aún no había llegado y me di cuenta de que el ambiente era mucho más distendido debido a ello.

Eula es una buena chica, mucho más joven que mi hermano, pero con un semblante que le da cierta experiencia. ¿Me entiendes?

Hablamos mucho durante el desayuno y me di cuenta de que posiblemente tiene grandes habilidades. Es autodidacta hasta el punto de poder aprender cualquier cosa, siempre que sea de su interés.

Ser así es algo valioso. Sé muy bien lo que es tener esa facilidad para aprender y sentí la necesidad de destacar lo positivo

que es eso para mi hermano.

Nuestro paseo por el centro comercial es tranquilo. Las chicas van delante, entretenidas entre ellas, mientras Ryan y yo nos quedamos atrás, disfrutando de un raro momento entre hermanos que llevaban años sin verse en persona.

— Tienes que ser menos egoísta, hermano. Somos tu familia y siempre nos abandonas.

Suelto, mirando a Amanda más adelante. No me permito apartar la vista de ella, ¿y si pasa algo?

— No soy egoísta. Soy práctico. La vida sin sentimentalismos es mucho mejor.

Me encogí de hombros, con las manos en los bolsillos de mis pantalones cortos color arena. Si él lo dice... ¿Quién soy yo para negarlo?

— Quizás sea hora de ser un poco más sentimental. — Señalo a Eula—. Ahora tienes novia, aunque sea falsa. Mamá se alegrará de ver que te has vuelto romántico.

Ryan baja un poco la guardia y pregunta por el hecho de que Eula y yo hayamos hablado mucho esa mañana. Aprovecho para mencionar las grandes habilidades de su «novia». Él no le da mucha importancia, pero intento convencerlo de que le preste más atención. Los nerds necesitan ser escuchados y valorados.

Lo sé por experiencia propia.

Llegamos a una joyería y entonces comprendo exactamente lo que quieren comprar. Por supuesto que sería un anillo de compromiso. Astuto como es mi hermano, ya ha preparado todo un montaje solo para que Larissa, su ex, se cabree.

Entramos en la tienda y, mientras las chicas miraban algunas piezas, me acerqué a una sección donde había innumerables modelos de alianzas.

Mi mente, tan loca últimamente, empieza a proyectar imágenes en las que le pongo un solitario de oro blanco en el dedo anular de...

—Creo que le queda muy bien a Amanda, ¿no? —La voz de Ryan interrumpe mis locos pensamientos y me sobresalta.

Analizo cada anillo y suspiro, pensando si sería o no una buena idea.

Sé que todo es falso, que no tenemos nada, pero ¿no sería exagerado un anillo de compromiso? ¿Y si ella se aleja de mí por esta locura?

—¿Tú también lo crees? —le pregunto en voz baja, deseando saber su opinión.

Por mucho que quiera negarlo y fingir que no me importa, después de papá, solo tuve a Ryan y su madurez para apoyarme.

Era muy joven, no sabía nada de la vida.

Aunque era un capullo egoísta, al menos por teléfono, nunca me negó sus consejos en los momentos en los que estaba al límite y no podía resolver las cosas por mí mismo.

— Creo que sí, y creo que deberías comprarlo, nunca se sabe si lo necesitaremos en medio de esta locura —dice, dándome una palmada en el hombro como ánimo.

— ¡Ay, Dios mío! —Eula casi grita y nos llama la atención.

Volvemos la cabeza hacia ella y Ryan no pierde tiempo en caminar rápidamente hacia donde está su novia falsa.

Aprovecho que Amanda está con ellos y sigo admirando los anillos, pensando cuál le quedaría mejor.

Delicada como una flor.

Dulce como la miel.

Brillante como el sol.

Debe haber alguno... ¡Lo encontré!

Un solitario diferente, en oro blanco, con un tallado alrededor de la piedra que simulaba pétalos de rosa. Perfecto para ella.

Me rasco la nuca, pensativo sobre si comprarlo o no, y busco los ojos de mi hermano, que se da cuenta inmediatamente de mi conflicto interno y asiente, como si me diera permiso.

Le pido la joya al vendedor y le indico que la añada a la cuenta de mi hermano.

Si pago aquí delante de todos, ella lo verá, y quiero que sea una sorpresa. Me acerco a Ryan y le susurro al oído:

— ¡Paga tú para no levantar sospechas, luego te lo devolveré!

— Si me tallas, ¡el que se casará con ella seré yo! — dice en tono serio.

Alejé mi cara de la suya y lo miré con el ceño fruncido, buscando en su rostro la broma que acababa de decir.

¡Como si fuera a dejar que la tocara!

— ¡Ella nunca se casaría contigo! — Le empujo discretamente con el hombro y solo entonces se ríe y me siento aliviado.

Claro que no hablaba en serio.

Después de salir de la joyería, Ryan decide pasar por una tienda departamental, diciéndole que necesitaba algo de ropa para la semana y para la boda.

¡Qué loco, no ha traído prácticamente nada!

Amanda y yo no necesitamos comprar ropa, así que decidimos quedarnos fuera de la tienda, sentados en un espacio donde hay unos sillones. Sé que Mand no es muy consumista ni le obsesiona ir de compras por los centros comerciales. En eso coincidimos.

Ella se sienta en uno y yo en otro, y eso me molesta porque ambos sillones están muy lejos el uno del otro.

— Siéntate aquí. — Le indico mi pierna y ella parece no entenderlo de inmediato. — Quédate aquí conmigo, está muy lejos.

—Ah.

Se acerca y, un poco avergonzada, se sienta de lado sobre mis muslos. La rodeo por la cintura y ella me rodea el hombro con uno de sus brazos.

— Solo de pensar que más tarde hay esas actividades del programa de mamá, ya estoy agotado.

Digo, pensativo. Los ojos de Amanda me escrutan y ella arruga la nariz, mirándome con cierta extrañeza.

— ¿No me digas que tendremos que practicar nuestra actuación de pareja enamorada?

Solo cuando termina de hablar, percibo el tono cómico en su voz. Me río por lo bajo, negando con la cabeza.

— Si hay que ensayar besos, caricias y toqueteos, creo que nos estamos volviendo profesionales.

— Sí, señor conquistador. —Me toca la punta de la nariz—. Por mucho que me encante estar contigo y besar tu boca, creo que es muy importante que participemos correctamente en las actividades. Tu madre ha elaborado casi un reality show. Vamos a hacerla feliz.

Asiento, admirando la forma en que habla, cómo sonríe, cómo la luz que viene del techo de cristal de arriba ilumina su rostro en un ángulo que lo hace aún más perfecto.

¿Cuándo se volvió tan hermosa?

— Prometo esforzarme. Lo juro.

A lo lejos, aparecen Eula y Ryan, viniendo en nuestra dirección. Cuando se lo digo a Amanda, salta de mi regazo como si el diablo huyera de la cruz.

— ¡Dios mío! No pueden vernos así. — De pie, se lleva la mano a la boca y me mira, en estado de shock.

Me acomodo y me levanto, tratando de entender exactamente *a qué* se refiere.

—¿No pueden? —pregunto y siento un golpe en el pecho—. ¿Te refieres a lo que está pasando entre nosotros, Mand?

Aún algo cautelosa, ella asiente.

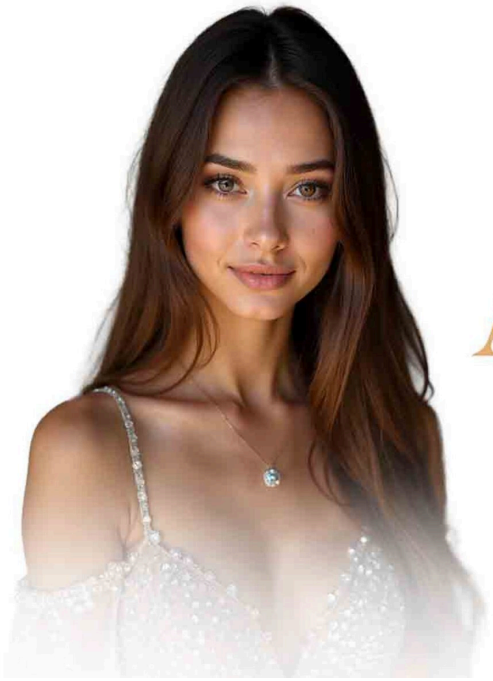
— No quieres que lo sepan, ¿verdad? Me dijiste que aún no entiendes el sentimiento, imaginé que no querías contarlo.

Como una ola en el mar, llevándose toda la dolorosa emoción, el golpe se desvanece. Ella no me está rechazando, ni quiere mantenerme oculto como un secreto inmundo. Solo sacó conclusiones por lo que dije.

¿Y ahora qué? ¿Qué le digo?

Ryan y Eula se acercan y no hay tiempo para llegar a una conclusión sobre nuestra conversación.

Simplemente lo dejo pasar para otra ocasión.



AMANDA
Rocha

CAPÍTULO 11

♫Tú eres el miedo, no me importa
Porque nunca he estado tan extasiada
Sígueme hasta la oscuridad
Déjame llevarte más allá del cielo
Verás cómo el mundo cobra vida, vida
Entonces ámame como solo tú sabes hacerlo, ámame como tú sabes hacerlo♫
Love me like you do - Ellie Goulding

Llegamos a la mansión justo a la hora del almuerzo y, según me informó Eric, el ambiente se volvió bastante tenso. Algunos invitados especiales fueron llegando. La casa estaba preparada para alojar a 20 personas, entre ellas padrinos, familiares y algunos invitados especiales.

Pero entre los invitados especiales estaba la exnovia de Ryan. Y también había una chica que no dejaba de mirar a Eric con ojos seductores.

Después del almuerzo, dimos un paseo por la propiedad. Siento como si lo que pasó ayer con ese idiota de Paolo nunca hubiera ocurrido.

Es como si la compañía de Eric fuera un bálsamo para mí.

Fuimos a la caballeriza y el hombre que tiene mi corazón eligió un caballo para que montáramos un rato juntos.

Intento no ilusionarme ni enamorarme más, pero desde nuestro beso, Eric se ha vuelto más cariñoso y afectuoso. Ya me trataba muy bien como amigo, me abrazaba, me acogía, pero después del beso...

Realmente me siento como su novia, y eso me asusta a un nivel estratosférico.

Cabalgamos por la propiedad y el viento fresco me mece mientras me aferro a Eric, apoyando mi cara en su amplia espalda, cubierta por la tela de su camisa de manga larga. Es bueno en todo lo que hace, y eso incluye montar a caballo.

Cuando volvemos a la mansión, hay un gran revuelo en medio de la sala, con mucha gente reunida. Sé que es algo que le encanta a su madre, pero cuanto más gente aparece, más ganas tengo de encerrarme en mi habitación.

—¡Mi hijo! ¡Él puede resolverlo!

Patricia se levanta del sofá y todas las miradas se dirigen hacia Eric, que entra en la sala a mi lado, limpiándose las manos en la camisa con expresión confundida. Inmediatamente, se lleva la mano al puente de las gafas, ajustándolas como si eso pudiera ayudarle a ver mejor.

— ¿Qué está pasando?

Su madre se acerca a nosotros y nos explica:

— Ha surgido un problema y la empresa de automatización de la casa no podrá hacer el trabajo. Esto va a afectar a la boda, ya que el catering utilizará esa automatización durante la celebración para gestionar las luces y algunos aparatos electrónicos. Tú sabes bien cómo funciona, ¿no?

La expresión de Eric cambia de la de un joven normal a la de un especialista en ingeniería mecatrónica. Es uno de los mejores en integrar sistemas de control, sensores y actuadores para crear soluciones automatizadas y eficientes. Eric ya ha trabajado en proyectos de automatización residencial e incluso en fábricas, donde ha desarrollado e implementado sistemas para controlar la iluminación, la climatización, la seguridad e incluso los sistemas de entretenimiento de forma inteligente y remota.

Es genial en eso. El mejor.

— ¿Dónde está la central de control?

Pregunta con autoridad, listo para resolver la situación. Sabe que, con su experiencia y conocimientos en mecatrónica, puede garantizar que todo funcione a la perfección para la boda. Mi pecho se hincha de orgullo.

Su madre lo arrastra por los pasillos y yo me quedo allí, sin saber muy bien qué hacer. La chica que antes se comía a Eric con los ojos me mira fijamente, sentada en la alfombra junto a unas personas inmersas en una conversación privada.

No se me escapa lo que pretende. Sé que no soy buena leyendo a las personas, pero está claro que esa mujer quiere algo con mi novio, y eso me incomoda.

Desvío la mirada hacia la escalera, por donde baja Eula sola. ¡Gracias a Dios! ¡Necesito una distracción!

Cuando levanta la cara, enseguida me ve y le señalo el porche cubierto fuera de la casa, para que podamos charlar.

Parece estar mejor que antes, tiene el rostro muy animado y una sutil sonrisa en los labios. Nos detenemos en una esquina de la terraza y nos apoyamos en el borde, contemplando la hermosa vista de este lugar que fácilmente podría ser un cuadro.

—Menos mal que has venido. Pensaba que me iban a tirar a la boca del lobo.

Murmuré sin mirarla a los ojos, todavía contemplando la naturaleza.

— Dios, que me libre y me proteja. No quiero juzgar, pero ya que lo hago, este grupo de mujeres y sus respectivas parejas parecen tener el estilo de esta ciudad. Eso de chismorrear, hablar de la vida de los demás. Cosas de pueblos pequeños del interior.

—Así son. Eric me habló un poco sobre la gente de aquí. No es que no me gusten, pero realmente se pasan de la raya cuando se meten en la vida de los demás.

Suelto una breve risa contenida y ella me acompaña, sin ningún pudor. Eula no tiene la menor vergüenza de ser quien es, de actuar como quiere.

Me gustaría tener su libertad.

Nuestras risas van perdiendo cadencia y lo que me pregunta me llega al alma:

— ¿Desde cuándo, Amanda?

Sin entender muy bien, giro la cabeza y lo miro con cautela antes de preguntar:

— ¿Qué?

Eula sonríe sin mostrar los dientes y me mira con algo parecido a... ¿cuidado?

— ¿Desde cuándo estás enamorada de él? Tus ojitos no mienten. — Tras la tensa pregunta, se relaja—. Soy muy observadora.

Me río sin gracia y pienso en su pregunta.

¿Desde cuándo?

Si respondo, será la primera vez que lo confieso en voz alta.

Quizás eso me ayude a superarlo un poco, ¿quién sabe si me volveré más resistente a él?

Si algún día me rompe el corazón, el hecho de haber expresado este sentimiento puede suavizarlo, ¿no?

— Once de febrero de dos mil diecinueve. — Suspiro y miro mis pies, sintiendo que mi cara arde de vergüenza. — Desde la primera vez que miré ese rostro.

Ella se queda callada unos segundos y luego chasquea la lengua.

— Es un rostro *especial*. Te entiendo.

La veo sonreír y me siento aliviada por habérselo contado.

— Es reservado, nunca lo he visto salir con nadie, pero siempre ha dicho que no quiere tener una relación. Era difícil cada

vez que sentía ganas de confesarle mis sentimientos. Eric siempre me echaba un jarro de agua fría sin saber nada.

— Los hombres son extraños. No es que tenga experiencia, pero soy muy observadora y trabajé en un bar. El comportamiento de la mayoría era estándar. Celosos, posesivos, irrespetuosos. Ogros. Y Ryan.

— ¿Qué pasa con Ryan?

Ella encoge los hombros y pone los ojos en blanco, derrotada.

— Ese imbécil está en una categoría aparte. Todavía no he definido dónde encajaría bien.

Sonrío, pensando que, en el fondo, a ella también le puede estar gustando.

—Ryan es una buena persona. Lo he visto pocas veces en seis años, pero siempre me ha tratado muy bien, incluso en las llamadas entre él y Eric. Siempre me ha hablado como si fuera de la familia. Le tengo mucho cariño.

Ella resopla y cruza los brazos, un poco irritada.

— Mierda. No consigo encontrar a nadie que no sea del fandom. Así es difícil ir en su contra.

Es divertida y me la imagino convirtiéndose en el alivio cómico de la vida de Ryan, que siempre ha sido tan... frío. Distante, incluso. Quizás él necesite esos colores, esa agitación.

Nuestra conversación fluye tan bien que ni me doy cuenta del paso del tiempo. Quien me saca de la burbuja de la amistad con Eula es mi novio —falso, lo sé—, que llega con una sonrisa de oreja a oreja diciendo:

— ¡Ya hice todo el trabajo!

Los ojos de Eric brillan. Tiene una necesidad muy fuerte de ser útil, de sentirse importante de alguna manera. Me parece adorable, pero, al mismo tiempo, me preocupa que haya sido herido en el pasado hasta el punto de sentirse menos de lo que realmente es.

Me despido de Eula y subo al dormitorio con él, donde empezamos a planear todo lo que haremos por la noche, en la primera actividad de parejas.

***

Llega la noche y todos estamos en una zona reservada para esta actividad, en el anexo de la mansión. Hay una cocina enorme y una encimera también gigante, con diversos ingredientes, alimentos y utensilios.

Hay un organizador que dicta las reglas del juego. Da treinta minutos para que cada pareja elabore un plato especial que marque su unión.

Miro a Eric a mi lado, de pie, sosteniendo mi mano con firmeza. ¿Sabrá él cuál es el alimento que simboliza nuestra unión?

En mi opinión, es y siempre será la patata rellena de pollo con requesón que me llevó a comer el día del incidente en que nos conocimos.

Después, ya como amigos, cada año, para celebrar nuestra amistad, volvíamos allí y comíamos de nuevo la patata rellena.

Parece una tontería, pero marca nuestra relación de amistad.

Estoy ansiosa por saber si Eric se acordará de ello.

— ¿Quién del equipo va a cocinar? —pregunta el hombre y cada pareja envía a un representante.

—Puedes ser tú —le digo en voz baja, pero él me oye.

Eric asiente y, antes de irse, se coloca delante de mí, baja la cabeza y me da un beso en la boca. Simplemente delante de todos.

— ¡Vamos a arrasar!

Sonrío tontamente ante su actitud y lo veo alejarse detrás de la enorme barra. Entre los oponentes están la madre de los chicos, Ryan, Eric, una señora, la ex de Ryan y la chica que me ha estado mirando mal hoy por la mañana, que es pareja de un conocido de la familia.

En cuanto suena el reloj, empiezan a correr para cocinar en solo treinta minutos. Me siento como en un reality show, Masterchef quizás.

Eula se acerca a mí, animando a su novio falso, y yo no me quedo atrás cuando empiezo a gritar el nombre de mi novio, entre tantos otros gritos.

No consigo ver exactamente lo que está cocinando, están lejos de los aficionados y muy concentrados. Solo espero y, durante los siguientes minutos, toda la acción se desarrolla ante nuestros ojos.

Suena la alarma, avisando de que se ha acabado el tiempo. Cada participante coloca su plato sobre la encimera y el organizador del evento se acerca a ellos con un micrófono.

Empieza por las mujeres y deja a Eric y Ryan para el final.

Su madre preparó el plato favorito de su prometido, me pareció muy bonito.

Cuando llega el turno de Eric, le pregunta:

— Y tú, joven. ¿Qué has preparado para tu pareja esta noche?

Extiende el micrófono hacia mi novio, quien, antes de hablar, busca mis ojos entre el público. Le saludo con la mano y él sonríe.

— Once de febrero de dos mil diecinueve —comienza a decir y mi corazón late frenéticamente en mi pecho. No puedo creer lo que estoy oyendo—. Ese día la conocí y la llevé a comer patatas rellenas como estas. Desde entonces, cada año celebramos ese día comiendo una patata rellena.

La sonrisa que se dibuja en mi rostro es tan amplia y grande que no puedo contenerme y corro hacia él, paso por debajo de la barra y lo abrazo con fuerza.

Ahora me invaden una mezcla de emociones. Orgullo, cariño, pasión... amor.

Amo a este hombre. ¡Sí, lo amo!

—¿Te acuerdas...? —le susurro al oído, aún inmersa en su abrazo.

—Nunca lo olvidaría —responde, haciéndome temblar y sentir eufórica de felicidad.

Realmente recuerda el día exacto, el mes, el año, la comida. Todo.

Nos separamos y su boca me envuelve en un beso delicioso, de esos que solo daríamos a solas, sin que nadie nos viera. Pero qué más da. Estoy muy feliz, ¡por supuesto que no voy a rechazar un beso suyo!

—¡Eh, eh, la pareja está animada!

La voz que resuena en el micrófono me paraliza, avergonzada. Eric me suelta lentamente, aún sonriendo orgulloso, y me mira con dulzura.

— Más tarde seguimos.

Asiento y lo dejo allí para que termine la broma. Todavía faltaba Ryan.

Me pongo al lado de Eula, que no pierde la oportunidad de hacer una broma, susurrándome al oído:

— ¡Está tan enamorado de ti!

Niego con la cabeza riendo, con los ojos cerrados. Es tan tonta.

Sin más preámbulos, el organizador pregunta cuál fue el plato de Ryan y lo que sucede allí me oprime el corazón.

Hizo el plato tradicional de la familia. La lasaña que le enseñó su padre.

Paty se levanta de su sitio y se acerca a su hijo, mirando el plato sobre la encimera.

Ryan fue, sin duda, quien más sintió la ausencia del padre en esa familia.

Ahora lo entiendo.

Respiro hondo, viendo cómo se desarrolla toda la escena, y solo espero que, hasta el día de la boda, todas las heridas y las brechas familiares entre ellos se curen.

Sé lo que es tener una madre que es todo menos una verdadera madre.

Sé lo que es no tener padre, porque él me abandonó.

Lo que más deseo para Eric, Ryan y Patricia es que estén alineados y conectados al cien por cien como familia. Porque lo que tienen es raro.

Demasiado raro.



CAPÍTULO 12

♫Oh, soy bueno manteniendo la distancia
Sé que tú eres el sentimiento que echo de menos
Sabes que odio admitirlo
Pero todo significa nada si no puedo tenerte♫
If I Can't Have You - Shawn Mendes

¡Qué lunes tan horrible!

Mamá es un ángel, la quiero, ¡pero nunca aprende!

Se le ocurre invitar a gente que no debería, entre ellas, Larissa y Kamila. Larissa era la exnovia de mi hermano y me imagino lo cabreado que está al verla, por mucho que ya supiera que iba a venir.

Kamila fue nada menos que la chica con la que perdí la virginidad. La bruja que me traumatizó.

Está bien que ella esté muy conectada con algunos parientes de la familia, incluso yo confié en ella en ese momento, precisamente por esa razón.

Pero no puedo culpar a mi madre, ella no sabía nada. Ni siquiera Ryan lo sabía.

Solo yo sé lo que pasé, y por eso me esfuerzo al máximo para no dejar traslucir absolutamente nada cuando estamos en el mismo ambiente.

¡Pero qué mierda! ¡Esa maldita no deja de mirarme ni un segundo!

A diferencia de cómo pensé que reaccionaría si la volvía a ver, no me afecto. Quizás sea porque hoy mi autoestima está muy bien establecida.

Su maldita opinión no tiene ningún peso para mí.

Busco los ojos de la única persona cuya opinión me importa en este momento. Y la forma en que me mira me hace arder el pecho.

Acabo de preparar la receta que marcó nuestra relación. Amanda se puso tan contenta que vino corriendo a abrazarme.

¿Cómo es posible que esté tan hipnotizado por ella en tan pocas horas?

A mi lado, Ryan presenta su plato. La lasaña de papá.

Una ola de nostalgia me envuelve, recuerdo cómo él preparaba este plato como una tradición en nuestra familia.

Siento un nudo en la garganta cuando él habla con dureza sobre el plato en sí. Mamá se acerca a él con los ojos llenos de lágrimas y yo ni siquiera puedo imaginar lo que puede pasar.

Pero Ryan sigue con su plan inicial de aprovechar esa conmoción familiar para pedirle oficialmente matrimonio a Eula, lo que deja a todos los invitados atónitos mientras la chica se acerca en una puesta en escena perfecta, casi llorosa, y él se arrodilla y le entrega un anillo.

Si no supiera que es falso, me parecería una escena bonita y romántica.

De repente, vi a Larissa consumirse de odio con la mirada, seguramente muriéndose de envidia.

Ryan es fuego, consiguió lo que quería, el astuto.

Pero algo me decía que Larissa no iba a manejar eso de forma madura.

***

El martes, paso toda la mañana probando la automatización que instalé ayer. Eula se interesa por saber cómo funciona todo y le permito que me vea en acción. Lo que me sorprende es que, en un momento dado, ella ofrece su ayuda y, para poner a prueba sus grandes habilidades, se lo permito. Ella simplemente comienza a ajustar cada función exactamente como yo lo había estado haciendo.

Con solo mirarme, lo reproduce igual. Increíble.

Amanda pasa un rato con mamá en la cocina, me encanta la interacción entre las dos y eso me tranquiliza, porque sé que Kamila no estará cerca.

De hecho, ni ella ni Larissa duermen en la mansión. Solo vienen a pasar el día y participar en las actividades con sus compañeros, algunos hombres amigos de la familia.

En cuanto salgo de la sala donde lo dejé todo ajustado y debidamente probado en el ordenador, Eula va en busca de su prometido y yo busco a mi futura prometida.

Creo que le voy a pedir matrimonio, como me sugirió mi hermano.

Tengo que elaborar mejor esta idea, porque necesito que Amanda actúe bien, y para eso le daré una sorpresa. Solo espero que no se confunda pensando que es real, debido a nuestro reciente acercamiento.

El anillo es perfecto para ella y será un regalo. No lo quiero de vuelta.

Sin embargo, estoy decidido a no casarme nunca.

El matrimonio implica un nivel de intimidad que no estoy dispuesto a tener con nadie. E implica sexo.

No soy bueno en eso.

Al menos, la única vez que lo hice, no fui bueno.

Y no ser bueno en algo me cabrea. Me enfada.

Prefiero no hacerlo.

Me acerco sigilosamente a la cocina, quiero saber qué están haciendo. En cuanto mamá y Amanda entran en mi campo de visión, la tercera persona que está con ellas también aparece.

Maldición.

Es Kamila.

Como las tres están de espaldas, no pueden verme. Así que me quedo ahí, esperando a saber si la maldita sigue siendo una serpiente de cascabel.

—Kamila, querida, como conoces a mucha gente, ¿podrías llevar a mi nuera a una salida de chicas? Creo que a Eula también le encantará.

Paty remueve algunas ollas en la cocina, mientras Amanda prepara zumos en la batidora.

— Claro que sí, tía. Estoy muy contenta de ver por fin a Eric con alguien, ¿no? Siempre ha sido tan... diferente.

Intenta sonar natural, pero el final de la frase suena burlón. Sí, parece que no ha madurado.

—Mi hijo es guapo y muy inteligente. Amanda es una chica afortunada. ¿Verdad, hija?

Esto hace que Mand, que antes estaba concentrado en cortar la fruta para el zumo, gire la cabeza y mire a la señora Paty con cariño.

—Eric es maravilloso. Es bueno en todo lo que hace. Además de ser mi mejor amigo.

Sonrío al oír lo que dice de mí, aunque piense que no estoy presente. Es tan bueno saber que hablan bien de ti cuando no estás presente.

— El recuerdo que tengo de él es diferente. La verdad es que ha cambiado mucho en estos diez años —sisea la serpiente mientras pica verduras—. Me gustaba un poco en la época del colegio. Pero no pasó nada, él no se fijaba en mí y era muy raro, con ese pelo que le tapaba los ojos y una timidez absurda. Era muy delgado y solo tenía ojos para sus mangas.

¿No pasó nada?

Claro, para ti no salió nada.

Para mí, sí que salió algo: una cita con una chica guapa en la que creía que podía confiar, pero que estaba dispuesta a grabar cada reacción del chico tímido y raro mientras se acostaba con ella.

Desde entonces, me dediqué a mis habilidades como hacker para librar a mi madre de otra tristeza. Hacía menos de un mes que papá había fallecido, Ryan ya se había ido y yo no podía darle nunca más motivos para llorar.

Tuve que sufrir en silencio.

Resolverlo todo en silencio.

Y esa hija de puta todavía tiene el descaro de aparecer diez años después haciendo comentarios como ese.

— Rum. — Carraspeo y entro en la habitación, haciendo que las tres giren la cabeza en mi dirección.

— Hola, hijo, ¿ya terminaste los ajustes?

Me acerco a la señora Paty y le doy un beso en la mejilla, luego abrazo a Amanda por detrás y acerco mi cara a la curva de su cuello, inhalando su dulce aroma.

Siempre huele bien.

Ella sonríe y sigue haciendo su trabajo.

— Haré algunas pruebas más a lo largo de la semana, mamá. Solo para asegurarnos de que todo funcionará bien.

No miro a Kamila. No quiero dirigir mi mirada a esa víbora, pero puedo sentir cómo me mira con desprecio, clavándome alfileres en la espalda.

Mamá dice algunas cosas más sobre las expectativas para la boda y las chicas hacen comentarios de ánimo. Cuando Amanda termina el zumo, le pido permiso y me la llevo conmigo.

La extraño.

Esa noche no nos besamos como la primera, ella se dio un baño y yo tardé mucho en darme el mío, ya sabes cómo es... En fin. Cuando volví al dormitorio, ella ya estaba durmiendo.

***

Salimos de la mansión y caminamos juntos por el césped. Ella va vestida como de costumbre, con unos pantalones cortos holgados y una camiseta básica. Bueno, Amanda.

Observo nuestras manos entrelazadas y lo único que deseo es ser un tipo normal. No un cabrón destrozado por dentro.

Ella se merece a alguien que pueda darle todo. Una relación completa.

Ojalá pudiera ser esa persona.

—¿Adónde vamos? —pregunta, claramente curiosa.

—Al gimnasio. Hoy vas a hacer ejercicio.

Ella se detiene y me mira con el ceño fruncido.

— ¿Hablas en serio?

Decido mantener la mentira. Amanda no hace ejercicio, el único deporte —si es que puedo llamarlo así— que practica es el pole dance. Dice que no tiene tiempo para ejercicios más complejos.

— Muy en serio. Vamos.

Le doy un ligero tirón del brazo y ella vuelve a caminar.

Llegamos al lado del gimnasio, donde hay una piscina cubierta.

— Te mentí. Vamos a bañarnos en la piscina.

— ¡Pero no he traído el bañador, loco! —me regaña en tono cómico.

Pasamos por las puertas dobles y cierro todos los accesos. La piscina es semiolímpica, climatizada, está vacía y es perfecta para un baño relajante. Abro el panel de control y hago que se empañen todos los cristales que rodean el recinto.

— Listo. Nadie te verá sin ropa.

Ella se lleva una mano al pecho y la otra a los pantalones cortos.

— ¡No voy a nadar desnuda!

Me acerco a ella, riendo. Mi Mand es tan pura.

— No es para nadar desnuda. Llevas lencería, ¿no? Puedes quitarte la ropa y nadar así. Las bragas y el sujetador son como un bikini.

Los ojos de Amanda se agrandan y un intenso rubor aparece en sus mejillas.

Decido tomar la iniciativa y me quito la camiseta blanca y los pantalones cortos, dejándolos en un banco en la esquina.

Cuando me giro para mirar a mi mejor amiga, ella se tapa los ojos, avergonzada.

—Vamos, Mand. Ya hemos ido a la playa una vez, no hay por qué avergonzarse...

Le hablo en tono dulce, tocándole la mano para que se quite la mano de los ojos y me mire.

— Pero es diferente... Estás desnudo. — Su voz transmite inseguridad.

— La ropa interior oculta todo lo necesario. Vamos, dentro del agua ni siquiera nos fijaremos en esas cosas.

Ella asiente, todavía un poco reticente, pero cierra los ojos y empieza a desnudarse. Intento no emocionarme, porque solo es una mujer en ropa interior, nada más.

Pero no es cualquier mujer. Es ella.

Por un segundo, olvido que estoy en calzoncillos, ella se dará cuenta de que la estoy mirando demasiado. Me delatará sin decir una sola palabra. Me quito las gafas, porque me ayudarán, no, a ver bien. En este caso, la miopía es una ventaja.

— Eh, voy a entrar mientras tanto.

Lo aviso y paso por la ducha, me mojo y corro hacia la piscina, dando un salto para zambullirme.

Unos segundos después, siento el impacto de Amanda zambulléndose a mi lado. Ella emerge con el pelo mojado y sonríe.

— Quiero ver quién llega primero al otro lado.

Me desafía y se zambulle de nuevo, dirigiéndose hacia el otro extremo de la piscina. Como no me gusta perder en los desafíos, hago lo mismo, poniendo toda mi habilidad para nadar en las brazadas hasta tocar el borde. Y sí, llego antes que ella.

Ella aparece a mi lado y, al estar muy cerca, veo sus ojos brillantes cuando apoya los brazos doblados sobre la plataforma fuera del agua.

— Maldita sea, tú también eres bueno nadando —se queja y chasquea la lengua.

— Soy bueno en muchas cosas.

Lo digo en un tono más grave, bajo, sugerente.

Ella frunce el ceño lentamente, tal vez tratando de entender lo que hay entre líneas en lo que dije.

— ¿Me trajiste aquí para que pudiéramos enrollarnos en privado sin estar en la habitación?

Su pregunta es clara y directa. Reflexiono sobre qué puedo responder, porque ella me mira muy seria.

Recuerdo que prometimos sinceridad. No puedo seguir suavizando mi verdadera intención.

— Sí. Si hay que ser sincero... —Me encojo de hombros y me doy la vuelta, apoyándome en el borde de la piscina.

Me sorprende cuando se suelta del estrado y se coloca frente a mí. Sus brazos rodean mi cuello y siento sus piernas agarrándose a mi cintura. Instintivamente, sujeto su cuerpo, colocando mis manos en su trasero. Lo que veo en sus ojos me excita.

— ¿Por qué no lo dijiste antes?

Tras darme esa respuesta inesperada, me besa.

Nuestras bocas se encuentran en un beso húmedo y urgente. Sus labios suaves y cálidos se abren para mí, invitándome a explorar cada rincón de su boca. Siento la sincronía de nuestras lenguas, su fresco sabor a frutas, y durante este intercambio, un escalofrío recorre toda mi columna vertebral.

Le muerdo el labio inferior, una manía que he adquirido al besar solo a ella. Chupo y vuelvo a besarla con la lengua, sin cesar.

¿Por qué me está volviendo adicto?

¿Hasta dónde llegará nuestro juego?

Siento que su boca se aleja y abro los ojos. Amanda mira el agua, tímida.

— Eric, lo siento. Sé que no somos una pareja de verdad, pero...

¿Qué quiere decir con eso?

Siento el peso de sus palabras golpeándome en el pecho. El miedo se extiende por mis entrañas como un virus. ¿No le ha gustado? ¿Ya se ha cansado de mí?

— ¿Pero? —pregunto, sintiendo la puñalada anticipada.

Sus ojos se encuentran con los míos.

En ese momento, el alivio llega como una brisa fresca. No va a hacerme daño. Sus ojos no dicen eso ahora.

—Quería que fueras el primero.

Tardo más de lo normal en asimilar su frase. La repito varias veces en mi cabeza, para que mi respuesta sea coherente con lo que entiendo. ¿Es virgen, es eso?

¿Se refiere a la primera vez que tiene relaciones sexuales?

— ¿Dices... ser tu primer compañero sexual? — Mierda, esa pregunta fue rara. — Quiero decir, ¿quieres perder tu virginidad conmigo?

En cuanto lo digo, mi corazón se acelera. No sabía que era virgen. Está bien que nunca la haya visto salir con nadie antes, pero las chicas de hoy en día dejan de ser vírgenes cada vez más temprano. Pensé que tal vez lo había hecho en la adolescencia. Aunque me contó sobre su pasado el otro día, pensé que tal vez había ocultado esa parte.

Saber que está decidida sobre algo tan especial me hace muy feliz.

Al mismo tiempo, mi mente me acusa de lo que intento olvidar.

Amanda asiente, respondiendo a mi pregunta, y luego vuelve a bajar la cabeza, con un rubor aún más intenso en sus mejillas.

— Eh, yo... No puedo hacer eso, Mand.

Mi respuesta la sorprende, porque su rostro se vuelve confuso y estoy seguro de que no ha entendido lo que acabo de decir.

— ¿No puedes hacerlo... *conmigo*? —pregunta, y puedo sentir el dolor en su voz—. ¿No soy tan atractiva?

Su voz tiembla y me siento como un idiota por no poder satisfacerla.

Debería haber pensado en eso antes de lanzarme de cabeza a esta locura que hemos creado.

¿Por qué cedí al impulso de besarla?

Antes solo éramos amigos, ahora estoy destrozando el corazón y la autoestima de la chica más especial de mi vida por culpa de un trauma infernal.

— No, por el amor de Dios, Amanda. — Le cojo la mano y hago lo único que se me ocurre en este momento. Hago que sienta mi excitación. — Esto es porque eres jodidamente atractiva.

Ella la retira rápidamente y se encoge, abrazándose a sí misma.

— Entonces, ¿por qué? — Su pregunta suena dolorida.

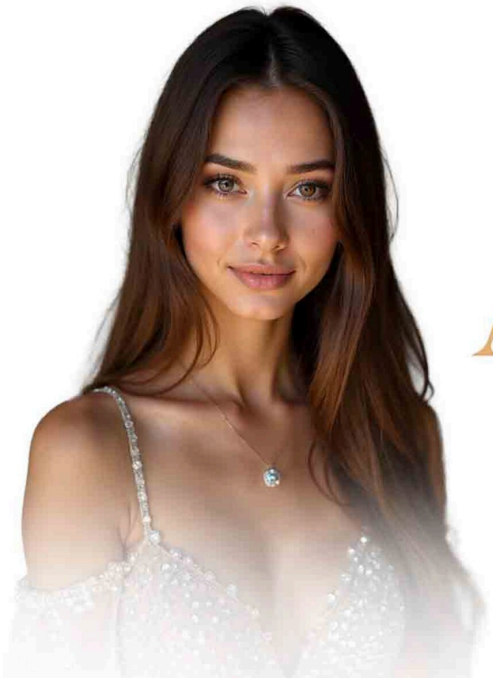
Y yo no quiero hacerle más daño.

— No puedo hablar de eso, todavía no. Pero no soy la persona adecuada para hacerte esto. Lo siento.

No importa el celo y todo el cuidado que pongo al decirlo, porque no hace que ella lo entienda.

Amanda asiente y sale rápidamente de la piscina, pareciendo demasiado avergonzada por haberme propuesto lo que me ha dicho. Incluso desde lejos y sin poder ver bien, sé que se está vistiendo para irse, enfadada conmigo. Solo consigo odiar aún más a esa maldita Kamila.

Ha conseguido destruir otra cosa especial en mi vida.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 13

♫Con cada pequeño desastre
Dejaré que las aguas se calmen
Llévame a algún lugar real
Porque dicen que el hogar es donde el corazón se graba en piedra
Es donde vas cuando estás solo
Es donde vas a descansar tus huesos♫
Inicio - Gabrielle Aplin

Desde que lo conocí, supe que siempre debía mantenerme en el nivel de la amistad.

Nunca podría haber pensado en ir más allá, por muy irreal que fuera.

Una novia falsa... Debería haber imaginado en qué acabaría todo esto.

No puedo contener las lágrimas que brotan libremente por mi rostro mientras corro de vuelta a la mansión.

Él no siente nada por mí.

Nada que lo convierta en mi primer amor.

Ni siquiera nuestro vínculo de amistad es lo suficientemente fuerte como para eso.

No pedí nada más. No pedí matrimonio, ni una relación oficial. Solo pedí sexo.

Y ni siquiera eso puede darme.

— ¡Tonta, tonta!

Mi ropa mojada, debido a la lencería húmeda, hace que el aire sea más frío, así que acelero el paso para llegar pronto a la mansión y darme una ducha. Tengo que irme de este lugar.

Para mí, ya es suficiente, ya he sufrido suficiente humillación para toda una vida.

Al final, aunque respiro el dolor del rechazo, no puedo irme. Paty está tan emocionada con las actividades del día que decidí quedarme en la misión de ignorar a Eric.

Al final del martes, hicimos una actividad de cartas para la pareja, escribí todos mis deseos para su unión en un papel y les deseé que fueran felices. Me encantan las cartas y esta actividad me hizo sentir un poco menos triste.

Una relación verdadera debe ser algo hermoso, cuando hay amor.

Llega el miércoles, día de deporte en pareja. No soy fanática de los deportes, pero empezamos con una carrera sencilla y luego un paseo en bicicleta por la enorme propiedad por la mañana.

Eric no intentó decir nada más, ni explicarse. Me trata con normalidad, como antes, cuando solo éramos amigos.

Pero sin bromas ni ironías. Solo una amistad sencilla y común. A la hora de dormir, me acuesto antes, no le espero. Eso me ayuda a lidiar con el dolor que aún me late.

Cada vez que giro la cabeza mientras pedaleo y miro sus ojos verdes bajo el sol, mi corazón se detiene.

Podría ser menos guapo, pero el muy idiota tiene la mandíbula cuadrada, masculina, barba incipiente y labios carnosos, un rostro armonioso y sexy.

Odio amar a ese desgraciado.

— Vas muy tranquila, cuñadita.

A mi derecha aparece Ryan, pedaleando con maestría, como si no fuera nada. Mientras yo estoy jadeando, sudando y agotada. Eric se aleja un poco y yo me relajo.

¿Dónde está Eula?

No pierdo tiempo comprobándolo, necesito concentrarme en el recorrido o acabaré haciéndome daño.

— Solo pensativa.

Ryan no responde de inmediato, pero pronto dice:

—Mi hermano puede parecer un idiota a veces, pero sabes que es un buen tipo. —Giro rápidamente la cabeza y lo veo decirlo con su estilo directo y brusco, mirando al frente—. No se peleen.

— ¡Pero no estamos peleados! —miento.

Él niega con la cabeza, con una sonrisa pícara en los labios.

—Ajá. Y el conejito de Pascua está justo ahí delante.

Dicho esto, acelera el paso y se adelanta, y solo entonces veo a Eula más adelante. ¿Acaso cree que nuestra carrera es una competición?

Respiro hondo y sigo la corriente, y en las horas siguientes todo sucede como una mancha borrosa. La presencia de tanta gente en la casa me hace sentir un poco retraída, así que me aferro a Paty, que siempre me está dando tareas, como si supiera que necesito pasar tiempo lejos de su hijo sin pensamientos intrusivos.

Llega la noche y, a diferencia de los demás días, no tenemos más actividades que las que hicimos antes. No puedo evitar pensar en mi vida, en todo lo que rodea mi existencia en esta Tierra.

Intento estar agradecida, a pesar de haber vivido tantas tragedias desde que tengo uso de razón.

Tener una madre que me odia, que nunca quiso verme feliz y solo me cuidó por obligación; tener una vida amorosa llena de derrotas desde que di mi primer beso; no estar rodeada de amigos y personas que me aman y me apoyan... Todo esto se mezcla en una explosiva combinación en mi cabeza, a punto de colapsar.

Al menos estoy viviendo el sueño de la medicina. Pero aun así, no es fácil. Las prácticas me dan apoyo financiero para pagar los

materiales y las investigaciones, pero vivir en esa cama de la residencia no era lo que imaginaba que sería mi vida.

Desde siempre, todo ha sido difícil para mí, doloroso, sombrío.

Y esta semana, aquí, en este hermoso lugar rodeado de naturaleza, en una mansión lujosa y con tanta abundancia, casi olvidé quién soy.

Casi olvidé cómo era mi vida.

Y eso me hizo soñar más allá... Más allá de lo que sabía que no podía.

***

Camino bajo la noche estrellada de ese miércoles, lejos de todo y de todos, por la terraza, sintiendo la brisa nocturna acariciando mi piel. Eula aparece y así no me siento sola, pero en un momento dado, después de charlar un rato, me cuenta algunas novedades sobre cuestiones profesionales. Entonces, la exnovia de Ryan aparece en la terraza diciendo:

— Oye, he oído un ruido extraño en tu habitación.

Eula frunce el ceño.

— ¿De la mía?

— No, de la suya. — Larissa me señala.

Inmediatamente, me pongo en estado de alerta.

¿Le habrá pasado algo a Eric?

No tiene una inmunidad tan maravillosa y... Pronto se cumplirán dos semanas desde la última aplicación de vitamina B. ¿Se sentía mal?

Miro a Eula con urgencia en la mirada.

— ¡Ven conmigo, por favor!

Corremos hacia el interior de la casa y subimos las escaleras a la velocidad de la luz. El pasillo es enorme y maldigo a diez generaciones pasadas por tardar tanto en socorrer a Eric.

Mi Eric.

Mierda. ¿Por qué me he ausentado tanto tiempo?

En cuanto me acerco a la habitación, veo que la puerta está entreabierta, así que entro de golpe, jadeando y preocupada.

Pero lo que veo me deja sin aliento.

Está tumbado en la cama, con el pelo mojado, solo en calzoncillos, con Kamila encima de él pareciendo...

— No... No puedo creerlo.

No puedo ser fuerte. Ya no. Mis ojos se nublan con las lágrimas que se acumulan y mi pecho se comprime, dejándome sin aire para respirar.

El golpe de haber sido traicionada me golpea como una navaja afilada, cortándome el cuerpo de dentro hacia fuera. Todo arde, todo arde.

— ¿Mand?

Su voz resuena en la habitación y me duele aún más. No puedo moverme. Las lágrimas caen y un sollozo se escapa de mi garganta.

Veo a Eric empujar brutalmente a la chica, que rueda hacia un lado, y él salta de la cama con expresión contrita, alarmada.

Se acerca, pero Eula se interpone delante de mí con los brazos abiertos, impidiéndole tocarme.

— No la vas a tocar. Perdona la intromisión, pero creo que necesitas tiempo para analizar bien lo que has hecho antes de dirigirte a Amanda.

Y dicho esto, se da la vuelta y me lleva a su habitación, mientras solo oigo a Eric balbucear:

— Yo...

Pasamos a la habitación de al lado, donde ella y Ryan se alojan, y tan pronto como Eula cierra la puerta detrás de nosotros, me derrumbo.

Me agacho, encogiéndome y abrazándome las rodillas mientras sollozo y tiemblo, llorando compulsivamente.

Un rugido de dolor se escapa de mi garganta, estridente, dolorido.

Siempre supe que no era suficiente para él.

Pero rechazarme un día y acostarse con otra al día siguiente es demasiado incluso para la persona más fría del universo.

Mi corazón no es tan fuerte.

Las lágrimas nublan mi visión e inundan mi rostro, sin freno ni límite. Todo lo que he acumulado en todos estos años, ahora se libera.

— Se pasará, amiga.

Eula se agacha y se sienta a mi lado, abrazándome.

Por primera vez me llama amiga y yo ni siquiera puedo corresponderle como se merece.

¿Por qué parece que mi vida va a acabar ahora?

¿Por qué un puñetazo en la cara dolería menos de lo que siento en este momento?

— ¿Qué tiene ella —sollozo— que yo no tengo?

No puedo evitar sonar necesitada, herida y desesperada.

Cuando Eula y yo nos miramos, veo que se limpia el rabillo de los ojos.

—Ay, Amanda... Siento tu dolor. Lo tienes todo. Eric fue un idiota, pero...

Mis cejas se unen y mis ojos observan con esperanza a la mujer que tengo delante.

— ¿Pero?

— Pero por lo poco que pude ver tanto de Eric como de Ryan, es que no son malas personas. Son leales. Puede que haya habido un malentendido.

— ¿Malentendido? ¿Él desnudo en la cama con otra? ¡Entendí muy bien la escena que vi! ¡No puedo dejar que me haga quedar

como una tonta de esta manera, son seis años! ¡Seis años esperando a que me mire!

Y el llanto vuelve a brotar con fuerza, aprieto los ojos, tratando de contenerlo. No quiero derramar ni una sola lágrima más por él.

Entonces, se abre la puerta y entra Ryan. Cuando nos ve en el suelo, en el estado en que estoy, nos mira con extrañeza.

— ¿Qué ha pasado?

— Tu hermano, Ryan.

— Lo pillé en la cama con otra —revelo de una vez.

Ryan abre la boca, sorprendido. Luego, traga saliva y reflexiona:

— Él no haría eso. Te quiere, Amanda.

Sí, claro. ¿Y yo me creo en el ratoncito Pérez?

— Pues lo hizo. No quiero volver a verlo, Ry. — Cierro los ojos y se me escapan más lágrimas, así que me tapo la cara avergonzada —. Por favor, ayúdame a salir de aquí.

— Voy a resolver este lío. Voy a poner a cada uno en su puto sitio en esta casa. Se están pasando de la raya.

Lo dice con una convicción que me asusta.

Pero aun así, no puedo pensar en nada más que en irme y volver a mi vida de chica invisible otra vez.



CAPÍTULO 14

♫Ahora
Quería que estuvieras aquí conmigo
Porque ahora
Todo es nuevo para mí
Sabes que no puedo luchar contra este sentimiento
Y cada noche lo siento
Ahora
Quisiera que estuvieras aquí conmigo♫
Right Now - One Direction

Mierda, mierda, mierda.

Kamila debe ser la mentora del diablo, no puede ser.

¡Qué mujer tan infernal!

El odio corre por mis venas cuando me deshago de ella y, como si no hubiera hecho nada, sale de mi habitación con cara de

tonta. Satisfecha por haber destruido a la única mujer que me importa en la vida, además de mi madre.

Salgo del cuarto buscando ropa, necesito justificarme ante Amanda. Ella me conoce, me creerá.

Sé que ni siquiera somos novios de verdad, pero, caramba, estábamos tan conectados... ¡Me había pedido que le quitara la virginidad ayer!

No puedo dejar que piense que soy el idiota que parecía.

Estaba tranquilo en mi habitación, acababa de jugar y me fui a duchar, así que en cuanto salí del baño, alguien llamó a la puerta.

— ¿Quién es?

— ¡Ayúdame, por favor!

Una voz femenina parecía angustiada. Por supuesto que no iba a negarme a ayudar. Podría ser Eula o alguna invitada de mamá.

Pero en cuanto abrí, entró, la maldita.

— Loca, sal de mi habitación.

Empujé la puerta y me acerqué a ella, dispuesta a agarrarla del brazo y echarla de allí.

— ¿Entonces nadie sabe de nuestra noche de amor en el instituto?

Preguntó con voz arrastrada y repugnante.

Le agarré la muñeca.

— ¡Fuera!

Sentí que me hervía la sangre y, sinceramente, aunque fuera una mujer, me dieron ganas de echarla a patadas. Por suerte para ella, soy un caballero.

Le tiré del brazo y ella se giró de tal forma que me desequilibró y me tiró sobre la cama.

— Soy lista, cariño —susurró, tocándome el pecho desnudo—. ¿Qué tal si recordamos los viejos tiempos? Tu novia dijo que eres bueno en muchas cosas.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me quedé en estado de shock, sin reacción.

Tenía que reaccionar, empujarla, echarla.

Pero entonces se abrió la puerta.

Y pasó la mierda.

Camino aturdido por toda la casa. No puedo alardear mucho, porque nadie sabe de las travesuras de Kamila. Saben aún menos sobre lo que tuvimos hace diez años. Antes de llegar a la escalera, todavía en el pasillo, me detengo cuando oigo:

— ¡Nerd raro! ¡Para ya!

La cagué.

Me giro lentamente y ahí está Ryan con fuego en los ojos, frente a la puerta de mi habitación, esperando a que me dé la vuelta para que hablemos allí.

Por supuesto, obedezco.

Entro consciente de que, tal vez, él haya descubierto lo que pasó por Eula y Amanda. Entonces, solo acepto todos los insultos posibles que él pueda decirme.

Ryan cierra la puerta y suspira profundamente, con los brazos cruzados, apoyado en la madera.

— ¿Cuál es tu versión?

Me siento en la cama, con los hombros caídos y, sin duda, la tristeza estampada en el rostro. Me siento derrotado, me siento fatal.

— ¿No vas a insultarme? Puedes incluso pegarme si crees que me lo merezco.

— ¿Y te lo mereces?

Suspiro y miro mis pies mientras le cuento todo lo que pasó. Pero, como era de esperar, Ryan no entiende el motivo de la visita de Kamila.

— Es complicado —digo.

Ryan se acerca a mí y se agacha en el suelo, quedándose frente a mí. Su expresión no es paciente, pero veo su lucha interior por no ser justiciero, sino justo.

Como lo sería nuestro padre.

— La vida es complicada, Eric. Estoy aquí con una novia falsa, porque la mayor vergüenza de mi vida está expuesta y presente aquí, en este lugar. Sé que es ridículo escondernos detrás de un orgullo inútil, pero aun así, lo que me hace superar un poco cada día es saber que te tengo a ti y a Amanda, que sabéis lo que pasó y no me miráis como a un pobre cornudo.

Tiene razón.

Pero todavía no tengo valor, yo...

— ¿Quieres que descubra por qué medio? ¿Cuánto tiempo llevas ocultándome algo que pasó entre Kamila y tú?

— Diez años —balbuceo, derrotado.

— Hm. ¿Cuándo fue exactamente?

— Un mes después de que muriera mi padre.

Parece analizarlo bien y exhala con fuerza.

— Lo entiendo. No quisiste molestar a nadie y decidiste lidiar solo con tus problemas.

Asiento en silencio.

— Pero el tiempo ha pasado. Eso puede dejar de tener peso en tu vida. Compártelo conmigo.

— No, fue muy vergonzoso. En serio, hermano, no pasa nada. Si Amanda ya no quiere que seamos amigos, y...

Pone los ojos en blanco y se frota la cara con la mano, perdiendo un poco de su paciencia, que ya no es gran cosa.

— Estoy tratando de ser amable, pero eres demasiado tonto. ¿Vas a abandonar la única certeza de tu vida amorosa por algo que pasó en el pasado y que solo hay que olvidar?

— No es tan sencillo.

Sin hablar directamente del tema, pero abordándolo de forma indirecta, ya me siento un poco más aliviada y eso me sorprende.

¿Cuánto tiempo me ha estado pesando?

Los recuerdos, el dolor, el rencor y el trauma.

Ah, el trauma fue lo peor de todo.

—Está bien. —Ryan se golpea las rodillas y se levanta—. Si no me lo vas a decir, se lo preguntaré a Kamila.

Empieza a caminar hacia la puerta y la desesperación me invade. Ella se lo contará de la forma más sucia y cruel. Ryan sabrá que soy una basura humana en lo sexual y se burlará de mí por el resto de mi vida.

— ¡No!

Grito antes de que abra la puerta.

—Yo se lo diré.

***

A veces olvido que mi hermano ya no es el joven irresponsable de hace diez años. Ahora es más maduro y mucho más comprensivo. No me juzgó, al contrario, me explicó lo que pudo haber pasado la noche del incidente.

Me dijo que es normal que, la primera vez, cuando nos presionan, no nos sintamos tan cómodos y acabemos sin poder hacerlo.

No es porque nos falte habilidad o vigor sexual, sino porque lo que nos perturba es lo emocional, lo psicológico.

Pero, tío, estar duro durante un minuto y correrme como un crío fue traumático.

Ni siquiera habíamos empezado bien el sexo. Después, me sentí tan mal que, por más que quisiera, mi amigo de abajo no se levantaba de ninguna manera.

Pasé unos meses sin poder tener ni siquiera una erección.

Mi autoestima quedó destrozada cuando ella me enseñó el vídeo, así que... realmente me sentí el peor hombre del mundo.

Solo después, esforzándome por ser el mejor hacker que podía ser, logré eliminar el vídeo y todos sus rastros en Internet.

Pero todavía tengo una copia, que siempre me recuerda lo malo que fui y casi me pasa algo similar en la universidad otra vez. Por suerte, ya estaba preparado. Salí ileso de la novatada de los novatos, pero podría haber sido una vergüenza pública.

Ryan me dio algunas ideas sobre cómo podría explicárselo a Amanda. Me dijo que fuera sincero, y eso incluiría volver a contar toda la mierda.

Por muy mal que vea la situación que me traumatizó, después de contárselo a Ryan, me sentí más... valiente.

Pensar en contárselo a Amanda no era del todo malo.

Solo tenía que esperar el momento adecuado.

Por la noche, esperé a que Amanda volviera a la habitación para dormir, pero me sorprendió que quien abriera la puerta fuera mi hermano, agarrado a una almohada.

—Me han expulsado.

Sonreí con contención. Triste porque Amanda no quería verme y seguramente se había ido a dormir a la habitación de sus padres con Eula, pero feliz porque, después de tantos años, mi hermano dormiría a mi lado.

Él ya estaba listo para dormir, así que solo cogió la almohada de Amanda y la llevó a la puerta, donde Eula esperaba fuera, y volvió a acostarse.

— Menos mal que no tengo una novia de verdad, ni siquiera una novia.

— ¿Por qué?

— Porque me cabrearía mucho si me echara de la habitación a la hora de dormir. Sobre todo sin motivo alguno, porque, por lo que yo sé, no fui yo quien la cagó.

Bufa, impaciente, acostándose en la cama.

— Algún día lo vivirás. Estoy segura.

— Ya lo estás viviendo y lo estás echando a perder — murmura y me da la espalda.

—Amanda y yo somos amigos. Ella no me ve de otra manera y yo... —Me detengo a pensar en nuestra relación de amistad, en la forma en que siempre la imaginé y pensé sobre ella—. No estaba enamorado.

Pasaron unos segundos de silencio, y entonces Ryan dijo:

— Independientemente de cómo se sienta ella. ¿Hoy estás enamorado?

Pienso, pero no encuentro respuesta a la pregunta. No entiendo la teoría que gira en torno al amor, qué algoritmo correcto identifica y absorbe el cerebro hasta el punto de dar ese diagnóstico.

El amor es algo... demasiado complejo.

Puedo sentirlo hoy y no sentirlo mañana.

— Piensa en el futuro, Eric. — Su voz llega a mis oídos y, mirando al techo mal iluminado por las luces indirectas de la habitación, absorbo sus palabras. — ¿Puedes imaginar tu futuro sin que la imagen de Amanda aparezca en tu imaginación? Cuando piensas en ocasiones, situaciones, el día a día... ¿Aparece ella?

Entonces, lo imagino.

Visualizo más logros profesionales y la primera persona con la que los comparto es ella. Imagino un día cualquiera en mi casa, preparando una comida loca con una receta inventada y ella está allí, probando todo lo que hago. Imagino su graduación, ella en su rutina de trabajo y yo siempre a su lado dándole el apoyo que necesita.

Sí, ella está presente.

—Está en todo —murmuro, sorprendido.

—Creo que ya tienes tu respuesta.

Respiro hondo y me quedo un buen rato sumido en mis pensamientos. Esta revelación me impacta con toda su fuerza.

Necesito hablar con Amanda y aclararlo todo lo antes posible.

***

Me despierto tarde, no a las cinco como de costumbre. Ryan todavía duerme a mi lado, así que me doy prisa y me aseo rápidamente para poder resolver lo que tanto me preocupa.

Salgo de la habitación debidamente vestido con una camiseta básica y unos pantalones cortos deportivos, y llamo a la puerta de Eula.

Tarda un poco en abrir, pero en cuanto ve que soy yo, su mirada se entristece.

— Quiero hablar con Amanda, ¿está ahí?

La falsa novia de mi hermano mira sus pies y suspira.

— Intenté impedirlo, pero se ha ido.

¿Cómo?

— ¿A qué hora? ¿Cómo recogió sus cosas?

— Fue de madrugada y cogió lo imprescindible de la habitación. Vosotros dormíais, así que pudo coger al menos lo que necesitaba para volver a São Paulo. Hace una hora que se fue de aquí.

Suspiro pesado, impaciente. Me llevo la mano al pelo y lo que me apetece es arrancarme cada pelo, de lo desesperado que estoy.

— Está bien, gracias.

Corro por el pasillo y bajo las escaleras después de coger las llaves de mi coche, aturdido y con la mente llena de pensamientos.

No puede irse, no ahora.

Justo ahora que he descubierto lo que siento.

Conduzco mi 4×4 furioso, sin saber dónde encontrarla, pero como un ángel cupido, llega un mensaje al móvil de Ryan.

Ryan: Billete de autobús a la estación de Río con salida desde Campos a las 11:45 de la mañana. Desde allí cogerá el Tietê.

Maravilloso.

Grabo un audio dándole las gracias y él me dice que fue Eula quien consiguió que Amanda le enviara la información a su móvil, con la excusa de estar preocupada y querer ser una buena amiga.

Me dirijo a la estación, son las 9:20, ella ya está allí desde temprano esperando. Probablemente no quería que la viera, ni siquiera intenté convencerla de que se quedara.

La culpa me corroe por dentro, porque pasé seis años a su lado sin darme cuenta de que sí, estoy enamorado de ella.

Y lo más loco de todo es que ni siquiera recuerdo cuándo me enamoré. Siempre todo fue tan natural entre nosotros.

Nuestra amistad, nuestra complicidad, nuestra intimidad. Ya no veía mi vida sin Amanda y reconozco que no la veía de forma romántica debido a mis traumas y miedos.

Pero este viaje me ha abierto los ojos y no estoy dispuesto a perder a la persona que ha conseguido entrar en mi corazón y echar raíces profundas durante tanto tiempo.

No puedo perderla.

No sé cómo voy a vivir sin ella.

Aparco cerca de la estación de autobuses y sigo a pie, decidido.

El corazón me late frenéticamente en el pecho, la ansiedad crece en un torbellino de sentimientos dentro de mí. El dolor de la pérdida va y viene como flechas en mi pecho, preparándome para lo peor. Para su rechazo.

La estación está llena, pero consigo identificar, cerca de la dársena de donde salen los autobuses hacia Río, a la chica más hermosa del mundo, sentada en un banco con una mochila en el regazo. Con la cabeza gacha, pensativa.

Camino hacia ella y, solo cuando me inclino hacia su rostro, me ve. Su rostro muestra sorpresa y luego pavor.

— Yo... Tú —balbucea—. Vete, por favor.

— No antes de que me escuches —le suplico, con la angustia subiéndome por la garganta.

—Eric... —responde reticente, sin fuerzas para discutir.

¡Mierda, no quería haberla hecho sentir así!

— Por favor. Te pido cinco minutos. — Lo pienso bien y lo corrijo—. Diez. Diez minutos son suficientes.

Sus ojos se conectan con los míos y lo que me transmite me destroza. Amanda parece cansada, no como si hubiera sido destruida en un solo día, sino... como si llevara muchos años soportando ese peso.

—Solo habla —susurra, e inhala una buena dosis de aire.

Me levanto y me siento a su lado, agradeciendo al cielo por estar libre. Quiero que ella sepa todo, ahora tengo más de una razón para ello. Tengo el resto de mi vida como motivo, y eso tiene que ser suficiente.

— Antes que nada, tengo que decirte que lo que presenciaste fue un montaje.

Ella se encogió de hombros y murmuró, apática:

— Me lo imaginaba. Me costó aceptarlo, pero sabía que tú no harías algo así.

Entonces... ¿por qué se va?

Confuso, abro la boca para preguntar, pero me quedo bloqueado. Primero tengo que hablar de lo que me pasó antes de preguntarle por ella. Quizás eso la ayude a entender mejor y a ordenar sus pensamientos.

—Kamila fue la chica con la que perdí la virginidad, a los dieciocho años—, comencé, y entonces una dosis de valentía me invadió. Conseguí contarlo con todo detalle.

De vez en cuando, Amanda giraba la cabeza y me miraba, pero la mayor parte del tiempo, mientras me escuchaba, miraba al suelo.

Finalmente, le pregunté:

—Nunca había podido hablar de eso. Esa fue la razón por la que no me sentí capaz de darte lo que me pediste ese día. Para mí, te mereces un hombre de verdad, Amanda. Eres perfecta.

Ella siguió mirando al suelo, pero entonces vi algunas lágrimas empezando a caer de sus ojos. Joder, está muy herida. Me

odio por causarle esto.

— Ryan me ayudó a aclarar mis pensamientos y sentimientos. No podía ver nada más que mi trauma. Mand, siempre has estado conmigo y yo no te he mirado como mi corazón ya deseaba.

— Y de repente te diste cuenta de que yo podía ser la tonta que aguanta todas tus etapas, siempre sonriente, siempre comprensiva, siempre enamorada —escupe las amargas palabras.

Los latidos comienzan a acelerarse y me atrevo a tocarle el pelo, haciendo que gire la cara hacia mí.

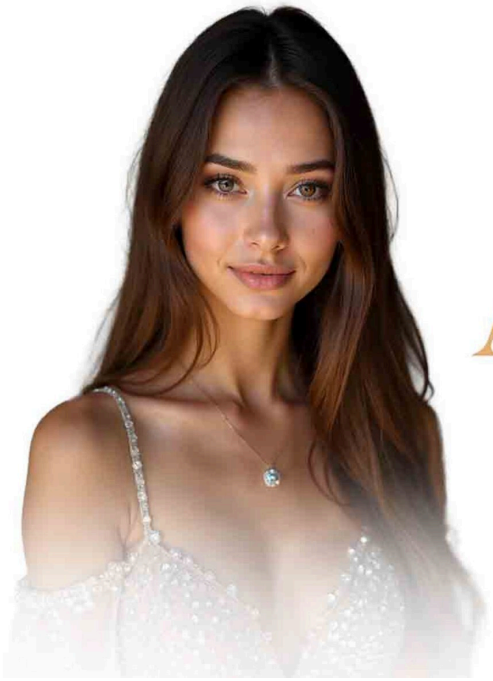
—Mand. Quizás sea la peor persona para hablar de emociones. Soy un completo idiota cuando se trata de entenderlas. Pero cuando las identifico, no hay duda. —Seco una lágrima rebelde que insiste en saltar de su ojo—. Te quiero, no solo como amiga... desde antes de que me llamaras amigo.

Ella frunce el ceño, se le forma una arruga entre las cejas y solloza, antes de empezar a llorar.

La abrazo, porque me rompe el corazón verla llorar, me destroza saber que el motivo de su dolor soy yo y es casi imposible pegarse a uno mismo.

— Por favor, no te vayas. Mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella.

Entonces, lentamente, siento sus brazos envolviéndome, tímidos, reacios. Pero en poco tiempo nos abrazamos con fuerza y tengo la esperanza de poder expresarme por fin.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 15

♫Eres tú, amor
Y soy una idiota por la forma en que te mueves, amor
Y podría intentar huir, pero sería inútil
Es culpa tuya
Solo una dosis de ti y supe
que nunca, nunca volveré a ser la misma
Nunca volveré a ser la misma♫
Never Be the same - Camila Cabello

No quería irme por la traición.

Después de pensar mejor en la escena que vi, me di cuenta de que Eric no haría algo así. En seis años, nunca lo vi con una mujer en la cama. Nunca fue el tipo de mujeriego.

Dentro de nuestra mentira, por el carácter que conozco de mi mejor amigo, él nunca haría algo así. No le gusta mentir, y mucho menos traicionar.

Tiene carácter y eso es algo que admiro mucho en él.

Entonces, ¿por qué me voy?

Porque estoy cansada.

Pensé que este viaje sería una chispa de esperanza para que, tal vez, él pudiera fijarse en mí. Me engañé a mí misma diciendo que aceptaría las migajas de una relación falsa, pero aquí estoy, deseando con todas mis fuerzas una relación real.

Sin mentiras.

Y él dejó claro, aquel día en la piscina, que no me desea. Que no soy el tipo de mujer con la que tendría una relación sexual.

Entonces, ¿por qué insistir?

Son seis años en este camino unilateral en el que solo yo lo amo y él solo me ofrece su amistad.

Estoy agotada. Mental y emocionalmente. Necesito valorar a quien me valora, no solo de boquilla.

Pero entonces apareció él.

Y joder, me dolió tanto mirarlo. Me dolió saber que nunca sería mío.

Me dolió darme cuenta de que solo quería explicarse para que yo lo entendiera, como siempre.

Su mejor amiga comprensiva lo acepta y listo, todos salen felices.

Pero no. Ya no quiero eso para mí.

Entonces, ocurre lo inesperado.

— Por favor, no te vayas. Mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella.

Su voz, su declaración, sus sentimientos vibran a una frecuencia acelerada dentro de mi pecho. Después de haber llorado, no puedo reaccionar, solo me quedo en su abrazo, sintiendo su calor envolviéndome y calmando mi frágil corazón desgarrado.

No puedo decirle que yo también lo amo. Debo ser cautelosa, todavía me duele mucho todo lo que sentí durante esta semana.

— Aun así, creo que es mejor que me vaya, Eric.

Me alejo de su abrazo y enseguida lo echo de menos.

Cuando lo miro, sus ojos brillan, llorosos, confusos.

— Mand —susurra con voz débil—. Por favor.

— Creo que no es nuestro momento. Quiero a tu madre, quiero a tu familia, pero necesito estar sola.

Él traga saliva y mira a lo lejos, como si estuviera conteniendo sus emociones.

— Lo entiendo —respira hondo—. ¿Quién creía yo que era para tener tu corazón tan pronto?

Suelta una risa amarga y se mira las manos sobre las rodillas. Luego sorbe por la nariz, mira al techo y su voz suena dolorida cuando dice:

— Si algún día, Mand, crees que soy digno de tu afecto. Por poco que sea, puede ser un 1 %, no importa. — Gira la cara hacia

mí y sus ojos verdes se conectan con los míos de una manera intensa, vibrante. — Ven a mí. Estaré dispuesto a todo para conquistar el 99 % restante.

Eso me conmueve.

Todo lo que me contó antes, su experiencia, su trauma, su declaración de amor... pude soportarlo.

¿Pero esto?

— ¿Cuánto tiempo crees que podrías esperar?

Me arriesgo. Necesito saberlo antes de irme. Necesito saber si lo que él siente es realmente tan fuerte como lo que yo siento. Eric no habla de sentimientos sin estar seguro y yo lo sé. Por eso confío y siento un bálsamo de alivio inundarme cuando dice:

— Para siempre. Te esperaría para siempre. Ya te lo he dicho, mi vida sin ti no tiene sentido. Estoy locamente enamorado de ti, Amanda.

Solo después de eso me rindo.

***

Volvemos a la mansión. Eric conduce con una gran sonrisa en la cara, satisfecho de traerme de vuelta. Intento no demostrar que yo también estoy muy feliz. Por fin nos entendemos y estamos juntos de verdad.

— A partir de ahora, se acabó el teatro, ¿vale? —afirma con convicción, mientras aparca el coche en el garaje.

Asiento y entonces él sale del coche y da la vuelta para abrirme la puerta y coger mi mochila.

«Un trato de princesa, para una princesa», bromea, y yo finalmente me río por primera vez en todo el día.

— No exageres, tonto.

Salgo del coche cogida de su mano y caminamos juntos por el amplio césped hasta llegar a la mansión.

— Todavía no me has visto exagerar.

Ay, Dios mío.

¿Cómo serán las demostraciones de amor de este hombre enamorado? Será una caja de sorpresas y estoy ansiosa por saberlo.

En cuanto entramos, desayunamos con el resto de la gente que aún no había comido. Ya es casi la hora de comer, así que me sorprendió cuando Eric confesó que aún no había comido nada.

Después, para esperar la comida, que sería tipo bufé desde hoy hasta el día de la boda, subimos a la habitación. Tenía que ordenar todas mis cosas.

Mi novio me sigue y, cuando cerramos la puerta de la habitación, la bloquea y dice:

— Mand. Necesito pedirte un favor. Es muy urgente.

Camina lentamente hacia mí, que acabo de guardar mis cosas en el pequeño armario de la habitación. Cuando se acerca, me extraña la forma en que me mira.

Es intensa, penetrante. Una forma... nueva.

— ¿Va todo bien? ¿Necesitas ayuda médica?

Exhala una buena bocanada de aire y pone cara de pena. Ya sé que viene la actuación.

— Sí. Me duele mucho el corazón, doctora. Necesito una dosis exagerada de besos de mi novia.

Empiezo a reírme a carcajadas. Mira, lo que está haciendo es muy inusual. Creo que el Eric sentimental se ha desbloqueado de una vez por todas.

— Hasta ayer, apenas podías hablar de lo que sentías. Solo decías: «Necesito besarte. ¿Puedo besarte?», imito su voz, haciendo la mía más grave. — ¿Ahora estás todo cariñoso y quieres que te cuide?

Doy un paso atrás y mi espalda se encuentra con la pared. Él sonríe y coloca los brazos en la pared, uno a cada lado de mi cuerpo.

— Es que ahora soy un hombre muy enamorado. Y no me avergüenza decirle a mi novia y mejor amiga cómo me siento. — Me besa la mejilla lentamente, sexy como siempre ha sido y siempre será. — Pero si quieres...

Su voz baja unos tonos, perdiendo volumen.

— ¿Si quiero qué?

Acerca su cara a mi oído y susurra, poniéndome la piel de gallina:

— Puedo ser lo que tú quieras. Solo tienes que pedirlo. Soy todo tuyo.

Joder.

Es increíble. Realmente se ha entregado a mí y todavía no puedo creerlo.

Respira, Amanda. No actúes como una tonta, sé autosuficiente, sé poderosa.

Pongo mi dedo índice en su pecho y lo alejo lentamente, viéndolo arquear el ceño, confundido por mi actitud.

— Estoy un poco cansada, novio. Tu doctora necesita un baño. ¿Quién sabe si después podremos pasar un rato juntos, eh?

El hombre debe estar mordiéndose las uñas de nerviosismo. Sé que está deseando abrazarme, pegarse a mí. Yo también lo deseo, claro.

Pero nada es más valioso que una relación en la que se crean algunas expectativas.

Y yo quiero mucho vivir cada pequeño matiz de esta nueva cosa que estamos experimentando.



CAPÍTULO 16

♫Era un día precioso
No lo dejes escapar
Hermoso día
Tócame
Llévame a ese otro lugar
Alcanzame
Sé que no soy un caso perdido♫
Beautiful Day - U2

Es definitivo: amo a Amanda Rocha.

Si hubiera sabido que es tan bueno admitir los sentimientos ocultos y sacarlos a la luz, lo habría hecho antes.

Me siento ligero, me siento libre como un pájaro.

Y es con esa ligereza que ese día transcurre en paz celestial.

Ryan me avisó a la hora del almuerzo que le había contado a Joaquim lo que la zorra de Kamila había intentado hacer. Él también es cercano a la familia de ella y, para evitarle problemas a mamá, los dos lo resolvieron en privado prohibiéndole a Kamila volver a la mansión hasta la hora de la ceremonia, a la que asistiría solo como invitada.

Almorzamos todos juntos y luego Amanda avisó que necesitaría usar la computadora para ajustar algunos trabajos de la universidad que acababa de recibir por correo electrónico.

La dejé a gusto en la habitación y aproveché para contarle a mi hermano, con todo detalle, cómo había sido mi reconciliación con Amanda.

Caminamos por el césped, con el sol y pocas nubes en el cielo y una brisa fresca en ese otoño, charlando.

«La muy traviesa hizo un milagro con mi problema en la empresa», comenta Ryan, pareciendo muy orgulloso de su novia falsa.

Noto en su voz que realmente admira a la chica, por mucho que no tengan una relación real. Eso es bueno, porque sé que puede surgir una buena amistad después de todo este lío.

—Te lo dije, las habilidades superiores son una locura. Eula puede hacer tantas cosas que ni te imaginas.

Y como si fuera consciente de que hemos mencionado su nombre, Eula baja corriendo las escaleras hacia mi hermano, que, claramente, no entiende nada por la expresión de susto en su rostro.

Y bueno, lo inesperado finalmente sucede.

Se besan.

Sí, de la nada.

— ¡Me quedo aquí! Me voy.

Comento sin siquiera molestarme en comprobar si me han oído y salgo de escena. Ryan y yo somos dos locos. Mamá está muy feliz de vernos a los dos «comprometidos», pero si supiera todas las locuras que han pasado por su culpa, creo que le daría un infarto.

Subo las escaleras y entro en la habitación para ver si Amanda ha terminado su trabajo. La encuentro concentrada en el portátil, con los dedos ágiles sobre el teclado, redactando el texto. Me acerco, tiro de una silla y me siento a su lado.

— ¿Ya estás terminando?

Le pregunto, ansioso por besar su boca. Estoy en abstinencia.

Ella solo niega con la cabeza.

Me encojo de hombros y me levanto, dirigiéndome al baño. En unas horas es el ensayo para la boda. Además de la entrada, que probablemente seremos Ryan, mamá y yo, tendremos un baile especial durante la fiesta.

Dejo la puerta entreabierta, tengo intenciones y pensamientos muy traviesos y, sinceramente, estoy ansioso por que Mand esté en la misma onda.

En cuanto encuentre el mejor momento, le diré que quiero ser el primero.

No el primero, el único.

No me planteo estar sin Amanda, y tampoco acepto compartirla. Espero que ella entienda que solo va a conocer a un

hombre y solo va a acostarse con ese mismo hombre el resto de su vida.

Lo mismo vale para mí. La experiencia de mierda que tuve quedó invalidada aquí dentro, anulada. Amanda también será mi primera.

La única.

Desde que descubrí que la amo, todos mis muros se han derrumbado y quiero ser para ella el mejor novio del mundo. Quiero ser el hombre perfecto que la haga feliz en todos los aspectos y, si tenemos que aprender juntos sobre sexo, estoy dispuesto.

El agua fría golpea mi piel mestiza, que siempre parece estar bronceada al menor signo de sol, haciéndome concentrar en otras cosas que no sean el sexo.

Intento darme una ducha decente y, cuando termino, salgo y me envuelvo en la toalla después de ponerme las gafas.

Abro un poco la puerta y veo que Amanda ya está guardando sus cosas y apagando el portátil.

— Mi amor...

La llamo y saboreo el sonido que producen esas dos palabras. Mi. Amor.

Me gusta.

Ella gira la cabeza y me ve. Sus ojos brillan, una hermosa y amplia sonrisa aparece en su rostro.

— Me gusta lo de «mi amor» —confiesa, graciosa.

Luego se levanta y se estira un poco, por haber estado mucho tiempo en la misma posición.

— ¿Qué estás tramando, Eric?

Camina hacia mí con expresión confundida. Cuando estamos lo suficientemente cerca, la rodeo por la cintura y atraigo su frágil cuerpo hacia el mío.

— ¿Quieres un baño? —le susurro con mis labios pegados a los suyos.

Eso la hace sonreír aún más.

— Vaya, ni siquiera me has pedido salir y ya quieres verme desnuda. ¿Dónde se ha visto eso?

Cierro los ojos y me reprendo a mí mismo.

Joder, tiene razón.

Entonces recuerdo su petición.

— Pero tú me preguntaste si quería ser tu primera, hace unos días... Y ni siquiera éramos novios.

Ella pone los ojos en blanco y se libera de mi abrazo.

— ¡Pero yo no estaba segura de si te gustaba! Ahora que me lo has confesado, creo que me merezco una relación decente.

Sí. Es verdad. Tengo que apuntarlo.

Para hacerla feliz, tengo que ser un buen novio. Hacer que nuestra relación tenga todo lo que ella ha soñado.

Y la petición de salir juntos... ¡Tiene que ser perfecta!

— Perfecta. Te mereces lo mejor, siempre. Te prometo que te haré la mejor y más romántica petición de noviazga del mundo. — Dicho esto, ella se relaja y entonces la vuelvo a atrapar con mis brazos. — Pero prometimos sinceridad y, joder, Mand. Estoy sin blanca.

Lo siento, sufriendo, con los ojitos unidos.

Ella abre mucho los ojos y se ríe.

— ¿Qué querías que hiciera, hombre?

— No sé, que nos quedáramos juntos en la bañera, jugando un poco... Tendremos toda la vida para follar. No tengo prisa.

Ella asiente, pareciendo feliz con lo que he dicho.

— Yo tampoco tengo prisa, porque sé que será contigo.

Me abraza y mi corazón casi se me sale del pecho, de lo fuerte que late. Amanda apoya la cabeza en mi pecho y se queda ahí, abrazada a mí, mientras yo la envuelvo con cariño.

El momento de picardía se desvanece, porque el amor que siento por ella es tan intenso, tan fuerte, que me hace sentir saciado y completo solo por estar en su presencia.

Llega la noche y con ella el ensayo. Mamá llora orgullosa cuando entramos a su lado y, en el momento de la fiesta, bailaremos con ella y con nuestra pareja.

Bailé con mi novia.

Amanda, delicada como es, sabe bailar el vals a la perfección, y yo me tomé un tiempo para aprenderlo esa semana antes del

viaje, viendo algunos tutoriales en YouTube. No quería decepcionar a mamá.

Y por lo que parece, acerté, porque Amanda y yo nos deslizamos por la pista como dos bailarines entrenados. Ella siempre sonriendo con sus ojos adornados por abundantes pestañas y yo siempre con la sensación de estar a punto de tener un ataque al corazón, tal es el golpe que da mi corazón con cada pequeña cosa que hace esta mujer.

Noto que Eula y Ryan están más compenetrados y algo empieza a picarme detrás de la oreja, como desconfianza.

— No sé, eh... Apuesto a que los dos se han convertido en pareja.

Amanda, como si leyera mis pensamientos, me susurra al oído.

Asiento con la cabeza.

— Por lo que parece... Puede que tarde, pero algún día sucederá. Ryan la mira de una manera...

— ¿Enamorado?

— No —respondo, analizando a mi hermano, que no quita los ojos de su novia falsa.

— ¿Admirado?

— Hmm, casi.

Amanda reflexiona un momento y yo también intento encontrar la palabra, pero no lo consigo.

— ¡Reverente! ¡Sí, la mira con reverencia!

— Eso, amor. Una mirada reverente con un toque de picardía. Porque conozco a mi gente.

Bromeo y ella esconde su rostro en mí para reír más discretamente. Preciosa.

El tiempo pasa y mamá y Joaquim dejan que todas las parejas de padrinos y familiares se vayan a sus casas —los que viven por allí— y a sus habitaciones —los que se alojan en la mansión—.

Amanda y yo volvemos y ella camina despacio por el vestido que ha usado para ensayar. No es el de la boda, pero es igual de largo.

— Ven, te llevaré en brazos.

La sostengo en mis brazos y ella suelta un gritito de sorpresa. Su sonrisa me contagia mientras corro con ella en brazos, con sus brazos rodeándome el cuello y los míos sujetándola firmemente por debajo de las rodillas y los brazos.

Llegamos rápidamente a la mansión y subimos corriendo como dos adolescentes jugando al pilla-pilla. Como si nuestra habitación fuera el mejor escondite del mundo.

Y tan pronto como cierro la puerta después de entrar, la bloqueo, descubriendo que sí, este es el mejor lugar del mundo para escondernos.

Amanda me pide ayuda con la cremallera del vestido en la espalda y aprovecho para dejar la habitación iluminada solo por las luces amarillas indirectas que hay en la esquina de la habitación. Siempre nos vemos mejor con ellas.

— ¿Te ha gustado bailar conmigo hoy?

Ella asiente y se aparta el pelo a un lado para que le baje la cremallera.

Recuerdo cuántas veces se arregló para un evento importante y yo la ayudé a abrocharse un botón o cerrar una cremallera en la espalda.

Nunca me pareció tan erótico como hoy. Como ahora.

En cuanto deslizo el cierre metálico, toco con el dedo la piel expuesta y deslizo de abajo hacia arriba, haciendo que arquee la espalda y sienta escalofríos.

«Vaya, qué bien», murmura, casi inaudible.

Sorprendentemente, se da la vuelta y una chispa de deseo atraviesa sus ojos cuando dice:

— Quiero darte cariño, Eric —su voz suena tímida.

Le toco la cara y le doy un beso en los labios.

— ¿Qué tipo de cariño, mi amor?

Ella aprieta los labios y luego se muerde el inferior, mirándome con inseguridad. Entonces, sin decir una sola palabra, lleva la mano al lugar que contiene toda mi excitación.

—Así. —Acaricia mi miembro bajo los pantalones y luego se desliza el vestido por los tirantes, dejándolo caer al suelo—. Quiero que me conozcas y también quiero conocerte a ti.

Me controlo para no mirar sus pechos desnudos, su cuerpo perfecto. Todavía no.

— ¿Qué ha cambiado? Antes me dijiste que te pidiera salir.

Amanda asiente y suspira.

— Todavía quiero la petición, pero prometimos sinceridad el uno al otro. — Une las manos a la altura del vientre, en un gesto retraído mientras me mira con esa mirada suya de gato con botas. — Estoy ansiosa por experimentar todo contigo. No puedo esperar más.

Sonrío, satisfecho de saber que no era solo yo quien tenía pensamientos impuros. Uf.

Ahora que tengo su permiso, me quito la ropa y me quedo en calzoncillos delante de ella mientras espera, con las manos en los pechos y todavía en bragas.

Estamos de pie frente a la cama y ya imaginé un escenario completo para nuestro primer momento íntimo.

— ¿Puedo ver? — La toco en la cintura, acercándola a mí mientras mi otra mano toca la suya, que oculta uno de sus pezones.

Sus ojitos brillantes y muy abiertos lo son todo para mí en ese momento. Tan valiosos, tan únicos.

Amanda asiente y libera sus pechos para que los vea. Y joder, son tan perfectos. Del tamaño justo, ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, en equilibrio con su cuerpo. Llevo ambas manos hasta ellos y acaricio su delicada piel, tocando desde toda la carne hasta los pezones hinchados.

— Eso es... Bueno.

Ella se relaja mientras la acaricio. Pero inmediatamente siento ganas de chuparlos, así que la guío hacia la cama, para que se

sienta más cómoda.

Amanda se tumba boca arriba sobre el colchón y respira hondo, cerrando los ojos.

— No, no... Abre los ojitos. — Me subo como un depredador sobre ella y le beso la boca. — Quiero que veas cómo tu novio te da mucho placer. No te pierdas ningún detalle.

—Eric... —Ella jadea y yo cumplo lo que prometo cuando bajo la cara hasta sus pezones y muerdo uno a uno, chupando y lamiendo uno y luego el otro.

Amanda gime y se retuerce en la cama, con las manos agarradas a las sábanas.

—Ah, Eric... Esto es tan bueno... —murmura con voz entrecortada.

— Va a ser aún mejor, amor.

Deslizo mi lengua por el valle entre sus pechos y bajo lentamente, depositando besos húmedos en su piel, rozando mi barba sin afeitar en el camino. Paso por su ombligo y llego a la cintura de sus bragas.

— ¿Puedo? —Sujeto la tela y la miro, buscando su aprobación.

Ella levanta un poco la cabeza y se apoya en los codos sobre la cama.

— ¿Ya lo has hecho? —pregunta, y yo niego con la cabeza. — Entonces vamos a descubrir cómo es.

Sonrío, ya duro y ansioso por sentir su sabor. Algunas inseguridades llegan para intentar entorpecerme, pero sigo concentrado, consciente de que, si puedo ser bueno en tantas cosas, en esto también puedo serlo.

— Dime qué te gusta, qué te apetece que te haga. Por favor, Mand —le pido, volviendo a la posición en la que deslizo lentamente la fina tela que oculta su intimidad.

— Sigue tu instinto. Si quiero que hagas algo, te lo diré — susurra, jadeante y ansiosa.

Joder, nada me preparó para esto.

Cuando por fin veo a Amanda totalmente desnuda frente a mí, un sentimiento prehistórico se apodera de mí. Yo soy el único.

Ella es mía.

Intento no ser tan posesivo, pero es imposible.

— Eres preciosa, perfecta.

Le sujeto las piernas y las flexiono, indicándole cómo debe mantenerlas. Me libero de las gafas específicamente para ese momento y simplemente me sumerjo en su carne húmeda que palpita deseándome.

La beso como si besara sus labios superiores, saboreo cada pedazo, introduzco la lengua y la deslizo por toda su extensión, mientras Amanda gime y se retuerce en la cama. La astuta ya me está agarrando del pelo.

—Eric, ¡Ah! —Gime fuerte, y me siento muy bien—. Eso, ahí, qué delicia.

Chupo su punto sensible con delicadeza y ella se derrite por mí. Joder, está siendo mucho más de lo que imaginaba.

No me arriesgo a introducir un dedo, no sé cómo reaccionaría, así que lo dejo para la próxima vez.

Me quedo allí saboreando a mi princesa durante un buen rato hasta que se relaja y suspira, aliviada.

Me acerco a su rostro.

— ¿Qué tal te ha ido, amor de mi vida?

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro, luego sus ojos se abren, felices.

— Joder... Quiero decir, guau... Ha sido más de lo que podía imaginar.

Me acuesto a su lado y ella se gira hacia mí, limpiándome la boca.

— Tienes la cara toda...

Sus tímidos ojos observan lo que ha hecho con mi boca.

— ¿Melosa? —digo, y ella asiente con las mejillas sonrojadas.

— Tengo mucho calor —suspira y sus ojos recorren mi cuerpo, deteniéndose en el volumen de mis calzoncillos—. ¿Qué tal un baño?

Sonrío, sintiéndome como si me hubiera tocado la lotería.

Sé que mi Amanda nunca actuaría así, tan traviesa, si no se sintiera cómoda. Ella es tímida, dulce, un ángel.

Mientras la observo, antes de responder a su pregunta, mi corazón late aún más fuerte por ella.

Soy un tipo con mucha suerte.

—Vamos.

Me levanto y le tiendo la mano para ayudarla a levantarse. Caminamos juntos hasta el baño y, una vez allí, ella enciende la luz y abre el grifo del agua caliente que llena la bañera. La mujer que amo se vuelve hacia mí, que solo observo todo desde un rincón.

— Ya está, guapo.

Junta las dos manos como si fuera a aplaudir y gira la cara hacia un lado, sonriendo.

Su entusiasmo me cautiva aún más. ¿Cómo pude pasar tanto tiempo a su lado sin darme cuenta de lo hermosa que es?

Sin tocarla, sin besarla. ¿Sin sentir su sabor?

Mi ceguera y mi estupidez deberían ser analizadas por la NASA.

— Te amo.

De repente, sin motivo alguno, se lo digo. Podría decirle que la amo todo el día sin cansarme.

Su sonrisa se amplía, luego camina hacia mí y me abraza con fuerza.

«Si esto es un sueño, no quiero despertar», susurra, con la cabeza apoyada en mi pecho y los brazos rodeando mi cintura.

«Te amo», repito. «Cuando actúas así, con tanta pureza y dulzura, te amo aún más».

Se aleja y me toca el pecho con ambas manos.

— Ahora es el momento de demostrarme que me amas con todo tu cuerpo, señor romántico.

Parpadea, intentando ser graciosa, pero a mí me parece extremadamente sexy.

Amanda desliza sus manos sobre mi abdomen y llega a la cintura de mis calzoncillos. Sin pedir permiso, porque seguro sabe que ya lo tiene, baja la tela, dejándome completamente desnudo.

Estamos en paz.

— Esto es... —comenta, pensativa. Con los ojos fijos en mi polla—. ¿Más grande... o quizás más ancha?

— Doctora, haga sus análisis sobre anatomía más tarde, ¿qué le parece? —le sugiero en tono jocoso.

La bañera ya está llena.

Toco su mano y la guío hacia el agua. La bañera no es muy grande, pero estaremos pegados a ella, así que es suficiente.

—Eric... Tengo una pregunta.

Ya sentados sumergidos en el agua, ella se acurruca con la espalda pegada a mi pecho y yo la rodeo por la cintura con mis brazos.

No pierdo tiempo y mis manos se deslizan por el agua y por su piel. Siento el volumen de sus pechos, su piel suave, voy bajando

hasta llegar abajo, donde estaba mi boca hace unos minutos.

— Puedes preguntar.

— Ah... — Gime, echando la cabeza hacia atrás, sobre mi hombro. Cierra los ojos y la expresión de excitación que veo en su rostro me alimenta. — Así es difícil pensar.

Dejo una mano sobre un pecho, acariciándolo lentamente y ejerciendo una ligera presión sobre el pezón, mientras la otra mano explora lentamente su intimidad con movimientos circulares.

— No pasa nada, puedes gemir mientras preguntas —le susurro al oído y le muerdo el lóbulo, viendo cómo se le eriza la piel.

— Joder... —murmura en voz baja—. ¿Seguro que nunca has hecho nada de esto? Pareces saber lo que estás haciendo.

Sonrío, consciente de que acabo de ganar un puto trofeo.

— Nunca lo he hecho, mi amor. Lo juro —respondo aún en un susurro ronco al oído—. Pero durante mucho tiempo lo he estudiado. No me refiero a la pornografía, sino a estudiarlo de verdad. Investigar. Sé que va a sonar muy nerd...

— Dios bendiga tus investigaciones —me interrumpe—. Uh, es muy agradable. ¡Por el amor de Dios!

Quiero reírme de su espontaneidad.

Nos quedamos mucho tiempo en ese lugar, tocándonos, conociéndonos, pero en un momento dado ella me pidió que le devolviera el sexo oral de antes.

— ¿Lo dejamos para otro día? ¿Qué te parece? Hoy el centro de atención eres tú. — Le sugiero que se siente sobre mí, de frente.

Llevo mi mano a su precioso rostro y le doy un beso.

«Me gustaría mucho ser yo quien te acariciara hoy», dice haciendo un puchero adorable y, joder, si supiera lo mucho que me apetece hacerlo todo, incluso enterrarme dentro de ella... «Pero también me parece bien ir poco a poco».

Me besa suavemente, pero pronto el beso se vuelve más profundo.

Amanda rodea mi cuello y se apodera de mi boca con la maestría que solo ella tiene. La mujer con el beso más delicioso del mundo. Mantengo mis manos sobre su trasero, dejando su cuerpo pegado al mío, unidos como uno solo.

Entonces, sorprendiéndome como siempre, empieza a moverse sobre mí, y su intimidad roza sobre...

— Joder... —no puedo contener las palabras—. Así, mi autocontrol se esfuma.

Murmuro con la boca pegada a la suya y la traviesa se ríe.

— Solo estoy probando algunos movimientos, ¿te gusta?

— Mucho. Puedes hacerlo cuando esté dentro de ti.

Le chupo el labio inferior y ella sonríe aún más.

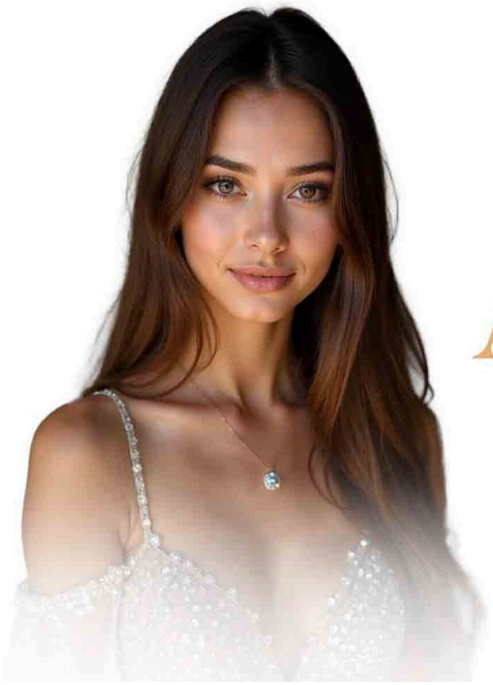
— Hecho.

Si alguna vez pensé que no podría tener sexo, con solo estos momentos íntimos, todos los pensamientos negativos se esfumaron como un ladrón. Lo que más deseo a partir de ahora es llegar al momento en que ella me diga que está lista para recibirme dentro de ella.

Quiero que nos fundamos, que nuestros cuerpos se conviertan en uno solo.

Para siempre.

Pero antes... tengo una petición que hacer.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 17

♫El destino dijo, tienes que ir a la lucha
Reclama tu independencia
Y nunca lo olvides
Hay un poco de suciedad en tus hombros
Déjame limpiártelos
Si crees en mí, entonces choca aquí
Esa es mi chica♫
That's my girl - Fifth Harmony

Nunca había sentido nada igual en toda mi vida.

Cuando me despierto, después de todo el éxtasis sexual que viví la noche anterior, me llevo la mano a la boca mientras sigo tumbada en la cama y lo único que quiero es gritar.

Eric ya no está a mi lado, probablemente haya salido a correr y a hacer ejercicio.

Reacciono como la chica enamorada que soy, dando patadas y reprimiendo un grito eufórico por haber vivido la mejor experiencia de mi existencia en esta Tierra.

Lo mejor de todo es saber que él nunca había vivido esto con nadie antes que conmigo, que somos los primeros el uno del otro.

Claro, él tuvo una experiencia traumática, pero por lo que me contó, no llegó a ser algo digno de llamarse sexo, así que no cuenta.

Seremos los primeros el uno para el otro.

No los primeros, los únicos.

Porque si hay algo de lo que estoy segura es de que lo amaré para siempre. Si me pidiera matrimonio hoy, aceptaría.

Que le den a la edad, a los pensamientos saboteadores. Él es y siempre será el hombre de mi vida.

Oigo un ligero golpe en la puerta y entonces me miro.

— Mierda, estoy desnuda.

Me levanto rápidamente y me pongo cualquier cosa, solo para poder ver quién llama. Cuando abro la puerta, Ryan está al otro lado.

— Buenos días, cuñada. Perdona por despertarte.

— No pasa nada, ya me había despertado. Buenos días, ¿ha pasado algo? ¿Es Eula?

Mi corazón se acelera. Mi nueva amiga sufre de terrores nocturnos y he estado tratando de ayudarla estos días.

— Sí. Si pudieras llevarle esa medicina e intentar hablar con ella, no sé... —Se rasca la nuca, pobrecito, se siente impotente—. Quizás una charla ayude a entender qué es lo que realmente le pasa con esas extrañas pesadillas.

Asiento con la cabeza, poniendo en marcha mi capa invisible de médica.

Aunque no estoy graduada, soy la primera de mi clase. Me esforcé mucho para conseguir mi plaza en la USP y estoy segura de mis habilidades médicas. ¿Puedo ayudar a Eula a lidiar mejor con todo esto?

Se despide diciendo que va a reunirse con Eric en el gimnasio y yo cierro la puerta, me visto mejor y me aseo antes de ir a la habitación de al lado.

***

— Toma esta pastilla, te ayudará con lo que Ryan dijo que te dio. Bebe mucha agua para que el dolor pase pronto.

Ya estamos sentadas una al lado de la otra en tu cama. En realidad, fue otro episodio de terror nocturno y mi corazón se encoge al intentar ponerme en tu lugar.

No saber qué es lo que desencadena las pesadillas es muy frustrante.

— ¡Gracias, eres un ángel! —me da las gracias y, después de tomar la pastilla, me mira con el ceño fruncido—. Ahora cuéntame el motivo de tu felicidad, yo también quiero sentirme feliz.

En cuanto llegué, me dijo que mi cara estaba diferente, como si hubiera pasado algo especial. Intenté despistarla, pero parece que me pilló, ya que no pude ocultar mis emociones.

— Entonces... —miro mis manos sobre el regazo, moviendo los dedos, mostrando mi timidez— Es que... todavía soy virgen y...

Antes de que termine, ella me interrumpe. El tono de su voz es complaciente.

— Eso no significa nada especial —comienza a decir y yo abro la boca perpleja—. El himen es solo una membrana fina que puede romperse con el ejercicio físico, el uso de tampones o incluso sin motivo aparente. No tiene relación directa con la virginidad en el sentido biológico.

Su forma de intentar mostrar empatía conmigo es preciosa. Parpadeo, impactada por la información que se preocupa por revelarme, consciente de mi timidez.

— Eula, eres tan práctica y directa.

— Es que el concepto de virginidad es más social que científico, en mi opinión. En el cuerpo, no existe un cambio real entre ser virgen o no.

Asiento, consciente de esta información, pero no la interrumpo.

Entiendo que, para personas como Eula, demostrar sentimientos es difícil. Son actitudes como esta, en las que intenta tranquilizarme, exponiendo una diversidad de puntos, las que me hacen ver que realmente me quiere.

No sé si para cualquiera tiene sentido, pero para mí sí.

— No estoy menospreciando que sería bueno tener una primera vez agradable, solo que no quiero que te sientas avergonzada por algo tan... normal... ¿Entiendes?

Sonrío, pensando que su corazón es hermoso y puro.

Se nota que su vida está llena de cicatrices, solo por estos días que pasamos juntas. Pero admiro mucho el esfuerzo que está haciendo ahora para hacerme sentir mejor, sin que yo le haya contado nada en realidad. Ahora tengo muchas ganas de abrazarla.

— Me encanta cómo piensas y, por supuesto, sé todo lo que has dicho. Gracias por intentar tranquilizarme, ha funcionado. — Le cojo la mano con cariño y ella me dedica una sonrisa cómplice. — ¿Pero sabes lo que más me preocupa?

— ¿Qué?

Decido exponerme, abrir mi corazón.

— Si sabré qué hacer en el momento decisivo. Si será bueno para él y si podré soltarme, ¿sabes? Dejar que todo fluya como debe ser... Quiero estar muy conectada con él emocionalmente para poder llegar a ese punto. Y está el hecho de que tal vez duela.

Ella asiente y puedo ver, por su expresión pensativa, cómo los engranajes internos de su cabeza hacen su trabajo, y luego dice:

— No dudo de que vaya a doler, pero saberlo me quita el peso del sueño de que tiene que ser perfecto. Imagínate, sabes que puede ser malo, pero sigues soñando con que sea importante, ¿y por qué exactamente? Mi mayor miedo es que duela mucho.

Cuando termina, una información me impacta de lleno.

— Espera un momento... ¿Tú también eres virgen? — pregunto, muriéndome de curiosidad.

—Sí, pero como te dije, no tengo expectativas ni creo que sea importante. Le di mi primer beso a Ryan y...

Vaya, eso sí que es importante.

¡Caramba! ¡Las sospechas de Eric y mías sobre la química entre estos dos eran ciertas!

—Ahhh —me llevo la mano a la boca, sorprendida—. ¿No me digas?

—Amanda, hija mía, estás muy emocionada.

¡Claro que sí!

Si Eula supiera lo difícil que es para Ryan acercarse íntimamente a alguien... Los vi besándose ayer en el ensayo y, hasta entonces, me pareció normal si era lo que habían acordado entre ellos.

Pero por lo que conozco de Ryan, se va a emocionar un poco cuando se entere de que es el primer beso de Eula. El hombre es reacio a las relaciones, pero eso no significa que no tenga corazón. Estoy deseando que este iceberg se descongele.

Me siento como si estuviera leyendo una novela en el viejo Kindle que tengo guardado en la residencia.

Eric se volverá loco cuando se lo cuente. Claro, si Eula me deja.

Me arrodillo en la cama, ya eufórica.

— ¡Y ahora estás siendo demasiado robótica! ¿Cómo fue tu primer beso, Eula? Cuéntamelo bien. ¿Nunca habías dado ni siquiera un beso de pío?

— No tenía tiempo para eso —rió—. Y basta de hablar de mí, quiero saber por qué estás tan feliz si aún eres virgen.

— Amiga... ahora que ya lo has besado, quizá las cosas cambien un poco dentro de tu cabecita práctica, eh. Por muy falso que sea todo, un beso siempre nos afecta. — Dejo el consejo en el aire. Espero que Ryan encuentre el amor verdadero, es un buen hombre, aunque a menudo parezca un iceberg. Espero que Eula también sea amada, se lo merece. — Y sobre estar feliz, claro que te lo voy a contar...

Le cuento por encima lo que Eric y yo hicimos anoche y ella está dispuesta a ayudarme en las investigaciones de mi viaje hacia la pérdida de la virginidad. Empezamos una amplia investigación en Internet para saber si hay posiciones o algo que pueda hacer para que no duela y para que sepa bien qué hacer en el momento H.

— ¿Y tú, Eula? ¿No vas a planear tu primera vez?

— ¿Por qué iba a hacerlo? No tengo intención de tener novio.

— Ay, Eula, no me vengas con esas. — Le doy un pequeño empujón.

— ¿Qué pasa?

— Tú y Ryan estáis conectando, se nota.

Ella suelta una risa irónica.

— Amanda, no te hagas la importante. ¡Todo es una farsa!

—Eric y yo también lo éramos, eso no significa nada. ¡Hacéis buena pareja!

— ¡Ni siquiera nos caemos bien como amigos! No hay nada parecido en nuestras historias.

Es curioso cómo Eula se envuelve en un caparazón protector de emociones. Hace todo lo posible por no sentir nada.

— Eso no significa que vuestra conexión no exista y que no haya ninguna posibilidad de que surja algo... —Intento dejarlo en el aire—. Para ti es mucho mejor que para mí, ya que tú ya has perdido tu virginidad.

Eula se queda pensativa, luego respira hondo y sus ojos se conectan con los míos. El pelo azul se le suelta del moño que intentó hacerse en la coronilla y me quedo imaginando lo mucho que se merece ser valorada. No solo por ser guapa, sino porque es una chica especial. Tiene carácter, es bondadosa y, aunque parezca fría, siente empatía por los demás.

—El hecho de que sea desapegada no significa que me vaya a entregar a Ryan solo porque tiene una cara bonita. Antes que nada, tiene que ganarse mi confianza. El himen nunca ha sido un símbolo de pureza para mí, pero compartir mi cuerpo con alguien es algo que me tomo muy en serio. No sé si crees en la energía, pero yo creo que el contacto íntimo va más allá de lo físico. Cuando te involucras con alguien, hay un intercambio profundo, y esa energía puede permanecer con nosotros durante días, incluso meses, dependiendo de la conexión. El sexo no es solo un acto, es un vínculo, y no estoy dispuesta a crear uno con cualquiera.

Tu explicación me deja boquiabierta, realmente impactada.

—¿Por qué cada vez que abres la boca es para dejarme en shock, mujer? —le pregunto—. Lo complicas todo demasiado, Eula,

tienes que soltarte un poco más.

—Dice la chica que está preocupada por una membrana, cuando debería estar preocupada por el daño que la conexión espiritual puede hacerle a su corazón.

Sus palabras me golpean y bajo la mirada, tratando de asimilar bien lo que quiere decir. Nuestra conversación era abierta, libre, tal vez Eula solo fue demasiado espontánea y aún no puede controlar el filtro de sus palabras. Puede ser una característica de las altas habilidades.

—Pero si estás segura de que Eric es el hombre adecuado, deberías invertir en ello, solo que en mi caso, eso es lo que pienso. Ryan no me ama, ni siquiera le gusto, acabamos de conocernos, pero tu historia es otra y si conectáis, será increíble.

Lo que acaba de decir confirma mi teoría. Intentó corregir lo que hizo. En realidad, su dureza en las palabras no tiene que ver con el deseo de herir a alguien, sino con las altas habilidades. La practicidad de exponer lo que piensa sin el filtro emocional.

Sonrío, mirándola con cariño.

— ¿De verdad piensas eso?

— ¡Creo que hacen muy buena pareja y espero poder asistir pronto a su boda! — suena sincera.

Le cojo la mano, feliz de tenerla conmigo en ese momento. Quiero que ella también se sienta acogida por mí. Quiero que se abra y se dé cuenta de todas las emociones que ya están pasando por sus ojos, pero que aún no es capaz de percibir.

— Es tan bueno tener una amiga con quien compartir estas cosas —le confieso.

— Yo también lo creo, perdona si soy un poco literal, no puedo evitarlo.

— ¡No pasa nada! Estoy acostumbrada a la gente lista, Eric no es muy diferente y os admiro mucho por eso.

Solo por haber dicho eso, sus ojitos brillan. Por muy madura que sea y por mucho que aparente dureza, sigue siendo una chica de diecinueve años. Y las lágrimas que se acumulan en sus ojos lo confirman.

— En esta etapa de mi vida, no tengo a nadie que me quiera por lo que soy, así que... —revela con voz entrecortada—. Gracias por aceptar mi forma de ser tan extraña, aun conociéndome tan poco.

— ¡Ay, amiga! —La abrazo y me doy cuenta de que empieza a llorar—. Eres especial para mí y no quiero perder nunca lo que tenemos. Siempre seremos así y cuando nos necesitemos, aunque estemos lejos, nos llamaremos para desahogarnos.

Nos sumergimos en ese momento de complicidad, luego ella se aleja lentamente y nuestras miradas se encuentran.

— ¿Prometes que no perderemos el contacto?

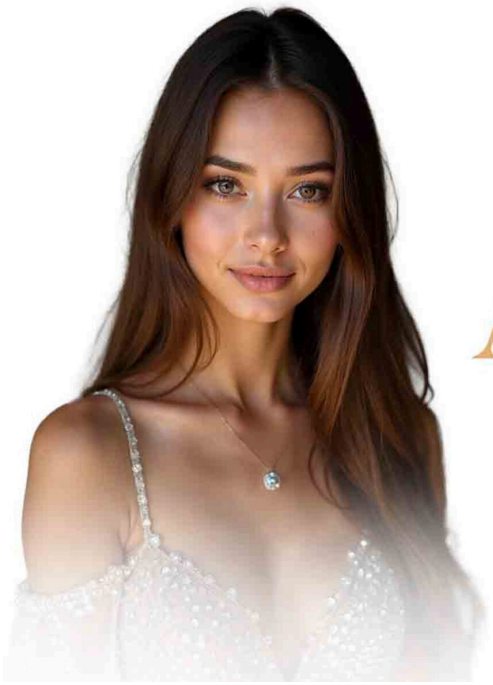
Le pido y ella sonríe, como una niña feliz que ha encontrado un tesoro.

— ¡Lo prometo!

Volvemos a abrazarnos y acabo llorando también porque soy así, demasiado emotiva.

Eula no sabe lo difícil que siempre me ha resultado mantener amistades, y saber que ahora tengo más personas a las que llamar

amigos me llena el corazón de alegría.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 18

♫Te diré adiós
A otra le seré fiel
Permaneceré fiel
A aquella a quien seré fiel♫

Honey, i'm good. - Andy Grammer

«Hola, Amanda del futuro.

Hoy es un día especial, bueno, en realidad fue ayer. Seguro que dentro de diez años, cuando leas esta carta, lo recordarás con claridad.

¿Te acuerdas del chico con el que llevamos seis años hablando? Todos los años aparece en nuestra carta anual y yo siempre deseo que sea mi novio en cada una de ellas.

Pues bien, ahora es mi novio. Y no de mentira (¿te acuerdas de la locura que aceptamos en la boda de la señora Paty?).

Resulta que Eric y yo estamos juntos, por fin.

Ayer fue nuestra primera relación íntima, e hicimos algunas cositas sexuales. Nos estamos conociendo para ser el primero el uno del otro.

¡Estoy tan feliz!

¡Tan enamorada!

Saber que por fin me ha mirado después de tanto tiempo me llena el corazón de alegría. Espero que, cuando abras esta carta dentro de diez años, él esté a tu lado como marido y padre de tus hijos.

Como un hombre que demuestra estar tan enamorado como hoy.

¡Te quiero tanto! Todavía no me he atrevido a decírtelo, ¡pero espero poder hacerlo pronto!

Eso es todo, no podía dejar de escribirte, sabiendo que las cartas son nuestro mayor secreto y nuestra forma de abrirnos.

Buena suerte, Amanda del futuro, estoy deseándote lo mejor.

Respiro hondo, dejo el bolígrafo en el escritorio y guardo la carta en mi mochila.

Todavía me siento radiante, como si el íntimo contacto con Eric estuviera ocurriendo ahora mismo.

— Fue tan perfecto...

Me levanto para ir al baño, ya es de noche y dentro de poco tendremos el juego de preguntas y respuestas para las parejas. La señora Paty ha sido muy creativa en esta boda, ha querido conectar a todo el mundo, que nos compadiéramos. Admiro su corazón y su buena voluntad, aunque sé que sus hijos lo han encontrado todo muy exagerado.

Cuando salgo del baño envuelta en una toalla y con otra en la cabeza, Eric entra en la habitación con cara de agotamiento.

— Estoy muerto. Hoy había tantas cosas que arreglar que apenas tuve tiempo para pensar con claridad.

Cierra la puerta con llave y se acerca a mí. Como siempre, mi corazón reacciona, cautivado, ante este hombre.

— Date un baño relajante, mi amor. — Me acerco y él estira el cuello y me hace un puchero.

Le doy un beso en la boca.

— Estoy muy sudado, si no, te arrancaría la toalla y me pegaría a ti ahora mismo.

Sonrío, escuchando sus palabras vibrar en mi interior. Solo con escucharlas, ya me emocioné, si me entienden.

— Pues vete ya a la ducha. Por desgracia, no tenemos tiempo para jugar, nos queda media hora para la tarea de hoy.

Se quita la ropa y la tira al suelo mientras camina hacia el baño. Me doy la vuelta, admirando su culo redondo y, como ya sabía, con más carne que el mío.

— La señora Paty se inventa cosas. Menos mal que el matrimonio es una vez en la vida. Espero que nunca vuelva a casarse.

Murmura y cierra la puerta detrás de él, haciéndome reír con su espontaneidad e impaciencia. Al menos, Eric quiere a su madre y se preocupa por ser un buen hijo. Dicen que cuando un hijo es bueno con su madre, será bueno con su esposa.

¿Por qué ya estoy pensando en estas cosas?

Empiezo a vestirme y los pensamientos emocionados y entusiasmados inundan mi mente. Me veo con un vestido de novia, Eric esperándome en el altar. Una ceremonia íntima, solo con familiares y amigos.

Suelto un profundo suspiro.

¿Ocurrirá?

— Ay, Amanda... No seas tan ilusa. Mira el presente. Lo más difícil ya pasó, que fue que él te mirara.

Frente al amplio espejo del dormitorio, me maquillo de forma sencilla y me pongo un conjunto de top y pantalones de sastrería de cintura alta. Básico y elegante.

Me reprimo al pensar que solo ahora, después de viajar hasta aquí, me he preocupado por la ropa que me pongo. Siempre me he vestido de forma muy sencilla, básica, ¿sabes? Camisa y bermudas, pantalones cortos y chaqueta. Gorra o coleta. Mi pelo apenas necesita peinado, ya que es liso.

Ahora estoy aquí peinando mi cabello castaño con algunos tímidos reflejos dorados, admirando que tiene un buen largo, de mi gusto. Me giro hacia un lado para ver si el top cubre bien el protector que me he puesto en los pechos.

— Es la novia más sexy del mundo...

Al oír su voz, no puedo evitar que se dibuje una sonrisa en mi rostro.

Se acerca a mí, solo con una toalla enrollada en la cintura y ese torso fuerte y musculoso de gimnasio al descubierto. Tan guapo, tan grande. Me siento como una muñequita a su lado.

Eric me abraza por detrás, acurrucando su rostro en la curva de mi cuello.

— Qué bien hueles... Creo que hoy no quiero participar en el jueguecito de pareja, amor. Quiero quedarme aquí contigo.

En todos los escenarios que imaginé él y yo saliendo juntos, antes de este viaje, nunca pensé que él sería tan... perfecto. Eric está literalmente superando todas mis expectativas en cuanto a una relación. Es atento, es amigo, es dulce, es bueno dándome placer...

Simplemente perfecto.

— A mí me gustaría. Pero nuestro objetivo desde que salimos de São Paulo era hacer feliz a tu madre.

Él exhala, todavía con la cara hundida en mi cuello y los ojos cerrados.

— Ella ya está feliz.

—Eric... —le reprendo y él finalmente levanta la cara, mirándome por el espejo, con aire impaciente.

— Está bien, está bien... —pone los ojos en blanco—. Tienes razón, como siempre.

Me río de su actitud tonta y espero a que se arregle para bajar juntos.

***

Hay un gran círculo alrededor de una hoguera en un campo reservado especialmente para la actividad del día. El organizador, que ha estado llevando a cabo todas las actividades de la semana, toma su posición y yo echo un vistazo a las parejas presentes y busco a Eula y Ryan.

— ¿Dónde están tu hermano y Eula? —le doy un codazo a Eric y él también empieza a buscar con la mirada.

— No lo sé. Estaba conmigo antes, pero después no sé.

Pronto veo una sombra corriendo en nuestra dirección, viniendo desde lejos. No parecen dos personas, parecen...

— ¡Suéltame, bruto! —Es la voz de Eula.

— Solo estoy haciendo que lleguemos a tiempo, cálmate. —Él la regaña.

Ryan lleva a Eula sobre el hombro, sujetándola por los muslos, y solo puedo ver sus piernas retorciéndose y su cabello azul y liso balanceándose sobre la espalda de su falso novio.

Su llegada llama la atención de todos, que disimulan las risas ante la cómica interacción de los dos. Veo a la señora Paty sonreír con un brillo en los ojos al verlos juntos y es muy probable que ella también sienta lo mismo que yo:

Están hechos el uno para el otro.

Eula se sienta a mi lado, aparentemente enfadada.

— Hay tiempo, amiga. Aún no ha empezado —trato de calmarla.

Ella resopla mientras se arregla la ropa.

— Ni siquiera llegaba tan tarde, solo que no podía venir corriendo, me puse estas zapatillas con suela gruesa, tenía miedo de torcerme el pie.

—Menos mal que Ryan te ha perdonado —bromeo y ella resopla de nuevo, intentando parecer indiferente, pero sé que la comisura de sus labios la delata.

—Ese bruto—, dice haciendo un puchero.

Niego con la cabeza sonriendo, encontrando todo muy gracioso. Eric está cuchicheando con su hermano y pronto Ryan ocupa su lugar junto a la novia. Todo se silencia cuando finalmente el organizador toma la dirección y comienza a hablar:

— Para hoy queremos algo más ligero, más dinámico. Vamos a empezar con una canción con un aire rural de Texas. Quien sepa cantarla, que cante con nosotros. Está en inglés, pero está dedicada a los hombres apasionados y fieles que están aquí. Vamos a cantar que no tenéis ojos para nadie más que para las hermosas mujeres que tenéis a vuestro lado.

Enseguida, el primo de los chicos coge la guitarra y toca una canción con un aire country, que encaja perfectamente con la ciudad en la que estamos. Al fin y al cabo, es el interior y a la gente de aquí le encanta eso.

Así que no, no, cariño, estoy bien, podría tener otra, pero probablemente no debería.

Tengo a alguien en casa y, si me quedo, no puedo salir solo.

No, cariño, estoy bien, podría tener otra, pero probablemente no debería.

Tengo que decirte adiós a otra. Voy a permanecer fiel.

(Ooh, ooh, ooh, ooh-ooh, verdad) Voy a permanecer fiel.

(Ooh, ooh, ooh, ooh-ooh, verdad) Voy a permanecer fiel.

(Honey, I'm Good - Andy Grammer)

Como sé un poco de inglés, entiendo la letra y me parece divertida la elección. Pero es un recordatorio de que eso es el matrimonio: fidelidad. Me pareció genial para animar el ambiente. Pronto todos estamos aplaudiendo y cantando con Alberto.

En cuanto termina la canción, el ambiente se vuelve más distendido. Todos sonríen y el hombre que dirige los juegos empieza a explicar lo que debemos hacer.

Reparte unos papeles con algunas preguntas y cada uno de nosotros debe responder como si fuéramos nuestra pareja. Es decir, yo debería responder a las preguntas de mi papel como lo haría Eric.

Respiro hondo cuando me entregan el papel junto con un bolígrafo y hago lo que me indica el organizador. Nos sentamos de espaldas a nuestra pareja, sobre la tela que hay sobre la hierba. Siento la espalda de Eric contra la mía y empiezo a responder a cada pregunta, pensando bien para no equivocarme.

Veo a Eula con cara de desconcierto frente a mí, tratando de responder todo en el papel, e imagino lo difícil que debe ser hablar de alguien a quien apenas conoce.

Contemplo todo el escenario que es testigo de ese momento. La hoguera en el centro del césped, el cielo estrellado, las parejas compenetradas. La brisa fresca soplando entre nosotros.

Me siento tan cómoda que ya ni me preocupa equivocarme en las preguntas, solo respondo con el corazón.

El tiempo pasa y llega la hora de la verdad. Cada pareja es llamada junto al organizador, y por lo que parece, Eric y yo seremos los últimos. Cuando Eula y Ryan se acercan, es divertido porque, a cada pregunta, uno responde y el otro dice que no.

Hasta que llega la última pregunta:

— Y la última pregunta es: ¿Cuál es tu mayor objetivo personal para el futuro?

Ryan mira a Eula y ambos intercambian una mirada muy conectada. Me parece que la respuesta de los dos fue emocional, pero en cuanto Ryan abre la boca, estoy segura.

—Ella quiere ser alguien de quien su madre se sienta orgullosa.

Veo a Eula respirar hondo y mirar sus propios pies, parece estar controlándose. El organizador le lleva el pequeño micrófono

improvisado.

— ¿Ha acertado?

—Sí —responde ella.

Se me llenan los ojos de lágrimas. ¡Ay, qué fastidio ser tan sentimental!

— Vaya, de cinco preguntas, al menos una ha dado en el clavo. Ahora tú, Eula. ¿Cuál es el mayor objetivo personal para el futuro, según Ryan?

Ella mira el papel y cambia el peso de sus pies, sosteniendo la hoja con fuerza.

¡Vamos, amiga, tú puedes!

— Él ya sabe que es el orgullo de su madre y su padre. Siempre se ha esforzado por ello. Por eso escribí que su objetivo es ser al menos la mitad del hombre que fue su padre.

Los ojos del hombre se abren con sorpresa.

—Vaya. Profundo. —Se acerca a Ryan y le pregunta—: ¿Ha acertado?

Veo a Ryan mirar al cielo, pensativo, tal vez controlando sus emociones. Luego mira a su novia de esa manera que Eric y yo vimos en el ensayo. Exactamente igual.

«Sí, acertó», dice, con la voz cargada de una intensa emoción.

No puedo identificarla, pero la voz de Eric susurra en mi oído.

— Ella lo conoce mucho mejor de lo que pensaba.

Asiento con la cabeza, sin poder apartar la mirada de ellos. Está bien que se hayan equivocado en cuatro preguntas, pero la más importante fue acertada y sé que eso es especial para ellos.

Por fin se sientan y llega nuestro turno.

Siento un escalofrío recorriendo mi espalda y el sudor acumulándose en mi frente.

Es solo un juego, no es nada del otro mundo.

Repito esa frase como un mantra en mi mente, para intentar calmar mis nervios. Llegamos al lugar que antes ocupaban Eula y Ryan y comienzan las preguntas.

— La primera pregunta es: ¿Cuál es la mayor pasión de la vida de tu pareja?

Él me pasa el micrófono.

— Sin duda, los mangas y los videojuegos. Han estado presentes en su vida desde que era niño.

Le pasa el micrófono a Eric, que dice:

— Correcto. Y también la tiene, mi pasión. — Parpadea y lanza un beso al aire.

¡Qué tonto, me hace sonrojar de vergüenza!

— ¿Y cuál es su pasión, joven?

— Escribir cartas.

Sí, me conoce muy bien.

Lo confirmo y enseguida viene la siguiente pregunta. Lo que más nos gusta comer, lo que nos hace más felices y más tristes, todos acertamos. Hasta que llega la última pregunta.

La que fue más emotiva para Ryan y Eula.

El hombre le pregunta a Eric cuál es mi objetivo personal, y él acierta de pleno al decir que es cuidar de las personas, ser alguien que lleva esperanza a través de la medicina.

Entonces, el hombre se acerca a mí.

— ¿Cuál es el mayor objetivo personal para el futuro de tu pareja, jovencita?

Me tiende el micrófono y yo sopeso las palabras. Escribí que el objetivo de Eric era ser alguien importante en el mundo. Desea que su vida sea importante, ya sea por haber creado algo o por haber participado en un episodio esencial de la historia del mundo. Eric quiere vivir cosas grandiosas y yo lo sé. Es algo intrínseco en él.

Pero... me gustaría incluirme en ese objetivo. Sería demasiado atrevido añadirme a él.

— Eh, él quiere dejar huella de alguna manera en la generación actual. Ser importante para el mundo.

Pero me sorprende cuando le pasa el micrófono a Eric y él dice:

— Te equivocas.

¿Cómo que me equivoqué?

Me llevo la mano a la boca, sorprendida. Eric siempre se ha preocupado por eso, siempre ha hablado de eso. Entonces, ¿qué ha

cambiado?

— Oye, creo que tenemos una discrepancia aquí. ¿Quieres decir algo al respecto, Eric?

El hombre pregunta, entonces mi novio asiente con la cabeza, toma el micrófono y se acerca a mí. Se detiene frente a mí y me mira profundamente, como si estuviera leyendo mi alma.

— Mi objetivo para el futuro ha cambiado recientemente, Mand. —Se ajusta las gafas y respira hondo—. Porque hay algo en concreto que me preocupa mucho. Creo que se ha convertido en mi hiperenfoque y, por lo que parece, será un hiperenfoque eterno.

Frunzo el ceño, sin entender muy bien, así que miro a todas las parejas sentadas allí y veo a Ryan con un móvil en la mano, grabando.

Mi corazón se agita.

¿Qué está pasando?

—Eric... —susurro, buscando la respuesta en los ojos del hombre que amo.

Él sonríe, simple, ligera.

—Amanda Rocha, puede que me haya llevado muchos años darme cuenta de lo importante que eres en mi vida y... sí, he sido un completo idiota. Pero ya te he dicho que mis sentimientos, cuando los reconozco, no dejan lugar a dudas.

Me llevo la mano al pecho, sintiendo que me falta el aire, que el corazón quiere saltar. Entonces, él se arrodilla.

Sí.

Él.

Sí.

Se arrodilla.

Ay, Dios, creo que hoy voy a morir. ¿Es posible sobrevivir a un mini infarto a esta edad? Por lo que he aprendido, es casi imposible.

— Hoy solo tengo un objetivo para el futuro. Y ese objetivo eres tú. Ser tuyo para siempre. — Abre la cajita y revela un anillo de plata con un diamante en el centro, rodeado por una talla similar a pétalos de rosa. ¡Precioso! — ¿Quieres casarte conmigo?

No me doy cuenta de inmediato de que las lágrimas brotan libremente de mis ojos, pero cuando un sollozo se escapa de mi boca, todo se vuelve real.

Quiere casarse conmigo.

— ¡Sí! ¡Quiero! —respondo eufórica, casi gritando.

No puedo contenerme y doy unos saltitos, y enseguida Eric se levanta, me abraza con fuerza y me hace girar, claramente feliz.

— Te amo. Gracias por aceptarme —me susurra al oído y el llanto se intensifica.

Estoy temblando, mierda.

Nos separamos y le tiendo la mano para que me ponga el anillo, al son de los aplausos de todos los presentes. Apenas puedo ver debido a las lágrimas que nublan mi visión, pero sonrío. Sonrío como nunca imaginé que sonreiría en toda mi vida.

— Yo también te amo.

Finalmente, digo y me seco los ojos para verlo mejor. Al escuchar mi declaración, él sonríe aún más, pareciendo un niño feliz.

Es la primera vez que le digo que le amo y, por lo que parece, la primera de nuestro «felices para siempre».

Su boca captura la mía en un beso apasionado y me permito disfrutar del momento. Solo después de unos segundos durante el beso, algo me golpea.

¿Era la petición real? ¿O forma parte de alguna puesta en escena?



ERIC
Almeida

CAPÍTULO 19

♫Quizás sea la forma en que caminaba
Directamente a mi corazón y lo robó
A través de las puertas y pasando por los guardias
Como si ya fuera la dueña
Le dije: «¿Me lo puedes devolver?».
Ella dijo: «Nunca, ni en tus sueños más locos ».
Best Song Ever - One Direction

Ella dijo que sí.

Y me dijo que me ama.

Confieso que estaba un poco nervioso y dudaba si aceptaría o no, pero me arriesgué. No creo que sea pronto para algo así, aunque acabemos de empezar a salir. ¡Llevamos seis años juntos!

Ya teníamos una rutina de novios todos los fines de semana y, aunque ella no quiera casarse pronto, podemos esperar estando

comprometidos.

Cuando compré el anillo, a principios de semana, la intención era usarlo para reforzar la falsa relación. Ayudar a que mamá fuera más feliz y, en consecuencia, hacer que se casara en paz, sin preocuparse por mí y por Ryan de una vez por todas.

En el fondo, no quería llegar a ese punto. Me dolía mentirle a mamá sobre el noviazgo, ¡imagínate sobre el matrimonio!

Pero, mirando a Amanda, a mi lado en la cama antes de dormir, contemplando la piedra maravillada y sonriendo como una niña, estoy aún más seguro de que tomé la decisión correcta.

De verdad.

— ¿No me vas a dar un beso de buenas noches?

Le susurro, mirándola, tumbado de lado en la cama. Entonces, sus ojos finalmente me ven.

— Claro, amor. Solo estaba... — vuelve a mirar el anillo—. Reviviendo tu propuesta. Como siempre, fue más de lo que imaginaba.

La amplia sonrisa en su rostro me calienta el pecho. Estoy loco por ella. ¿Cómo pude no ver este amor durante tanto tiempo?

Repaso algunas situaciones en las que hemos estado juntos durante el último año y me doy cuenta de que esa emoción estaba ahí. Mi corazón se calentaba, un escalofrío recorría mi espina dorsal, el deseo de verla feliz estaba presente. El miedo a no estar a su lado también estaba ahí.

Solo yo, el idiota, no lo vi.

Incluso fui idiota y a veces la menospreciaba, pero era el miedo a admitir lo que sentía.

Amanda me abraza, apoya la cabeza sobre mi pecho desnudo y suspira profundamente.

— Quizás quiera esperar a graduarme para casarme. No tengo prisa, ¿y tú?

Le acaricio el pelo liso y deslizo la mano por su espalda, cubierta por la fina tela del pijama que lleva hoy.

— Esperaré todo el tiempo que sea necesario. Cuando estés lista, nos casaremos.

Soy sincero. Por mucho que quiera firmar los papeles del matrimonio hoy mismo. Sé que la impulsividad no es mi fuerte, y no quiero que una decisión tan importante se concrete en el calor del momento. Necesito tener paciencia y voy a aprender a lidiar con la espera por primera vez.

Todo esto es nuevo para mí.

Con Amanda acurrucada a mi lado, solo quiero despertarme cada día junto a ella y nada más.

— ¿Sabes si es muy tarde?

Ella murmura, su aliento se desliza sobre mi piel.

— Deben ser las once, más o menos.

— Hm... — Siento su mano deslizarse por mi abdomen, bajando lentamente hasta la cintura de mis pantalones cortos. — Creo que hay tiempo para hacer una cosita antes de dormir.

Respiro hondo. Me prometí a mí mismo durante el día de hoy que no sería tan travieso. Quiero respetarla, dejarla a gusto para que todo sea a su ritmo.

La experiencia que tuvimos ayer fue maravillosa y no quería presionarla para ir más allá si ella no quería.

Pero, por lo visto... ella quiere.

Me acomodo un poco mejor en la cabecera de la cama, para poder ver a mi prometida haciendo lo que le apetece. Ya estoy duro, solo de imaginarlo.

Se libera de la sábana que nos envolvía y se levanta, colocándose sobre mis piernas, sin poner mucho peso. Luego, me baja los pantalones cortos, liberando lo que tanto le interesa en este momento.

La mirada que tiene ahora debería ser fotografiada. Amanda abre mucho los ojos, que brillan. Su boca se abre suavemente y puedo imaginar los engranajes girando en su cabecita.

— Solo para que conste —dice—. Aunque nunca había visto uno así antes, estoy segura de que el tuyo es más grande de lo normal. Y más grueso. ¿Cabrá en mí?

Después de decir todo eso, se sorprende y se lleva la mano a la boca.

— Mierda, lo he dicho en voz alta.

—Sí, lo he dicho—. No puedo contener la breve risa que se me escapa—. Pero no pasa nada, aunque me guste recibir palabras de afirmación, nunca he tenido el ego directamente ligado al sexo. Así que, independientemente del tamaño o el grosor, lo importante es que te guste.

— ¡Me gusta! —Apenas espera a que termine de hablar—. Me gusta mucho, puedes estar seguro.

Dicho esto, lleva la mano hasta él y lo acaricia, y joder... sus delicados deditos hacen que mi interior arda de tanto deseo.

Se queda ahí un rato, envolviéndolo, moviendo la mano, deslizando el dedo por la punta. La dejo libre para que lo explore. Hasta que...

— No tienes que hacerlo si no quieres —le advierto cuando veo que se acerca con la boca.

No quiero que se sienta obligada a devolverme lo que hice ayer con ella. Tendremos el resto de la vida para hacer todo lo que queramos.

—Quiero hacerlo. —Y, por primera vez, me dedica una sonrisa sugerente, pícara.

Ya está, ha nacido la pequeña monstruita sexual.

Amanda empieza lamiendo, luego lo envuelve con todo y, joder... Lo hace bien.

La presión, los movimientos, las miradas que me lanza.

Le sujeto la cabeza, sin apretar demasiado para no lastimarle el cabello, pero es casi imposible contenerme con la forma en que me chupa.

Joder.

— No te reprimas, amor. Relájate —me pide.

Como si supiera que llevo mucho tiempo controlándome para no llegar al clímax, me guía y es suficiente para que me libere en su boquita.

Cierro los ojos, con miedo de haber sido malo con ella, rápido, tal vez. ¿Cuánto tiempo llevamos haciendo esto? ¿Diez minutos?

¿Es poco o mucho? ¿Debería preguntarle a mi hermano?

Amanda va y vuelve del baño ágil y salta sobre mí de nuevo.

— Me encantó ver tu cara sintiendo el placer que te di. Estabas tan sexy, tan guapo.

Lo que dice me hace parpadear rápidamente.

— ¿Crees que estuvo... bien? ¿No te pareció rápido?

Ella niega con la cabeza.

— No fue rápido. De hecho, cariño, la próxima vez podría ser un poco más rápido. Eres espacioso, pensé que me darían calambres en la boca.

Bromea y se ríe, tomándoselo todo con deportividad. Por fin, suelto el aire que tenía retenido en los pulmones. Claro que Amanda sería perfecta incluso para tranquilizarme.

Es la mujer adecuada para mí. Cada día estoy más seguro.

***

El sábado pasa volando.

Las chicas pasan todo el día en un spa con las mujeres y los hombres se reúnen en un salón de la propiedad donde hay un equipo de barberos y peluqueros disponibles para cuidarnos.

Solo veo a mi prometida al final del día y, como siempre, está maravillosa. Ha decidido volver al castaño sin mechas y se ha hecho un corte básico, sin quitarle mucho largo al pelo.

Sus pestañas parecen aún más curvadas. Ya son densas, pero están preciosas, radiantes. Yo, por mi parte, solo me he afeitado la barba que me había crecido durante la semana y me he arreglado el corte de pelo. Después, me he cuidado las uñas de las manos y los pies.

Me di cuenta de que no me sentía tan bien como los días anteriores. Estaba cansado, un poco irritado. Y fue en el momento en que empezamos a prepararnos para la «despedida de soltero» —que no es como en las películas americanas— cuando Amanda me recuerda:

— ¿No era hoy el día de tu vitamina?

Ay, mierda. Es eso.

Me tiro en la cama, con ganas de dormir hasta el día siguiente, y aún no son ni las siete de la tarde.

— Se me había olvidado. Menos mal que tengo a alguien que me cuida —murmuro, con picardía.

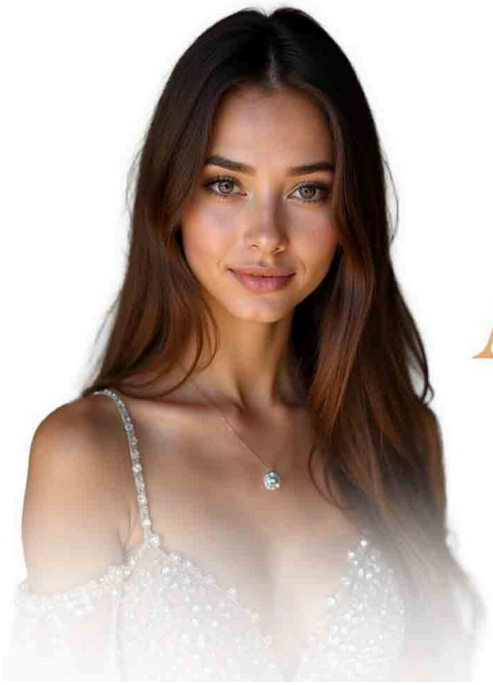
Amanda niega con la cabeza, sonriendo, pensando que soy un tonto. Se acerca y se sienta cerca de donde acabo de tumbarme.

— Date la vuelta, voy a prepararte la inyección.

Y en los minutos siguientes, paso por mi tortura quincenal, que me hace valorar aún más a mi Amanda. Mi mejor amiga, la mujer de mi vida.

A pesar de sentir dolor en los glúteos, me preparo para la despedida de soltero, que se celebra como una fiesta colectiva en uno de los salones de la propiedad.

Esa noche, a diferencia de las demás, Amanda y yo solo dormimos, cansados. El domingo estará lleno de actividades, por fin ha llegado el día de la boda.



AMANDA
Rocha

CAPÍTULO 20

♫Solía reconocerme
Es curioso cómo cambian los reflejos
Cuando nos estamos convirtiendo en otra cosa
Creo que es hora de irse♫
Let it go - James Bay

La boda de mi futura suegra es más que perfecta. La decoración se ha realizado en el salón principal de la finca, y la ceremonia se celebra al aire libre al final de la tarde del domingo.

El sol dorado calienta los votos de la hermosa pareja que me hace llorar con solo mirarlos. Joaquim admira a su ahora esposa mientras ella recita los votos de amor, con todos los invitados como testigos.

Eric y yo estamos de pie, muy cerca de ellos, como padrinos y miembros de la familia, y a nuestro lado están Eula y Ryan. Joaquim

también tenía algunos conocidos como padrinos y, como no tiene hijos, se siente integrado en la familia Almeida de una manera surrealista.

Sé que será un buen hombre para sus hijastros, aunque Ryan y Eric vivan lejos. Joaquim parece el tipo de hombre que apoya y hace todo lo posible para que la familia mantenga la armonía.

¡Trata a Dona Paty con tanto cariño y afecto!

Por fin, la ceremonia termina y la fiesta comienza bajo un cielo estrellado.

Eric me pide un momento para revisar el sistema que ha instalado y, mientras tanto, deambulo por el salón decorado y lleno de flores, deslizando mi vestido largo de tela ligera color verde agua.

— Todo es tan bonito... — Una señora, a la que reconozco como la tía Linda, se acerca a mí y comenta maravillada.

— Sí, es verdad. Lo han hecho muy bien. Me encanta.

—Recuerdo cómo fue su boda con Joseph. No podían gastar mucho en el catering, pero estaban tan felices. Me gusta ver a Patricia sonreír así otra vez.

Me sentí bien al escuchar a la señora, hermana de Paty, comentar sobre sus sentimientos. Eso debe significar algo, ¿verdad? ¿Será que me ve como parte de la familia?

— Los adoro. De corazón —comento, admirando el juego de luces que comienza a moverse.

Me acuerdo de Eric, seguro que está jugando con los controles en algún sitio.

—Pronto será tuyo. —Me da un ligero codazo, sonriendo—. Pensaba que el pequeño Eric nunca encontraría a una chica que le gustara. Nunca pareció interesado en las chicas. —Se acerca a mi oído y me susurra, como si compartiera un secreto: —Pensaba que le gustaban los chicos.

Contengo la risa y la miro, con los ojos entrecerrados por intentar no reírme.

—Ay, señora Linda. Es usted muy graciosa.

Ella se encoge de hombros y hace un puchero adorable.

— Soy mayor, hija. No juzgo, pero esas cosas son demasiado modernas para mí. — Señala un punto cualquiera, que no consigo localizar. Solo después veo que se refiere a mi prometido, que se acerca entre la multitud de personas repartidas por el salón. — Ese chico es valioso. Muy respetuoso y siempre ha sido el orgullo de su madre. Agárralo y no lo sueltes, niña.

Asiento con una sonrisa.

— Puede estar tranquila.

Ella se marcha y él llega, abrazándome con fuerza.

— Hmmm, te echaba de menos —me susurra al oído.

— No hace ni media hora que te has ido.

—Media hora es una eternidad.

Se separa de mí y me mira con cariño.

— ¿Quieres bailar conmigo, novia?

Asiento y dejo que me guíe hasta la pista de baile.

En todo momento, durante nuestra interacción en la boda, me siento muy feliz, como si estuviera mal ser tan feliz. Todo parece encajar finalmente y mi ansiedad crece, por saber cómo será nuestra interacción cuando regresemos a São Paulo.

Eric y yo nos deslizamos por la pista, bailando todos los ritmos, y cada vez que tiene la oportunidad de pegarse a mí, no la pierde.

Siento el calor de su cuerpo tan cerca del mío, su mano grande y fuerte sosteniendo la mía con firmeza, pero con un toque gentil. Sus ojos claros me miran con ternura, como si yo fuera lo más preciado del mundo.

Eric me hace girar en el aire, haciéndome reír. La música alta y animada nos envuelve y, por un momento, me olvido de todo lo que nos rodea. Solo existimos él y yo, en ese momento mágico.

«Te amo más que a nada en este mundo», dice, abrazándome con fuerza.

«¿Me quieres? No sabía que podías ser tan sentimental...», respondo, sintiendo que mi corazón se desborda de felicidad.

La fiesta sigue animada, con buena música, comida deliciosa y mucha gente feliz. Eric y yo disfrutamos cada segundo juntos, bailando, hablando y riendo. En un momento, me alejo un poco para tomar una bebida y veo a Eric hablando con su hermano. Parecen serios, pero sonríen de vez en cuando.

— Hola, cariño, ¿todo bien? —pregunto, acercándome.

— Todo genial. Ryan me estaba llamando para hablar. — Responde, dándome un beso rápido—. Ahora vuelvo, ¿vale?

Asiento y los veo alejarse, curiosa por saber de qué hablarán, así que busco a Eula con la mirada y veo que está sentada en una mesa, bebiendo algo. Me acerco un poco indecisa sobre si sentarme o no, pero cuando me hace señas para que la acompañe, me siento a su lado.

— Nos han abandonado, amiga.

Bromeo y ella se encoge de hombros, con una sonrisa en los labios.

— Ya no sirvo para bailar, tengo dos pies izquierdos. Así que lo mejor es quedarme sentada comiendo de todo.

— También me gusta, no lo niego.

Nos quedamos allí charlando, comiendo y sin darme cuenta del paso del tiempo. En un momento dado, el fotógrafo se acerca a nosotros y llama a sus hijos y nueras para hacerles una foto especial. Levanto la cabeza para buscar a Eric y Ryan, pero no los veo.

— Voy a buscarlos, solo un momento.

Eula se va con el fotógrafo y empieza a hablar con él sobre fotografía. La muy cotilla es curiosa, le gusta saberlo todo. Mientras tanto, yo camino por el lugar lleno de gente, buscando a mi prometido.

¿Dónde se ha metido?

Solo cuando salgo del espacio cubierto y piso el césped de fuera, veo a los dos conversando solos más adelante. Cerca de donde hay unos baños.

Como están de espaldas, no pueden verme, así que camino rápidamente, pero antes de aparecer en su campo de visión, lo que oigo me hace esconderme detrás de la pared que da acceso al baño.

— ¿Le has contado a Amanda lo del compromiso, hermano? Ahora mamá podrá vivir tranquila, sabiendo que nos vamos a casar. Aunque sea mentira.

La voz de Ryan parece indiferente y el golpe que siento en el pecho me alerta y me sitúa en mi lugar.

Eric nunca me dijo que era falso. ¿Por qué mintió?

Un escalofrío recorre mi espina dorsal, como si me hubieran echado un cubo de agua helada. Las palabras de Ryan resuenan en mi cabeza, repitiéndose como un disco rayado. «Plan de compromiso... Mentira...». Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos, nublando mi visión.

Aturdida, intento alejarme de ellos para que no me vean. Mi corazón se oprime en mi pecho, un dolor lancinante que me ahoga. ¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido Eric engañarme así? ¿Todas las promesas, todos los momentos juntos, todo ha sido una farsa? ¿La declaración de amor el día de la estación de autobuses era solo para que me convirtiera en su novia falsa?

Me invade un mareo, las piernas me tiemblan. Necesito apoyarme en la pared para no caerme. La fiesta a mi alrededor parece lejana, como si estuviera sucediendo en otro mundo. La gente ríe, baila, celebra, pero yo solo puedo oír el sonido de mis propias lágrimas cayendo.

La rabia comienza a mezclarse con la tristeza, una mezcla de emociones que me deja aturdida. Quiero gritar, enfrentarme a él, exigirle explicaciones. Pero, al mismo tiempo, me siento paralizada, incapaz de hacer nada.

Ya lejos, los observo desde la distancia, las siluetas de los dos hombres en medio de la oscuridad. Eric gesticula, habla con convicción, como si estuviera contando la mayor verdad del mundo. Siento asco. Asco de él, de mí misma por haber sido tan ingenua.

Poco a poco, voy comprendiendo. Él nunca me amó. Nunca quiso casarse conmigo.

Me siento utilizada, traicionada, humillada. ¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Cómo pude entregarme a él? El dolor es insoportable, desgarrador.

Pero esta vez no voy a actuar como la chica tonta a la que engañó.

Nunca más volveré a ser esa mujer.



CAPÍTULO 21

♫Tengo la cabeza a mil, sin bromas
No puedo obligarte a nada
¿Qué está pasando en esa hermosa mente?
Estoy pasando por tu mágico misterio
Y estoy tan confundido que no sé qué me ha golpeado
Pero voy a estar bien
All of me - John Legend

Mi hermano aún no ha conseguido entender que nada de lo que le dije era mentira.

Claro, porque para él es muy fácil fingir amar a alguien y salir ileso. Él logró no encariñarse con Eula, según él dice, pero no según lo que yo veo, y cree que yo intenté hacer lo mismo con Amanda.

— ¿Le contaste a Amanda sobre el plan del compromiso, hermano? Ahora mamá realmente podrá vivir su vida tranquila, sabiendo que nos vamos a casar. Aunque sea mentira.

Lo miro perplejo. Me froto la cara, midiendo las palabras para dejar claro de una vez por todas que Amanda es y siempre será mi única verdad, mi única certeza.

— Hermano, la amo. De verdad.

— Se nota que se quieren, sé que estás enamorado. ¿Pero casarte?

— ¿Cuál es el problema? Cuando se está seguro, no hay que posponer las decisiones importantes. Quiero casarme con ella. — Termino gesticulando, haciendo mi afirmación aún más incisiva.

Ryan levanta las cejas, pareciendo impactado por mis palabras, pero pronto se encoge de hombros.

— Bueno, pues enhorabuena. Pensaba que todo formaba parte del plan, como habíamos comentado en la joyería.

— Al principio, compré el anillo para que sí, tal vez se usara para un plan. Pero lo pensé bien y no soy fanático de las mentiras. Mentirle a mamá sobre el noviazgo ya fue demasiado, no quería mentir sobre un matrimonio.

Él asiente, balanceando el vaso de bebida en la mano.

— Lo siento. Realmente pensé que no querías casarte. Y te entiendo con respecto a las mentiras, yo fui el que más se resistió a ello. Pero parece que ahora también estoy metido en esto.

Afirma pensativo.

Sí, ese es el problema de mentir.

Empiezas sintiendo el peso y, con el tiempo, lo aceptas con naturalidad. Entonces, un día ya no sabes qué es mentira y qué es

verdad.

—Vamos, llevamos mucho tiempo fuera de la fiesta, deben estar preocupadas.

Volvemos y, en cuanto veo a mi prometida sentada al lado de Eula, mi corazón da un vuelco. Creo que nunca me cansaré de sentir estas locuras por estar enamorado. A medida que me acerco, observo su rostro demasiado serio, pensativo.

Ryan y yo llegamos a la mesa y, por fin, nos miran.

— El fotógrafo está esperando para hacer una foto familiar — avisa Eula.

— ¿Por qué no nos llamaron?

—Amanda fue, pero no los encontró.

Miro a Amanda, ella aún no me ha mirado. ¿Qué ha pasado?

— ¿Vamos, cariño? — Le tiendo la mano, ella asiente y pone la suya en la mía.

Caminamos en silencio hasta donde están mis padres y enseguida nos hacen las fotos. Pasamos demasiado tiempo en esa sesión de fotos, haciendo algunas con las niñas y otras sin ellas. Mamá sonríe orgullosa y posa feliz para todas ellas junto a su marido. Verla feliz me llena el pecho de alegría, pero en cuanto nos dan permiso, pienso en irme pronto a la mansión a preparar las maletas. Mucha gente se va el lunes, pero nosotros nos vamos esta noche.

Desgraciadamente, mi trabajo no me ha dado más días libres y Amanda tenía algunas cosas pendientes que resolver en la universidad.

— ¿Vamos a arreglar las cosas? Creo que la parte más importante de la boda ya pasó.

Ella sigue seria y me mira extrañada. Pero asiente y juntos caminamos hasta la mansión sin intercambiar una sola palabra.

No sé qué puede haber pasado, pero me gustaría tener el poder de entrar dentro de ella y quitarle cualquier sentimiento negativo que la esté molestando.

Se me hace un nudo en la garganta solo de imaginar a Amanda infeliz, triste.

Mi deseo es poder darle toda la alegría del mundo.

Cuando llegamos a la habitación, la curiosidad casi me supera. No quiero ser irrespetuoso con su espacio, pero desde que volví de la conversación con Ryan, ella no me mira a los ojos.

Algo malo ha pasado y es muy probable que el error haya sido mío.

—Cariño...

Le agarro la muñeca, que se dirigía a la mochila. Amanda se detiene y le digo:

— ¿He hecho algo? ¿Por qué no me miras a los ojos?

La veo respirar hondo, luego gira lentamente la cara y sus ojos recorren un trayecto de abajo hacia arriba, hasta conectarse con los míos.

— No ha sido nada —su mirada tiembla—. Es solo que no me encuentro bien. Creo que voy a quedarme tranquila hasta que me encuentre mejor.

Asiento y me acerco a ella, envolviendo su cuerpo en un abrazo que ella no corresponde.

— Si quieres, nos vamos mañana por la mañana, para que descanses un poco más.

Le beso la cabeza con cariño.

— No. —Me empuja, pareciendo desesperada—. Quiero irme pronto a casa. Por favor.

Asiento con el ceño fruncido, sin entender su actitud.

Voy a confiar en que no es nada, solo un malestar.

Pero por dentro, las voces que tanto he insistido en callar últimamente, comienzan a hablar:

«No eres suficiente».

«Ves, ni siquiera eres capaz de mantener una relación estable».

«Amanda no te quiere, nadie que se precie puede querer a un tipo como tú».

«No fuiste un buen novio. ¿Pensaste que le gustaría estar contigo?».

Me doy la vuelta y empiezo a organizar mis cosas, intentando decirme a mí mismo que todo está bien.

Cuando lleguemos a São Paulo, todo mejorará. Solo es un malestar pasajero.

Estamos bien. Vamos a estar bien.

***

Pero no fue así.

Salimos a medianoche, prácticamente a la misma hora en que mi madre y Joaquim se van de luna de miel, después de despedirnos de mis parientes y de mi hermano y su falsa novia, nos subimos al coche rumbo a nuestras vidas.

Intento entablar conversación de vez en cuando, pero Amanda duerme.

No sé si me está ignorando a propósito, aquí añado una sospecha: tal vez no le gustó que pasara la mayor parte de la boda lejos de ella.

Respiro hondo y concentro mi mirada en la carretera, con una dolorosa emoción extendiéndose por mi pecho.

«Está todo bien», me susurro a mí mismo. «Todo va a estar bien».

Paramos varias veces para repostar y, cuando menos lo esperamos, llegamos a São Paulo. Es por la mañana, casi las once, y Amanda está en su habitación durmiendo la siesta del viaje.

Aún no ha dicho ni una sola palabra.

Decido actuar como habíamos acordado desde el principio: con sinceridad.

En cuanto me detengo frente a su residencia, le toco el hombro.

—Cariño, hemos llegado.

Ella se despierta lentamente y se estira, hermosa como un osito.

Sus ojos parpadean y se frota las manos mientras bosteza.

— ¿Qué hora es?

Levanto mi reloj de pulsera para ver la hora exacta.

— Las once y cuarto. He pensado en recogerte más tarde para cenar juntos. ¿Qué te parece?

Necesito hablar con ella.

Tengo que entender qué está pasando en la cabecita de mi Mand.

Amanda niega con la cabeza y mira sus manos sobre el regazo.

— Estoy llena de cosas que hacer, Eric. Creo que hoy no nos veremos. — Levanta rápidamente los ojos hacia mí y luego los vuelve a desviar hacia sus manos. — Será bueno sentir un poco de nostalgia.

Se gira hacia atrás y coge la mochila del asiento trasero, antes de abrir la puerta y salir del coche.

— Mand. Espera.

Salgo del coche más rápido de lo que debería y corro hacia ella, viéndola cerrar la puerta del copiloto y pasarse la mano por el pelo, con expresión cansada.

Le toco los hombros, induciéndola a mirarme.

— ¿Qué he hecho? —Lo intento, pero no puedo evitar que la desesperación se refleje en mi voz—. He hecho algo. Te he hecho daño. Dímelo.

Amanda me mira fijamente durante un largo rato, más tiempo del que ha sido capaz de mirar desde que se volvió extraña. Entonces respira hondo y veo cómo las lágrimas comienzan a brotar en el rabillo de sus ojos.

Joder, la he cagado.

¿Pero qué?

— ¿Fue porque me alejé en la boda? Porque yo... — Me rasco la nuca tratando de imaginar cuál fue el motivo. — No sé, ¿hice algo mal? ¿No me di cuenta de que te hiciste las uñas? Por el amor de Dios, Amanda. ¡Di algo!

Ella suelta una risa débil y dolorida y baja la cabeza.

— No, Eric. Tú, como siempre, estuviste maravilloso. Perfecto —dice, y noto un toque de ironía en su voz.

Mi corazón quiere salirse del pecho.

¿Por qué parece que estamos rompiendo?

¿Qué dolor es este que se extiende por mi interior?

La abrazo, el miedo a que se aleje ruge desde dentro, lacerante, doloroso.

— Te quiero. Amanda, estoy loco por ti, por favor, no me dejes en la oscuridad.

Le digo mientras la aprieto contra mí, sintiéndola a kilómetros de distancia, incluso estando pegada a mi cuerpo.

— Ya hablaremos mejor. Solo necesito tiempo para lidiar con algunas cosas conmigo misma.

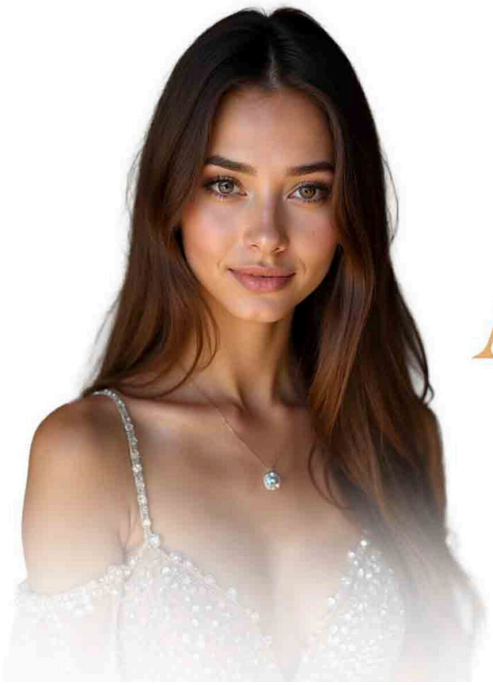
Ella se suelta cuando nos separamos del abrazo.

Asiento con la cabeza.

Quiero preguntarle: «¿Vas a dejarme?».

Pero me contengo. No quiero que se sienta obligada a quererme, a estar conmigo, si no quiere.

Veo a Amanda darse la vuelta y entrar en la casa sin mirar atrás, pero aun así levanto la mano para despedirme.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 22

♫Nadie dijo que sería fácil
Es una pena que nos separemos
Nadie dijo que sería fácil
Nadie dijo nunca
Que sería tan difícil
Oh, llévame de vuelta al principio♫

The Scientist – Coldplay

— ¿Cómo que ya no tengo mi cama?

Me enfado como nunca lo había hecho en todos estos años viviendo en esta mierda de residencia. ¡Estuve menos de diez días fuera y simplemente vendieron mi plaza!

Todas mis cosas las llevaron a la casa de Eric. ¿Con qué libertad me hicieron esto?

—Amanda, querida... —La dueña de la casa empieza a hablar, pero todo se me mezcla en la cabeza.

Sigo de pie, parada en medio de la habitación de las chicas, sin entender nada.

— Necesito mi cama. Necesito mi plaza. No tengo adónde ir.

Murmuro, atónita y confundida.

— Madeline dijo que tienes un amigo con el que te quedas los fines de semana. Le hemos entregado tus cosas a ese chico que lo conoce. — Chasquea los dedos y mira hacia arriba, como si intentara recordar. — Se llama Igor.

¡Joder, maldita sea!

Respiro hondo y cierro los ojos, conteniendo todo el odio que siento en ese momento. No soy de las que arman escándalos ni líos, pero esto ha sobrepasado todos los límites aceptables, incluso para la Madre Teresa de Calcuta.

— Vale. Si un solo alfiler de mis pertenencias ha sido roto, manipulado o lo que sea, todos vosotros me lo pagaréis caro.

Veo a Madeline, la chica que me ha hecho todo este daño, acercándose con expresión burlona.

— Vaya, ¿no es esta la buena de Mand enfadándose? — Cruza los brazos delante de mí y me mira con desdén, lo que hace que mi sangre hierva aún más. — Fuiste a tener una cita y perdiste tu lugar.

Se burla, como una niña de quinto grado.

Para no perder al principal acusado, salgo pisando fuerte de ese lugar.

Acabo de vivir la experiencia amorosa más traumática de toda mi vida y simplemente he perdido mi casa.

Me detengo en la acera, pensando en cómo voy a resolver este problema.

No puedo pedirle ayuda a Eric. No puedo.

—Vamos, Amanda. ¿Cuánto te queda en la cuenta?

Me digo a mí misma y saco el móvil del bolsillo para comprobar mi cuenta bancaria.

380,00 reales.

Genial.

Da para pagar una noche en una posada mientras no encuentro una habitación libre en alguna residencia cercana.

Qué rabia... ¡Qué rabia!

Cierro los ojos y siento cómo toda la furia se va desvaneciendo poco a poco, y con el cuerpo enfriándose, llega el impacto emocional. Apenas me doy cuenta cuando las lágrimas caen sin control.

Empiezo a llorar, desesperada, en medio de la calle, sin saber qué hacer.

¿Es que no merezco ser feliz en absolutamente nada en esta vida?

Dicen que las personas con suerte en el amor tienen mala suerte en el juego. Debo ser una rara excepción a esta regla, porque la mala suerte está en absolutamente todo lo que toco, ¡mierda!

Entonces, como si el destino se compadeciera de mí, oigo una voz.

—¿Amanda?

Giro la cabeza y el alivio me invade de inmediato.

— ¿Bruno?

***

— Mira, es pequeño, pero puedes quedarte hasta que encuentres algo mejor.

Le expliqué mi situación, porque no podía dejarlo sin una explicación, ya que me había encontrado llorando desesperadamente.

De inmediato, me dijo que tenía un ático en su casa. Vive con su hermana mayor, y eso me tranquilizó.

Al menos no estaría sola con un hombre en la misma casa.

Acepté, no porque quisiera, sino porque lo necesitaba.

En momentos como este, mi orgullo se va al traste.

— Está muy bien. Muchas gracias, Bruno. De verdad.

É la cabeza y aprieta los labios, como si pensara en decir algo más.

— Eh... Perdona por abusar, pero...

Con la mano aún en el pomo de la puerta de la pequeña habitación, me mira con duda en la mirada.

— ¿Tu amigo sabe de esta situación?

Exhalo el aire de mis pulmones.

Claro que él y cualquier persona del mundo pensarían en Eric. Solo me veían con él todo el tiempo.

Niego con la cabeza.

— Si puedes dejarlo entre nosotros...

Se lo pido y él accede, saliendo de la habitación.

Sí, Amanda. Parece que la vida te ha dado un golpe bajo, ¿verdad?

Organizo mis pertenencias de la mochila en la pequeña cómoda de la habitación y me siento en la cama, relajando por fin el cuerpo. Pronto, todos los días que viví con Eric en Campos me vienen a la mente, para atormentarme y decirme lo idiota que fui.

Cada mirada, cada caricia, los besos... Todo parecía tan real.

Aprieto la tela de la blusa que llevo puesta, sintiendo tanta rabia hacia mí misma.

— Menos mal que no le di mi virginidad a ese idiota.

Pero cuando digo eso... Recuerdo las otras cosas que hicimos y, mierda, empiezo a arder de nostalgia.

Te odio por hacerme sentir estas cosas, Eric. ¡Te odio!

Me tumbo en la cama, me pongo la almohada sobre la cabeza y grito tan fuerte como puedo para intentar liberarme de esta angustiosa sensación.

¿Por qué?

¿Por qué yo?

¿Y ahora cómo voy a ir a recoger mis cosas con él?

No tengo ni idea, pero por hoy solo necesito sobrevivir.

***

Al día siguiente, voy a clase temprano y, cuando abro la pantalla de notificaciones del móvil, hay varios mensajes de mi ex mejor amigo y falso novio.

Eric: ¿Cómo te sientes hoy?

Eric: ¿Podemos almorzar juntos? Quiero hablar contigo.

Eric: Amor, estoy empezando a preocuparme.

Eric: Bueno, preocupado no. Desesperado.

Eric: No he dormido en toda la noche. Necesito saber qué está pasando.

No respondo a ninguno de ellos, pero veo uno de un número desconocido.

Número desconocido: ¡Hola, Amanda! Guarda mi número, soy Eula. Ahora soy una ciudadana debidamente comunicativa.

Sonrío, sintiendo alegría al ver este mensaje, y respondo enseguida:

Amanda: ¡Guardado! ¡Vaya, acabo de llegar ayer y ya te echo mucho de menos! Más tarde hablamos, ahora voy a la universidad y después tengo prácticas.

Necesitaba hablar con alguien, tal vez ella me ayudaría a lidiar mejor con esta situación.

Solo tenía que ser cautelosa porque ahora ella iba a trabajar con Ryan en la constructora, así que tal vez no sea bueno que le hable de su hermano. Salgo de la casa de Bruno sin él, porque me da vergüenza aceptar que me lleve. Ya ha hecho mucho por mí y hoy todavía tengo que buscar lugares que alquilen camas para chicas.

El día transcurre tranquilo y, aunque siento el corazón destrozado y echo mucho de menos a Eric, estoy bien. Necesito desintoxicarme de él para poder pensar con claridad. Estar con él las veinticuatro horas del día me ha hecho mucho daño, me ha desequilibrado, me ha hecho perder la razón.

Por la noche, nada más llegar a casa de Bruno, reviso mis mensajes.

Eric: Amanda, estoy realmente preocupado. Si no me respondes, iré a buscarte para que podamos hablar.

Ah, claro. ¡Como si pudiera encontrarme!

Apago el móvil y, después de darme una ducha, me acuesto en la cama y dejo que los pensamientos sobre todo lo que hemos vivido estos últimos días invadan mi mente. Suspiro, admirando el anillo que hasta ahora no he podido quitarme del dedo anular.

— Solo quería que hubiera sido real para ti, mi nerd favorito. — Y dicho esto, mis ojos comienzan a arder. — Maldita sea, Amanda Rocha, no llores...

Pero no sirve de nada, porque lloro.

Lloro mucho, finalmente me siento libre para sacar todo el dolor que he estado sintiendo durante estos días.

Abrazo la almohada y me acuesto de lado en posición fetal sobre la cama. El llanto desconsolado encuentra una salida, la amargura de haberme enamorado de alguien que solo quería jugar conmigo me late, me golpea por dentro.

Las lágrimas siguen cayendo, calientes e implacables, mientras los recuerdos invaden mi mente, crueles y vívidos. En mi memoria viene cada caricia, cada beso, cada palabra susurrada al oído. «Amor», me llamaba, con una voz que parecía rebosar sinceridad. «Mi preciosa», decía, mientras me abrazaba con fuerza, como si nunca más quisiera soltarme.

Las noches en las que nos entregábamos el uno al otro, la forma en que me tocaba, nuestras almas en sintonía. Su manera de adorarme me hacía creer que era la única mujer del mundo. Parecía

tan entregado, tan presente, tan apasionado. ¿Cómo pude estar tan ciega?

La propuesta de matrimonio... el anillo que ahora pesa como un ancla en mi dedo. La forma en que se arrodilló, con los ojos brillantes, la voz embargada por la emoción. «¿Quieres casarte conmigo?». Y yo, tonta, lo creí. Creí cada palabra, cada gesto, cada mirada.

No sé si tendré el valor de enfrentarme a él para aclarar esto.

No quiero pasar por la vergüenza de escuchar lo que escuché dos veces.

Después de tanto llorar, recuerdo exponer todo esto en mi única forma de desahogarme.

Las cartas. Escribiré una carta.

Me levanto de la cama y cojo mi mochila, que está a mi lado, en esa habitación pequeña y oscura. Escribir me ayudará a ordenar mis ideas.

Abro el cuaderno y el bolígrafo se desliza sobre el papel, rayando todas las emociones que me desbordan, entonces recuerdo:

— Dios mío. Mis cosas están en casa de Eric. — Lo peor me golpea a continuación. — ¡Mis cartas!

Con el corazón latiendo a toda velocidad, me quedo de pie, sin saber muy bien qué hacer ahora. Si Eric ha visto mis cosas allí, puede que las haya revisado y haya visto las cartas.

Peor aún... Si las lee...

No solo sabrá que logró engañar a su amiga una vez, sino que me ha mantenido cautiva durante seis años.

Oh, no...



CAPÍTULO 23

♫Porque no habrá luz del sol
Si te pierdo, querida
No habrá cielo despejado
Si te pierdo, querida
Al igual que las nubes
Mis ojos harán lo mismo
Si te alejas, todos los días lloverá
Lloverá, lloverá... ♫

It Will Rain - Bruno Mars

Pasé mi lunes sumido en un caos total.

En cuanto dejé a Amanda en la residencia, le avisé a Igor que estaba llegando a casa y, gracias a Dios, él cuidó muy bien de mi rincón.

— Hermano, no dejé que se echara nada en tu nevera y también la limpié. Esta vez, trabajé tanto que ni siquiera pude disfrutar un poco.

Me entregó la llave en cuanto llegué y enseguida le di las gracias y le envié el dinero que habíamos acordado. No me gustaba dejar la casa vacía durante mucho tiempo.

— Gracias.

— ¿Y Amandinha? ¿No vino?

Me di la vuelta, ya casi cerrando la puerta del apartamento, pero cuando escuché su pregunta, un escalofrío me recorrió la espalda.

— Está en la residencia.

Frunció el ceño y pareció extrañar mi respuesta, pero solo se encogió de hombros y se fue.

Después de eso, me pasé todo el tiempo dándole vueltas a las últimas horas, desde la boda de mi madre hasta el momento en que la dejé en la residencia.

Buscando dónde había estado mi error.

Qué había hecho.

Pasé por el trabajo, avisé de mi llegada y ajusté algunas cosas de la agenda semanal. Por la noche, intenté contactar con Amanda en vano y el martes, lo mismo.

Solo ahora, a la hora de dormir, de tanta agonía, empiezo a limpiar mi casa.

Necesito ocupar mi mente para no volverme loca.

Me miro en el amplio espejo del baño y respiro hondo.

«Solo quiere tiempo para pensar. No te está rechazando», me digo a mí mismo.

Pero el miedo al rechazo ya me está consumiendo. El dolor que sentí a los dieciocho años, cuando descubrí que ese momento íntimo que debería haber sido maravilloso formaba parte de un plan ridículo. Ella jugó con mis sentimientos, luego me rechazó y me hizo alimentarme de odio a lo largo de los años.

Sé que Amanda no haría lo mismo, ella no jugaría conmigo. Somos amigos, la conozco bien y desde hace tiempo suficiente como para dar la cara por su carácter.

Pero aún así, en mi interior, en lo más profundo, como cuchillas afiladas, algo me está desgarrando poco a poco, dejándome sin aire, sin aliento.

Miedo a que todo el trabajo que he hecho a lo largo de los años para consolidar mi autoestima se vaya al traste.

Mirándome al espejo, ya ni siquiera me encuentro tan guapo. No para ella.

Ella se merece sin duda a alguien mejor.

Pero soy yo quien la ama con toda mi alma, así que me esfuerzo por lidiar con los mensajes autodestructivos y me dirijo a la habitación de invitados con mi aspiradora en las manos.

— Vamos, Eric. Ahora vas a pasar vergüenza y limpiar tu casa.

Abro la puerta y me encuentro con algo diferente en la esquina de la habitación.

— ¿Qué es eso?

Me acerco y veo que son bolsas y cajas. ¿Pero quién ha dejado esto aquí?

Dejo la aspiradora en un rincón y abro las cajas, viendo que son cosas bonitas, papeles, bolígrafos, Post-its, llaveros de colores.

Entonces, la realidad me golpea.

Son de Amanda.

A ella le encantan estas cosas. Cojo los papeles de carta, están intactos, empaquetados como si fueran una colección. Las bolígrafos, cada uno con una función. Neón, purpurina, metalizados, de varios colores. Pegatinas, clips, sobres.

Sonrío, contemplando cada pedacito de la mujer que amo reflejado en esta cajita.

Guardo todo y lo llevo al salón, caja por caja, bolsa por bolsa, sin parecer entrometido y curioso. Tengo que limpiar la habitación antes de organizar todo esto allí y luego voy a ver con ella qué ha pasado. Quizás ha ocurrido algo y ella ha pedido que dejen sus cosas aquí con Igor, solo que se ha olvidado de avisarme.

Pero cuando cojo la última caja, más plana y ancha, se me escapa de las manos en el salón y se abre, esparciendo varias hojas de cuaderno escritas con su letra.

Hay muchas hojas.

Muchas, muchas.

— Ay, maldición.

Me agacho y evito leer el contenido, solo pongo una hoja sobre otra e intento...

— Once de febrero de dos mil diecinueve. — Sostengo una hoja en concreto en la que esa fecha está escrita en letras grandes, rodeada de corazones. — Es el día en que nos conocimos.

Miro al techo, inhalando una buena dosis de aire, pensando si puedo leerlo o no.

Por supuesto que no puedo, pero...

— Ay, mierda. Las hojas se han caído, era casi inevitable no leerlo...

Me siento a la mesa del comedor y comienzo mi tortura emocional, después de todo, saber cuánto me rechaza desde el día en que nos conocimos no es precisamente un consuelo para mi corazón destrozado.

«Hola, Amanda del futuro.

Dentro de diez años, quizá esta carta siga siendo especial. Sé que solo hablamos en Nochevieja, pero hoy necesitaba escribirte algo.

Aguanta.

¡Hoy has conocido al amor de tu vida!

Ah, ¿cómo estoy tan seguro? No lo sé, ¡simplemente lo estoy!

Todos los síntomas que aparecen en las películas románticas se han cumplido.

Escalofríos en la espalda.

Nudo en el estómago.

Falta de aire.

No puedo hablar cerca de él.

Siento que me arden las mejillas.

Las palmas de las manos me sudan.

Mi corazón quiere salirse del pecho.

¡Es amor, solo puede ser amor!

Fue tan perfecto, me ayudó a librarme de la mayor vergüenza de la vida académica de una estudiante de primer año. Gracias a él, no me tomaron el pelo y hoy tengo un lugar especial en mi clase. La gente me respeta.

Voy a decir su nombre, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

Sé que él nunca me miraría. ¡Es tan guapo, tan valiente y fuerte!

Se llama Eric Almeida.

Espero que, cuando abran esta carta, en 2029, al menos sean amigos.

Mis manos tiemblan al sostener el papel y apenas noto cuando una lágrima mancha la hoja y acaba borrando la letra escrita con bolígrafo.

Rápidamente guardo la carta en la caja y cojo otra, 31/12/2022.

«¡Hola, Amanda del futuro!

Este año no ha sido tan bueno como esperaba.

Mi madre ha decidido oficialmente rechazarme como hija. Incluso me ha prohibido las llamadas esporádicas que le hacía, solo para decirle cómo estaba.

Me dijo que ella estaba viviendo su vida y que yo debía vivir la mía.

Que ya no teníamos nada que ver la una con la otra.

Así que eso es todo, Amanda de 2032, ya no tenemos familia.

Espero que tú, en el futuro, sí la tengas. Quizás un marido, hijos. Un matrimonio feliz.

No quería llorar en este fin de año, pero el dolor de ser rechazada es tan fuerte que parece que me voy a morir.

Menos mal que tengo a Eric.

Ah, él es lo bueno de mis días, siempre tan alegre, divertido y lleno de manías. Nuestra amistad es perfecta y no... todavía no le he dicho que estoy enamorada de él.

Sé que debería.

Sé que podría ser bueno, pero tengo tanto miedo de perder su amistad.

Si tengo que quedarme sin nadie en el mundo, al menos que tenga su amistad. Para mí es suficiente, y sí, me conformo con migajas.

Nunca me ha dicho que soy atractiva, a veces incluso se burla de mí o dice cosas que me duelen, pero sé que en el fondo está siendo cuidadoso conmigo.

Tener la edad que tengo y no haber dado un beso decente es realmente preocupante.

Eric se asegura de que los chicos que se acercan a mí sepan que él está ahí para protegerme y eso hace que lo quiera aún más.

¿Tiene sentido?

Bueno... Quizás algún día deje de amarlo.

Pero algo me dice que no.

Ni aunque la lluvia fría me empape en una noche de otoño.

Ni aunque corra tanto que me falte el aire.

Ni aunque lo niegue, suplique a mi corazón.

Este amor no se va.

Nunca se irá.

Feliz 2023, espero que sea un buen año».

Se me hace un nudo en la garganta, las lágrimas brotan sin control y me doy cuenta de lo idiota que he sido todos estos años. Recuerdo nuestros momentos, su forma de cuidarme, de estar siempre a mi lado.

La única en la que confío para aplicarme mis vitaminas, la única que se queda conmigo en una noche de juegos, la única que ve las películas frikis que me encantan.

La que se interesa por saber lo que me gusta, lo que deseo.

Ella siempre me ha querido, me ha dado su amor.

Yo fui un idiota egoísta que no veía lo que tenía delante de mis narices.

Ahora estoy aquí obsesionado, locamente enamorado de ella y... Ella está distante.

Claro, tiene seis malditos años como motivo para no quererme.

De repente, siento que algo crece dentro de mí.

Necesito hablar con ella ahora mismo.

Necesito dejar las cosas claras, pedirle, suplicarle que me perdone, aunque no sé qué he hecho.

Quizás ella no esté segura de mi amor, pensando que lo que vivimos no fue real. Necesito aclararle que mis sentimientos son genuinos.

Aunque sé que no la merezco.

Joder, no la merezco.

Ella es más de lo que yo jamás mereceré.

Me levanto y recojo las cartas, releyendo mentalmente el final de la última carta que leí. Donde ella habla del amor que siente por mí.

Necesito encontrarla.

Me acerco a la ventana y siento el viento frío golpeándome. Busco un abrigo en el armario y salgo corriendo, sin pensar en nada. Solo cierro el apartamento y bajo, sin siquiera llevarme las llaves del coche.

La residencia donde vive no está lejos, está a unas pocas cuadras de aquí. Puedo ir andando, corriendo. Me vendrá bien correr para ordenar mis ideas.

En cuanto siento el viento frío tocar mi cara, un rayo cruza, a lo lejos, el horizonte.

Corro.

Quizás no haya mucho tiempo antes de que caiga una lluvia intensa.

A cada paso, cada vez más rápido, ella viene a mi mente. Necesito tener fuerzas para luchar por ella. Por mucho que no la merezca, la amo. Haré todo lo posible por merecerla.

Usaré todas mis fuerzas, todo lo que pueda, para que ella sea feliz.
Su felicidad será mi mayor misión en esta Tierra.

De hecho, ya es mi mayor objetivo.

Se convirtió en eso en el instante en que apareció en mi vida, aquel extraño día, con su carita llena de miedo, enfrentada a unos veteranos idiotas. Ella, tan pequeña y frágil, encogida en un banco exterior de la facultad.

Allí, ella brilló para mí.

Allí se convirtió en mi objetivo en la vida. Mi propósito.

Doblo las calles, jadeando y sudando. Todavía queda mucho. Maldita sea, ¿por qué no llega ya?

Continúo mi camino por las aceras iluminadas, con pocas personas en la calle. Ya es tarde por la noche y otro rayo cruza el cielo.

Hasta que doblo la esquina y veo a alguien corriendo hacia mí.

Cuanto más rápido corro, más se acerca la imagen de la persona y... ¿Es ella?

Amanda viene jadeando, con pantalones de chándal y camiseta sin mangas. Su rostro parece desesperado, hasta que me ve y se detiene.

Su boca busca aire, jadeando. Su pecho sube y baja y sus manos se apoyan en las rodillas.

Está agotada. Llego hasta donde está y lo primero que hago es quitarme la chaqueta y cubrirla. No quiero que se ponga enferma.

— ¿A dónde vas? He venido a buscarte.

Se lo explico y ella se pone el abrigo, mirando sus pies.

— Mis cosas... Han llevado mis cosas a tu casa.

Le toco la barbilla con todo el amor del mundo y ella levanta la mirada, conectando con la mía. Aunque está sudada, jadeando y parece triste, es preciosa.

— Todo fue real para mí, Amanda. Necesito dejar eso claro.

Ella frunce el ceño y se aprieta el abrigo contra el cuerpo, cruzando los brazos a continuación. Me acerco más, sujetándole los hombros.

— No sé qué pasó para que te alejaras de mí, pero quería dejar esto muy claro. Puedes rechazarme si quieres. ¿Puedes decirme que no soy lo suficientemente bueno para ti o que no merezco tu amor? Pero nunca pienses que no fue real. Porque lo fue.

Cuando digo eso, ella me mira de nuevo y, incluso con la tenue luz de la farola, puedo ver las lágrimas acumuladas en sus ojos.

Te hice sufrir mucho, ¿verdad?

Perdóname...

— Perdóname. Por favor —le digo con toda mi sinceridad, con la voz ya a punto de quebrarse, pero me mantengo firme—. — Perdóname por no ver tu amor. Por ser un idiota inútil que no sabía identificar las emociones. Tú eres la única que ha hecho que mi corazón funcione sin fallos. Mi corazón es tuyo, Amanda. Desde el día en que la chica tímida estaba sentada en el banco de la universidad, necesitando ayuda. Desde el once de febrero de dos mil diecinueve, te amo.

Sus ojos buscan rastros en mi rostro, buscando inconsistencias en lo que digo. Pero en mí solo hay amor.

Solo eso.

Veo una fina lágrima caer de sus ojos y siento la necesidad de secarla. Amanda cierra los ojos, con los brazos aún cruzados, y solloza antes de llorar desesperadamente.

Entonces llueve.

La envuelvo en mi cálido abrazo, listo para ella, siempre disponible para ella. Su aroma floral me envuelve, deseo cuidarla como nunca antes lo había deseado. Ella grita, como si sintiera dolor, y yo no puedo controlar las lágrimas que laten dentro de mí, pidiendo salir.

Los dos lloramos.

Como dos almas solitarias, con miedo al rechazo, con miedo al desamor.

Lloramos y lloramos.

Y nos empapamos con la lluvia.

Hasta que ella se libera lentamente de mi abrazo y me mira, con sus ojitos contritos, necesitados de afecto.

Amanda no dice nada, solo me mira y yo consigo, por primera vez sin dificultad alguna, entender lo que dice.

«Por favor, no me rompas el corazón otra vez».

«Te lo prometo», susurro, acariciándole suavemente la cara y acercando mi rostro al suyo. «Quizás me equivoque. Por desgracia,

no soy bueno en todo».

Le digo, y ella esboza una breve sonrisa. Entonces, continúo.

— Sí, voy a equivocarme... Pero, Mand. — Sostengo su pequeño y dulce rostro con mis dos manos y la hago mirarme a los ojos, nuestras narices se tocan. — Te voy a amar. Ah, Amanda Rocha, puedes estar segura de que te voy a amar.

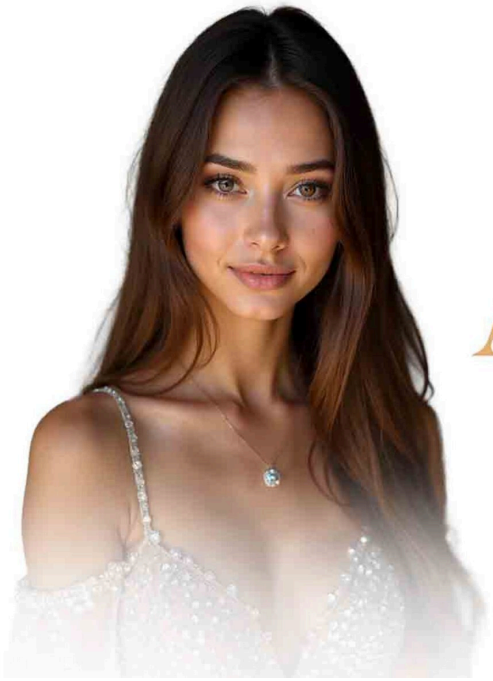
Ella aprieta los labios y más lágrimas brotan de sus hermosos ojitos, mezclándose con las gotas de lluvia que caen con más intensidad sobre nosotros.

Entonces recito, con todo mi corazón y toda mi alma, con voz ronca e intensa:

— Ni aunque la fría lluvia me empape en una noche de otoño. Ni aunque corra tanto que me falte el aire. Ni aunque lo niegue, suplique a mi corazón. Este amor no se va.

—Nunca se irá—, añade ella, sumida en lágrimas, y me besa.

Y entonces, bajo la lluvia torrencial, nos entregamos el uno al otro en un beso apasionado, desesperado, como si pudiéramos fusionar nuestras almas en una sola. La tormenta ruge afuera, pero dentro de nosotros, la paz finalmente encuentra su lugar.



AMANDA
Rocha

CAPÍTULO 24

♫Cuando te sientes tan cansado, pero no puedes dormir
Atrapado en marcha atrás
Y las lágrimas corren por tu rostro
Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar
Cuando amas a alguien, pero eso se echa a perder
¿Podría ser peor?♫
Fix You – Coldplay

Alguien me dijo una vez que el significado de mi nombre es: digna de ser amada.

Desde entonces, intento comprender qué hacer para que eso suceda. Como no me sentía amada, nunca pensé que realmente fuera la prioridad en la vida de alguien.

Desde que nací, mi padre no me amó, hasta el punto de marcharse y dejarme con mi madre.

Mi madre no me quería, hasta el punto de cuidar de mí por obligación y deshacerse de mí cuando vio que iba a la universidad.

Mis amigos nunca me quisieron, ni siquiera conseguía tener amigos de verdad en ningún sitio al que tuviera que ir.

Entonces, finalmente, comencé una amistad sincera y buena.

Y me enamoré.

Y me sentí... acogida, cuidada, pero nunca amada.

Hasta que llegó el viaje a la boda de la señora Patrícia y, con ese viaje, un torbellino de emociones que chocaban como una mezcla mágica, en la que no se sabía qué iba a pasar.

Hasta que el día en que se arrodilló frente a mí...

No le pidió la mano a Amanda, de 26 años, en matrimonio.

Le pedía la mano a la niña de 5 años, abandonada por su padre.

La adolescente de 19 años, rechazada por su madre.

La joven de 20 años, dispuesta a sentir un amor no correspondido por su mejor amigo.

Éramos todas nosotras, todas las Amandas heridas, rechazadas y maltratadas, siendo curadas con una simple petición.

Y entonces, el jarro de agua fría.

Los dos días enteros que pasé sin mirar a Eric a los ojos solo sirvieron para dejar mi autoestima aún más destrozada. Rota. Inerte.

Todavía necesitaba encontrar un lugar decente para vivir, mantener mi puesto en las prácticas sin muchas complicaciones y lidiar con una rutina readaptada a mi realidad actual y común: la de no ser amada.

Así que, cuando recordé que él podía leer mis cartas, mi única reacción fue salir corriendo.

Tenía que ser rápida.

No puede destrozarme aún más.

No puede tener aún más poder sobre mí...

Entonces aparece, desesperado, jadeando, sufriendo, con los ojos muy abiertos y claras ojeras bajo ellos. Sus palabras, su mirada, incluso su respiración... Todo está gritando ahora.

Cuando menos lo espero, llueve.

Eric abre la boca una vez más, con urgencia en su voz, su pecho subiendo y bajando rápidamente en busca de aire. Sus manos tiemblan al tocarme.

No tengo fuerzas para pedirle, para rogarle que no me vuelva a romper. No sé si lo soportaría.

Entonces, ocurre lo inesperado:

— Lo prometo —susurra ronco, tocándome y acercando su rostro al mío—. Quizás me equivoque. Por desgracia, no soy bueno en todo.

Como si supiera leer mis ojos, dice exactamente lo que le pido y consigo levantar la comisura de los labios, perpleja y... feliz.

— Sí, voy a equivocarme... Pero, Mand. — Se acerca más y me envuelve su perfume amaderado con un toque de frescura bajo la lluvia. Nuestras narices se rozan. — Te voy a amar. Ah, Amanda Rocha, puedes estar segura de que te voy a amar.

Como nunca antes, en seis años, en todas las veces que se me declaró la semana pasada... Por fin lo siento.

Me siento amada. De una manera sobrenatural, algo envuelve mi interior, extendiéndose y expulsando todo lo que me angustiaba. Siento las lágrimas brotar, mezclándose con las gotas de lluvia que se intensifican sobre nosotros.

Entonces, como la guinda del pastel, él dice:

— Ni aunque la fría lluvia me empape en una noche de otoño. Ni aunque corra tanto que me falte el aire. Ni aunque lo niegue, suplique a mi corazón. Este amor no se va.

Es mi pequeño verso de una de mis cartas. Darme cuenta de esto me impacta con una intensidad desconocida. Sin más abismos entre él y yo, completamente sumergida en mis propias lágrimas:

— Él nunca se irá. — Uno nuestros labios y eso es suficiente para que comprenda, de una vez por todas, que mi hogar es él.

Siempre lo será.

***

Llegamos a su apartamento con la ropa completamente mojada y yo, incluso debajo de su abrigo, tiemblo. Necesito entrar en calor.

—Ven —Eric cierra la puerta del apartamento y tira las llaves a un rincón antes de cogerme en brazos—. Voy a llenar la bañera con agua caliente para ti.

Dejo que me lleve, como si pesara una pluma, y tan pronto como llegamos al baño de la suite de su habitación, me sienta en el lavabo de mármol antes de encender todo lo necesario.

Aún retraída, sin saber muy bien cómo actuar, observo su destreza al ir de un lado a otro, separando una toalla, un albornoz, jabón, productos para el cabello. Lo pone todo a mi disposición, junto a la bañera.

Su piel se ve bajo la tela de la camisa blanca mojada y lo extraño.

Echo de menos tocar su cuerpo, sentir las olas de sus músculos definidos en el abdomen.

Jadeo.

Él, que antes estaba agachado colocando algunos artículos junto a la bañera, se gira rápidamente y me mira con expresión preocupada.

— ¿Te encuentras bien? — Frunce el ceño, con tono de voz urgente.

Asiento con la cabeza.

Eric se acerca y, como si simplemente hubiera olvidado toda la razón por la que estuve dos días separada de él, me pregunto si sería apropiado pedirle que se quitara la ropa.

— ¡Dios mío, tienes fiebre, Amanda! —casi grita, con las manos sobre mi frente y mi cuello—. Joder, voy a buscar una

medicina.

Se aleja y, antes de salir del baño, vuelve a la bañera y la llena de agua caliente.

— Ahora tiene que estar fría. Maldita sea. —Ajusta el agua y sale corriendo.

Vale.

Quizás mi deseo de verlo desnudo sea una alucinación causada por la fiebre.

En unos instantes, mi novio vuelve con un termómetro en una mano y un antitérmico en la otra.

«Vamos a ver cómo está tu fiebre, mi princesa», murmura, colocándome el termómetro bajo el brazo, después de quitarme la ropa y dejarme solo con el sujetador.

Mis ojos vuelven a recorrer su cuerpo. Tiene el pecho marcado, siente frío, está tiritando...

—39,8 °C. ¡Arde!

Eric empieza a quitarme toda la ropa y me siento un poco extraña. Débil. ¿Va a hacer lo que hizo la semana pasada? ¿Por qué me está dejando desnuda?

Con una urgencia casi impaciente, me coge en brazos y me sumerge lentamente en el agua tibia. Luego me da la medicina para que la tome.

— ¡Ay, está helada! —Gimo, haciendo pucheros como un bebé.

— Es para que te baje la fiebre rápido, amor de mi vida. —Me acaricia la cara desde fuera de la bañera, mientras yo sigo sentada dentro—. Si quieres, me meto para que te sientas mejor.

Lo miro y giro la cabeza hacia un lado, confundida.

— ¿Podemos hacer cositas cuando tenemos fiebre?

Él, antes serio y concentrado en mi salud, se da cuenta del contenido de mi pregunta y de repente se ríe, dejando la marca de sus labios prominentes. Me encanta esa sonrisa suya.

Es tan bonito...

Él es todo hermoso. Y todo mío, solo mío.

Aún divirtiéndose con lo que dije, se levanta, se desnuda poco a poco hasta quedar desnudo y se mete en la bañera helada. Su cuerpo se acomoda detrás del mío y entonces me relajo, sintiendo su pecho en mi espalda y sus brazos en mi cintura.

— Creo que por ahora vamos a ocuparnos de este calor, y luego apagaremos otro fuego. ¿Qué te parece?

Me besa la sien y yo asiento con los ojos cerrados, sumergida en el agua, esperando el momento ideal para salir. Todos los rituales de la medicina se evaporan de mi cabeza, solo cierro los ojos y dejo que me cuiden.

Ser amada.

No recuerdo cuánto tiempo pasa, porque siento que me he quedado dormida, pero cuando me despierto, ya estoy en la cama, envuelta en un edredón grueso, con la cabeza apoyada en una almohada mullida.

Las luces principales están apagadas y solo una lámpara de mesa ilumina un rincón de la habitación. Respiro hondo, sintiéndome mucho mejor que antes. Recapitulo lo que ha pasado desde que llegué y me doy cuenta de que he alucinado un poco. Me libero del edredón y salgo de la cama, viendo que estoy desnuda. Veo sobre una silla cerca de la cama un cambio de ropa mío, es un pijama. Me acerco y me visto, sabiendo que ha sido él quien lo ha hecho por mí.

¿Dónde está?

Me pongo las zapatillas que estaban al pie de la cama y salgo arrastrando los pies, abrazándome a mí misma, fuera de la habitación para buscar a Eric. No tardo en encontrarlo, en la cocina, preparando algo delicioso y muy apetitoso para comer.

— Creo que me siento mejor.

Aparezco en su campo de visión y él sonríe al verme.

— Has dormido tres horas, son casi las dos de la madrugada —me dice y luego me señala la sartén—. Ven, estoy preparando una crepioca de pollo con queso crema para ti. El pollo está fresquito, acabo de sazonarlo, desmenuzarlo y dorarlo, justo como te gusta.

Sonrío y mi estómago reacciona como si fuera otra persona dentro de mí. El ruido que hace mi barriga pone a Eric en alerta.

Me acerco a él y lo abrazo por detrás.

— Gracias por cuidar de mí.

No podía dejar de darle las gracias, forma parte de mí estar siempre agradecida por todo.

Apaga el fuego, con la pequeña masa ya lista, y la pone en un plato. Luego se da la vuelta y me acaricia la cabeza, deslizando sus

grandes manos por mi cara y luego por mis hombros.

— Voy a cuidar de ti para siempre. Será mejor que te acostumbres.

Asiento con la cabeza y luego caminamos hasta la mesa del comedor, que está en la sala. Nos sentamos uno al lado del otro y él me sirve, como el buen caballero que es. Nos quedamos unos minutos inmersos mientras disfrutamos de la comida y, en un momento dado, él suelta:

—Quizás no sea un buen momento... —comienza a decir, con voz aprensiva y mirada temerosa en mi dirección—. Pero me gustaría mucho saber por qué te alejaste de mí.

Observo la sinceridad en sus ojos y suspiro, dejando escapar las emociones conflictivas en el aire que exhalo.

— Escuché lo que le dijiste a tu hermano en la boda. Sobre que nuestro compromiso no era real.

Lo confieso, y él frunce el ceño y luego mira hacia arriba, tratando de recordar.

— Yo no le dije eso.

—Me preguntó si tú ya me lo habías contado.

Se lo cuento y me llevo un trozo de crepioca a la boca.

— ¿Y escuchaste lo que le respondí?

Eh, pues...

Niego con la cabeza.

— Pues te lo voy a decir yo. — Eric respira hondo y, utilizando su infalible memoria, reproduce las palabras exactas, como si realmente recordara cada una de ellas. — Hermano, la amo. De verdad. Entonces Ryan me preguntó si realmente quería casarme y dejó claro que estaba bien estar enamorado, pero que casarse era diferente. Le dije: ¿Cuál es el problema? Cuando estás seguro, no hay por qué posponer las decisiones importantes. Quiero casarme con ella.

Mi boca se abre a mitad de la revelación, entonces un golpe me atraviesa el corazón, dejándome totalmente sin palabras.

— Entonces, ¿no era... mentira? —pregunto en voz baja, retraído.

Eric deja caer los cubiertos sobre el plato ya vacío y se lleva las manos a la cabeza, apoyando los codos sobre la mesa.

—Nunca lo fue. Y no puedo creer que casi te pierda por una mierda que dijo Ryan.

Me encogí, mirando el plato sobre la mesa.

— Estaba insegura, no sabía qué pensar...

— Amor —me interrumpe y extiende la mano para que le dé la mía—. No fue culpa tuya, está todo bien. Ya lo hemos solucionado.

Cuando pongo mi mano sobre la suya, observa el anillo que no me atreví a quitarme.

— Nuestra alianza es real. Nunca se romperá. Te lo prometo.

Me coge la mano y besa el anillo, haciéndome estremecer.

— Cuando llegué, pasó algo inesperado. Me echaron de la residencia y le entregaron mis cosas a Igor. Por lo que parece, ya lo has visto.

Le informo, con un tono de voz más tranquilo que en la tensa conversación sobre nuestra ruptura.

Eric levanta las dos manos en señal de defensa.

— Te juro que no quería fisgonear. Fui a limpiar la habitación y se cayó la caja.

— ¿Limpiar? — Frunzo el ceño, incrédula—. Tú no limpias.

Él resopla y se frota el pelo, algo inquieto.

— ¿Ves? No soy de limpiar, pero cuando lo hice, ¡pasó esto! Pero solo leí dos cartas, ya guardé todo.

Sonrío al ver la forma tan bonita en que intenta explicarse y velar por mi individualidad, a pesar de que somos una pareja más íntima que muchas otras.

— Pero... —empieza a decir, y sé que viene un gran interrogatorio—. ¿Dónde has estado estos días? ¿Dónde has dormido?

Su expresión cambia, volviéndose analítica y demasiado interesada.

Mierda.



CAPÍTULO 25

♫Es cierto, todo lo que hago es sentarme y pensar en ti
Si hubiera sabido lo que ibas a hacer
Desmoronar mis venas
Llevando unos zapatos preciosos
No es vida si no es contigo♫
It's not living - The 1975

— Estaba en casa de Bruno.

Parpadeo una, dos, tres veces y, sin poder creerlo, vuelvo a hacer la pregunta. Mi pulso se acelera y me siento agitado, golpeando el suelo con los pies incluso estando sentado en la silla.

— Ya te he respondido. Estaba en casa de Bruno —ella baja la mirada y vuelve a comer, como si no me hubiera dicho nada especial.

Simplemente se estaba quedando en casa del macho que le había echado el ojo antes del viaje. Maravilloso.

Respiro hondo.

Maravilloso, ¡y una mierda!

¡Estoy cabreado!

Respiro de nuevo.

No puedo montar una escena de celos aquí, acabamos de volver, puedo ser un hombre maduro que no siente celos de su novia durmiendo en casa de...

— ¿Por qué en su casa, Mand? ¿Justo en la suya? — No puedo contener la pregunta y mi voz acaba saliendo más alta de lo que me gustaría.

Entonces ella me cuenta cómo sucedió todo y consigo ser comprensivo. Bueno, quizá solo un poco comprensivo.

— Perfecto. Mañana iremos a recoger tus cosas y te vendrás aquí.

Acabo siendo un poco mandón, pero solo quiero ser lógico.

Analicemos los hechos: no tiene dónde vivir y ha aceptado quedarse en casa de un chico que no es en absoluto suyo.

Es obvio y evidente que, teniendo novio, es mejor que se quede con él. ¿No?

Solo estoy siendo obvio.

Ella termina su crepioca y me mira como quien analiza a una presa. Me estremezco, ansioso por saber lo que dirá.

— No voy a vivir aquí. Solo es mientras encuentro un lugar donde quedarme.

— Vale. Pero ten en cuenta que puedes. —Le digo y ella levanta una ceja, sin entender. Entonces le aclaro—. Vivir aquí. Si quieres, puedes vivir conmigo.

Sus mejillas se sonrojan y me parece preciosa cuando la veo así. Sus ojitos con esas largas pestañas casi se cierran cuando mira hacia abajo, avergonzada.

—Quiero hacer las cosas bien. Salir, comprometerme, casarme. Después, vivir en la misma casa.

—Y tener hijos —añado, haciendo que me mire con expresión de sorpresa.

Sonrío, encontrando gracioso el modo en que me mira ahora.

— Chico, estás loco.

— Loco por ti, loco por tener hijos contigo.

Si alguna vez fui un nerd tímido que apenas sabía expresarse y defenderse, no lo recuerdo.

Ella balbucea algo que no consigo entender, porque se tapa la boca discretamente. Pero sus mejillas siguen rojas, así que imagino que fue algo... ¿indiscreto, tal vez?

— Vamos a prepararnos para dormir, mañana tienes clase temprano y yo trabajo. — Me levanto y le tiendo la mano—. Ven, princesa.

No sé desde cuándo empecé a sentir ganas de llamarla princesa. Pero es algo que me hace feliz, porque tiene todo el

sentido del mundo tal y como yo la veo.

Para mí, ella es una princesa.

Hermosa, delicada, dulce.

Mi princesa.

Ella viene conmigo y caminamos abrazados hasta mi habitación y luego, hasta la suite.

— Ponte cómoda, tu cepillo de dientes está en el sitio de siempre.

Me voy y siento algo crecer en mi estómago, poniéndome ansioso. Es como si fuéramos a dormir juntos por primera vez, no sé.

Amanda no tarda en salir y pronto es mi turno de asearme antes de dormir. Cuando vuelvo a la habitación, ella ya está tumbada como un bebé envuelta en el edredón.

Me cubro con ella y la envuelvo en un cálido abrazo, con mi cara cerca de su nuca.

Siento el aroma fresco y suave de su cabello y me dan ganas de llenarla de besos por todo el cuerpo. Pero tengo que controlarme.

Acabamos de entendernos y no quiero parecer precipitado o descontrolado.

—Buenas noches, amor de mi vida—, le susurro, y ella se mueve, girándose hacia mí.

— Creo que te debo una disculpa. Yo... — Parece temerosa, así que le doy un beso rápido en los labios, dándole la dosis de

confianza que necesita para continuar. — Debería haberte confrontado en ese momento, preguntarte sobre lo que escuché.

Chasqueo la lengua, como si no tuviera ninguna importancia.

— No. Es totalmente comprensible lo que hiciste. Estuviste seis años a mi lado sin que yo te correspondiera. Era lógico creer que estaba mintiendo sobre nosotros. No pasa nada. Lo que importa es que estamos aquí, ahora, juntos.

Amanda me abraza por el cuello y, antes de besarme, me susurra:

— Te quiero.

Mi corazón se acelera en el instante en que sus labios rozan los míos. Es un toque ligero, pero cargado de significado, como si estuviéramos a un paso de algo inevitable. La atraigo hacia mí, deslizando mis dedos por su cintura, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

Ella suspira contra mi boca y, joder, ¡la deseo tanto! El beso comienza dulce, tímido, pero pronto se convierte en algo más profundo, más urgente. Mi mano se desliza por su espalda, apretándola contra mí, mientras nuestros labios se exploran a un ritmo perfecto. Su sabor me embriaga, es como la droga más adictiva del planeta.

Sus uñas se clavan ligeramente en mi nuca, enviando ondas eléctricas por todo mi cuerpo. Un gemido bajo se escapa de sus labios, y eso es todo lo que necesito para perder la poca cordura que me queda. Deslizo mis labios por su mandíbula, bajando por su cuello y sintiendo cómo se estremece bajo mis besos. Mi mano explora su cuerpo, sus curvas, y acabo tocando los lugares que tanto echo de menos. Amanda se aprieta contra mí, como si quisiera fundirse con mi cuerpo, y la deseo más que nunca.

La habitación se llena de nuestras respiraciones jadeantes, el aire cargado de electricidad y promesas silenciosas. Mi boca vuelve a la suya, hambrienta, necesitada, y la forma en que ella me corresponde me hace querer más, mucho más. Pero de repente se aleja, haciéndome abrir los ojos y sentir su ausencia.

Mi prometida sonríe con el rabillo de la boca, deslizando los dedos por mi rostro antes de atraerme hacia otro beso, esta vez lento, lleno de palabras no dichas.

Se acurruca contra mí, acurrucándose en mi pecho, y antes de cerrar los ojos, susurra:

— Mejor nos vamos a dormir... tendremos el resto de la vida para eso.

La abrazo con fuerza, dándome cuenta de que la fiebre ya ha desaparecido y grabando cada detalle de ese momento. Tiene razón y eso me hace sonreír como un tonto. Tendremos todo el tiempo del mundo.

***

Al día siguiente, cuando la llevo temprano a casa de Bruno para que se prepare para la universidad y recoja sus cosas, él nos ve y sale por la puerta, acercándose a hablar conmigo en el coche. Abro la ventana y él apoya las manos en el coche, soltando un profundo suspiro, con expresión desafiante.

— Sea lo que sea lo que hayas hecho para que se fuera, creo que deberías pensarlo mejor. Amanda estaba bien conmigo aquí, ni siquiera quería que supieras dónde estaba.

Asiento, controlando mi impulso de no decir tonterías a este loco. Al fin y al cabo, solo quiere lo mejor para mi Mand. Al menos eso es lo que intento pensar.

— Hablamos anoche y no sé si te lo dijo...

Dejo la frase en el aire, él niega con la cabeza.

— Eric, sé que son amigos desde hace años, pero Amanda es una chica libre. Nos estábamos entendiendo, tal vez podríamos incluso convertirnos en algo más. Así que, si todo ha sido idea suya, le pido que...

— Bruno —le interrumpo con tono frío. Sujeto con fuerza el volante con las manos para mantener el control. Los celos me corroen los huesos—. Estamos comprometidos y vamos a casarnos. Creo que eso lo explica todo. Y sí, antes de que preguntes, todo pasó durante el viaje. No te sientas traicionado.

Él abre la boca, sorprendido, y entonces Amanda aparece por la puerta de su casa.

— Gracias, Bruno, por los días que nos has alojado. Dale un beso a tu hermana.

Ella está sonriendo, pero cuando Bruno la mira, la sonrisa se desvanece.

—¿Qué pasa?— pregunta ella, mirando a Bruno y luego a mí —. ¿Se encuentran mal?

Su pregunta ingenua me hace levantar el rabillo de los labios en una sonrisa contenida. Agacho la cabeza, no quiero burlarme de Bruno delante de él. ¡Perdedor!

— ¿Estás comprometida con él, Amanda? ¿Se van a casar?

Cuando Bruno, todavía parado en la acera con el rostro pálido por la sorpresa, hace esa pregunta, vuelvo a mirar la escena. Quiero ver qué responde mi prometida.

En mi pecho, el corazón se acelera. ¿Acaso va a admitir públicamente que estamos comprometidos?

— Bueno... —comienza, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. No quería que te enteraras así. Pero Eric y yo tenemos una relación y llevamos poco tiempo juntos. Sucedió durante el viaje. Quería contártelo después de hablar con él porque habíamos tenido una discusión. Creo que te lo debo, por el breve contacto que tuvimos antes del viaje.

Ella es educada y cortés, lo que deja a Bruno incómodo de una manera... agradable. Se rasca la nuca y mira sus pies, luego la mira con cariño. Mierda, realmente le gustaba.

— Lo entiendo... Pero lo del matrimonio me pareció un poco... inesperado.

Entonces, Amanda se ríe, con esa risa sin gracia.

— ¿Matrimonio? No... Matrimonio no. Todavía soy muy joven. Tenemos TANTO tiempo por delante, ¿no? —Casi grita, avergonzada por el comentario de él.

Su reacción me impacta. ¿Cómo que «no matrimonio»?

Contengo todas mis emociones y solo espero a que se despidan y, tan pronto como Amanda entra en el coche, arranco.

Mantengo las manos cerradas, agarrando el volante con fuerza, lidiando con el conflicto interno que me está volviendo loco. Nunca me había enamorado así de alguien, nunca supe lo que era

salir con una mujer. Pero aun así, estoy seguro de que quiero casarme con ella.

¿Por qué no quiere casarse conmigo? ¿Qué más necesita?

— Suéltalo, Eric.

Lo suelta en voz baja, en un momento de nuestro trayecto.

— «Matrimonio no, todavía soy muy joven» —imito, con voz aguda—. ¿Tenías que decirlo así? Si no quieres casarte conmigo, dímelo para que no siga refiriéndome a ti como *mi prometida* ante Dios y el mundo.

Por el rabillo del ojo, veo que resopla y cruza los brazos.

—Dice el hombre que tuvo que decir que era mi prometido para ahuyentar al otro. Sentir celos es normal, pero no tenías por qué decírselo a Bruno. Él fue amable conmigo, yo le habría contado lo nuestro.

—Me pidió que no os molestara. Quería que se convirtieran —imito las comillas con los dedos de una mano libre— ¡en algo más! Tuve que dejar claro que ese algo más sería imposible.

Mi tono suena impaciente y no quiero discutir ni pelear con ella. Pero, vaya, realmente me entristeció esa interacción entre ellos dos y saber que ella estaba en la casa del hombre sin que él supiera de nuestra relación.

Eso realmente me molestó.

— Lo siento. Debería haberle hablado de nosotros. No debería haberle dado esperanzas, por mucho que no le dijera ni prometiera nada. —Suspira, sus ojos parecen realmente arrepentidos cuando la miro rápidamente—. Antes del viaje, mencionamos que a la vuelta

quedaríamos para algo. Eso debió de ser suficiente para que él se hiciera ilusiones cuando acepté la oferta de la habitación en su casa. No fui lo suficientemente inteligente como para darme cuenta.

Asiento, porque lo que dice es cierto. El chico estaba lleno de esperanzas. Me daría pena, si no fuera porque me invadió la envidia. Llego a la facultad de mi preciosa novia y, en cuanto baja, recuerdo algo en lo que llevaba pensando desde ayer.

—Cariño.

Se da la vuelta, se asoma por la ventanilla del copiloto y me sonríe.

— Dentro de veinte días es tu cumpleaños, y coincide con el día en que nos dimos nuestro primer beso —le digo, con la ansiedad creciendo en mi interior. Ella sonríe, perfecta. — ¿Qué quieres que prepare para ese día?

Dependiendo de lo que responda, veinte días serán suficientes para que me las arregle y consiga lo que ella desea.

Pero, sorprendiéndome con una audacia y una sonrisa sugerente, ella dice:

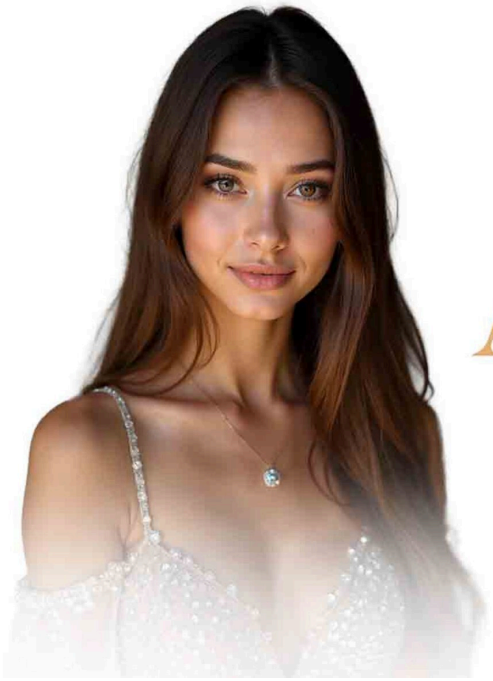
—Quiero mi primera vez. —Su voz no vacila ni una sílaba.

Mi pecho se llena de orgullo, mi ego se infla como la polla de un cavernícola. Joder, ella me quiere de verdad. No quería comportarme como un adolescente con estos sentimientos tan tontos, pero me he reprimido durante diez años.

Creo que merezco experimentar cada sensación.

— *Nuestra* primera vez —corrijo, y su sonrisa se abre aún más.

— Entonces estamos de acuerdo. El día de mi cumpleaños.



AMANDA Rocha

CAPÍTULO 26

♫Porque eres un cielo, eres un cielo lleno de estrellas
Quiero morir en tus brazos
Porque tú te iluminas
Cuanto más se oscurece
Te daré mi corazón♫
A Sky full of stars – Coldplay

¿Cómo fue resistir veinte días para perder mi virginidad el día de mi cumpleaños?

Difícil.

Difícil.

Casi me rindo, no sé, unas veinte veces.

¿Por qué Eric tiene que ser tan guapo? Ese cuerpo ancho, fuerte, de tono caramelo, bronceado, con abdominales marcados,

sonrisa pícara, dientes alineados y brillantes y labios carnosos. Los ojos que se cierran cuando sonríe, de color verde musgo, parecen un bosque. El cabello castaño que, aunque se peine, se rebela y va en su propia dirección.

El hombre es la personificación de la perdición y yo deseaba con todas mis fuerzas perderme en él.

Pero logré soportar los malditos veinte días.

Para ello, no hicimos nada. Ni siquiera bromas.

En menos de siete días, conseguí una habitación y me mudé, él se enfadó mucho porque pensaba que debía vivir con él. Pero es una cuestión de honor, no ser la mujer que mi madre espera que sea.

Quiero tener una trayectoria de vida hermosa que contar, sin que algo dentro de mí me acuse de «solo lo conseguiste porque te juntaste con un hombre adinerado».

Por eso, hoy, cuando llego a las ocho de la noche al apartamento de mi prometido —sí, hemos hecho público nuestro compromiso—, mis ojos se abren como platos en cuanto entro en la sala.

Una decoración preciosa, llena de globos en forma de corazón rojo esparcidos por el suelo y algunas plaquitas pegadas en la pared, indicándome el camino a seguir.

Respiro hondo, sintiendo que mi corazón late con fuerza, junto con los escalofríos que recorren mi espina dorsal, lo que me pone aún más ansiosa. Dejo mi bolso sobre la mesa del comedor y sigo el camino indicado por los carteles, que me guían hasta la habitación de invitados.

La puerta está cerrada, pero hay un sobre pegado en ella. Lo abro y cojo el papel, que dice:

«Ese día, el mundo recibió el corazón más hermoso que la humanidad haya visto jamás. Tú naciste. Y al otro lado, un niño de dos años ya estaba ansioso por saber quién sería su futura esposa. Tanto que nunca pensó en casarse con nadie más. ¿Lo crees?».

Me río de la tontería de mi precioso prometido y sigo leyendo.

«El destino ha sido muy caprichoso con nuestras historias. A pesar de que tú y yo hemos pasado por tantas cosas malas, nos ha traído a esta ciudad, a este lugar, para ser el uno del otro».

Me llevo la mano al pecho y suspiro como una tonta. Amo tanto a este hombre que ni siquiera sé cómo explicarlo.

«Por eso, mi princesa, hoy quiero que te sientas la mujer más especial del universo. Porque lo eres. Mi vida solo tiene sentido porque tú existes. Tu valor es superior al de las joyas más finas. Ni aunque fuera el hombre más rico del mundo podría medir lo que vales. Por eso te lo pido, ¿me dejas cuidar de ti? ¿Me dejas ser tu hombre para siempre? Sé que no soy digno de tanto, pero quiero aprender e intentarlo. Soy un buen aprendiz».

Ay, qué tonto... Sonrío, abro la puerta y me encuentro con una habitación completamente renovada, modificada. Antes era sencilla y solo tenía una cama individual en una esquina, ahora tiene una enorme cama doble, más grande que la de la habitación de Eric. La habitación está a oscuras, iluminada por luces de colores y algunos microrreflectores que me hacen ver todo con una óptica aún más apasionante.

En la esquina de la habitación hay... ¡Ay, Dios mío!

— ¡Un mástil de pole dance!

Corro hacia él y lo toco, sintiendo la realidad del material. Es real, no es un adorno. Realmente compró e instaló un mástil en la habitación. ¡Eric no existe!

Observo la decoración de corazones pegados en la pared, tan bonita. Las pétalos sobre la cama... Y cuando me doy la vuelta, él entra en la habitación con un ramo de preciosas tulipanes blancas.

Conozco a muchas mujeres que encontrarían esta demostración de amor cursi o anticuada. Pero él me conoce bien. Sabe que yo no pienso así. Soy romántica, soñadora, cuanto más amor se demuestre, mejor para mí.

Respiro hondo, conteniendo algunas lágrimas que ya quieren estropear mi momento.

— Amor...

Susurro cuando me abraza con fuerza y luego me besa en la frente antes de entregarme el ramo.

— Perdóname por ser tan anticuado. Solo quería que fuera especial.

Sonrío, sosteniendo las flores y dándole otro beso rápido.

— Podrías disfrazarte de Shrek, lo encontraría igual de bonito y sexy. Estoy loca por ti.

Se enciende la luz y dejo el ramo en un lugar reservado para él en la habitación y vuelvo al mástil. No llevo ropa adecuada para bailar, pero... Llevo una lencería maravillosa que compré.

— Yo también estoy loco por ti, princesa. ¿Te gusta? — Eric me abraza por detrás cuando veo su sorpresa—. ¿Puedes bailar para mí? Nunca lo he visto.

Es cierto, nunca me gustó enseñarle el pole dance. Hasta las actuaciones, nunca lo invitaba. Me moría de miedo de que lo odiara o se riera de mí. Qué tonta...

— Solo si es ahora.

Y dicho esto, me ayuda a quitarme el vestido largo que me puse para venir, porque necesitaba cubrir las medias y el liguero de la lencería. Cuando me lo quita todo, me mira con ojos admirados y también llenos de deseo.

Ya puedo descifrar esa mirada suya. Es única y es solo mía.

— Joder, Amanda... Así, no voy a querer verte bailar...

Se frota la cara y se aleja, respirando profundamente.

— Enciende el equipo de música y pon esta canción.

Le doy el nombre y, tan pronto como empieza la música, vuelve a apagar las luces, dejando encendidas las de colores. Respiro hondo, superando mi timidez, y empiezo a moverme lentamente.

El ritmo sensual llena la habitación y dejo que mi cuerpo se deje llevar por él. Mis manos se deslizan por la barra mientras giro lentamente, sintiendo la energía vibrar entre nosotros. Eric está sentado en una silla, con los ojos fijos en cada uno de mis movimientos, respirando con dificultad, apretando los dedos contra las rodillas.

Hago un giro fluido, arqueando el cuerpo y deslizándome por la barra con control, dejando que mi cabello se mueva con el aire, mientras le lanzo una mirada provocativa. La tensión entre nosotros es casi palpable, como si el aire mismo se hubiera convertido en electricidad pura.

Mis movimientos se vuelven más atrevidos, mis piernas envuelven el mástil y me levanto con gracia, girando antes de aterrizar suavemente en el suelo. Su mirada me devora. Está completamente entregado al deseo, incapaz de apartar los ojos.

El calor y la pasión por el baile me envuelven y los escalofríos de deseo que siento por el hombre sentado mirándome intensifican aún más todo el momento. Mis dedos recorren la barra por última vez antes de alejarme por completo, sintiendo cómo el ambiente se enciende entre nosotros. Deslizo los pies por el suelo, caminando hacia él, todavía contoneándome, todavía dejando que mi cuerpo hable. Eric sigue sentado, pero la forma en que aprieta la mandíbula muestra que se está conteniendo.

Me detengo justo delante de él, con cada pierna a un lado, el vientre casi tocando su cara, con las luces de colores proyectando sombras en mi cuerpo. Levanta la mano lentamente, como si pidiera permiso para tocarme, y yo se lo concedo. Su tacto es cálido en mi muslo, subiendo lentamente, erizándome la piel. Mi respiración se entrecorta cuando sus dedos llegan a mi punto más sensible.

—Ah —jadeo, echando la cabeza hacia atrás.

Una explosión de placer se apodera de mí desde dentro, vibrante, dejándome ansiosa por tener al hombre que amo finalmente dentro de mí.

— Quiero hacer tantas cosas contigo hoy, Amanda. Mi Amanda. — Su voz resuena como un rugido, firme, grave.

Estoy empapada. Solo con ese simple toque suyo, su voz ronca me hizo temblar. Me siento ansiosa, pero quiero que sea maravilloso y eso me hace esperar cada pequeño caricia que él tenga para mí.

— Amor, haz todo lo que quieras. Hoy, por fin, soy toda tuya.

Le agarro por los hombros y me siento sobre él, sintiendo su dureza bajo mi intimidad palpitante, deseosa de él. Me muevo lentamente, su ropa roza mi lencería y su mirada se vuelve aún más intensa. Pero esta vez hay algo diferente en sus ojos. No es solo deseo, es cariño, una ternura que hace que mi corazón se acelere aún más. La música sigue sonando suavemente, acompañando nuestra provocación. Mis caderas se deslizan contra él y la reacción es inmediata. Sus manos aprietan mi cintura con fuerza, pero en lugar de ceder al impulso, duda.

— ¿Estás segura de que quieres hacerlo hoy? — La pregunta es baja, ronca, pero llena de cuidado.

Siento todo mi cuerpo arder de anticipación, pero no es solo por el deseo. Es por él. Por la forma en que me mira, cómo me toca, cómo me desea. Sostengo su rostro entre mis manos y respondo sin dudar:

— Lo único que tengo claro hoy es que te quiero dentro de mí.

Eso parece desatar todos sus deseos, porque suelta un profundo suspiro antes de besarme de nuevo, esta vez lentamente, explorando cada rincón de mi boca como si fuera la primera vez. El calor de sus labios me envuelve por completo y un escalofrío aún más intenso recorre mi espina dorsal. Sus manos bajan por mi cuerpo con reverencia y, cuando me lleva a la cama, lo hace con la delicadeza de alguien que entiende la importancia de ese momento.

Y por eso lo amo.

No solo quiere acostarse conmigo, quiere amor. Es nuestra primera vez y eso me hace sonreír cuando lo veo desnudarse lentamente y regalarme la visión de su cuerpo desnudo y jodidamente delicioso.

«Eres perfecto...», no puedo evitar decir, admirada.

Eric se coloca sobre mí en la cama y me quita la lencería, hasta que quedo totalmente desnuda frente a él, y solo entonces me pide:

— Relájate, hoy te daré todo lo que te mereces, mi princesa.

Obedezco, permitiendo que mi cuerpo sienta la suavidad de su tacto. Desliza las manos por mis piernas y sube lentamente hasta llegar a donde estoy palpitando por él.

«Mojadita, qué delicia», murmura y comienza su tortura oral, que tanto echaba de menos.

— Oh... — No puedo contener los gemidos, su lengua está haciendo magia.

Mis dedos se aferran a las sábanas, los nudillos blancos por la fuerza. Mi respiración se entrecorta, una mezcla de ansiedad y puro deseo. Su lengua se desliza lentamente sobre mí, caliente y húmeda, saboreando cada pedacito de mi sexo. Mi cuerpo se estremece, una ola de intenso placer se extiende por mi vientre y un gemido bajo se escapa de mis labios sin que pueda contenerlo.

—Joder, me encanta tu sabor... —murmura Eric contra mi piel, con la voz ronca de excitación.

La vibración de su voz contra mí me hace jadear, y mis piernas se cierran involuntariamente alrededor de su cabeza. Nunca había sentido nada así antes de él. Mi cuerpo responde a él de una manera que me asusta y me excita al mismo tiempo. ¿Estaré lista para finalmente llegar hasta el final?

Él nota mi nerviosismo. Sus ojos se elevan hasta los míos y desliza sus grandes y cálidas manos por mis muslos, separándolos

lentamente.

—Relájate, mi princesa... yo te cuidaré. Estamos juntos en esto.

Sus palabras, su mirada, su tacto cuidadoso... todo en él me hace entregarme aún más. Respiro hondo, tratando de relajarme, y él vuelve a lo que estaba haciendo. Su lengua me provoca, sus labios besan cada centímetro de mi cuerpo, y cuando desliza un dedo dentro de mí, un jadeo de sorpresa se escapa de mi boca.

— Estás tan apretada para mí... — Gime contra mi piel y me pierdo por completo.

Mi cuerpo se contrae alrededor de su dedo, todo en mí se enciende a un ritmo frenético. Es extraño, intenso y, al mismo tiempo, maravilloso. Empieza a mover el dedo lentamente, explorando, preparándome, mientras su boca sigue chupándome. Mis caderas se mueven involuntariamente contra él, pidiendo algo que aún no sé muy bien cómo explicar.

Siento algo creciendo dentro de mí, poderoso, similar a lo que sentí en el viaje con él, que me hace morderme el labio para no gritar. Mi pecho sube y baja rápidamente, y cuando él añade otro dedo, estirándome, probando mis límites, suelto un gemido largo y desesperado.

—Eric... por favor...

No sé exactamente qué le estoy pidiendo, pero él lo entiende. Sube por mi cuerpo, besando mi vientre, mi regazo, chupando mis pechos con adoración antes de finalmente mirarme a los ojos. Sus ojos brillan con algo más que deseo. Hay cariño ahí, respeto, el amor que sentimos el uno por el otro. Eso me hace sentir segura.

— ¿Qué quieres ahora, eh? —Su voz es baja, cargada de emoción y deseo contenido.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Sé que va a doler. Sé que es un momento único y saber que será con él me emociona. He pasado tantos años deseando su amor que ahora, entregar algo tan preciado para mí, es inexplicable. Tenía que ser él.

Le sostengo la cara entre las manos y respondo sin dudar:

— Te quiero a ti.

Cierra los ojos por un segundo, como si se estuviera conteniendo, y eso me hace amarlo un poco más. Eric suelta un profundo suspiro. Luego se mueve, colocándose con cuidado entre mis piernas. Su rigidez roza mi entrada, caliente, palpitante, y un escalofrío recorre mi espina dorsal.

— Avísame si te hago daño, ¿vale?

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio, sintiendo cómo se me oprime el pecho por los nervios. Me sujeta con firmeza por las caderas, con los ojos fijos en los míos, mientras comienza a penetrarme, despacio, muy despacio. Su punta me estira, forzando el paso, y un incómodo ardor se extiende por mi vientre. Mi cuerpo se tensa, y él se da cuenta al instante.

— Respira, princesa... —me pide en un tono erótico que me hace jadear, y luego captura mis pechos con la boca, dándome la dosis extra de fuego que necesitaba.

Su tacto, su paciencia, me ayudan a liberar un poco la tensión, y cuando avanza un poco más, un gemido tembloroso se escapa de mi garganta.

Acerca su boca a mi oído y comienza a elogiarme, a decirme palabras dulces. Duele. Pero, al mismo tiempo, el calor de su cuerpo, la forma en que me sostiene, cómo me susurra al oído, hace que el dolor se mezcle con algo más. Algo intenso. Algo arrebatador.

— Eso... tan perfecta... tan mía...

Sigue entrando lentamente, milímetro a milímetro, respetando mi ritmo. Y cuando finalmente está completamente dentro de mí, se detiene, dejándome acostumbrarme a la sensación de estar completamente llena. El aire es escaso y mi pecho se mueve rápidamente arriba y abajo. Me sujeta la cara con ambas manos y me mira, con los ojos oscuros y llenos de deseo.

— ¿Estás bien? ¿Te estoy haciendo daño?

Sonrío, aunque todavía un poco nerviosa, pero encantada de ver su rostro preocupado en ese momento.

— Dado tu tamaño, era casi imposible que no doliera. Pero...

Respiro hondo, sintiendo cómo mi cuerpo se adapta al suyo, y entonces el dolor empieza a dar paso a otra cosa, mucho más cálida y palpitante, y sonrío levemente.

— Ahora sí —suspiro.

Él exhala, como si se hubiera estado conteniendo hasta ese momento, y una sonrisa aparece en sus labios antes de besarme. El beso es lento, profundo, su boca explora la mía con movimientos eróticos, incendiando mi interior. Su cadera se mueve con calma, saliendo un poco antes de volver a entrar, lentamente, probando mi cuerpo.

La incomodidad sigue ahí, pero disminuye por segundos. Y, en su lugar, el placer comienza a surgir, aún tímido, pero extendiéndose

como un fuego lento. Mi cuerpo responde de forma involuntaria, mis caderas comienzan a acompañarlo, buscando más, y eso le arranca un gemido bajo de los labios.

«Tan hermosa...», murmura, deslizando su boca por mi cuello, dejando deliciosos besos.

Él sigue moviéndose, cada embestida más segura, más profunda, y un escalofrío recorre mi espina dorsal. Mis manos se deslizan por su espalda, sintiendo cómo se contraen los músculos bajo mis dedos. Mi cuerpo ya no está tan rígido como antes, y un calor diferente comienza a latir entre mis piernas.

— ¿Te gusta así? —Su voz es grave, me pone los pelos de punta y me hace desearlo aún más.

Todo lo que puedo hacer es gemir en respuesta. Jadeo, mi piel arde y una necesidad creciente me hace agarrarlo con más fuerza.

—Más fuerte... —Mi voz sale temblorosa, y él me mira como si estuviera esperando oír eso.

Sus movimientos cambian, ganando intensidad. Me sujeta por la cintura y profundiza las embestidas, y la sensación es tan arrebatadora que todo mi cuerpo se arquea contra el suyo. Mis uñas se clavan ligeramente en sus hombros, mi boca entreabierta deja escapar gemidos que no puedo controlar.

—Así... tan deliciosa para mí... —murmura contra mi piel, con la respiración entrecortada.

Una ola de calor comienza a crecer dentro de mí, algo desconocido, pero abrumador. Mis piernas tiemblan, mi vientre se contrae y, con cada embestida suya, me acerco más a un límite que

nunca antes había alcanzado, no de esta manera. Joder, esto es demasiado bueno.

—Eric... —suspiro, sintiendo cómo reacciona todo mi cuerpo.

Él me sujeta con firmeza, sus movimientos se vuelven precisos, dominantes, y entonces, como si me arrastrara una corriente, todo dentro de mí se contrae. Todo mi cuerpo se arquea, mi vientre late con fuerza y el placer me envuelve por completo. Un gemido alto se escapa de mi garganta y la sensación me deja sin aliento, haciéndome agarrarlo con fuerza.

Eric suelta un sonido ronco contra mi cuello, su cuerpo se tensa y hunde la cara en la curva de mi hombro mientras llega al clímax. Su abrazo se aprieta a mi alrededor, como si quisiera fundirse con mi cuerpo, y un suspiro pesado resuena en sus labios, relajándose sobre mí.

Nos quedamos allí, jadeando, nuestros cuerpos sudorosos y pegados, los corazones latiendo descoordinados. Eric desliza las manos por mi cara, apartando un mechón de mi pelo, y sonríe.

«Te amo», murmura en voz baja, con mirada apasionada.

Mi corazón se encoge, demasiado feliz por estar viviendo esto a su lado.

— Yo también te amo.

Me besa una vez más, esta vez sin urgencia, simplemente disfrutando del momento. Luego me atrae hacia él, nos cubre con la sábana y me abraza con fuerza contra su pecho. Su calor me envuelve y pronto cierro los ojos, con el cuerpo aún hormigueando por las sensaciones. Me siento tan segura, tan amada, que acabo durmiéndome en los brazos del hombre que sé que mantendrá vivas estas sensaciones en mí para siempre.



CAPÍTULO 27

♫Nunca tuve a nadie
Y ningún camino a casa
Quiero ser alguien
Para alguien♫
Someone to you – Banners

Tenía una misión: hacer que Amanda se quisiera más a sí misma. Que se diera prioridad a sí misma.

Sé que tal vez sería mejor que hiciera terapia, pero por lo que la conozco, nunca pensará que debería invertir en algo tan «tonto», según su punto de vista.

Así que, a lo largo de los meses, cada vez que tengo la oportunidad le recuerdo lo perfecta que es. Lo inteligente, guapa, cariñosa, altruista y bondadosa que es.

Y cada vez que le digo eso, se sonroja mucho e intenta justificar el cumplido, como si no fuera para tanto. Exactamente como ahora.

—Ah, no soy tan inteligente, Eric. Ser la primera de la clase no es un gran logro.

Se encoge de hombros mientras cenamos en un restaurante italiano para celebrar su reconocimiento en la facultad. Amanda ha sido la primera de la clase en toda la carrera de medicina. Pronto se graduará.

— Eres inteligente. No deberías ser tan injusta contigo misma.

Cuando hablo, ella levanta los ojos, antes concentrados en el plato que tiene delante. Las mejillas sonrosadas, como siempre.

— No es eso, es que...

Suspiro y pongo mi mano sobre la suya sobre la mesa. La mano con el anillo de nuestro compromiso. Amanda nunca se lo quitó, ni siquiera cuando estuvimos separados al volver de Campos, hace meses.

— No está mal decir algo bueno sobre ti misma. No importa si has pasado toda tu vida escuchando insultos y palabras que te han hecho sentir inferior —le aconsejo, sintiendo cómo las palabras fluyen con fuerza de mi boca—. Repite conmigo: «Soy la hostia».

Entonces, el alivio cómico llega al ambiente, antes lleno de emoción. Amanda sonríe, respira hondo y dice:

— Soy... —se muerde el labio, casi pronunciando la siguiente sílaba, pero no lo consigue—. Eric, ¡eso es tan típico de ti! No es para mí.

Hace un puchero adorable y no puedo evitar sonreír ante su timidez.

— Cuando sufría acoso escolar, apenas podía mirarme al espejo —empiezo a contarle y ella presta atención, con la mano aún entrelazada con la mía sobre la mesa—. Me encontraba feo, raro. Intentaba entender por qué me tomaban el pelo tanto en el colegio.

—¿Tú? ¿Feo? ¿Se metían contigo? —pregunta irónica, levantando una ceja.

—Sí. No se lo contaba a nadie, pero tú vas a ser mi esposa. Quiero que conozcas estos detalles de mi pasado.

Mi tono de voz es claro, firme. Hoy ya no me avergüenza contarle esto a Amanda. Tenemos una relación de amistad sin tantos vacíos emocionales expuestos. Ni yo sabía de su pasado, ni ella del mío. Lo único que ella contaba era que su madre no había sido buena y que no se preocupaba por ella. Nada más.

Pero recientemente tuvo el valor de compartir conmigo todo lo que había sufrido. Así que creo que es un buen momento para compartir mi historia y mostrar cómo le di la vuelta al monstruo que destruía la visión que debía tener de mí mismo.

— Aquella chica, Kamila. La oí cuando intentó menospreciarme en la cocina de la mansión, la semana de la boda de mi madre. Pero lo que dijo era cierto.

Amanda respira hondo y suelta mi mano para dar el último bocado de la cena, antes de mirarme con los ojos brillantes, interesada.

—Cuéntame, amor. —Une las manos bajo la barbilla, apoyando los codos en el borde de la mesa.

Me froto las palmas sudorosas de las manos sobre los vaqueros, consciente de que remover el pasado es como revivirlo. Entonces respiro hondo, sintiéndome preparado.

—Ryan siempre fue el chico que me defendía en el colegio. Me pegaban, me humillaban y me insultaban mis compañeros porque no podía vivir sin mis mangas. Siempre me ha gustado leer, pero de niño era completamente adicto a los mangas. Tenía el pelo largo, me cubría la frente, ¿sabes? Vivía con la capucha puesta, como si quisiera esconderme. Entonces, a los dieciocho años, sufrí ese episodio que ya te conté y eso fue mi punto de inflexión.

Amanda se mantiene concentrada y yo me pregunto qué estará pasando por su cabeza.

— Hay personas a las que ese «punto de inflexión» les llega después de un momento emocional muy negativo, traumático. A otras, con mucha motivación, incentivo. Estoy intentando ser el activador de tu punto de inflexión, Amanda.

Ella se encoge de hombros, suelta las manos entrelazadas y mira la mesa, retraída.

— No creo que necesite dar un giro, no pienso mal de mí misma y...

— Entonces, elógiese. Sin dudarlo, la desafío.

Ella abre la boca y no sale ningún sonido, luego sus hermosos ojos marrones parpadean varias veces.

— Yo... yo puedo hacerlo —balbucea lentamente, como si no supiera realmente si puede hacerlo.

Bueno, tal vez haya una tercera forma de activar el cambio de actitud en las personas. No soy un estudioso de la psicología ni del

análisis del comportamiento, pero mi curiosidad me lleva a saber al menos lo mínimo de todo.

Cruzo los brazos sobre el pecho cubierto por la camisa de vestir y la miro desafiante.

— Veamos si realmente puede. Lo dudo.

Y arriesgo mi tesis. Quizás, desafiada, finalmente comprenda poco a poco que es mucho más de lo que imagina.

— Soy una chica guapa —levanta la nariz, demostrándome que puede—. Soy inteligente.

— ¿Eso es todo? Pff... —Fingo desdén y pongo los ojos en blanco.

Amanda entrecierra los ojos, empezando a enfadarse y, joder, me encanta verla así. Me excita mucho.

— ¡Qué broma más aburrida, Eric! —su dulce voz vibra con un tono de irritación—. ¡Soy jodidamente genial! Soy sexy, guapa y, además, la mejor de mi clase en la carrera de medicina porque he estudiado mucho para ello!

Finalmente, sonrío, orgulloso de mi chica. Descruzo los brazos y relajo la expresión, para que ella entienda que no quería irritarla sin motivo, sino con un propósito.

— Creo que después de esto, ya podemos celebrar de verdad.

Pido un vino y, en cuanto llega, nos sirven bajo la mirada maravillada de Amanda, por haber conseguido elogiarse a sí misma de una manera tan perfecta.

— Por el amor propio —sugiero y ella está de acuerdo. Brindamos.

***

Nuestro «felices para siempre» no llegó tan rápido como yo quería.

Amanda me pidió que esperara a que se graduara y luego consiguiera un trabajo después de obtener su licencia médica. Menos mal que no incluyó la especialización, ya que quiere ser pediatra. Tuve que lidiar con todo ese tiempo solo deseando tenerla despierta a mi lado en la cama, sin poder hacerlo.

Ella se mostró firme cuando no aceptó todas las veces que le pedí que se mudara conmigo.

Era una mujer testaruda, pero ya había descubierto innumerables cualidades en sí misma, que... después de tanto tiempo a mi lado, ya puede expresar sin dificultad alguna.

«¡Mira qué bonito me queda este vestido, amor!», exclama eufórica, mientras se arregla para una gala de la empresa en la que trabajo.

Me ajusto la corbata y me acerco a ella, que se admira frente a un enorme espejo en mi habitación. Podría describir a Amanda con palabras humanas, si me esforzara, pero la forma en que me mira ahora, a través del reflejo, con ese vestido de tirantes que se ciñe desde los pechos hasta las caderas y luego se ensancha sutilmente hasta los pies, es simplemente... como volver a respirar después de una profunda inmersión en el agua.

El impacto del oxígeno circulando por los pulmones después de tanto tiempo sin respirar es una necesidad vital. Es urgente, es esencial. Es lo único que cualquier nadador desea en cuanto saca la cabeza del agua.

Así es ella para mí.

La rodeo por detrás, deslizando mis manos por su cintura y le beso la cabeza.

— Perfecta.

— Y sexy, mira. — Se da la vuelta todavía en mis brazos y, pegada a mí, dice: — Este vestido me hace más culo. ¡Me encanta!

Observo las curvas que el vestido atenúa en su cuerpo y suspiro, sin resistirme, al pasar mis manos por el cuerpo de mi prometida.

— Muy sexy. — Empiezo a levantar la ligera tela del vestido, poco a poco hasta la cintura... — Creo que tenemos tiempo para...

— ¡Por Dios, hombre! No todo tiene que acabar en sexo —ella salta fuera de mi trampa y baja el vestido, dejándolo arreglado como estaba antes.

Amanda me mira con aire altivo, me gusta esta nueva fase de su autoestima. Me gusta mucho.

— ¿Has venido toda seductora, elogiándote a ti misma, haciéndome fijarme en ese culo tan bonito y no quieres que me entren ganas de follar?

Camino lentamente hacia ella, que retrocede hasta que su espalda toca el espejo en el que nos estábamos mirando antes.

Amanda jadea, mirándome con los ojos brillantes. ¡Pícara! Ella también quiere.

Y en los minutos siguientes, la ropa del evento queda tirada en algún rincón de la habitación, porque somos dos jóvenes enamorados que no pierden la oportunidad de explorar cada centímetro del otro.

***

«Porque tienes esa mirada soñadora de James Dean en tus ojos Y yo tengo esos clásicos labios rojos que te gustan Y cuando nos derrumbamos, volvemos una y otra vez. Porque nunca pasamos de moda Nunca pasamos de moda»

«Style» de Taylor Swift suena a todo volumen mientras Amanda limpia nuestro apartamento, o intenta limpiarlo sin fingir ser la propia cantante en varias partes de la canción.

Nuestra boda es dentro de unos días y, por fin, ella ha traído sus cosas a nuestra casa. Sigue siendo el mismo apartamento en el que siempre he vivido, pero hoy lo llamo «nuestro».

Preparo nuestro almuerzo, una nueva receta que aprendí en un programa de televisión. Siempre me ha gustado cocinar, pero últimamente estoy obsesionado con las recetas. Quizás sea la ansiedad por querer ser un buen marido.

Sí, creo que sí.

Termino el plato y cojo un poco con la cuchara para llevárselo a Amanda. Quiero que lo pruebe. Mientras camino, el sonido de la

canción se hace aún más fuerte y doy gracias por que las paredes no sean tan finas, o ya tendríamos algún vecino quejándose.

Cuando llego al salón, la visión de ella bailando en pantalones cortos y camiseta sin mangas, usando la escoba como micrófono, hace que mi cuerpo se llene de calor, recordándome a cada segundo cuánto la amo y siempre la amaré.

«We never go out of style», canta señalándome y llamándome con el dedo índice.

Aunque no me gustan mucho las canciones de este estilo, sigo moviéndome al ritmo hasta llegar a ella, como si también quisiera bailar. Amanda se ríe de mi falso entusiasmo porque sabe muy bien que no me gustan estas canciones.

Le ofrezco la cuchara y ella prueba, abriendo mucho los ojos mientras saborea. Una locura agita mi estómago. Quiero mucho que le guste la comida.

Mi prometida levanta el dedo índice, como pidiendo un minuto, y se acerca al móvil, pausando la música.

Luego, simplemente esboza una enorme sonrisa y corre hacia mí, rodeándome el cuello con sus brazos.

— ¿Qué plato es este? ¡Me encanta! — Me da un beso en la mejilla, lo que hace que mi agitación interior finalmente se calme.

— Risotto de limón siciliano y gambas.

Su boca se abre en una «O» perfecta y yo refuerzo mi abrazo alrededor de su cintura.

— Es la primera vez que lo hago. ¿Crees que ha quedado bien? —le pregunto, frunciendo el ceño.

No me da miedo mostrarle mis inseguridades y saber que en poco tiempo estaremos juntos todos los días, uno al lado del otro, me pone aún más nervioso y eufórico.

— ¿Bien? ¡Está perfecto! Ya has ganado el premio al mejor marido incluso antes de casarte.

Suelto una risa baja, pero antes de que pueda responder, me besa de verdad, nada de un beso rápido o algo pasajero. Es un beso intenso, hambriento, que hace que mi corazón se acelere en mi pecho.

Mis manos se deslizan por su espalda, atrayéndola aún más hacia mí, mientras ella se entrega por completo, enredando sus dedos en mi cabello. El sabor cítrico del limón siciliano aún permanece en su boca, mezclado con el calor del deseo que crece entre nosotros.

Ella gime suavemente contra mis labios, poniéndome la piel de gallina. Mi cuerpo reacciona al instante, y un escalofrío recorre mi espina dorsal cuando sus uñas me arañan ligeramente la nuca.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando, Amanda me mira con ese brillo intenso en los ojos y una sonrisa pícara en los labios.

— Lista para probar tu comida por el resto de mi vida.

Y eso es lo que, de hecho, declaramos el día del «sí».

Nos casamos en São Paulo, en una ceremonia sencilla, solo con los familiares más cercanos. Mi hermano, Eula, mi madre, Joaquim y algunos conocidos de la familia están presentes. De la familia de Amanda, consiguió que viniera una prima lejana. Según ella, no tenía a nadie más. Menos mal que mi madre representó a la suya y mi hermano mayor entró con ella como si fuera su padre.

La forma en que Amanda se integró en mi familia desde siempre ya me daba señales de que ella sería la única mujer en mi vida. Solo que yo no quería darme cuenta.

Menos mal que hoy todo cambia y finalmente sellamos nuestro amor, convirtiéndonos en la mitad el uno del otro.

—Podría dejarte leer todas las cartas que escribí en el pasado y en las que mencioné tu nombre. Aun así, no sería suficiente para demostrar lo que siento, Eric Almeida. Gracias por ser la persona perfecta para mí, el hombre que me ama, me protege, me cuida y me apoya. Soy muy feliz de tenerte como marido. Te prometo serte fiel, compañera y amiga en todas las circunstancias hasta que la muerte nos separe.

Estamos frente a frente, en el altar. Mis ojos brillan y siento cómo se me escapa una lágrima, porque simplemente no puedo medir la perfección que supone verte como novia, aceptándome como tuya.

— No me canso de decir que eres más de lo que me merezco. La flor más preciosa, la mujer más especial. Hermosa, amiga, generosa, compañera. — Respiro hondo, conteniendo las lágrimas. —Una vez te dije que el hombre que conquistara tu corazón sería un tipo afortunado. ¡No puedo creer que esa suerte haya sido mía! Haré que cada segundo valga la pena, te amaré, te protegeré, te cuidaré, velaré por ti, Amanda Rocha. A partir de ahora, serás mi prioridad en la vida. En cualquier circunstancia, hasta que la muerte nos separe.

Intercambiamos los anillos y, aunque tiemblo de nervios, consigo hacerlo antes de que el oficiante nos dé permiso para besarnos. Me acerco a ella y la rodeo por la cintura, acariciando su delicada mejilla con la mano libre, mientras mi boca captura la suya en un beso lento y casto, en el que una corriente eléctrica recorre nuestros cuerpos, sellando nuestra unión.

Ni en mis sueños más lejanos imaginé tanta perfección... Por fin somos uno.

Amanda y yo.

Mi mejor amiga y yo.

EPÍLOGO

♫Tienes ese pelo largo, echado hacia atrás
Y la camiseta blanca
Yo tengo esa fe de chica buena
Y una falda corta y ajustada

Y cuando nos derrumbamos
Conseguimos resurgir, todas las veces
Porque nunca pasamos de moda
Nunca pasamos de moda♫
Style - Taylor Swift

Pasaron tres años y, en el trigésimo cumpleaños de Amanda, ella y Eric viajaron a Río de Janeiro. Ella y Eula se habían convertido en mejores amigas, como lo habían sido desde que se conocieron, así que planearon algo entre ellas. Eric, como buen marido que apoya a su esposa en todo, o casi todo, aceptó la idea, ya que estaba emocionado por pasar tiempo con su hermano, que también se había casado.

El plan era pasar unos días en la región de los lagos, en una posada, solo los cuatro. Pero los maridos no sabían lo que sus esposas estaban tramando.

Iba a ser algo memorable.

La posada estaba en São Pedro da Aldeia, muy cerca de otras ciudades maravillosas, donde podrían hacer turismo a sus anchas. Aunque era el final del invierno, en Río de Janeiro cualquier mes del año es verano, así que el viaje acabó convirtiéndose en un momento de relax en la playa y una visita especial a las lagunas de la región.

— ¡Vaya, qué laguna tan maravillosa! —suspiró Amanda cuando todos bajaron del coche.

La visita del día era a una laguna en la frontera entre Arraial do Cabo y Araruama, donde pocas personas sabían de su existencia y, por lo tanto, estaba vacía.

Eric y Ryan cogieron las sillas y todo lo necesario para montar un espacio cómodo allí en la orilla y, esa mañana, sus esposas decidieron dejarlos solos e irse a nadar juntas.

La laguna era poco profunda, así que se alejaron para explorar el agua.

«No sé qué estarán tramando», murmuró Ryan, sentado en la silla a la sombra, con la vista puesta en su móvil.

No podía permitirse el lujo de estar tan desconectado del trabajo, su empresa necesitaba al jefe.

Eric, que no perdió tiempo en coger algunos de los aperitivos que habían traído en la bolsa térmica, se limitó a encogerse de hombros.

—Amanda echaba mucho de menos a Eula, deben estar poniéndose al día.

— No lo sé. Conozco bien a mi astuta esposa.

Eso hizo que Eric también se quedara con la duda y se sentara a comer un sándwich natural, admirando a su esposa allí en medio del estanque.

Mientras tanto, Amanda y Eula reían, charlaban y se contaban todo lo que había pasado durante el último año. Quedaron en verse en persona al menos una vez al año después de la boda de la esposa de Eric. No podían ser amigas solo por teléfono. A Eula siempre le había gustado el contacto personal y Amanda también lo prefería así.

— ¿Y tú, amiga? ¿Estás ansiosa por que él lo sepa pronto? — preguntó Eula, curiosa.

— ¡Mucho! ¿Ya llamaste a nuestra suegra?

— Todo bien. ¡Todo bajo control!

Ambas se acercaron de nuevo a la orilla, empeñadas en no levantar sospechas entre sus maridos. Lo cual no sirvió de nada, ya que en cuanto cada una se sentó en su silla de playa, preguntaron al unísono:

— ¿Qué están tramando?

Las mujeres se miraron y la primera en responder fue la esposa de Ryan.

— ¿Tramando? Solo queríamos pasar un rato juntas, no nos vemos desde hace un año. ¡Venga ya!

—¡Es verdad! —reforzó Amanda.

Ryan frunció el ceño, junto a la mujer que lo había enamorado locamente, y resopló.

— Como si no conociera a la persona que se despierta a mi lado todos los días.

— Yo confío en ellas. Si mi princesa dice que es así, entonces es así.

Eric le da un beso en los labios a su esposa, sentada a su lado.

—Una vez que eres un nerd raro, siempre serás un nerd raro —comentó Ryan, dándole un ligero golpe en la cabeza a su hermano

menor.

—Una vez un chico malo idiota, siempre un chico malo idiota —respondió Eric, devolviéndole no solo el insulto, sino también el golpe.

El momento comenzó a relajarse entre risas y bromas, y terminaron olvidando la desconfianza hacia sus esposas. Simplemente disfrutaban del momento.

Pero, al volver a casa, ocurrió algo inusitado.

—Cariño, no me encuentro bien.

Amanda gimió sentada en el asiento trasero, abrazada a su marido, que rápidamente se puso en alerta. Ella no solía enfermarse, siempre había gozado de buena salud y no era tan frágil como él.

— Dios mío, ¿qué sientes? —La abrazó y le tomó la temperatura—. Vamos al médico.

— Es un mareo, ¿podemos parar un momento? Ahí delante hay una plaza, en el centro de Araruama. Necesito sentarme y respirar un poco.

Iban de camino a São Pedro, y la plaza por la que ella quería pasar estaba justo de camino.

Ryan conducía y, preocupado por su cuñada, hizo lo que ella le pidió y aparcó cerca de la plaza João Hélio, donde aquella tarde había poco movimiento.

Los cuatro salieron del coche y la expresión de Amanda fue mejorando poco a poco. Respiró hondo y, de la mano del hombre que amaba, sintió una descarga eléctrica recorriendo su espina dorsal.

Eric no lo sabía, pero ella necesitaba revelarle una sorpresa.

Y fue en el instante en que pisaron la plaza cuando todo sucedió.

Desde algún lugar allí dentro, se acercaron Patrícia y Joaquim. Eric, Ryan, Amanda y Eula estaban sentados en un banco en el pasillo central de la plaza cuando vieron llegar a la matriarca de la familia con su esposo.

— ¿Qué hace mi madre aquí?

preguntó Ryan, confundido. La pequeña aventura había sido planeada solo por los dos hermanos, que no se lo habían comunicado a su madre.

— ¡Estamos aquí, suegra! —Amanda señaló con la mano extendida y pronto Patricia se acercó sonriendo, con su cabello grisáceo al viento.

Joaquim la seguía con algunas bolsas en las manos y, aún confundidos, Eric y Ryan se levantaron y los saludaron con cariño.

— ¡Qué alegría veros aquí! —Paty, eufórica, abrazó a las niñas, una por una.

—Amanda... Esto no estaba planeado, ¿verdad? —Para Eric, ahora todo empezaba a tener sentido.

Los susurros entre su esposa y Eula, los momentos aislados, la petición de parar en el camino... ¡Había algo en todo eso!

— Entonces... Necesitaba traer algunos regalos para mis hijos y mis nueras me ayudaron a estar con ustedes dos juntos. Esa era la oportunidad.

Patricia se justificó y, de alguna manera, dejó a sus hijos más aliviados. Sin embargo, el alivio duró solo unos minutos.

Eula y Amanda se quedaron de pie, junto a su suegra, intercambiando miradas cómplices. Patricia metió entonces la mano en la bolsa que llevaba Joaquim y sacó dos pequeños paquetes idénticos, cada uno adornado con un lazo dorado. Se los entregó a sus hijos, que se miraron entre sí, aún desconfiados.

—Espero que os gusten—dijo Patricia con una sonrisa enigmática.

Eric fue el primero en tirar de la cinta, rasgando delicadamente el papel de regalo. Ryan, ansioso, hizo lo mismo. Lo que encontraron dentro los dejó inmóviles durante unos segundos. Eran unos pequeños zapatitos de bebé, blancos y delicados, acompañados de una nota. Las manos de ambos comenzaron a temblar ligeramente mientras leían las palabras escritas con una caligrafía cuidada: «Nuestro amor ahora tiene un nuevo corazón que late. ¡Vas a ser padre!».

El mundo a su alrededor pareció quedarse en silencio. El tiempo se detuvo para Eric y Ryan, que miraban los zapatitos como si necesitaran un momento para asimilar lo que realmente significaba. Levantaron la vista al mismo tiempo, primero hacia sus esposas, luego hacia la madre, que solo asintió, emocionada.

—¿Es verdad? —La voz de Eric sonó vacilante, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Amanda sonrió y le tomó la mano a su esposo.

— Muy en serio, amor. Vas a ser papá.

Ryan, por su parte, miró a Eula, que ya tenía lágrimas en los ojos. Se llevó la mano a la boca, completamente sin palabras. Su

pecho subía y bajaba con la respiración acelerada y, entonces, como si la realidad lo golpeara por completo, soltó una risa nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

—Dios mío... —Sostuvo a Eula por los hombros y la miró profundamente a los ojos—. ¿Voy a ser padre?

Ella asintió y, antes de que pudiera responder nada, él la envolvió en un fuerte abrazo, levantándola ligeramente del suelo. La risa dio paso a lágrimas de felicidad, y a su lado, Eric hacía lo mismo con Amanda, besándole la cara repetidamente.

Patrícia observaba la escena con el corazón rebosante de alegría. Sus niños ya eran hombres hechos y derechos, y ahora estaban a punto de convertirse en padres. Joaquim, con los ojos llorosos, posó una mano sobre el hombro de su esposa y sonrió, compartiendo ese momento inolvidable.

El silencio inicial fue sustituido por risas, lágrimas de emoción y abrazos apretados. Los hermanos se abrazaron con fuerza, compartiendo en ese momento una felicidad que las palabras no podían describir. Al fin y al cabo, la vida les acababa de dar el regalo más preciado de todos: la paternidad.

Mientras abrazaban a sus esposas e intercambiaban miradas cómplices, Eric y Ryan sintieron una fuerte presencia en sus corazones. Sabían que, dondequiera que estuviera, su padre les estaría sonriendo. Él siempre había sido un ejemplo de amor, dedicación y fortaleza, y ahora, más que nunca, les inspiraba a ser padres tan maravillosos como él había sido. El legado de cariño y protección que habían recibido pasaría ahora a una nueva generación.

Así es la vida, donde cada ciclo nos deja su lección. Para Amanda y Eric, una nueva vida significaba más que un regalo. Un sueño hecho realidad, fruto de su amor.

Para Ryan y Eula, un hijo era la cura de sus heridas y la prueba de que la felicidad es posible, y nada de lo que había pasado importaba ya. Estaban inmersos en su burbuja de amor.

Y así vivieron felices, amándose hasta...

FIN.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a Dios, por su infinita bondad, gracia y amor hacia mí.

Agradezco a mi familia. A mi esposo y a mis hijos, que siempre me apoyan incondicionalmente.

Agradezco a mis lectores que me acompañan desde siempre, ¡son más que especiales!

Agradezco a mi amiga escritora del libro 1 de esta duología, Maitê Sombra, que de un día para otro aceptó embarcarse en esta locura conmigo, ¡y lo conseguimos! ¡Gracias, amiga!

Agradezco a mis lectoras beta: Layná (mi fiel escudera de siempre), Duda, Raquel, Amanda (mi chica en la vida real), Júlia, Jessica, Letícia, Mariana y Dandara (que siempre está en todas, jeje). ¡Habéis sido ESENCIALES en la creación de esta obra! ¡Gracias!

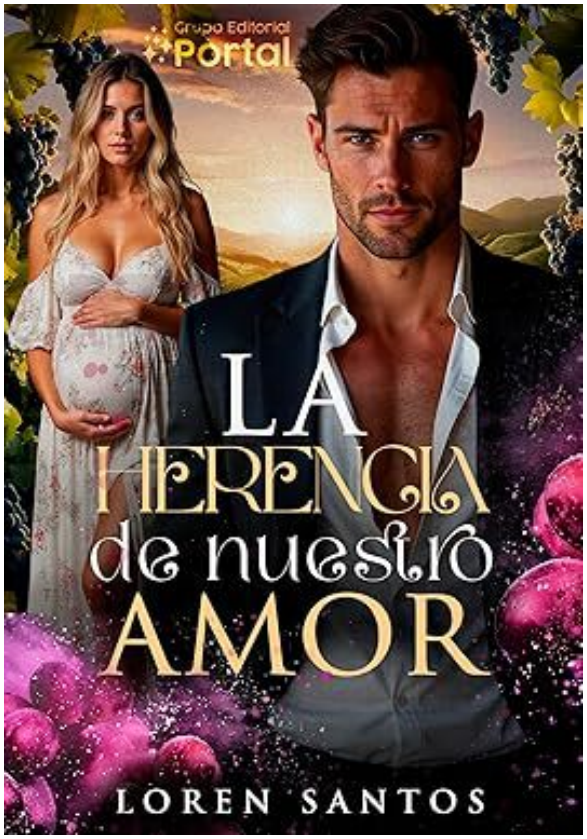
Agradezco al GRUPO EDITORIAL PORTAL, que nos abrió las puertas a mi amiga Maitê y a mí para participar en este proyecto.

¡Sois increíbles y esenciales! ¡Gracias!

Y a ti, que has llegado hasta aquí, ¡gracias por tu cariño!

Deja tu valoración sobre la experiencia de lectura, ¡me encantará saberla!

LEE TAMBIÉN:



Enlace: https://amzn.eu/d/eeYYTCH

Sinopsis:

Segunda oportunidad - Embarazada del jefe - Romance prohibido - De enemigos a amantes - Embarazo inesperado

En la pequeña Boa Esperança do Sul, todos veían a Lucca como un playboy irresponsable, incapaz de hacerse cargo de los negocios familiares. Pero detrás de su fama de mujeriego y su sonrisa irresistible, se había convertido en un empresario de éxito en Europa. Rico, sofisticado y acostumbrado al lujo, regresó a Brasil

solo para unas vacaciones pasajeras... sin imaginar que encontraría a la única mujer capaz de trastocar sus planes.

Elisa Müller siempre creyó que tenía su vida bajo control. Trabajadora, orgullosa y centrada, consiguió el ascenso de sus sueños como supervisora de atención al cliente en la bodega Benvenutti, en medio de los impresionantes paisajes de la Serra Gaúcha. Todo estaba cuidadosamente planeado... hasta que se dejó seducir por el único hombre que nunca podría tener: el heredero prohibido.

Entre los viñedos, lo que comenzó como un romance con fecha de caducidad se convirtió en algo demasiado intenso como para olvidarlo. Pero Lucca se marchó, dejando a Elisa con la mayor revelación de su vida. Ella intentó avisarle. Él no le hizo caso. Y, cuando finalmente regresó, estaba comprometido con otra.

Herida y orgullosa, Elisa decidió afrontar sola la maternidad, incluso en una ciudad en la que los secretos nunca permanecían ocultos. Hasta que el destino trajo de vuelta a Lucca, y nada podía prepararlo para lo que descubrió:

tiene un hijo.

La bodega está a punto de ser de Elisa.

La dulce mujer que conoció ahora lo rechaza con todas sus fuerzas.

Entre el dolor, el deseo y las verdades enterradas, Elisa y Lucca descubrirán que algunos amores no desaparecen. Solo regresan aún más devastadores.



Enlace: https://amzn.eu/d/5TA2BlM

Sinopsis:

Segunda oportunidad, Redención, Jefe y empleada, Embarazo por contrato, De enemigos a amantes

Ethan Davis es joven, rico y dueño de un imperio, pero su vida cambia radicalmente cuando descubre un grave problema de salud que amenaza su futuro. Decidido a asegurarse de que su herencia tenga un sucesor, decide contratar a una mujer para que dé a luz a su heredero, sin lugar a sentimientos ni vínculos afectivos.

Olivia Moore, una aplicada empleada de su empresa, ve cómo su vida se desmorona cuando pierde su casa y se ve ahogada por

las deudas. Desesperada, acepta la insólita propuesta de Ethan: un contrato que cambiará sus vidas para siempre.

Pero lo que comienza como un acuerdo estrictamente profesional se complica cuando comparten el mismo techo. Entre gestos inesperados, convivencia forzada y el nacimiento de una nueva vida, Ethan y Olivia descubren que el corazón no siempre sigue las cláusulas de un contrato.

¿Serán capaces de mantener la cordura o cederán a los sentimientos que insisten en salir a la luz?



Enlace: https://amzn.eu/d/6QjWIqB

Sinopsis:

Matrimonio de conveniencia romance, romance millonario español, novela romántica matrimonio falso, amor prohibido millonario, historia de pacto de amor, novela romántica intensa

Leon D'Ávila, heredero de un imperio y prisionero del testamento de su padre, tiene solo treinta días para casarse o perderá todo lo que ha construido. Frío, calculador e irresistiblemente seductor, ve en Helena la compañera perfecta para un acuerdo: un año de matrimonio de fachada, sin amor, solo cláusulas claras y beneficios mutuos.

Helena Ramos es una abogada decidida a mantener vivo el legado de su familia. Con deudas asfixiantes y un bufete al borde de

la quiebra, nunca imaginó que la solución a sus problemas vendría en forma de un contrato... de matrimonio.

Lo que comienza como un acuerdo racional pronto se convierte en una guerra silenciosa de miradas, provocaciones y secretos. Entre cenas cargadas de tensión, besos robados y noches que traspasan cualquier cláusula, Leon y Helena se dan cuenta de que ningún contrato es capaz de proteger el corazón.

Pero cuando una revelación del pasado une a sus familias de manera inesperada, tendrán que decidir: seguir fingiendo o arriesgarlo **todo por un amor que nunca planearon.**

REDES SOCIALES (DE LA EDITORIAL)

Sitio web de la editorial: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br





